

Sophia Bell with Professor Wang Ming

**POLVO
ROJO**

**LUZ
DORADA**

RED DUST, GOLDEN LIGHT

VERDADES OCULTAS EN CHINA

POLVO ROJO, LUZ DORADA

(RED DUST, GOLDEN LIGHT)

Verdades Ocultas en China

Autora: **Sophia Bell** con el Profesor **Wang Ming**

Copyright © 2025 THE LIVES MEDIA. All rights reserved. No reproduction allowed.

NOTA DE LA EDITORIAL

Este libro ha sido escrito basándose en historias, eventos y contextos reales. Sin embargo, con el fin de respetar la privacidad y evitar afectar a ciertas personas, los nombres de los personajes, junto con algunos detalles identificativos, han sido cambiados, simplificados o reestructurados en forma literaria.

Algunos pasajes del libro son narrados desde la perspectiva personal de los protagonistas, reflejando sus experiencias y percepciones en ese momento. Estas opiniones no coinciden necesariamente con la postura de THE LIVES MEDIA.

En cuanto al estilo de escritura, aunque el Equipo Editorial ha realizado las correcciones necesarias, para respetar a los personajes originales y mantener el espíritu y la vivacidad de la historia, hemos intentado preservar al máximo la sencillez y el tono original del personaje.

El Equipo Editorial



NOTA DE LA ESCRITORA

El viaje narrado en estas páginas pertenece enteramente al Profesor Wang Ming. Mi papel, como escritora, ha sido colaborar estrechamente con él, escuchar sus experiencias y ayudar a transmitir su extraordinaria historia en este libro. Aunque el libro se formó a partir de nuestra colaboración, la narración, los recuerdos y las profundas verdades aquí presentadas son exclusivamente suyos.

Sophia Bell

PREFACIO

Yo solía ser un hombre que creía completamente en la ciencia. Como profesor de medicina y empresario que veía el mundo a través del lente de la lógica, la evidencia y lo que se puede ver y oír, pensaba que entendía bastante bien la vida: el éxito, los límites del ser humano. Aquel viaje a China en verano, inicialmente, era solo una curiosidad sobre la medicina tradicional y los cambios en mi tierra natal después de muchos años de ausencia. No estaba en absoluto preparado para lo que estaba a punto de suceder.

La puerta a otro mundo se entreabrió no en los laboratorios o las aulas universitarias, sino en tranquilas casas de té, en cumbres de montañas neblinosas, en pequeños pueblos donde el tiempo parecía haberse detenido, y a través de los ojos de personas sencillas que albergaban una sabiduría extraordinaria. Conocí a ermitaños, a sanadores con métodos extraños, a personas que podían ver más allá del alcance de la ciencia. La sólida visión del mundo que había construido durante toda mi vida comenzó a tambalearse desde sus cimientos.

Pero el viaje para descubrir las maravillas de la antigua cultura oriental también nos llevó —a mi esposa, Qing Ling, y a mí— a otra realidad, una realidad oscura y brutal oculta tras el ostentoso brillo moderno de China. Tropezamos por casualidad con un camino de cultivación genuino, una disciplina basada en los principios de Verdad-Benevolencia-Tolerancia, que traía luz y esperanza a millones de personas. Y por eso mismo, tuvimos que enfrentar la cruda verdad sobre una persecución absurda, una represión de la fe tan cruel que el mundo exterior apenas conocía.

Este libro es el registro de ese turbulento viaje de casi siete meses: de un científico escéptico a un buscador de la verdad, de un turista curioso a un testigo involuntario tanto de la gran bondad como de la maldad extrema. Esta no es solo mi historia, sino también una historia sobre la perseverancia, sobre la fuerza de la fe en medio de la adversidad y sobre la luz inagotable de la esperanza incluso en la noche más profunda.

Escribo estas cosas no para convencer, sino para compartir una experiencia que cambió mi vida por completo. Quizás, en algún lugar de este viaje, tú también encuentres algo para ti: una revelación, un destello de luz, una respuesta a las preguntas que siempre has llevado en tu corazón.

Te invito a acompañarme en este viaje donde el Oriente realmente resplandece.

Wang Ming

CAPÍTULO 1: UN MOMENTO FUERA DEL GUIÓN

Una invitación extraña y un espacio inusual

Me quedé inmóvil frente a la puerta de madera oscura con el número 603.

La sala estaba escondida en un rincón apartado al final del pasillo de la planta baja, un lugar que parecía haber sido olvidado por la pálida luz fluorescente del centro de convenciones. Mi mano todavía sentía el frío de la placa de bronce del número de la sala, que se había descolorido con el tiempo. Bajo la tenue luz, el número

parecía vibrar sutilmente, una sensación vaga, como si me estuviera esperando a mí.

Unos diez minutos antes, todavía estaba sentado en el gran salón del tercer piso, donde las diapositivas de PowerPoint mostraban gráficos complejos que parpadeaban incesantemente, como el pulso acelerado de una industria médica global en una carrera sin fin. Entonces, un impulso repentino me hizo recordar el pequeño trozo de papel que había tenido la intención de tirar a la basura el primer día de la conferencia, pero que aún yacía silenciosamente en el bolsillo de mi chaqueta.

No tenía nada de llamativo. Un trozo de papel de color marfil, con solo una línea de texto en inglés impresa de forma sencilla:

“Ancient Healing Arts and Uncharted Possibilities”
(Artes Curativas Antiguas y Posibilidades Inexploradas)

Y un nombre: Zhang Feng – de China.

Sala de la sesión: 603.

En ese momento, recuerdo haber sonreído levemente. En parte por el título, que sonaba un poco cliché, como un anuncio de un retiro de meditación de fin de semana en algún lugar rural. Y en parte, quizás la mayor parte, porque yo era un hombre de cifras, de investigaciones verificadas, de datos analizados con precisión. Qing Ling,

mi esposa, con la sutileza de una lingüista, solía decir que mi pensamiento era tan riguroso y exacto como el mecanismo del reloj suizo que siempre llevaba. Yo solía guardar silencio, tomándolo como un cumplido implícito a mi perseverancia.

Sin embargo, por alguna razón, el trozo de papel permaneció en mi bolsillo durante dos días, en medio de agendas apretadas y reuniones importantes. Como si tuviera un peso invisible, esperando un momento determinado. No fue hasta esa tarde, cuando mi agenda de repente tuvo un hueco de unos cuarenta minutos y mi mente estaba agotada por los gráficos estadísticos que parecían repetirse hasta el infinito, que mi mano pareció tocar por sí sola el bolsillo de la chaqueta y sacó lentamente el papel.

"Echar un vistazo no me costará nada", murmuré, más un pensamiento fugaz que una decisión meditada.

Y ahora estaba aquí, frente a la sala 603. Cuanto más me acercaba, el bullicio y los sonidos confusos de las salas de conferencias principales parecían ser filtrados por una pared invisible y luego se desvanecían. Oía claramente mis propios pasos sobre la alfombra gruesa, cada paso como una gota de agua cayendo lentamente en un espacio tan silencioso que era casi tangible, una quietud casi corpórea.

Empujé suavemente la puerta. Hizo un leve crujido, como el suspiro de una madera vieja.

Dentro... había un mundo completamente diferente.

No había proyectores brillantes. Ni un podio formal para el orador. Ni la fría luz blanca o el eco de los micrófonos amplificadores por el moderno sistema de sonido de la conferencia. En su lugar, la sala estaba iluminada por una luz amarilla, suave y cálida, que emanaba de unas cuantas linternas de papel de arroz colgadas cerca del techo. Un aroma puro y delicado a hierbas flotaba en el aire —similar al sándalo pero más claro y refinado— que, por alguna razón, hizo que mi mente se sintiera inesperadamente tranquila.

Solo había unas doce personas en la sala, sentadas en sencillas sillas de madera. Estaban sentadas erguidas, en silencio, todas mirando hacia el frente, como si escucharan una música invisible, una melodía que solo podía percibirse en lo más profundo de la conciencia. Nadie miraba su teléfono. Nadie tomaba notas. Nadie hablaba. El silencio aquí no era la mera ausencia de sonido, sino una entidad viva, con forma y volumen, que envolvía e impregnaba cada rincón de la sala. Me hizo contener la respiración instintivamente.

Me detuve en el umbral durante unos segundos. Mi traje de negocios impecable, mi corbata de seda a rayas, la

brillante placa metálica con mi nombre en el pecho — símbolos de mi estatus y confianza— de repente me hicieron sentir... fuera de lugar, como una nota disonante en una sinfonía silenciosa. Pero, extrañamente, ninguna mirada se posó en mí como si fuera un intruso no invitado. Sus ojos pasaron por mí, muy rápidamente, pero sin juicio ni curiosidad inquisitiva; era como la mirada de personas que... ya habían visto esto, o algo similar, antes. Una aceptación silenciosa.

Respiré hondo en silencio, tratando de entrar con la mayor suavidad posible, y elegí una silla vacía en la última fila. El respaldo de la silla estaba ligeramente inclinado hacia atrás y la tela estaba desgastada, pero nunca en mi vida me había sentado en una silla con tanta reserva y cautela.

Al frente, sentado en una silla de madera rústica, un poco más baja que las de los demás, había un hombre. Zhang Feng, supuse, por el nombre en el papel. La luz amarilla de la linterna más cercana proyectaba una franja oblicua sobre su pómulo y una de sus sienes. Su rostro, a primera vista, quizás no tenía nada de extraordinario, pero ocultaba algo que me impedía apartar la mirada. Sus ojos no eran penetrantes ni inquisitivos. Simplemente estaban presentes, tan quietos y profundos como la superficie de un lago otoñal sin ondas, tolerantes y silenciosos.

No podía decir que entendiera lo que realmente estaba sucediendo aquí.

Tampoco recordaba qué esperaba al decidir entrar en esta sala. ¿Una charla erudita sobre medicina tradicional? ¿Una demostración colorida de *qigong* misterioso? ¿O, peor aún, una hábil sesión de persuasión para algún método de tratamiento no verificado?

El ambiente aquí no sugería nada de eso. Todo era... extrañamente real. Tan real que yo, un hombre siempre seguro de su capacidad de control y análisis, comencé a sentirme un poco... desorientado.

Permanecí sentado, con las manos apoyadas en mis muslos, tratando de regular mi respiración para que fuera lenta, suave, para no perturbar la quietud casi sagrada que envolvía el espacio. Cada minuto pasaba con el peso del plomo. Una sensación extraña, una curiosidad nunca antes sentida, se infiltró en cada rincón de mi mente, como si estuviera accidentalmente al borde de algo inmenso, un mundo que nunca había conocido, una verdad... nunca antes nombrada.

Ajusté sutilmente mi postura, tratando de fundirme en la quietud que se espesaba. Mis ojos se dirigieron instintivamente hacia el hombre llamado Zhang Feng, esperando.

Esperando qué, yo mismo no lo sabía.

Personas tranquilas y misteriosas

Elegí un asiento discreto en la última fila, intentando pasar desapercibido, como un espectador que accidentalmente se ha colado en una obra de teatro mudo cuyo telón ya se ha levantado.

Ni un solo ruido. Ni una sola palabra. Simplemente estaban sentados allí —de una manera tan erguida y natural que era extraña— como si esa postura fuera parte de su carne y hueso. La espalda recta pero los hombros completamente relajados, las manos quietas sobre los muslos. Una sensación de calma que venía desde adentro, sin esfuerzo ni ostentación.

Comencé a observar a cada persona más de cerca.

La más cercana a mí era una anciana —quizás de más de sesenta años— que vestía una sencilla blusa oscura de color granate y llevaba el pelo canoso recogido en un moño. No tenía los ojos cerrados, pero su mirada parecía atravesar una especie de niebla, fija en un punto indefinido, más allá de la pared del fondo. En otro rincón, un hombre bastante joven —de mirada clara pero tranquila, sin curiosidad inquisitiva— tenía una

expresión de profunda reflexión, como si hubiera experimentado muchos altibajos, aunque su edad probablemente no llegara a los treinta. Y delante de ellos, un anciano estaba sentado relajadamente, con la espalda ligeramente apoyada en la silla, su rostro tan sereno que pensé que se había quedado dormido en medio de aquel lugar.

Nadie intercambiaba miradas. Ni una sonrisa de cortesía, ni un asentimiento sutil, ni siquiera un ligero arqueado de cejas. Sin embargo, la presencia de cada uno de ellos era... plena, densa.

No sentí una indiferencia fría, y mucho menos esa actitud de "estar por estar" que se ve a menudo. Realmente estaban allí, completos en cada momento, en cada respiración. Una sensación extraña se apoderó de mí. Parecía que algo invisible, sin sonido, sin forma, imposible de medir con cualquier instrumento que yo conociera, se extendía suavemente en el aire. ¿Era esto una forma de energía que nuestra ciencia aún no había definido, o simplemente una ilusión mía en este espacio tan particular?

No sabía de dónde venían, a qué se dedicaban o cómo era su vida cotidiana. Tampoco sabía si se conocían de antes. Pero aquí, en esta sala, eran como antiguas rocas silenciosas en medio de un gran río: no intentaban llamar

la atención, pero albergaban una solidez y secretos sin palabras.

Una vez más, la sensación de estar fuera de lugar me invadió. Mi chaqueta de marca, mi prestigioso título de profesor de medicina, mis trabajos de investigación citados cientos de veces en revistas internacionales; todo aquello de lo que me había enorgullecido, ahora parecía no tener ningún peso en esta sala.

Un silencio... lo envolvía todo. Pero no era vacío. Era como si estuviera ante la boca de un pozo antiguo, profundo y oscuro, y una vaga expectación crecía en mí, como si algo misterioso esperara ser descubierto desde las profundidades.

Al frente, Zhang Feng seguía sentado en silencio, sin haber pronunciado una palabra. Pero entonces, se movió sutilmente.

Solo una ligera inclinación de cabeza —como una brisa que roza la superficie de un lago tranquilo— y toda la sala pareció moverse con él. Vi que todas las miradas se dirigían hacia él al unísono, de forma lenta, natural, sin prisas ni presiones. Un... consenso sin palabras.

Yo también, instintivamente, dirigí mi mirada hacia él. No tanto por curiosidad, sino como si una fuerza invisible me atrajera, impidiéndome hacer otra cosa.

El encuentro con Zhang Feng

Tras esa ligera inclinación de cabeza, Zhang Feng permaneció en silencio durante unas cuantas respiraciones. La sala se volvió aún más silenciosa. Entonces, sin una palabra de introducción, sin un gesto superfluo, comenzó a hablar.

Su voz era grave, cálida y clara en cada palabra, ni rápida ni lenta, completamente diferente del estilo elocuente y manipulador de emociones de los oradores profesionales que yo conocía. Hablaba en chino, un chino con un acento antiguo y rústico, como si se hubiera transmitido desde una época en la que la gente conversaba con sinceridad y no a través de micrófonos o diapositivas llamativas.

Habló sobre el *qi*. Sobre los flujos de energía invisibles en el cuerpo. Sobre la conexión entre los latidos del corazón y las sutiles fluctuaciones del universo. Sobre el diagnóstico del pulso, las señales silenciosas que el cuerpo envía. Eran conceptos que había encontrado en libros al investigar la medicina tradicional oriental, pero nunca los había tomado en serio. Desde la perspectiva de un profesor de medicina formado rigurosamente en Occidente, el "qi" era para mí tan vago como el "espíritu

valiente" o el "corazón ardiente": metáforas hermosas y ricas en imágenes, pero ¿cómo se podían cuantificar, cómo se podían llevar a un laboratorio?

Pero la forma en que Zhang Feng hablaba era completamente diferente. No presentaba una teoría. Contaba historias. Historias de antiguos médicos que a veces curaban enfermedades graves simplemente ajustando el estado mental del paciente antes incluso de usar medicamentos. De casos médicos complejos en los que el pulso revelaba cosas más profundas que los análisis de sangre más modernos. Escuché, al principio quizás solo por cortesía, pero luego me vi absorbido sin darme cuenta, no porque creyera, sino porque no podía dejar de escuchar. Había algo en el tono de su voz, en su forma tranquila de narrar, que realmente me mantenía allí.

Entonces, de repente, se detuvo.

El espacio, que ya era silencioso, ahora parecía solidificarse, detenerse. Un silencio casi absoluto, sin una tos, sin una respiración fuerte, lo envolvió todo.

Lentamente, recorrió con la mirada a todos los presentes en la sala. Y entonces, su mirada se detuvo en mí, el único extraño.

No había curiosidad inquisitiva. Ni esa mirada sutil de "sé quién eres". Solo una mirada directa, serena, pero profunda. Una extraña sensación recorrió mi espalda. Bajo esa mirada, sentí que las cosas que definían mi persona —mi traje caro, mis títulos— parecían tener poco significado. Incluso, sentí que tocaba rincones de mi mente que creía haber cerrado con llave.

Sonrió levemente, una sonrisa muy sutil, apenas un destello en la comisura de sus labios. Luego habló, con su voz todavía uniforme, sin alzarla, sin ningún tono de advertencia o juicio. Solo una frase, pronunciada en medio del silencio, como si estuviera tocando suavemente una herida oculta que yo mismo intentaba olvidar.

"Su pulso", dijo, sin dejar de mirarme, "está un poco bajo, y hay un bloqueo en algunos puntos. Es como un arroyo cuyo lecho tiene una roca que impide que el agua fluya naturalmente. Por eso, el *qi* y la sangre se estancan. Pero lo más notable es que parece haber un nudo en su mente. Un asunto del pasado que no ha sanado, una presión sin nombre, que dificulta que el flujo de *qi* en su cuerpo vuelva a su equilibrio natural".

Mi cuerpo entero se quedó rígido. Mis oídos zumbaban.

No le había dicho ni una palabra. Ni siquiera un asentimiento de saludo. Y, obviamente, él no se había

acercado, no había usado sus largos dedos para tocar mi muñeca, no había "tomado el pulso" de ninguna manera que yo hubiera aprendido o conocido en todos mis años de estudio de medicina.

Entonces... ¿qué acababa de hacer? ¿Cómo lo sabía?

El escepticismo inherente, el instinto de un científico, surgió de inmediato y con fuerza en mi mente. ¿Podría ser esto un truco psicológico sofisticado? ¿Una "lectura en frío" bien preparada basada en la observación? ¿O se había tomado la molestia de "investigar" sobre mí antes de la charla?

Pero no. ¿Cómo podría ser? Lo que acababa de decir... ¿cómo podría saberlo un extraño? Eran cosas que solo yo guardaba en mi corazón o que, como mucho, Qing Ling, mi esposa, podría percibir vagamente. Incluso había cosas tan profundas que ni siquiera ella, la persona más cercana a mí, me había oído confesar.

Me quedé sentado, con las manos en los muslos, tratando de evitar que temblaran, pero mi pecho era un nudo de confusión.

La parte racional y científica de mi mente gritaba por una explicación lógica. Pero otra parte —la parte intuitiva que solía ignorar, la que rara vez usaba— permanecía en silencio, observando.

De repente me sentí como un niño que, por primera vez, se encuentra ante un mapa gigante del mundo y descubre de repente que, detrás de ese papel familiar, se esconde una segunda capa de mapa, con líneas extrañas, con tierras sin nombre, más complejas, más profundas; un mapa sin bordes ni leyenda.

Ante ese mapa sin bordes, de repente sentí que mis medidas familiares se volvían muy limitadas. ¿Existirían verdades que estaban más allá de la capacidad de cuantificación de la ciencia?

Una conversación sin palabras y una profunda impresión

Desde aquella extraña frase dirigida directamente a mí, Zhang Feng pareció no prestarme más atención. Continuó su charla de forma natural, como si no hubiera habido interrupción, su voz todavía suave y constante como el sonido de una llovizna sobre un tejado.

Yo permanecí quieto en mi sitio, pero mi mente no podía estar en calma.

Cada palabra, cada idea que pronunció después —sobre la conexión entre el *qi* y la mente, sobre la armonía entre

el pequeño ser humano y el vasto universo— para mí, en ese momento, eran solo sonidos flotando a mi alrededor. Porque toda mi concentración giraba en torno a una única pregunta, una pregunta sin una respuesta clara: ¿Cómo sabía él esas cosas sobre mí?

Intenté mantener una expresión lo más serena posible, sin revelar la agitación interior. Pero estaba seguro de que mi rostro debía estar algo rígido, poco natural. De vez en cuando, al levantar la vista, me encontraba con su mirada, que pasaba por mí muy rápidamente. En sus ojos no había ni el más mínimo deseo de explicar ni un atisbo de disculpa. Solo una... presencia. Silenciosa. Profunda. Como si sintiera perfectamente la pequeña tormenta que se arremolinaba en mi interior, y simplemente la aceptara, sin juzgar.

La sensación cuando nuestras miradas se cruzaban era difícil de nombrar. No se parecía a un diálogo normal, y mucho menos a un intento de persuasión deliberado. Era más como una percepción silenciosa, una conexión sin palabras, muy vaga, pero existente.

No soy una persona que crea fácilmente en lo espiritual. Pero en ese momento, supe que algo me estaba tocando, no con argumentos lógicos, sino con su silencio y esa mirada perspicaz. No causó una gran conmoción, pero lentamente fue dejando una profunda huella en mi conciencia.

Y quizás, una parte de mí ya no quería resistirse a esa extraña sensación.

Cuando la charla terminó, toda la sala mantuvo un silencio asombroso. Ni un solo aplauso. Nadie se apresuró a acercarse al orador para estrecharle la mano. La gente se levantó una a una, hizo una leve reverencia hacia Zhang Feng y se fue en silencio, con una solemnidad y familiaridad tales que parecía que no era una conferencia especial, sino un encuentro íntimo, una actividad habitual entre personas que parecían conocerse desde hacía mucho tiempo... en algún nivel de conciencia al que yo aún no había llegado.

Me encontré quedándome atrás, sin saber muy bien por qué. Cuando solo quedaban unas pocas personas en la sala, instintivamente me acerqué.

Zhang Feng me miró, sus ojos tan tranquilos y brillantes como al principio.

"Sé que debe tener muchas preguntas", dijo en voz baja, sin la menor sorpresa, como si lo hubiera anticipado.

Solo asentí levemente, sin intención de decir nada al principio. Pero luego, las preguntas acumuladas brotaron en palabras, aunque con cierta vacilación: "Lo que dijo sobre... mi pulso... y también... cómo supo esas cosas..."

Él sonrió levemente, sin interrumpir mi pregunta ni apresurarse a responder. Tras unos segundos de silencio, habló lentamente, su voz tan ligera como una brisa:

"Es solo un poco de comprensión rudimentaria sobre la íntima conexión entre el cuerpo y la mente de una persona. Su ciencia moderna ha logrado hazañas extraordinarias en la exploración de la estructura visible del cuerpo, pero quizás todavía se siente un poco perpleja ante los aspectos invisibles, los sutiles flujos de energía".

Guardé silencio, escuchando.

Luego continuó, su voz todavía lenta, pero sus ojos me miraban directamente, conteniendo algo profundo:

"Hay cosas que no se pueden explicar a fondo en una breve charla. Si realmente tiene el deseo de comprender más profundamente —no a través de teorías de libros, sino a través de su propia experiencia— entonces quizás, China es el lugar al que debería ir".

Mi corazón dio un vuelco.

Hizo una pausa, y luego dijo la última frase, su voz serena pero llena de peso, como si cerrara una puerta familiar y al mismo tiempo entreabriera un camino completamente nuevo:

"Si se atreve a emprender ese viaje, es posible que ya no sea la misma persona que era antes".

Asintió levemente hacia mí una vez más y, con una extraña calma, se mezcló con las pocas personas que quedaban y salió de la sala. Su figura desapareció tras la puerta, tan rápido que me pareció haber presenciado una ilusión.

Me quedé solo en la sala que comenzaba a enfriarse. El viento de Tokio ya empezaba a colarse por las rendijas de la puerta.

Pero en mi corazón...

algo acababa de moverse de verdad. Muy levemente. Pero lo suficiente como para que no pudiera ignorarlo.

La invitación a un viaje

Las últimas figuras desaparecieron tras la puerta. Yo seguía allí, en medio de la sala vacía, tratando de ordenar mis pensamientos caóticos. La invitación de Zhang Feng a China, aunque vaga, resonaba en mi mente. Un impulso inexplicable me hizo salir rápidamente al pasillo, con la esperanza de volver a verlo.

Por suerte, no se había ido lejos. Estaba de pie solo al final del pasillo, cerca de la salida, con aire pensativo, como si esperara algo... o quizás, me esperaba a mí.

Me miró cuando me acerqué, sus ojos mantenían esa calma y profundidad, como si mi acercamiento fuera algo completamente natural.

"Señor Wang Ming, ¿desea hablar de algo más?", su voz era baja, uniforme, como el susurro del viento entre las hojas en un jardín tranquilo.

Solo asentí levemente. "La verdad es que tengo muchas cosas que me gustaría entender mejor. Pero... no sé por dónde empezar, qué preguntar".

Zhang Feng sonrió, una sonrisa rara pero sincera. "No necesita esforzarse por 'empezar' de una manera formal. A veces, simplemente dejar que las cosas 'continúen' de forma natural es suficiente".

Guardé silencio, sintiendo mi propia insignificancia ante unas palabras que parecían simples pero que ocultaban un nivel de significado que aún no podía captar del todo. Me sentía como si estuviera frente a un antiguo y profundo bosque, donde todos los mapas familiares se volvían inútiles.

"Lo que pude compartir en la charla", continuó, con su voz todavía uniforme, "en realidad es como unas pocas gotas en la superficie de un vasto océano. Si realmente quiere entender, sentir, necesita entrar usted mismo en esa corriente".

Frunció el ceño ligeramente, tratando de visualizar lo que quería decir.

"Esto no es algo que venga a estudiar como un objeto de investigación", continuó, como si leyera mis pensamientos. "Tampoco es aprender una nueva teoría para añadir a su almacén de conocimientos. Es simplemente vivir —vivir plenamente, el tiempo suficiente— en un lugar donde las cosas que busca todavía existen en cada aliento de la vida cotidiana".

Dicho esto, sacó lentamente del bolsillo de su chaqueta un pequeño trozo de papel, aparentemente arrancado de un viejo cuaderno amarillento. Me lo entregó. En él, con una caligrafía bastante clara, había una dirección en la provincia de Guizhou, China, junto con un número de teléfono.

"Si puede organizarse, quizás este verano sea el momento adecuado", dijo. "No necesita avisarme. Simplemente venga, si su corazón realmente quiere venir y siente que es el momento".

Tomé el papel, sintiendo en mi palma su fragilidad y el calor que aún conservaba de su mano. Decenas de preguntas estaban en la punta de mi lengua, pero algo me impidió pronunciarlas.

"Podría considerar traer a su esposa", añadió, sus ojos todavía fijos en mí, una mirada que parecía penetrarlo todo. "Tengo la sensación de que ella tiene una conexión muy natural con la cultura tradicional. Hay cosas allí que muy posiblemente ella sentirá más rápido que usted, sin necesidad de explicaciones lógicas".

Levanté la vista de golpe, tratando de no mostrar el asombro que crecía en mi pecho. Sabía de Qing Ling. ¿Cómo era posible? En solo unos minutos, ¿cómo podía saber cosas tan personales?

Zhang Feng no pareció prestar atención a mi expresión. Se enderezó ligeramente. Su figura no era alta, pero cuando se ajustó el borde de la chaqueta, sentí que su espalda ocultaba una extraña solidez.

"Este no será un viaje de placer ordinario, señor Wang Ming", dijo como despedida, su voz grave y clara. "Tampoco un experimento científico para que usted verifique algo. Considérelo como un encuentro predestinado, una oportunidad. El resto... depende enteramente de su elección".

Asintió levemente a modo de saludo, luego se mezcló con la bulliciosa multitud de Tokio y desapareció, tan rápido como si solo hubiera sido un pensamiento fugaz en mi mente.

Me quedé atrás, solo en el pasillo que comenzaba a llenarse de ruido de nuevo.

El pequeño papel con la dirección escrita a mano yacía en la palma de mi mano, extrañamente cálido. La tinta al final de la línea estaba ligeramente borrosa.

No había tomado ninguna decisión. Pero una agitación, una llamada vaga desde algún lugar muy lejano, parecía haber comenzado a infiltrarse en los rincones más ocultos de mi alma.

* * *

CAPÍTULO 2: LOS PRIMEROS PASOS EN TIERRA EXTRAÑA

La decisión de partir

Esa noche, salí de la sala 603 con una sensación extraña, como si acabara de despertar de un breve sueño en pleno día. El salón principal del centro de convenciones seguía brillantemente iluminado, el sonido de los micrófonos aún resonaba desde las salas de presentación contiguas, pero todos esos sonidos familiares parecían lejanos, desvaídos, menos reales. En el bolsillo de mi chaqueta estaba el pequeño papel que el señor Zhang Feng me había dado. Sin logotipo de empresa, sin título profesional, nada más que una dirección escrita a mano

en la provincia de Guizhou, un número de teléfono y un eco indefinible de aquel encuentro inusual.

Al regresar al hotel, entré en mi lujosa habitación como siempre, pero la sensación ya no era la misma. La habitación —con su cálida luz amarilla, sus muebles de madera bien dispuestos, la bandeja de fruta fresca sobre la mesa— esa noche parecía extrañamente vacía. La tranquilidad, que antes era confortable, ahora parecía amplificar las cosas vagas e inexplicables que se arremolinaban dentro de mí.

Saqué el papel del bolsillo y lo puse sobre la mesa. Le di la vuelta una y otra vez. Solo unas pocas líneas sencillas. Sin embargo, mis ojos se sentían atraídos por el nombre de aquel lugar lejano, una sensación indescriptible, como si fuera una puerta entreabierta a un lugar que nunca había conocido.

Sentí la necesidad de compartirlo con alguien, aunque solo fuera para encontrar un poco de equilibrio para mis pensamientos confusos. Cogí el teléfono y llamé a Qing Ling.

"Hola, cariño, ¿cómo ha ido hoy la conferencia?", su voz sonó al otro lado de la línea, tan familiar, suave y cálida como siempre.

"Todo bien... pero ha pasado algo bastante extraño... y creo que deberías escucharlo".

Empecé a contárselo todo, lentamente, tratando de mantener la voz tranquila, sin añadir ni exagerar ningún detalle. Le hablé de la inusual sala de reuniones en la planta baja, de las personas silenciosas con su inexplicable serenidad, de un hombre llamado Zhang Feng. Intenté describir su mirada, el "diagnóstico del pulso a distancia" sin tocarme, y sus palabras sobre mi estado, cosas que creía que nadie más podía saber, excepto yo, y quizás, Qing Ling.

El otro lado de la línea permaneció en silencio durante un buen rato. Podía imaginar su expresión pensativa.

"...¿Estás seguro de que no te lo estás imaginando, Ming?", finalmente, su voz se alzó, no con una duda aguda, sino como la de una lingüista que intenta encontrar una definición precisa para un nuevo concepto. "¿Quizás estás un poco cansado después de tantos días de conferencia intensiva?".

"No, estaba completamente despierto, Ling", respondí, con voz firme. "Y conoces mi naturaleza, no soy de los que creen fácilmente en cosas sin base científica. Pero... esto, sucedió de verdad. Y sinceramente, no sé dónde encajarlo en todo lo que he conocido y aprendido hasta ahora".

Le conté sobre la extraña sensación de tener una comunicación sin palabras con el señor Zhang Feng, una conexión que no pasaba por el análisis racional, sino que parecía provenir de un nivel de conciencia más profundo.

"Y me ha invitado a China, quizás este verano", dije, tratando de mantener la voz lo más normal posible. "Un lugar bastante remoto, en Guizhou. No dijo específicamente qué haríamos allí, ni a quién conoceríamos, solo dijo que... si realmente quería entender mejor lo que había experimentado, debería ir".

Qing Ling volvió a guardar silencio. Esta vez, el silencio se prolongó un poco más.

Sabía que ella era una amante de la cultura china, versada en muchas historias antiguas, e incluso había dado clases sobre escuelas filosóficas orientales. Pero conceptos como el *qigong*, la cultivación o el "desbloqueo de habilidades latentes" para ella, hasta ahora, pertenecían principalmente al ámbito de la literatura, de la historia del pensamiento, nunca a una realidad experimentable o a una creencia práctica en la vida.

"¿Crees que... es algún tipo de cultivador?", preguntó Qing Ling, con voz algo reservada. "¿Sin ninguna información clara, sin un historial verificable? ¿Y si... y si todo fuera solo una actuación muy bien orquestada? ¿Un tipo de manipulación psicológica especial?".

"Ya he pensado en todas esas posibilidades", admití con sinceridad. "Pero lo que me impide descartarlo todo es lo que dijo sobre mi estado. Nadie puede adivinar con tanta precisión. Y su mirada... realmente no se parece a la de nadie que haya conocido en mi vida".

No intenté convencerla. Yo mismo estaba tratando de entender.

Qing Ling era muy cautelosa. Más de una vez, su cautela me había ayudado a evitar decisiones arriesgadas e innecesarias en mis negocios. Pero también sabía que era lo suficientemente profunda como para no rechazar algo a la ligera solo porque estuviera fuera de las explicaciones convencionales.

"Por lo que cuentas", dijo después de un largo rato de reflexión, "también me parece un poco... extraño. No creo fácilmente en estas cosas misteriosas, ya lo sabes. Pero también siento curiosidad. ¿Guizhou? Esa tierra, en las antiguas historias culturales, también esconde muchos misterios... De acuerdo", su voz de repente se volvió más decidida, "si realmente tienes tantas ganas de ir, haré los arreglos para ir contigo. Lo consideraremos un viaje de campo para aprender más sobre aspectos culturales que quizás los libros no han registrado del todo. Pero necesitamos un plan cuidadoso, y quizás, solo deberíamos ir durante nuestras vacaciones de verano, ¿de acuerdo, cariño?".

Sonreí levemente, una sensación cálida se extendió por mi pecho. Con ella a mi lado, me sentía mucho más seguro.

"Gracias, cariño", dije, con voz sincera.

"Solo no quiero que vayas solo a un lugar extraño con cosas tan vagas. Y además...", al otro lado de la línea, su voz de repente se suavizó, con un toque de burla, "realmente quiero saber qué hombre misterioso ha sido capaz de desconcertar tanto a mi famoso y racional profesor Wang Ming".

La llamada terminó. Fuera de la gran ventana de la habitación del hotel, la ciudad de Tokio estaba brillantemente iluminada, pero en mi corazón en ese momento... parecía que otra luz acababa de encenderse, no deslumbrante ni ostentosa, sino ardiente, persistente y lo suficientemente cálida como para iluminar el próximo paso.

Instintivamente miré por la ventana, hacia la lejanía, donde el cielo nocturno de Tokio se mezclaba con las estrellas tenues.

Un viaje a Guizhou. Con Qing Ling. La idea no dejaba de dar vueltas en mi cabeza.

El viaje a Tongren

Aunque mi racionalidad de científico no dejaba de plantear una serie de preguntas sobre la extraña invitación y el misterioso hombre llamado Zhang Feng, una curiosidad, una vaga creencia, había ido creciendo silenciosamente en mí. Finalmente, después de muchas noches de insomnio, se tomó la decisión de ir a China. El viaje estaba previsto para durar unos tres meses, comenzando a principios de verano. Qing Ling, con su dominio del chino y su profundo conocimiento de la cultura oriental, se convirtió naturalmente en una compañera de viaje indispensable. Me ayudó mucho a organizar todo y, aunque mantenía una necesaria cautela, pude percibir en sus ojos una silenciosa emoción, un deseo de explorar aspectos culturales y espirituales que quizás los libros nunca podrían describir del todo.

A principios del verano, cuando el calor húmedo característico de Oriente comenzaba a extenderse, tomamos un largo vuelo a Shanghai, la ciudad donde Qing Ling pasó su infancia. Era la primera vez que pisaba la China continental y, aunque me había preparado mentalmente para un país vasto con una historia de miles de años, la modernidad y la escala de Shanghai me sorprendieron de verdad. El enorme y bullicioso aeropuerto internacional, los rascacielos que se alzaban orgullosos en el centro de la ciudad, el complejo

pero eficiente sistema de transporte urbano... todo demostraba un desarrollo extraordinario, una vitalidad asombrosa.

"Shanghai ha cambiado mucho, ¿verdad, cariño?", dijo Qing Ling, con un toque de nostalgia en su voz mientras nos alejábamos del aeropuerto en taxi. "Esto es solo una pequeña parte de la China actual. Este país es enorme, y verás muchas más diferencias, especialmente cuando nos adentremos más en el interior".

Lo que me impresionó profundamente, como alguien con formación en tecnología, fue la eficiencia y modernidad del sistema de trenes de alta velocidad de China. Desde Shanghai, tomamos uno de esos trenes para viajar a la provincia de Guizhou. El tren se deslizaba veloz y suavemente, pasando por interminables campos de arroz verde, colinas de té que se sucedían una tras otra, y gradualmente, el paisaje de llanura dio paso a las montañas de piedra caliza que comenzaban a aparecer en el lejano horizonte. Sentí que realmente me estaba adentrando en una tierra diferente, donde el tiempo parecía transcurrir más lentamente y el ritmo de vida se volvía más pausado.

Cuanto más nos adentrábamos en Guizhou, el paisaje a ambos lados se volvía más majestuoso y de una belleza indescriptiblemente prístina. Cadenas de montañas de piedra caliza, cubiertas de una exuberante vegetación

verde, aparecían y desaparecían entre capas de niebla que flotaban como suaves cintas de seda blanca que la creación había dejado caer accidentalmente, pintando un gigantesco y vívido cuadro de tinta china. Esta era, de hecho, una China muy diferente a la que se suele ver en las megaciudades modernas.

Después de llegar a una ciudad más grande de la provincia, continuamos nuestro viaje en coche hasta Tongren (铜仁), el pequeño pueblo cuya dirección estaba escrita en el papel del señor Zhang Feng. Este viaje nos llevó por sinuosas carreteras de montaña, a través de densos bosques que conservaban su aspecto salvaje y a lo largo de arroyos frescos y cristalinos. La naturaleza aquí realmente me asombró por su magnífica belleza. Acantilados verticales imponentes, valles tan profundos que parecían guardar los secretos de milenios. En un momento, incluso vimos desde muy lejos la majestuosa cima del Monte Fanjing, que aparecía y desaparecía en la niebla, una montaña sagrada que, según los lugareños, era la morada de seres iluminados.

En el camino, el coche a veces pasaba por pequeños pueblos donde las casas sobre pilotes de madera o bambú, con sus tejados de tejas cóncavas y convexas de estilo antiguo, se acurrucaban pacíficamente al pie de las imponentes montañas. El humo azulado de las cocinas se elevaba sobre los sencillos tejados, y las terrazas de arroz dorado se extendían por las laderas de las colinas. La

gente de aquí, con su piel bronceada y sus sonrisas amables, tenía un aspecto sencillo, muy diferente del ajetreo y la competitividad de los habitantes de la ciudad.

"Qué tranquilo y pacífico es aquí, ¿verdad, Ming?", comentó Qing Ling en voz baja, su mirada siguiendo a una manada de búfalos que pastaban tranquilamente al borde de la carretera. "No esperaba que Guizhou tuviera una belleza tan rústica y un aire tan puro".

Asentí. Acostumbrado al ruido y la presión constante del mundo moderno, encontré que el aire fresco, la tranquilidad de las montañas y el ritmo de vida algo más lento de aquí creaban una sensación muy diferente: un poco atractiva, un poco extraña. Hizo que mi mente se calmara instintivamente, dándome más espacio para pensar en cosas que no fueran el trabajo o los proyectos de negocio que me esperaban.

Finalmente, llegamos a Tongren. Era un pueblo mucho más pequeño de lo que había imaginado, acurrucado pacíficamente entre cadenas de montañas. Se decía que no estaba lejos de la famosa Ciudad Antigua de Fenghuang, pero tenía una tranquilidad y una profundidad como si nunca hubiera sido perturbada por el turismo de masas. A diferencia del esplendor moderno de Shanghai, Tongren vestía una belleza antigua y silenciosa, con el aliento de la región montañosa. Las pequeñas calles empedradas, desgastadas por el tiempo,

las casas de arquitectura tradicional con sus tejados curvos cubiertos de musgo, se mezclaban con los mercados locales que, aunque animados, no eran ruidosos ni caóticos. El aroma característico de las hierbas secas de las farmacias tradicionales, el olor de los platos rústicos de los pequeños restaurantes al borde de la carretera y el olor húmedo y suave de la región montañosa se mezclaban, creando una atmósfera muy particular.

Nos bajamos en un cruce cerca de lo que se consideraba el centro del pueblo, con solo unas pocas mochilas ligeras y el papel con la dirección que el señor Zhang Feng nos había dado. En lugar de ir directamente a esa dirección, Qing Ling y yo decidimos buscar primero un lugar para alojarnos, en parte porque queríamos descansar después del largo viaje, y en parte, para ser sincero, porque quería tener un poco más de tiempo para sentir el ritmo de vida y la gente de este lugar antes de cualquier encuentro.

Qing Ling, con su habilidad lingüística y su tacto, fue la que se encargó de hablar con algunos lugareños para pedir indicaciones y encontrar una posada adecuada. Aunque había vivido en Shanghai, Tongren era claramente un mundo completamente diferente, un lugar donde la gente todavía se llamaba con un acento local cálido y rústico, y recibía a extraños como nosotros

con una mirada a la vez amable, curiosa y un poco reservada.

Finalmente, giramos en una pequeña calle empedrada que corría junto a un río, donde había algunas posadas de estilo antiguo, con paredes encaladas de amarillo, modestamente escondidas bajo las amplias copas de los árboles antiguos. En ese momento, sentí una sensación muy vaga, como si estuviera a punto de entrar en una historia cuyo final desconocía por completo.

La atmósfera y la gente de Tongren

El coche finalmente se detuvo en Tongren, el pequeño pueblo que figuraba en el papel del señor Zhang Feng. Apenas bajé y respiré el primer aire, sentí como si hubiera cruzado un umbral invisible hacia un mundo completamente diferente.

El aire aquí era sorprendentemente puro.

No había el estruendo incesante de las bocinas de los coches como en Shanghai, ni los parpadeantes anuncios electrónicos o las deslumbrantes luces de neón que barrían las fachadas de cristal de los rascacielos.

Solo había callejuelas empedradas, tejados superpuestos cubiertos por el musgo del tiempo, y un olor húmedo muy característico de las montañas, de la tierra, que flotaba en la brisa de la tarde.

Qing Ling inspiró profundamente y se volvió hacia mí, con un toque de sorpresa en su voz:

"El aire aquí... es tan diferente, cariño. Me recuerda a los lugares que he leído en las novelas antiguas. Pero esta sensación... es extrañamente real".

El pequeño pueblo se acurrucaba pacíficamente entre cadenas de montañas de piedra caliza. Cada callejuela aquí parecía conducir a un espacio diferente: había calles de mercado que parecían bulliciosas pero no eran ruidosas ni caóticas; la gente que pasaba por la calle parecía mucho menos apurada; cada pequeño restaurante, farmacia tradicional o puesto de artesanía tenía un aire lento, algo anticuado pero que emanaba una calidez y cercanía. El olor del anís estrellado, de los téis secos, de la madera húmeda y antigua, y el familiar olor a humo de cocina de las casas se esparcían, mezclándose en el aire. No todo estaba impecablemente limpio ni brillantemente moderno, pero era increíblemente auténtico.

Me di cuenta de que me había detenido innumerables veces solo para observar a un anciano que disponía con

esmero hierbas medicinales bajo un viejo alero de madera, o a un grupo de estudiantes con uniformes descoloridos que pasaban alegremente en bicicleta por un callejón cubierto de musgo.

Tongren no intentaba "impresionar" a los turistas. Pero quizás por esa apariencia natural y sin adornos, hizo que mi corazón tocara algo muy real y muy pacífico.

Según el plan que habíamos discutido, Qing Ling se encargó de buscar una posada. Con su dominio del chino y su cierto conocimiento de la cultura local, rápidamente preguntó e intercambió unas palabras con algunos lugareños. En poco tiempo, me llevó a una pequeña calle empedrada que corría junto al río, donde había una fila de posadas de tres pisos con fachadas de madera, que no parecían demasiado nuevas pero sí muy ordenadas y acogedoras.

La dueña de la posada era una mujer de unos cuarenta años, de complexión robusta y rostro amable. Nos recibió con calidez, pero sin esa insistencia excesiva de los vendedores. Cuando supo que éramos profesores universitarios de origen chino que vivían en Estados Unidos y que habíamos venido a aprender más sobre la cultura tradicional, sonrió con complicidad:

"Este pueblo nuestro todavía conserva muchas cosas antiguas. Pero no todos los que vienen aquí tienen el destino de verlas".

Esa frase me sobresaltó un poco. No estaba seguro si era por el profundo significado implícito en sus palabras, o simplemente por la voz tan genuina y rústica de esta mujer.

La habitación que alquilamos estaba en el segundo piso, con un pequeño balcón que daba a una colina baja cubierta de árboles verdes en la distancia. Tanto la puerta como las ventanas eran de madera, de estilo corredero. El mobiliario de la habitación era extremadamente simple: una cama de madera maciza, un pequeño juego de té de bambú, un hervidor eléctrico y una pequeña estantería en una esquina. No había televisión de pantalla plana. Ni carteles con normas en tres o cuatro idiomas.

Me senté en el borde de la cama y miré por la ventana abierta. La pálida luz amarilla del atardecer caía sobre el alero de una casa de enfrente, donde un anciano de pelo canoso regaba tranquilamente unas macetas con un cucharón hecho de cáscara de coco.

"Creo que este es un buen lugar para que nos quedemos, Ming", dijo Qing Ling en voz baja, después de haber inspeccionado la habitación.

Asentí levemente. No solo por la comodidad suficiente o el precio razonable. Sino, más importante, porque aquí... sentí que realmente podía "asentarme".

No para escribir un informe científico. Ni para elaborar un itinerario detallado para los próximos días. Sino para intentar escuchar lo que este mundo sencillo y algo extraño quería susurrarme.

Esa noche, por primera vez después de muchos días de viaje agotador y confusión mental, tuve un sueño profundo. Sin sueños. Sin despertarme ni una sola vez.

Solo el sonido del viento nocturno que se colaba suavemente por las rendijas de las puertas de madera, y una sensación muy ligera y pacífica... como si estuviera entrando lenta, muy lentamente, en algo que no podía nombrar.

La modesta morada de Zhang Feng

Después de tres días en Tongren, acostumbrándonos al ritmo de vida lento y a la tranquilidad característica de la región montañosa, Qing Ling y yo decidimos que era hora de buscar la dirección que el señor Zhang Feng había escrito en el pequeño papel. Había dudado un poco en los últimos días, no tanto por escepticismo, sino

quizás porque quería darme un poco más de tiempo para asentarme de verdad, para prepararme para un encuentro que sentía que no se parecería a ningún otro anterior. Pero la atmósfera pacífica y serena de esta tierra me hizo pensar más en él y en las impresiones y preguntas que quedaron sin respuesta tras nuestro breve encuentro en Tokio.

Seguimos las indicaciones y entramos en un pequeño callejón empedrado, donde las paredes de las viejas casas de piedra cubiertas de musgo se acurrucaban modestamente bajo las frondosas copas de los árboles antiguos. La tarde en Tongren siempre parecía más densa, más tranquila que en otros momentos del día. El sonido de nuestros pasos resonaba suavemente sobre las piedras, como sonidos perdidos que despertaban accidentalmente un espacio que había estado dormido durante mucho tiempo.

Finalmente, la puerta de madera apareció ante nosotros: una puerta sencilla, oscurecida por la lluvia y el sol, cubierta de enredaderas verdes, tan vieja que parecía una parte natural del paisaje. Respiré hondo y llamé suavemente tres veces. El sonido no fue fuerte, pero fue suficiente para que mi pecho vibrara ligeramente.

Ese día era un sábado. No habíamos llamado para avisar, pero esperábamos en silencio que estuviera en casa.

Un momento después, la puerta de madera se abrió con un crujido. Salió una anciana de pequeña estatura, con el pelo completamente blanco recogido en un moño. Su rostro era amable, radiante con innumerables arrugas del tiempo, y sus ojos brillaban con una bondad y una claridad como un arroyo fresco. Nos sonrió, una sonrisa sincera, sin formalidades ni escrutinio.

"Pasen, por favor", dijo con un cálido acento local, después de que Qing Ling la saludara y se presentara en mandarín estándar. "Mi esposo los está esperando en el salón de té de adentro".

La seguimos a través de un pequeño patio. El espacio interior se abrió como un mundo completamente diferente, no de una manera metafísica o milagrosa, sino de una manera... muy tranquila. Muy ligera. Y llena de vida.

Un pequeño y encantador jardín apareció bajo la sombra de los árboles, con un pequeño estanque con algunas carpas de colores, arbustos de flores silvestres de todo tipo y el suave murmullo del agua que fluía de una rocalla hecha de guijarros. Todo aquí parecía no seguir ninguna escuela de diseño, ni parecía haber sido cuidado intencionadamente. Era como un espacio que se había formado por sí mismo, que se había organizado al ritmo de vida de sus habitantes a lo largo de los años, una armonía muy natural, muy real.

La casa principal era una estructura tradicional sencilla, con columnas de madera de lim que habían adquirido pátina, paredes encaladas y un pasillo de baldosas rojas que serpenteaba alrededor del jardín. No había aparatos tecnológicos modernos a la vista. Ni objetos decorativos lujosos y superfluos. Solo muebles de madera sencillos, pulidos por el uso prolongado, que llevaban la marca del tiempo y de la vida.

Zhang Feng estaba sentado allí, en una pequeña habitación con vistas al jardín, donde la luz del sol de la tarde se inclinaba a través de los barrotes de la ventana, proyectando franjas de luz dorada sobre su chaqueta marrón oscura. Levantó la vista cuando entramos, sus ojos todavía claros y su rostro manteniendo esa expresión tranquila y serena, como si hubiera sabido que este momento llegaría desde hacía mucho, mucho tiempo.

"Ah, los profesores han llegado", dijo, su voz todavía grave y tranquila, mientras se levantaba lentamente. "Bienvenidos a mi humilde morada".

Inclinamos la cabeza en señal de saludo. Sin presentaciones engorrosas. Sin formalidades corteses. Solo un espacio cálido y extrañamente agradable, suficiente para que nos sintiéramos cómodos sentándonos sin necesidad de decir nada más.

Nos invitó a tomar té.

La anciana se había retirado discretamente, dejándonos nuestro espacio. Zhang Feng sacó él mismo un juego de té de porcelana blanca, con tazas diminutas que cabían en la palma de la mano. Enjuagó con calma las tazas y la tetera con agua hirviendo, luego abrió una pequeña caja de madera que contenía hojas de té secas y retorcidas de un color verde oscuro.

"Este es té Shan Tuyet", dijo, con voz suave. "Té de árboles antiguos que crecen de forma natural en las altas laderas del Monte Fanjing".

Observé en silencio sus dedos mientras colocaba cuidadosamente el té en la tetera y luego vertía el agua. Sus movimientos eran lentos, pausados, sin ningún rastro de exhibicionismo formal. Era simplemente la concentración y naturalidad de alguien que probablemente había preparado té miles, decenas de miles de veces en su vida, pero que cada vez, parecía mantener un respeto, una reverencia total por el momento presente.

Se vertió agua hirviendo en la tetera. Un fino vapor con aroma a té comenzó a extenderse, un aroma muy ligero, muy puro, no fuerte ni penetrante, como el olor del rocío de la mañana en las hojas, o el olor de las nubes en la cima de la montaña después de un aguacero.

Sirvió el té secuencialmente en cada taza pequeña y nos las ofreció. Levanté con cuidado la taza, la acerqué a mi nariz para inhalar ligeramente el aroma, y luego tomé un pequeño sorbo. El sabor del té no era amargo como esperaba. Tampoco era astringente. Era ligero, suave, como una corriente de agua clara, lo suficientemente cálida, que fluía lentamente por mi pecho, trayendo una extraña sensación de bienestar.

Qing Ling también bebió el té, y luego miró en silencio el pequeño jardín bañado por el sol de la tarde. No dijo nada. Pero vi que su mirada ya no era la de una profesora que observa un objeto de estudio, sino como si... estuviera realmente escuchando algo de este espacio silencioso.

Dejé la taza de té y pregunté en voz baja: "Señor Zhang, ¿hace mucho que vive en este lugar?".

Zhang Feng sonrió levemente. "Vivo. Pero quizás, no solo en este lugar".

Esperé a que explicara más, pero no dijo nada más, solo sirvió té en silencio en su propia taza.

Un pensamiento repentino surgió en mi mente, vago pero persistente: ¿Podría ser que algunas personas no "viven en" un lugar específico, sino que "viven en" un

cierto estado de ser? Y este lugar, esta casa, este jardín... ¿quizás son solo una manifestación externa de ese estado?

Miré alrededor del sencillo salón de té. No había nada especial que necesitara una explicación forzada. Tampoco había ningún misterio que necesitara ser desvelado.

Y quizás, por primera vez en mi vida, después de tantos años persiguiendo la lógica y la evidencia científica, sentí una extraña paz, sin necesidad de entender por qué.

Las primeras conversaciones más profundas

La conversación fluyó de forma natural, sin presiones ni intentos de guiarla por parte de nadie. No sé en qué momento nuestra conversación se deslizó silenciosamente hacia una corriente diferente: más lenta, más profunda y, al parecer, mucho más allá de lo que estaba acostumbrado en mis diálogos cotidianos.

Miré a Zhang Feng, el hombre que estaba sentado tranquilamente frente a mí, de figura algo delgada, con el pelo salpicado de canas, pero con unos ojos que seguían siendo claros y que, sin ser afilados, albergaban

una calidez extraña. Aunque calculé que tendría más de setenta años, su rostro conservaba una expresión brillante e inteligente, y su piel no estaba cargada con las arrugas típicas de esa edad. Su mirada tenía una profundidad especial, que hacía difícil adivinar su verdadera edad.

Sentado frente a él, de repente sentí que el papel de profesor de medicina que solía llevar conmigo ya no parecía apropiado. Hubo un impulso interior que me instó a dejar de lado temporalmente mis conocimientos, mis prejuicios arraigados, para escuchar con una mente completamente abierta.

"Señor Zhang", comencé, tratando de mantener la voz tranquila, "en la conferencia de Tokio... usted habló de la íntima conexión entre la mente y el cuerpo. Y también... la forma en que me 'tomó el pulso' ese día... sinceramente, hasta ahora no he podido explicarlo".

Hice una pausa, respiré suavemente y continué:

"Con los conocimientos de la medicina moderna que he aprendido y enseñado, todo lo que dijo entonces parece estar más allá de la capacidad de medición y verificación experimental".

Zhang Feng sonrió levemente, una sonrisa que no tenía intención de refutar o ridiculizar.

"La ciencia de ustedes es realmente brillante, extraordinaria en la investigación y el análisis de lo que se puede ver a simple vista, medir con máquinas y replicar en un laboratorio", dijo lentamente, con calma. "Pero este mundo, y nosotros mismos, no existimos solo en ese nivel material visible. Hay cosas más sutiles, que pertenecen al espíritu, a la energía, a las que la ciencia actual quizás todavía no tiene las herramientas adecuadas para alcanzar y percibir".

Hablaba como si estuviera relatando algo que era demasiado natural, demasiado familiar para él, sin ninguna intención de persuadirme o imponerme nada.

Volvió a mencionar el concepto de "qi", una forma de energía sutil que se cree que fluye constantemente dentro y alrededor del cuerpo de cada persona, y que está muy influenciada por los pensamientos, las emociones y todo el temperamento de esa persona. Cuando la mente está inestable, ansiosa, ese flujo de *qi* puede bloquearse, volverse caótico. Por el contrario, cuando el corazón está sereno y en paz, el *qi* fluye suavemente, sin obstrucciones. Escuché, y de repente recordé el momento en Tokio, cuando su mirada se clavó en la mía, y la frase que me dejó atónito: "Su mente tiene un nudo".

Qing Ling, que había estado escuchando en silencio, se inclinó ligeramente hacia adelante. "Señor, lo que acaba de decir... parece bastante similar a los principios

fundamentales de la medicina tradicional oriental, ¿no es así? Y parece que también he leído conceptos similares en las escrituras taoístas y budistas".

Zhang Feng asintió levemente hacia ella. "La cultura tradicional de nuestra nación poseía un sistema de conocimiento increíblemente profundo y completo. No era simplemente medicina para curar enfermedades físicas, sino que podría considerarse una ciencia integral de la vida humana, que ayuda a las personas a comprender la profunda conexión entre el cuerpo, la mente y su propio destino".

No usaba el lenguaje de un investigador académico, ni el de alguien que teoriza en vano. Cada palabra que pronunciaba parecía destilada de experiencias profundamente asimiladas, de una vida de verdadera contemplación y verificación.

Luego, comenzó a relatar lentamente, su voz uniforme, sin altibajos:

"Hace muchos años, conocí a un hombre. Trabajaba en el campo de la medicina, también había alcanzado cierto éxito, vivía con muchos principios y llevaba sobre sus hombros no pocas responsabilidades. Aparentemente, todos pensaban que tenía una vida estable, sin nada de qué preocuparse, pero en lo más profundo de su corazón siempre había una pesada carga de presiones sin nombre,

de sentimientos que no eran fáciles de expresar. En ese momento, esa persona tenía un pequeño tumor formándose en su corazón, que los equipos médicos modernos probablemente no podían detectar, pero yo podía sentir su existencia, no a simple vista, sino a través de una sensación muy vaga, muy sutil...".

No me miró directamente mientras contaba esa historia. Pero cada palabra, cada sílaba, parecía golpear suavemente una puerta secreta en mi alma, una puerta cuya existencia no conocía, o que había olvidado intencionadamente durante mucho tiempo.

De repente sentí un escalofrío recorrer mi espalda.

Mi corazón dio un vuelco, no por un dolor físico, sino por una repentina y clara comprensión, tan clara que era abrumadora. Sabía que no estaba hablando solo de "un hombre" cualquiera. Estaba hablando de mí.

"Usted... usted realmente... ¿sabía eso?!", solté, mi voz temblando incontrolablemente.

Zhang Feng me miró entonces. Su mirada no tenía ni un ápice de autocomplacencia o alarde sobre sus habilidades, ni intentaba crear un aire de misterio insondable, solo una bondad y una calma extrañas.

"Es solo una pequeña percepción, señor Wang", dijo, con voz todavía suave. "No es ninguna habilidad sobrenatural especial. Es solo que... cuando la mente de una persona está lo suficientemente tranquila, a veces, puede ver cosas que los ojos comunes no pueden percibir".

"Y no se preocupe demasiado por eso...", continuó, su voz como un consuelo. "Siento que ustedes dos tienen una gran afinidad predestinada con las antiguas enseñanzas sobre el cultivo del cuerpo y la mente. Esa es también la razón principal por la que le aconsejé sinceramente que dedicara tiempo a este viaje. Llegará un momento, quizás no muy lejano... en que otra persona, otro camino, los ayudará a sanar verdaderamente tanto su cuerpo como su mente".

Guardé silencio por completo, sin saber qué decir...

Volvió a servir té lentamente en nuestras tazas, y luego dijo en voz baja, como para sí mismo:

"La gente busca la cultivación no principalmente para obtener habilidades sobrenaturales. Sino, más importante, para poder encontrar y regresar a la parte más pura y bondadosa que existe en lo más profundo de su ser".

Miró hacia el pequeño jardín, donde el viento de la tarde mecía suavemente las hojas verdes.

"*Fǎn běn guī zhēn*", recitó en voz baja esas cuatro palabras, y luego explicó. "Es regresar a la raíz, al aspecto original, al origen más verdadero de la vida".

Escuché, pero sinceramente, no pude entenderlo todo de inmediato. No porque las palabras fueran demasiado difíciles o complejas. Sino porque... sentí que su verdadero significado no se encontraba solo en la superficie de las palabras.

Era como el eco de una campana de un templo desde algún lugar muy lejano, no demasiado fuerte, no apresurado, pero su sonido resonaba, se extendía y vibraba suavemente en mi mente sin cesar.

Qing Ling también permaneció en silencio durante mucho tiempo. Sabía que, como investigadora y profesora de cultura china, había leído innumerables libros sobre el "cultivo de la mente y el temperamento", sobre ermitaños y verdaderos cultivadores de la antigüedad. Pero quizás, esta era la primera vez en su vida que conocía a una persona —en carne y hueso, justo delante de ella— que vivía y manifestaba exactamente las cosas que hasta ahora solo había visto en las páginas de los libros antiguos.

De repente miré a Qing Ling y vi que sus ojos se habían humedecido ligeramente. Se giró rápidamente, como para ocultar una emoción que acababa de surgir.

Nuestra conversación se prolongó hasta casi el mediodía. El ambiente en el salón de té seguía siendo ligero y sereno. Nadie intentó llegar a una conclusión final sobre nada. Tampoco se afirmó ninguna "respuesta correcta". Simplemente, una persona que había vivido, que había experimentado, compartía con dos personas que todavía estaban en el camino de la búsqueda.

Zhang Feng nos invitó a quedarnos a almorzar. Fue una comida extremadamente simple: solo arroz blanco recién hecho, un plato de col de jardín hervida y verde, y un tazón de sopa de tofu con setas shiitake. Sin condimentos elaborados. Sin invitaciones ceremoniosas. Pero, por alguna razón, me pareció más delicioso que la mayoría de los banquetes suntuosos que había disfrutado en restaurantes de lujo.

Cuando nos levantamos para despedirnos, el sol ya había comenzado a alcanzar su cenit. Zhang Feng no intentó retenernos más, ni fijó una fecha específica para volver a vernos. Solo nos acompañó hasta la puerta e inclinó la cabeza en señal de saludo, como un silencioso asentimiento a una semilla de afinidad que acababa de ser plantada.

Al salir de esa puerta de madera cubierta de enredaderas y volver al pequeño callejón empedrado, ni Qing Ling ni yo dijimos una palabra.

Ambos guardamos silencio. Como si nuestras mentes todavía estuvieran ancladas en ese espacio tranquilo y cálido, con el aroma del té aún persistente y las palabras que aún no se habían enfriado.

* * *

CAPÍTULO 3: EL ERMITAÑO EN LA CIMA DE LA MONTAÑA

Preparativos y partida hacia un nuevo destino

Antes de que nos fuéramos de Tongren, el señor Zhang Feng dijo que nuestro viaje, en realidad, acababa de empezar. No nos dio un itinerario específico, pero nos sugirió algunas personas que, según él, "deberíamos conocer", si teníamos afinidad predestinada. Entre ellos, el más cercano era un monje que, según se decía, vivía como ermitaño en una pequeña montaña, a unos treinta kilómetros del pueblo de Tongren. No era un lugar turístico famoso ni un punto de peregrinación que

atrajera a los visitantes; los lugareños parecían mencionarlo rara vez, pero por la forma en que el señor Zhang Feng hablaba, sentí que ese lugar ocultaba algo especial, una oportunidad para continuar explorando.

Así, los días en Tongren se cerraron como un prelude sereno para un viaje más largo. A través de dos encuentros y conversaciones con el señor Zhang Feng, realmente sentí que en esta tierra china, con su profunda cultura antigua, todavía se ocultaban innumerables secretos, suficientes para despertar en mí un fuerte interés, instándome a continuar este viaje, aunque sinceramente no sabía a dónde me llevaría.

Decidimos quedarnos en Tongren unos días más para prepararnos para el viaje a la montaña. Qing Ling intentó sondear la opinión de algunos aldeanos de los alrededores. La mayoría conocía esa zona montañosa: un lugar con vastos bosques de bambú, algunas pequeñas cascadas que fluían todo el año y algunos senderos antiguos que llevaban a zonas más altas. Algunos decían que habían ido allí a recoger setas o brotes de bambú. Otros habían oído vagamente que el gobierno estaba estudiando un proyecto de ecoturismo. Pero cuando Qing Ling preguntó hábilmente si había alguien viviendo como ermitaño en la montaña, casi todos negaron con la cabeza: "Si hay alguien viviendo allí, debe ser muy adentro del bosque. Nosotros, si vamos, solo nos quedamos por las faldas de la montaña".

Nadie se mostró escéptico ni lo negó rotundamente. Simplemente... parecía que eso nunca había captado realmente su atención.

Fuimos al mercado del pueblo a comprar algunas cosas necesarias para el viaje: un par de botas de montaña mejores que las zapatillas deportivas que llevaba, una mochila más ligera, algo de comida seca fácil de transportar y algunas prendas ligeras por si llovía o hacía sol de repente. Todavía intentaba mantener un contacto regular con mis colegas en Estados Unidos, revisando correos electrónicos diariamente y participando en algunas breves reuniones en línea por la noche; el trabajo no podía dejarse de lado por completo, especialmente con proyectos importantes en fase de implementación. Pero fuera de esas horas fijas dedicadas al trabajo, dejaba que mi mente se relajara más, que pensara menos.

Sin darme cuenta, empecé a prestar más atención a las pequeñas y sencillas cosas que sucedían a mi alrededor: una brisa fresca que de repente se colaba por la manga de mi camisa, un rayo de sol matutino que se inclinaba sobre el alero de madera de la posada, o el sonido grave de la campana de un templo en alguna montaña lejana que resonaba en la niebla matutina. Aunque todavía no podía despojarme por completo de mis hábitos arraigados, sentía que estaba aprendiendo a vivir más despacio, a soltar temporalmente la necesidad de

controlar todo, y a dejar que el flujo natural de la vida me guiara.

Dejamos Tongren una mañana temprano, cuando la niebla blanca todavía flotaba alrededor de las cimas de las montañas. Un coche local que habíamos alquilado nos llevó por carreteras asfaltadas bastante suaves. Solo cuando empezamos a desviarnos por un camino más pequeño que conducía hacia la base de la montaña, la superficie se fue volviendo irregular, con tramos de tierra roja basáltica y otros bastante accidentados y resbaladizos, pero aún lo suficientemente transitables para que el coche avanzara lentamente. Los escasos campos de arroz y maíz dieron paso a laderas suavemente inclinadas y franjas de bosque denso.

Después de más de una hora de viaje, el coche ya no pudo continuar. Nos bajamos, nos pusimos las mochilas y miramos hacia un sendero estrecho que casi había desaparecido bajo la maleza y los árboles. Ni una sola señal. Ni rastro de intervención moderna.

"¿Estás seguro de que vamos en la dirección correcta?", preguntó Qing Ling, su voz un poco vacilante, mirando el sendero con escepticismo. "Se parece un poco a esas escenas de películas de aventuras".

Me reí levemente, aunque por dentro no estaba más seguro que ella. "Sinceramente, tampoco lo sé, Ling. Pero

por alguna razón, tengo la sensación... de que esta es la dirección correcta. No por ninguna razón lógica, sino simplemente... una especie de sensación".

"¿Una sensación?", me miró, con una expresión como si acabara de oír lo más extraño del día. "¿Has olvidado que eres profesor de medicina? No somos excursionistas profesionales, no tenemos ninguna experiencia".

"Lo sé. Pero ¿recuerdas lo que dijo el señor Zhang Feng? Que a veces tenemos que seguir la naturaleza, escuchar la voz de nuestro corazón. Quizás, en este momento, eso es todo lo que estoy intentando hacer".

Qing Ling no dijo nada más. Miró en silencio el sendero durante un rato y luego asintió levemente.

Empezamos a adentrarnos en el bosque. Cada paso era como adentrarse un poco más en un mundo diferente, no el mundo de los mapas detallados o las rutas predefinidas, sino un mundo de una ambigüedad atractiva. El sendero a veces subía por pendientes bastante empinadas y peligrosas, y otras veces era resbaladizo por el musgo verde que cubría las rocas. Sentí que mi cuerpo empezaba a cansarse, pero mi mente, por el contrario, estaba extrañamente clara y alerta. Un tipo de despertar muy diferente, que no provenía de tazas de café fuerte ni de la estimulación de la adrenalina,

sino que parecía surgir de la inmensa tranquilidad del bosque.

Seguimos caminando, a veces charlando ociosamente, otras veces simplemente escuchando en silencio el susurro del viento entre las copas de los árboles. En los tramos difíciles, nos deteníamos a descansar junto a un pequeño arroyo de agua cristalina y fresca, como si acabara de derretirse del hielo.

"Todavía no entiendo por qué te sientes tan atraído por todo esto", dijo Qing Ling de repente, mientras descansaba en una gran roca junto al arroyo, sus dedos dibujando círculos ociosos en la superficie del agua. "No se parece en nada a la persona práctica y racional que eras antes".

Me senté a su lado, inhalando profundamente el aire fresco de la montaña.

"Quizás... es porque he vivido demasiado tiempo, demasiado acostumbrado a las cosas que se pueden medir, calcular y controlar con la razón. Pero aquí, son precisamente las cosas que no puedo explicar, las que están fuera de mi control, las que me hacen sentir... más ligero. No porque las haya entendido, sino quizás, porque es la primera vez en mi vida que siento que no necesito entenderlo todo a fondo para poder aceptar su existencia".

Qing Ling se volvió para mirarme, su mirada se suavizó, con una comprensión que apareció en ella. "Entiendo esa sensación tuya. No es como si alguien te convenciera con argumentos, sino como cuando te encuentras ante algo muy grande, muy diferente, que, aunque no puedes captar o definir, tampoco puedes ignorar".

Sonreí levemente. Quizás, aunque no compartiéramos completamente la misma creencia, habíamos empezado a compartir la misma perspectiva, la misma apertura a lo nuevo.

Continuamos, sin mapa en la mano, sin una ruta clara por delante. Solo el sendero que aparecía y desaparecía, y la sensación de que necesitaba ir más despacio, mirar más de cerca y escuchar más, tanto los sonidos del bosque circundante como, quizás, las voces silenciosas desde lo más profundo de mi ser.

El viaje a la cima de la montaña

Continuamos siguiendo el sendero, que nos llevaba cada vez más adentro de las densas laderas de la montaña. El camino no era excesivamente peligroso, pero tampoco era fácil. Había tramos que parecían haber sido olvidados durante mucho tiempo: musgo verde cubría las rocas, hojas secas y podridas se acumulaban en capas

gruesas, y la maleza crecía tan alta que casi nos llegaba a las rodillas. Las lluvias de la noche anterior habían dejado el suelo resbaladizo y húmedo, lo que requería que cada paso fuera más atento y cuidadoso. A veces, ambos teníamos que aferrarnos a los troncos de los árboles que crecían a lo largo del camino para mantener el equilibrio en las pendientes suaves, o usar un palo para apartar la densa maleza que ocultaba el camino. No era exactamente una escalada de aventura, pero fue suficiente para que tanto yo como Qing Ling nos sintiéramos agotados después de varias horas de caminar a paso constante en el silencio casi absoluto del bosque.

A medida que el sol se elevaba, disipando la niebla persistente, el bosque se fue abriendo ante nosotros, revelando escenas que quizás nunca había visto realmente en mis viajes de negocios o de placer anteriores, no porque fueran particularmente especiales o majestuosas, sino quizás porque era la primera vez que realmente dejaba que mi mente se detuviera y observara. Los árboles antiguos se alzaban, formando una cúpula de hojas verdes que daba sombra, algunos arbustos de flores silvestres de un azul violáceo florecían silenciosamente junto a parches de hierba verde, el canto incesante de los insectos se mezclaba con el sonido del viento que soplaba entre las hojas... todo esto, en sí mismo, quizás no era deslumbrantemente hermoso, pero

extrañamente, parecían susurrar juntos algo muy pacífico.

Nos detuvimos a descansar en una gran roca, cubierta de un musgo verde y fresco, a la sombra de un árbol antiguo. Qing Ling se sentó, se quitó en silencio su pequeña mochila y se masajeó suavemente el tobillo; probablemente se lo había torcido un poco antes. No se quejó en absoluto. Solo miró a su alrededor en silencio, su mirada se detuvo durante mucho tiempo en el valle brumoso a lo lejos, y luego sonrió levemente, una sonrisa suave como si acabara de reencontrar algo muy familiar de sus recuerdos.

Iba a decir algo, pero me detuve. El espacio circundante era tan silencioso que sentí que cualquier palabra sería superflua. Una hoja amarilla se desprendió de una rama, giró varias veces en el aire y aterrizó suavemente junto a mi pie, y en ese breve momento, un pensamiento fugaz cruzó mi mente: nunca había estado tan "presente" en cada pequeño detalle de la vida como en este momento.

Continuamos nuestro viaje. El camino se hizo más empinado, serpenteando por las laderas de las rocas. Cuanto más alto subíamos, más fuerte soplaba el viento, trayendo consigo el olor húmedo de la tierra, el olor de las hojas podridas, mezclado con el aroma ligero de alguna flor silvestre escondida en los matorrales. Sentí que mi respiración se volvía más pesada, mi corazón

latía más rápido, pero mi mente, por el contrario, estaba extrañamente clara y alerta, ya no había pensamientos errantes, las preocupaciones diarias que antes me acosaban, solo la pura presencia de cada paso que daba, de cada latido de mi corazón y del susurro de las hojas en algún lugar adelante.

En un momento, Qing Ling se detuvo de repente frente a una gran roca que se encontraba precariamente al borde del camino. Tocó suavemente la superficie de la roca, donde una curva natural hacía que toda la roca pareciera la forma de un gran dragón acurrucado. Sin decir una palabra, se volvió para mirarme, sus ojos un poco distantes, y luego se volvió de nuevo hacia el profundo bosque. Algo en su mirada me hizo sentir que ella también estaba siendo absorbida por la atmósfera especial de este lugar.

A lo largo del camino, encontramos muchas otras rocas con formas extrañas: una parecía la figura de una persona meditando, otra se asemejaba a una pequeña puerta de piedra, todas yacían en silencio en medio del antiguo y profundo bosque. No había rastro de intervención humana, simplemente la mano de la naturaleza, de alguna manera accidental o intencionada, había creado estas formas únicas, haciendo que uno no pudiera evitar detenerse a contemplarlas al pasar.

No estaba seguro de si estos eran los "vestigios de los antiguos" a los que el señor Zhang Feng se había referido, pero había una cosa que sentía cada vez con más claridad: este lugar poseía una tranquilidad muy diferente. No era el silencio desolado de un lugar desierto. Era un tipo de quietud especial, con peso, que hacía que la mente de uno se calmara naturalmente, sin ganas de hablar o pensar en cosas superfluas e inútiles.

Después de varias horas de subida continua, cuando el sol comenzaba a inclinarse hacia el oeste, finalmente llegamos a una zona bastante llana, cerca de la cima de la montaña. Justo cuando buscábamos un lugar para detenernos y descansar, de repente vi más adelante, no muy lejos, un pequeño cobertizo hecho de bambú y hojas, apoyado en una gran roca plana junto al camino. Debajo del cobertizo, una pareja joven —probablemente lugareños que habían subido a disfrutar del paisaje o a hacer un picnic— estaba sentada bebiendo agua y charlando. Junto a ellos, un anciano de pelo canoso y aspecto elegante estaba concentrado en un pequeño tablero de Go.

Nos acercamos con cautela. La joven nos sonrió amistosamente, mientras que el joven seguía absorto en la partida de Go con una expresión de fascinación. El anciano seguía allí, extrañamente sereno, sin levantar la vista para mirarnos, como si no le perturbara en absoluto la llegada de dos extraños.

No soy un experto en Go, así que solo eché un vistazo rápido durante unos minutos y me dispuse a irme para no molestarlos. Apenas me di la vuelta y di unos pasos, una voz grave y clara sonó detrás de mí:

"Usted es Wang Ming, ¿verdad?".

Me detuve en seco, mi corazón latiendo más rápido. Me volví a mirar: el anciano no me miraba, su mano acababa de colocar suavemente una pieza negra en el tablero.

Traté de mantener la voz tranquila y respondí lentamente: "Sí, soy yo".

Iba a preguntar qué pasaba, cuando volvió a hablar, su voz todavía uniforme, sin cambios:

"Alguien me pidió que me quedara aquí un rato... para indicarle el camino".

No levantó la vista, su mano volvió a coger suavemente una pieza blanca y la colocó en el tablero.

Un momento después, cuando terminó su jugada, continuó, su voz pausada como si estuviera leyendo algo que le habían encargado con mucho cuidado:

"Siguen este sendero. Cuando lleguen a una bifurcación, donde hay unos grandes matorrales de bambú, giren a la

derecha. Caminen durante una hora más y llegarán a otra bifurcación; entonces, giren a la izquierda y sigan recto. Al final de ese camino, encontrarán el lugar que buscan".

Traté de memorizar cada palabra. La indicación no era larga, pero por la forma en que hacía las pausas y enfatizaba cada palabra, tuve la sensación de que todo estaba arreglado de antemano, sin forzar, pero tampoco completamente al azar.

Un pensamiento repentino surgió en mi mente: ¿Podría el señor Zhang Feng haber avisado a este anciano de nuestra llegada por teléfono? Pero inmediatamente, recordé que desde que nos adentramos en esta zona montañosa, mi teléfono móvil había perdido por completo la señal. Lo había comprobado varias veces al pasar por los pequeños pueblos al pie de la montaña, pero no había ni una sola barra de señal, por débil que fuera. Qing Ling también había dicho que, según sabía, esta zona montañosa aún no estaba completamente cubierta por la red de telecomunicaciones, aunque había oído rumores de que el gobierno local planeaba desarrollar el ecoturismo aquí en el futuro.

Al pensar en eso, sentí un escalofrío recorrer mi espalda. Si no era por un contacto previo... ¿cómo podía este anciano saber mi nombre y la razón por la que había venido a este lugar?

Qing Ling me miró, sus ojos también llenos de sorpresa y una confusión evidente. No dijimos nada, pero sabía que ambos compartíamos el mismo pensamiento: este viaje parecía estar llevándonos a algo que superaba con creces nuestras expectativas iniciales.

El encuentro con el ermitaño

Seguimos con cuidado las breves instrucciones del anciano jugador de Go. Pasada la bifurcación con los grandes matorrales de bambú, giramos a la derecha y seguimos por una ladera suavemente inclinada, con el suelo cubierto de un musgo verde resbaladizo, lo que nos llevó casi una hora. Luego, giramos a la izquierda en un estrecho sendero junto a un denso bosquecillo de bambú viejo. Cuando los últimos rayos de sol de la tarde comenzaron a teñirse de un dorado brillante, filtrándose a través de las hojas, de repente vimos una pequeña cabaña con techo de paja, que aparecía y desaparecía tras una fina capa de niebla y una hilera de bambú verde; era tan simple y rústica que, si no hubiéramos prestado atención, probablemente la habríamos pasado de largo sin darnos cuenta.

Un patio de tierra apisonada frente al porche estaba muy ordenado y limpio. Había algunos bancales de coles

verdes y frescas, un carambolo cargado de frutos y un pequeño pozo de piedra antiguo modestamente escondido bajo la copa de un árbol sin nombre. El espacio aquí era extrañamente silencioso, tanto que podíamos oír claramente el susurro del viento de la tarde que soplaba suavemente a través de los bambúes.

En el umbral de la casa, un hombre estaba sentado en meditación. Vestía una tosca túnica de tela marrón desgastada, su pelo blanco y largo caía hasta los hombros, y su barba plateada le llegaba al pecho. Su figura parecía delgada, pero no tenía una sensación de marchitamiento o decrepitud; por el contrario, había una vitalidad llena de fuerza interior, una solemnidad silenciosa que emanaba de sus ojos entrecerrados y su respiración regular y suave. Estaba sentado con la espalda recta sobre una sencilla estera de paja, con las manos apoyadas suavemente en las rodillas, en una postura firme y serena, como si el tiempo y todas las vicisitudes del mundo circundante ya no existieran, ya no fluyeran.

Instintivamente nos detuvimos, manteniendo una distancia natural. Ninguno de nosotros habló. Quizás no era necesario decir nada en ese momento, porque su sola presencia, la atmósfera tranquila que lo envolvía, hacía que todo el lugar se volviera diferente, no una solemnidad que infundiera miedo, sino una paz

profunda que hacía que el corazón de uno se calmara naturalmente.

Un momento después, como si sintiera nuestra presencia, abrió lentamente los ojos.

Esos ojos —claros, tranquilos, sin una mirada inquisitiva o de juicio como la gente suele mirarse— eran como un espejo que reflejaba y luego se posaba suavemente, serenos y profundos como la superficie de un lago otoñal en el fondo de un abismo.

Me miró, y una sonrisa muy leve, casi imperceptible, apareció en sus labios:

"Usted es Wang Ming, ¿verdad?". Era una afirmación, no una pregunta.

Aún no había tenido tiempo de reaccionar cuando continuó, su voz todavía uniforme, sin sorpresa:

"Sabía que vendrían. Alguien me envió un mensaje antes. Pero en realidad, incluso sin ese mensaje, ya lo sabía".

Esa frase nos dejó a mí y a Qing Ling atónitos.

Era esa sensación familiar, la misma que tuve cuando el señor Zhang Feng me llamó por mi nombre en medio de una concurrida casa de té en Tokio, la sensación de que

todos mis cálculos, todos mis preparativos, se habían vuelto completamente superfluos. Pero esta vez, ya no sentí la sorpresa inicial. Solo asentí lentamente, como si yo mismo, desde lo más profundo de mi ser, ya supiera vagamente que este encuentro llegaría, solo que no sabía cuándo.

"Sí, saludos, señor", dije, tratando de mantener un tono de voz respetuoso. "Mi nombre es Wang Ming. Y esta es mi esposa, Qing Ling. Nos... nos recomendó venir aquí un amigo, el señor Zhang Feng".

El hombre asintió levemente de nuevo, su mirada pasó fugazmente sobre Qing Ling. No preguntó nada más, solo dijo, con voz serena:

"Si no hubiera afinidad predestinada, aunque nos encontráramos por casualidad, sería difícil sentarse a hablar. Han podido llegar hasta aquí porque hay algo que buscan en su corazón, y también porque hay alguna raíz entre nosotros que ya estaba conectada desde antes".

Hizo un gesto de invitación muy suave con la mano:

"Bueno, por favor, entren y tomen un vaso de agua. El camino ha sido largo, deben estar cansados. Luego, si tienen algo que preguntar, háblenlo con calma".

Lo seguimos al interior de la pequeña casa. El suelo era de arcilla apisonada, muy liso y limpio. Solo había unas pocas esteras de paja en el suelo, una mesa de té baja de madera rústica y algunos libros viejos ordenados en una estantería de bambú. No había electricidad. Ni comodidades modernas. Ni rastro de la era industrial que acabábamos de dejar atrás. Pero, extrañamente, no sentí ninguna sensación de carencia o incomodidad. Todo aquí parecía ser suficiente, y estaba tan limpio y ordenado que me sentí un poco reacio a poner mis pies sobre él.

Nos sirvió agua él mismo. El agua se sacaba de un pozo de piedra en el patio, contenida en una vieja jarra de cerámica oscura. El agua del manantial era cristalina, fresca, sin un sabor definido, pero al tragarla, sentí como si me estuviera limpiando de algo que me pesaba.

"A este lugar mío, normalmente no viene mucha gente", dijo, después de que nos hubiéramos acomodado. "No es porque el camino sea difícil o peligroso. Sino quizás, porque poca gente piensa que un lugar tan remoto y aislado tenga algo que merezca la pena buscar. Ha habido gente que ha venido, pero solo se han quedado en el patio mirando un rato y luego se han dado la vuelta. También ha habido gente que ha llegado hasta el porche, pero luego no ha sido capaz de pronunciar una sola palabra".

Me miró, una mirada profunda:

"Usted tiene afinidad, por eso ha podido llegar hasta este punto. Su amigo Zhang Feng ya lo vio de antemano. Y yo... yo solo recibo a la gente que creo que debo recibir".

Guardé silencio. Algo se movía suavemente dentro de mi mente, como una pesada puerta que se acababa de entreabrir un poco. No tanto por las palabras específicas que acababa de decir, sino quizás por la forma en que las dijo, la forma en que no intentaba en absoluto convencer o demostrar nada. Cada frase que pronunciaba era suave, serena, pero como gotas de agua que caían exactamente en el lugar más profundo y silencioso de mi alma.

Qing Ling estaba sentada a mi lado, con las manos entrelazadas en su regazo, sus ojos observando en silencio cada rincón de la casa, y luego se detuvieron en el marco de la ventana que daba al patio tranquilo. No dijo nada, pero vi una expresión de profunda reflexión en su rostro.

Un momento después, cuando el vaso de agua estaba casi vacío, dijo, su voz tan ligera como una brisa que sopla a través del bosque de bambú:

"Acaban de llegar, el camino ha sido largo, descansen un poco para recuperar fuerzas. Les prepararé una taza de té".

Se levantó, sus pasos ligeros y lentos, se acercó a un rincón de la casa donde había un pequeño fuego con brasas aún encendidas, y luego vertió lentamente agua de otra tetera de cerámica que estaba sobre el fuego. Un aroma rústico y puro a té comenzó a extenderse suavemente en el aire fresco y limpio de la tarde en la montaña.

Nos quedamos sentados en silencio, sin que nadie nos dijera nada, ni nadie quisiera hablar en ese momento. Parecía que algo en su ritmo tranquilo y pausado había hecho que todos mis pensamientos, toda mi agitación, se retiraran temporalmente.

Cuando trajo la taza de té caliente y la colocó frente a mí, me miró de nuevo y dijo:

"Si no están demasiado ocupados con sus asuntos... siéntanse libres de quedarse aquí unos días. Creo que un lugar tan tranquilo como este será bueno para personas que están demasiado acostumbradas a una vida ruidosa y ajetreada".

Iba a agradecerle o a preguntar algo más, pero me detuve. El espacio y el tiempo en ese momento parecían demasiado pacíficos, demasiado profundos. Simplemente me quedé allí, con Qing Ling, y esperé en silencio a que sirviera más agua en mi taza de té.

La conversación con el ermitaño

El día comenzaba a oscurecer. Los últimos rayos de un hermoso día soleado se desvanecían sobre el bosquecillo de bambú verde frente al porche. El ermitaño añadió tranquilamente más aceite a una vieja lámpara y luego puso una nueva tetera de agua sobre el fuego. Seguíamos sentados alrededor de la pequeña mesa de madera, dentro de la modesta casa que, sin embargo, transmitía una extraña calidez. El espacio estaba completamente silencioso, solo se oía el canto de los insectos que comenzaban su concierto nocturno en algún lugar del jardín y el sonido regular y crepitante del agua hirviendo en la tetera de cerámica, teñida por el tiempo.

Ni Qing Ling ni yo nos apresuramos a hacer más preguntas. Parecía que la propia atmósfera tranquila y solemne de este lugar nos decía que todas las preguntas encontrarían su momento.

Después de un largo rato de silencio, solo roto por el suave sonido del té al ser servido, me animé a hablar, tratando de mantener un tono de voz natural:

"Señor, yo vengo de un mundo donde la ciencia experimental se considera el fundamento de todo

conocimiento, de toda verdad. Pero sinceramente, lo que experimenté casualmente en Tokio, y las cosas que el señor Zhang Feng me sugirió... junto con la atmósfera tan especial de este lugar... todo me está haciendo replantearme muchas cosas. Me gustaría mucho entender mejor cómo era el camino de cultivación de los antiguos, y qué llevaba a algunas personas a embarcarse en él, dedicando toda su vida a ese camino".

El ermitaño sonrió levemente, una sonrisa amable, mientras sus manos seguían girando suavemente la taza de té caliente. "La cultivación, en realidad, no es nada nuevo ni extraño, joven Wang. Ha existido en este mundo desde tiempos muy antiguos, no solo en nuestra Asia, sino en muchas otras civilizaciones que han aparecido y desaparecido en esta Tierra. Aunque la forma externa pueda variar, la esencia de todos los caminos de cultivación genuinos es la misma: es el viaje de regreso a la naturaleza bondadosa y original de uno mismo, para superar gradualmente las ilusiones y los sufrimientos de la vida humana".

Habló lentamente sobre los diferentes caminos que los antiguos habían elegido para cultivarse: algunos buscaban la tranquilidad de los templos o las montañas profundas, mientras que otros optaban por refinar su carácter en medio de las agitaciones de la vida. Dijo que cada persona puede tener su propio método, pero lo

importante es si su corazón se dirige verdaderamente hacia la bondad y la nobleza.

"El universo en el que vivimos no es tan simple como lo que los ojos pueden ver. Hay innumerables niveles de espacio diferentes, como capas de energía invisible que se superponen y se interpenetran. La vida de nosotros, los seres humanos, también es así: no es simplemente este cuerpo físico, sino que también tiene otras partes, partes más sutiles: se pueden llamar espíritu, alma o espíritu primordial; el nombre puede variar según la comprensión de cada persona, de cada cultura. Su ciencia moderna, según veo, solo ha observado y estudiado una parte muy superficial de estas cosas".

Se volvió para mirarme, sus ojos aún amables pero con una profundidad indescriptible:

"Usted es un investigador de la medicina. ¿Alguna vez se ha preguntado dónde se encuentran realmente en el cuerpo humano emociones como el miedo, la fe, el amor o una palabra de consuelo sincera?".

Me detuve ante esa pregunta inesperada.

Él no pareció esperar una respuesta concreta de mi parte, sino que continuó:

"El corazón no es el lugar donde se guardan los sentimientos. El cerebro tampoco pesa ni un gramo más después de tener un nuevo pensamiento. Pero son precisamente estas cosas invisibles, intangibles, que no se pueden pesar ni medir, las que controlan, las que dominan todo el cuerpo físico del ser humano".

Volvió a servir té en mi taza, su voz todavía uniforme, sin cambios:

"La gente de hoy en día tiende a creer solo en lo que puede ver, en lo que se puede medir con máquinas. Pero lo que realmente crea la vida, lo que crea el ser... siempre se esconde, siempre está más allá de todas las fórmulas, de todas las leyes que el hombre intenta establecer".

Observé en silencio la taza de té caliente en mi mano, el fino vapor que se elevaba, inclinándose ligeramente con un temblor muy sutil de mis dedos, un temblor cuya razón no entendía.

Continuó, su voz todavía grave y cálida:

"En los métodos de cultivación antiguos, a menudo se menciona un concepto llamado 'karma'. No es simplemente un concepto moral, sobre el bien y el mal, sino que en realidad es un tipo de sustancia sutil e invisible. Se forma y se acumula por lo que las personas han hecho en sus innumerables vidas pasadas, a través

de cada acción, cada pensamiento, cada palabra. Esa sustancia existe en otros espacios, los ojos comunes no pueden verla, pero puede causar enfermedades, desgracias, infelicidad, e incluso crear rasgos de carácter negativos, desviaciones en el alma. El propósito de la cultivación genuina, en una parte importante, es eliminar ese karma, para que el alma se vuelva cada vez más pura y ligera".

"El señor Zhang Feng en Tokio también me mencionó brevemente eso...", murmuré, como si intentara unir las piezas sueltas.

El ermitaño asintió levemente:

"Usted tiene verdaderamente afinidad predestinada. No todos los que escuchan estas cosas pueden entenderlas de inmediato, y no todos los que las entienden pueden creerlas de inmediato. Pero si una persona realmente sabe vivir con nobleza, siempre buscando la bondad en cada pensamiento y acción, entonces, aunque nunca haya oído hablar de las palabras 'cultivación', su vida ya ha comenzado a cambiar para mejor".

Qing Ling permanecía sentada a mi lado, su mirada ligeramente inclinada hacia la mesa de madera vieja. Escuchaba con mucha atención, sin interrumpir con una sola palabra. De vez en cuando, la veía asentir muy levemente, como si estuviera tratando de mantener el

equilibrio de su mente ante las cosas que acababa de escuchar, cosas que quizás eran muy nuevas pero también muy familiares para ella.

"¿Y qué hay de las huellas que vimos en el camino hacia aquí, las rocas con formas extrañas, las inscripciones borrosas... tienen alguna relación con los métodos de cultivación de los antiguos, señor?", pregunté, recordando de repente las rocas de aspecto inusual que habíamos encontrado en la ladera de la montaña.

"Es muy posible que así sea", respondió, con voz serena. "Hubo épocas muy antiguas en las que los seres humanos conservaban su pureza y podían sentir los flujos sutiles de energía del cielo y la tierra, del universo. Intentaron registrar lo que comprendían, su entendimiento de este mundo. Pero con el paso del tiempo, esas verdaderas comprensiones se fueron perdiendo gradualmente, olvidadas por las generaciones posteriores. Ahora, cuando la gente mira esas rocas, a menudo solo ve rocas, y ya no hay muchos que puedan sentir las cosas profundas que una vez se ocultaron detrás de ellas".

No hubo una afirmación definitiva, ni una respuesta completamente concluyente.

No dije nada más. En mi mente, en ese momento, había muchos pensamientos, muchos conceptos que chocaban

entre sí, no en un debate sobre lo correcto o lo incorrecto, sino como si estuvieran tratando de encontrar una grieta, un punto de apoyo para poder caer lentamente y asentarse.

Afuera, el viento del bosquecillo de bambú volvió a soplar suavemente, trayendo el frío de la noche en la montaña. La luz de la lámpara de aceite sobre la mesa parpadeó. El ermitaño se levantó tranquilamente, se acercó al fuego y añadió más leña seca.

"Está empezando a hacer frío", dijo, su voz todavía suave. "Esta noche, la luna en la montaña probablemente estará muy brillante".

La noche de luna y el visitante extraño

La luna ya estaba alta. El cielo nocturno en la montaña estaba despejado, sin una sola nube. La luz plateada y etérea de la luna cubría con un suave resplandor el pequeño patio de tierra frente a la casa.

El ermitaño colocó otra pequeña lámpara de aceite en la mesa de té, y la cálida luz amarilla de la llama se mezcló con la luz de la luna del exterior. Volvió a servir

lentamente una nueva ronda de té y luego dijo en voz baja, con serenidad:

"En esta montaña, normalmente solo estoy yo. Si ustedes dos no tienen nada que los ate, siéntanse libres de quedarse aquí unos días más para que sus almas se purifiquen. Aquí arriba no hay horarios que obliguen, y yo tampoco tengo nada que me ocupe".

Sonrió levemente y luego se volvió hacia mí:

"No sé si el joven Wang tendría ganas de jugar unas partidas de ajedrez esta noche. Ajedrez chino o Go, puedo jugar un poco de ambos".

Aún no había tenido tiempo de responder cuando de repente se detuvo, su mirada se alzó hacia el bosquecillo de bambú que susurraba en el viento nocturno.

"Oh, un compañero taoísta... parece que viene de visita".

Ni Qing Ling ni yo habíamos entendido aún lo que quería decir cuando, desde el sendero oculto tras el bosque de bambú, apareció de repente una figura alta y esbelta. Tenía el pelo corto y bien peinado, y sus pasos se movían con una ligereza extraña. Había algo muy diferente en su forma de moverse, una elegancia que nunca había visto.

Cuando se acercó, a unos diez pasos de nosotros, de repente me di cuenta de algo increíble: ¡el hombre parecía estar volando!

No volaba alto, sino que se deslizaba suavemente a un palmo del suelo. Pero claramente se estaba deslizando por el aire. Sus talones no tocaban las hojas secas que crujían en el suelo, y su sombra no se proyectaba tan claramente como las nuestras bajo la luz de la luna. Todo sucedió ante mis ojos, tan real, tan claro, pero al mismo tiempo tan ilógico, más allá de toda comprensión normal.

Qing Ling me apretó el brazo instintivamente. Sentí que ambos conteníamos la respiración, tratando de no perdernos ningún detalle de esta increíble escena.

El ermitaño se levantó tranquilamente y juntó las manos frente a su pecho en un gesto muy antiguo:

"El compañero taoísta Liu Yun ha llegado".

El extraño visitante también juntó las manos en señal de saludo y se acercó. En ese momento, sus pasos volvieron a ser completamente normales, tocando el suelo como cualquier otra persona. Tendría unos cuarenta y tantos años, vestía un sencillo conjunto de tela gris claro, con zapatos de tela de suela blanda, su figura parecía muy ágil y saludable, su piel bronceada por el trabajo al aire libre, y sus ojos eran brillantes e inteligentes.

El ermitaño se volvió hacia nosotros y lo presentó con naturalidad:

"Este es Liu Yun, un amigo mío. Suele vivir en el pueblo, se dedica al comercio por su cuenta. De vez en cuando sube a visitarme. Esta vez que sube... seguro que tiene algo que quiere darme".

Liu Yun sonrió, asintió en señal de saludo y colocó un pequeño paquete de tela cuidadosamente envuelto sobre la mesa de té:

"Sí, hermano mayor. Unos hermanos de abajo acababan de reimprimir algunos libros. Pensé que quizás le gustaría, así que le traje uno".

Mi atención ya no estaba en el paquete de libros, sino que mi mente todavía daba vueltas por la forma en que había aparecido. Después de un breve y ligero intercambio de palabras entre ellos tres, no pude reprimir más mi curiosidad y me atreví a preguntar:

"Señor Liu Yun... ¿puedo ser indiscreto y hacerle una pregunta? ¿Es verdad... es verdad que hace un momento usted realmente podía volar?... Y si es así, ¿suele usar ese método para ir a trabajar todos los días, o solo lo hace cuando viene a lugares especiales y apartados como este?".

Liu Yun se echó a reír, una risa franca, sin ocultar nada.

"Todos los días tengo que ir en coche o en moto como todo el mundo, señor Wang. Y esto...", sacudió la cabeza, "...no se puede usar de forma arbitraria. Los principios celestiales no lo permiten. Solo en lugares realmente tranquilos, donde no hay gente común, para no perturbar el orden social, es que de vez en cuando se puede usar un poco".

Bebió un sorbo de té y se levantó lentamente:

"Bueno, creo que debo irme esta misma noche. Todavía tengo algunos asuntos que resolver en el pueblo. Cuando no estemos ocupados, seguro que tendremos otra oportunidad de vernos".

Inclinó la cabeza en señal de saludo al ermitaño y a nosotros, y luego se fue en silencio, su figura se fundió rápidamente en la oscuridad del bosque, tan ligera y misteriosa como cuando llegó.

El ambiente en la pequeña casa volvió a su silencio habitual. La llama de la lámpara de aceite sobre la mesa seguía parpadeando, iluminando los rostros pensativos.

Qing Ling dijo en voz baja, como si temiera romper algo:

"Yo... nunca había visto a nadie... volar de verdad así".

Yo solo pude guardar silencio. Ambos seguíamos sentados allí, atónitos, tratando de procesar lo que acabábamos de presenciar, sin saber dónde colocarlo en nuestra conciencia.

El ermitaño cerró suavemente el libro que Liu Yun acababa de traer y lo dejó a un lado de la mesa.

"No es buscando diligentemente en el mundo exterior como se puede ver la verdad", dijo, su voz todavía suave, distante. "A veces, solo con saber sentarse en silencio, dejar que la mente se asiente, otras puertas se abrirán por sí solas".

Nos quedamos en la casa del ermitaño tres días más. Esos días transcurrieron de forma muy sencilla. Por la mañana, a veces íbamos con él a las colinas cercanas a recoger algunas hierbas medicinales. Al mediodía, nos sentábamos juntos a tomar el sol en el patio de tierra frente a la casa. Por la noche, nos reuníamos alrededor de la tetera caliente, contemplando en silencio la salida de la luna. No hablaba mucho, ni explicaba nada profundo. Pero cada historia que contaba, cada palabra que decía, aunque muy simple, a menudo me hacía reflexionar durante toda una tarde, e incluso durante días después. Había días en que los tres nos sentábamos en silencio durante horas, nadie preguntaba nada, y él tampoco decía nada. Pero extrañamente, era en esos momentos de silencio cuando las cosas que antes quería

preguntar, las dudas que me habían inquietado, gradualmente dejaban de ser importantes, ya no necesitaban una respuesta concreta.

Al tercer día, mientras recogía mis pocas pertenencias para bajar de la montaña, me dijo en voz baja, su voz tan ligera como una brisa:

"Hay otra persona esperándolo abajo. La siguiente puerta de este viaje... se abrirá por sí sola cuando llegue allí".

No entendí del todo lo que quería decir, pero tampoco pregunté nada más. En ese momento, solo sabía una cosa: los pocos días que pasé en este lugar, aunque en su mayoría en silencio, realmente habían abierto algo muy nuevo, muy diferente en mí. Como la luna brillante de la primera noche que llegamos, no era ruidosa, no era deslumbrante, pero fue suficiente para iluminar un camino por delante, aunque ese camino todavía estuviera borroso y lleno de incógnitas.

El fin del encuentro y la continuación del viaje

Aún era temprano. Finas franjas de nubes flotaban perezosamente sobre las lejanas cimas de las montañas. La luz prístina del amanecer cubría el patio de tierra frente a la casa con un suave color gris plateado. Desde la pequeña cocina, el sonido del agua hirviendo sobre el fuego resonaba suave y rítmicamente. El ermitaño, como todas las mañanas, avivaba tranquilamente el fuego, preparando una nueva tetera. No hubo ninguna despedida formal, ni se pronunció ninguna palabra de adiós.

Qing Ling y yo recogimos en silencio nuestro escaso equipaje. Llevábamos ya tres días en este lugar. Inicialmente, solo habíamos planeado visitarlo por una tarde, pero ninguno de los dos mencionó la idea de irse, y así, los días pasaron en una extraña tranquilidad y paz. Cada día, el ermitaño realizaba tareas muy simples y cotidianas: a veces subía a las laderas cercanas a recoger algunas hojas de árboles del bosque, otras veces lo veíamos preparando meticulosamente medicinas junto al fuego, y otras simplemente se sentaba en silencio, encendiendo el fuego, preparando té. Casi no explicaba nada, ni nos contaba ninguna historia por iniciativa propia. Pero, extrañamente, era en ese silencio casi absoluto donde sentíamos muchas cosas que quizás ninguna palabra podría describir completamente.

Una tarde, mientras le ayudaba a extender unas bandejas de hierbas medicinales a secar al sol en el patio trasero,

de repente preguntó, con su voz todavía uniforme, sin mirarme:

"En tu país, ¿la gente todavía cree que los seres humanos realmente tienen alma?".

Detuve mi mano por un momento y lo miré. Él no me devolvió la mirada, solo continuó colocando meticulosamente pequeños montones de hierbas en la bandeja de bambú. Respondí, con cierta vacilación:

"Señor, creo... que quizás todavía hay muchas personas que lo creen, pero a menudo no saben realmente qué es el alma, y pocos le prestan verdadera atención".

No dijo nada más. Pero desde esa tarde, empecé a prestar más atención a los pequeños detalles, a los sonidos más comunes que me rodeaban. Los momentos en que el viento soplaba de repente y hacía susurrar el alero de hojas de bambú, el suave murmullo del agua hirviendo en la tetera, o el cambio de color de la luz del sol en el suelo del patio cada vez que pasaba una nube... Todo parecía querer decirme algo, algo muy antiguo, muy cercano, que quizás había ignorado sin darme cuenta durante mucho tiempo.

Esta mañana, cuando ya habíamos preparado todo para bajar de la montaña, el ermitaño salió de la casa y me entregó un pequeño paquete envuelto en papel de arroz.

Dentro había algunas hojas de bosque secas, que desprendían un aroma puro y delicado, y un pequeño trozo de papel con unas pocas palabras escritas a mano:

"No para curar enfermedades. Solo para recordar el aroma de las montañas".

Lo recibí con respeto y me incliné en señal de saludo. Él solo asintió levemente en respuesta. No hubo más palabras.

Dejamos en silencio esa pequeña y sencilla casa. El conocido sendero a través del bosque de bambú que conducía al pie de la montaña era el mismo de hacía unos días, pero por alguna razón, nuestros pasos hoy parecían un poco diferentes. Nadie dijo una palabra durante todo el camino. El viento de la mañana en la montaña traía un poco de humedad fría y el olor terroso de la maleza. Qing Ling caminaba a mi lado, y de vez en cuando, tocaba suavemente una rama desnuda junto al camino, como un silencioso adiós.

Cuando ya estábamos cerca del pie de la montaña, instintivamente me volví a mirar. La pequeña cabaña de paja del ermitaño ya había desaparecido por completo tras las densas capas de árboles verdes. Pero en lo profundo de mi corazón, todavía conservaba claramente la imagen de sus ojos silenciosos y claros, y el familiar

olor a humo de cocina mezclado con la niebla de la montaña en esas mañanas.

El viento del valle soplaba, colándose suavemente por el cuello de mi camisa, trayendo el aliento de la vida cotidiana. Me ajusté la correa de la mochila y no volví a mirar atrás.

* * *

CAPÍTULO 4: EL FORENSE DE LO MÍSTICO

La historia al borde de la vida y la muerte

Al dejar la cima de la montaña donde vivía el ermitaño, mi corazón parecía aún impregnado del aroma de las hojas del bosque y el rocío de la mañana, con ecos de misterios que las palabras apenas podían describir. El aire puro y la absoluta tranquilidad de las montañas parecían haber limpiado temporalmente parte del polvo mundano que se había aferrado a mi mente, pero al mismo tiempo, sembraron en ella innumerables preguntas nuevas para las que mi arsenal de conocimientos de medicina moderna no podía ofrecer una respuesta satisfactoria. Qing Ling, mi esposa, aunque no participó directamente en todos los

profundos diálogos con el ermitaño como yo, también percibió en cierta medida esa atmósfera inusual y las cosas que superaban nuestra comprensión común. Noté que hablaba menos de lo habitual, y a veces la sorprendía con la mirada perdida en la distancia, llena de una curiosidad y un atisbo de duda no expresada.

Decidimos no regresar apresuradamente a las bulliciosas y ruidosas grandes ciudades. En su lugar, siguiendo una sugerencia algo vaga del guía local que habíamos contratado antes de despedirnos al pie de la montaña, nos dirigimos a un pequeño pueblo llamado Qingxi, acurrucado pacíficamente al pie de otra cadena montañosa. Este pequeño pueblo realmente no tenía nada demasiado elaborado o espectacular en términos de arquitectura o paisajes destacados, pero poseía una paz y una tranquilidad extrañas, como si el ajetreado ritmo del tiempo se hubiera detenido suavemente o lo hubiera olvidado deliberadamente aquí. Los antiguos tejados de tejas cóncavas y convexas, cubiertos de musgo, se mezclaban con algunos edificios recién construidos que aún olían a cal fresca, callejones empedrados sinuosos y un arroyo —probablemente el arroyo Qingxi, como su nombre indicaba— de agua cristalina y serena que abrazaba parte del pueblo. La gente de aquí también parecía vivir más despacio, con más calma, muy diferente del ajetreo que se suele ver en otros lugares.

Alquilamos una pequeña habitación en una posada con un balcón que daba al arroyo, con la intención de quedarnos unos días para asimilar las ricas experiencias que acabábamos de vivir y decidir juntos cuál sería el siguiente rumbo de nuestro viaje. El dueño de la posada era un anciano de apellido Chen, de aspecto muy amable y afable, y que también parecía ser de pocas palabras. Y fue de él, en una tarde tardía, mientras los tres estábamos sentados tomando té en el banco de bambú del porche, que la primera historia extraña de Qingxi llegó a nosotros.

Inicialmente, la historia eran solo susurros y pequeños comentarios entre algunos vecinos del señor Chen que pasaban a tomar té. Hablaban de un funeral que acababa de tener lugar en el pueblo hacía unos días, el funeral del anciano Wang, un viejo carpintero que había vivido toda su vida al final del pueblo. La historia probablemente no habría sido digna de mención si no fuera por los extraños acontecimientos que ocurrieron después.

El anciano Chen, después de que sus vecinos se fueran, al ver que mi esposa y yo parecíamos bastante interesados y curiosos, sirvió lentamente más té y luego, con calma, relató la historia desde el principio. El anciano Wang ya tenía más de setenta años y vivía solo en su vieja casa después de que su esposa falleciera, mientras que sus hijos trabajaban en grandes ciudades lejanas. Hacía unos días, una tarde, el anciano sufrió un

ataque al corazón repentino y severo. Los vecinos lo descubrieron y lo llevaron rápidamente al dispensario del pueblo, pero ya era demasiado tarde. El joven médico que trabajaba en el dispensario, recién graduado de una facultad de medicina de la ciudad, después de un examen exhaustivo, confirmó que el anciano había dejado de tener pulso y respiración, sus pupilas estaban dilatadas y no mostraba ningún reflejo, todos signos clínicos muy claros de la muerte. La familia del anciano en provincias lejanas fue notificada y se apresuraron a regresar para encargarse de los arreglos funerarios.

Según la costumbre local, el cuerpo del anciano Wang fue llevado a su casa por familiares y vecinos, lavado, vestido con ropa nueva y colocado en la cama de madera en la sala principal para que familiares y amigos le dieran el último adiós. El funeral estaba programado para el día siguiente. Todo parecía transcurrir en una atmósfera de luto y tristeza, como es habitual en un funeral.

Pero lo más extraño sucedió alrededor de la medianoche de ese día, justo antes del día del entierro. Mientras el hijo mayor del anciano velaba el cuerpo de su padre, entre la tenue luz de una lámpara de aceite y el humo del incienso, de repente se sobresaltó al ver que el pecho de su padre parecía moverse levemente. Al principio, pensó que se lo había imaginado debido al cansancio y al dolor. Pero luego, bajo la misma luz tenue y el humo del

incienso, ese débil movimiento en el pecho se hizo tan claro que era innegable. No solo eso, el anciano se movió ligeramente, luego abrió lentamente los ojos y se incorporó de golpe en la cama, mirando a su alrededor con una expresión de desconcierto, como alguien que acaba de despertar de un sueño muy largo y profundo.

No hace falta decir lo asustado que estaba el hijo del anciano. Gritó aterrorizado y salió corriendo al patio a llamar a todos. La familia y algunos vecinos que se habían quedado para ayudar con los arreglos funerarios entraron corriendo, alarmados. Todos se quedaron horrorizados, petrificados, al ver al anciano Wang, a quien apenas un día antes el médico del dispensario había declarado muerto, ahora sentado en la cama, vivo y coleando.

"¡Esto... no puede ser real!", solté, mi reflejo profesional como médico de muchos años surgió de repente. "¿Podría ser un caso de muerte aparente? ¿O quizás el joven médico del dispensario se equivocó en el diagnóstico?".

El anciano Chen negó lentamente con la cabeza:

"Al principio, todos pensaron lo mismo, profesor. La familia del anciano Wang llamó rápidamente al joven médico para que lo examinara. Cuando llegó, su rostro estaba pálido como la cera, sin una gota de sangre, al ver

al anciano Wang sentado allí. Temblorosamente, volvió a comprobar el pulso, la presión arterial, la respiración del anciano... todos los signos vitales estaban presentes, aunque débiles, pero claramente había vida. El joven médico tartamudeaba, incapaz de explicarlo, insistiendo en que cuando lo examinó antes, el anciano realmente había dejado de tener pulso y respiración, no había ningún signo vital. Incluso ya había emitido el certificado de defunción".

Qing Ling, que había estado sentada en silencio a mi lado, me cogió suavemente la mano. Sabía que ella también estaba fascinada por esta increíble historia. Le preguntó al señor Chen en voz baja:

"Entonces... señor, ¿cómo está el anciano Wang después de 'resucitar'? ¿Recuerda algo? ¿Y su salud?".

El anciano Chen suspiró, su voz se suavizó y su mirada se perdió en el patio:

"Esa es la parte más extraña de toda la historia, señorita. El anciano Wang, aunque realmente ha vuelto a la vida, ya no es la misma persona que era antes. No reconoce a sus hijos y nietos, no recuerda quién es, ni dónde está su casa. Se pasa el día sentado sin expresión, o a veces deambula por la casa, murmurando cosas que nadie puede entender. A veces, habla con fluidez sobre cosas que sucedieron hace mucho tiempo, cosas que ni siquiera

los más ancianos del pueblo han oído nunca. Sus ojos suelen estar vacíos, sin vida, pero de vez en cuando, sin saber cómo, destellan con una mirada fría que hace que a la gente se le ponga la piel de gallina".

"¿No reconoce a su familia? ¿Amnesia total?", murmuré, tratando de encontrar una explicación lógica. "¿Es posible que se deba a una hipoxia cerebral prolongada durante el período de paro cardíaco? Podría causar un daño cerebral grave e irreversible". Esta era probablemente la explicación más razonable desde el punto de vista de la medicina moderna.

"El joven médico del dispensario también dijo lo mismo", asintió el señor Chen. "Pero hay cosas que ni siquiera él puede explicar. Por ejemplo, el anciano Wang antes era carpintero, apenas sabía leer y escribir su nombre. Pero en los últimos días, a veces se le ve cogiendo un pincel y escribiendo hermosos caracteres chinos antiguos, que la gente culta del pueblo dice que son poemas sobre la cultivación taoísta o algo similar. Otras veces, simplemente mirando la lluvia caer en el patio, puede predecir con exactitud la hora de la próxima lluvia, o simplemente mirando el rostro de un vecino, puede diagnosticar con precisión las enfermedades ocultas en su cuerpo, enfermedades que ni siquiera ellos mismos conocían. Esas cosas, si se explican solo como daño cerebral, ¿cómo se puede justificar?".

La historia del anciano Chen realmente me dejó perplejo. Como científico, como profesor de medicina con muchos años de experiencia, fui entrenado para creer solo en lo que se puede observar, medir y demostrar experimentalmente. La muerte, para mí, era un estado biológico muy claro y definitivo: el cese de la circulación sanguínea, la respiración y, finalmente, la muerte cerebral. El hecho de que una persona declarada clínicamente muerta por un médico profesional durante casi un día pudiera "resucitar" ya era extremadamente raro, y podría clasificarse como un error médico excepcional o un fenómeno de muerte aparente extremadamente raro en el mundo. Pero los extraños cambios en la mente, el conocimiento y las habilidades "proféticas" que aparecieron repentinamente en el anciano Wang después fueron lo que realmente desafió todos los límites de mi comprensión. El daño cerebral común solo conduce a una disminución de las funciones corporales, ¿cómo podría "desbloquear" habilidades tan aparentemente superiores?

Qing Ling había estado escuchando en silencio desde el principio, con el ceño fruncido en profunda reflexión. Supuse que, como profesora de lengua y cultura, debía estar relacionando esto con las misteriosas historias de "posesión divina" o "resurrección por posesión" (*tá shī huán hún*) que se transmiten en el folclore chino desde la antigüedad. Eran conceptos que, hasta ahora, ambos

habíamos considerado simplemente como productos de la rica imaginación y la superstición de los antiguos.

"Entonces... ¿cómo está el anciano Wang ahora?", preguntó Qing Ling, su voz delatando su curiosidad.

"Igual que antes, nada ha cambiado", respondió el señor Chen, con un tono de pesar. "Sus hijos y nietos ahora están contentos y preocupados a la vez. Contentos porque su padre ha resucitado milagrosamente, pero preocupados porque parece haberse convertido en una persona completamente diferente. También han invitado a algunos exorcistas, a algunos maestros taoístas de alguna parte para que lo examinen, pero nadie puede hacer nada. Algunos dicen que el anciano está 'poseído por un demonio', otros dicen que es una 'gran bendición', que el alma de algún cultivador ha entrado en el cuerpo del anciano para continuar con los asuntos inconclusos de su vida pasada. Ya no se sabe qué creer".

El anciano se detuvo un momento, sirvió lentamente más té en nuestras tazas y continuó, con voz más vacilante que antes:

"En este pequeño pueblo nuestro, cada vez que ocurren cosas extrañas, cosas en las que la línea entre la vida y la muerte se vuelve tan frágil como una tela de araña, la gente suele susurrar sobre una persona: el Viejo Maestro Mo. Se rumorea que puede ver cosas que nuestros ojos

mortales no pueden ver. No es médico, ni mago, ni exorcista, pero se dice que tiene unos ojos especiales, que pueden ver cosas que la gente común no ve, especialmente asuntos misteriosos relacionados con esa frágil línea entre la vida y la muerte".

La mención del Viejo Maestro Mo llegó a nosotros de forma natural, casi como una consecuencia inevitable de la extraña historia del anciano Wang. Una fuerte curiosidad surgió de repente en mí. ¿Sería esta la siguiente pieza del misterioso rompecabezas que este viaje estaba revelando lentamente ante nosotros? ¿Un hombre que podía ver la vida y la muerte, más allá del alcance de los afilados bisturíes y los microscopios más avanzados? Aunque mi parte racional y científica todavía estaba llena de dudas, mi corazón en ese momento me instaba con fuerza a que quería conocer a esta persona especial. Miré instintivamente a Qing Ling y vi en sus ojos una expectativa similar, un anhelo. Parecía que ambos sentíamos vagamente que otra puerta hacia los misterios más profundos del Oriente mágico estaba a punto de abrirse.

El encuentro con el Viejo Maestro Mo

A la mañana siguiente, incapaces de contener nuestra curiosidad, Qing Ling y yo decidimos buscar al Viejo Maestro Mo, a quien el señor Chen había mencionado la noche anterior. Siguiendo las indicaciones algo vagas del dueño de la posada y de algunos otros aldeanos a quienes preguntamos con cautela, descubrimos que su residencia no estaba en la zona residencial concurrida, sino en las afueras del pueblo, cerca de un viejo cementerio en desuso, un lugar donde la vegetación crecía densa y el aire siempre era más tranquilo y solitario que en otros lugares. El camino que llevaba allí era un estrecho callejón empedrado, desgastado por el tiempo, irregular y húmedo, como un pasaje separado que nos alejaba del ruidoso mundo cotidiano, serpenteando entre muros de piedra cubiertos de musgo, llevándonos gradualmente a un espacio que parecía más silencioso y antiguo.

Finalmente, después de un rato de búsqueda, nos detuvimos frente a una pequeña casa de madera, de aspecto bastante viejo pero aún muy limpio y sólido, modestamente escondida bajo la sombra de un gigantesco baniano antiguo, con raíces nudosas que se aferraban a la tierra como grandes pitones. No había ningún cartel, ni ninguna señal que indicara que era el lugar de trabajo de alguien, solo una puerta de madera de color marrón oscuro entreabierta. El aire circundante era extrañamente silencioso, una quietud que no se

parecía a la desolación un tanto sombría del cementerio cercano, sino una quietud especial, que parecía contener una fuerza invisible, haciendo que al acercarse uno bajara instintivamente la voz y sus pasos se volvieran más suaves y pausados.

Levanté la mano y llamé suavemente tres veces a la puerta de madera. No hubo respuesta inmediata. Qing Ling y yo nos miramos, con un atisbo de duda en nuestros ojos. ¿Deberíamos entrar por nuestra cuenta? ¿O quizás nos habíamos equivocado de lugar? Justo en ese momento, una voz grave, cálida y un poco ronca sonó de repente desde el interior de la casa:

"Adelante, la puerta no está cerrada. Los invitados de lejos ya han llegado, no se queden fuera en el rocío y el viento".

La voz no era fuerte, pero tenía una extraña capacidad de penetración, como si su dueño conociera cada uno de nuestros pasos desde hacía mucho tiempo y solo estuviera esperando ese momento preciso para invitarnos a pasar. Nos miramos una vez más, y luego empujé suavemente la puerta y entré, con Qing Ling siguiéndome de cerca.

El interior no era una clínica médica común, ni un templo taoísta como había imaginado. Se parecía más a un antiguo estudio mezclado de forma extraña con una

sala de investigación algo desordenada. La luz natural del exterior se filtraba a través de las ventanas cubiertas con papel de arroz, suave como hilos de seda dorada, flotando en un espacio tan silencioso que parecía que incluso el tiempo contenía la respiración. Esa luz iluminaba estanterías que casi llegaban al techo, llenas de libros antiguos con cubiertas de tela desgastada, rollos de bambú cuidadosamente atados y también documentos impresos de forma moderna. Sobre las mesas de madera rústica, había una gran variedad de objetos que me costaba nombrar: modelos en miniatura del cuerpo humano hechos de bronce, todo tipo de piedras de diferentes colores y formas, antiguas brújulas, varias lupas de diferentes tamaños, pinceles, papel de arroz y, notablemente, un microscopio de aspecto bastante fuera de lugar en una esquina. Un ligero aroma a papel viejo, tinta china y alguna hierba seca se mezclaba, creando una atmósfera a la vez solemne y misteriosa.

Sentado detrás de la mesa más grande en el centro de la habitación, frente a la entrada, había un hombre. No parecía demasiado viejo, quizás solo pasados los sesenta, pero su pelo era blanco como la nieve, recogido en un moño en la nuca con un simple pasador. Vestía un conjunto de tela basta de color índigo, de estilo muy simple pero que emanaba una elegancia inusual. Su figura no era alta, incluso algo pequeña, pero sus ojos

eran brillantes e inteligentes de una manera extraña. Cuando entramos, levantó la cabeza y su mirada pasó rápidamente sobre mí y Qing Ling, una mirada muy profunda, que parecía no detenerse solo en nuestra apariencia externa.

"¿Me buscan por algo?", preguntó, su voz todavía grave y un poco ronca como al principio.

Me aclaré la garganta, tratando de mantener la calma y el autocontrol de un científico, aunque sinceramente no pude evitar sentirme un poco abrumado por el porte de este hombre y el espacio tan particular.

"Sí, señor, mi nombre es Wang Ming, y esta es mi esposa, Qing Ling. Vinimos de Estados Unidos para viajar y también para aprender más sobre la cultura tradicional. Oímos hablar de usted en el pueblo...".

Sonrió levemente, una sonrisa muy sutil que parecía entender perfectamente por qué habíamos venido hasta aquí.

"La gente del pueblo suele llamarme Viejo Maestro Mo. Y el apodo de 'Forense de lo místico' que quizás hayan oído, en realidad es solo una forma jocosa que usan cuando se encuentran con cosas difíciles de explicar con la lógica común. Yo solo soy un curioso sobre el funcionamiento de la vida humana, tanto cuando se

manifiesta claramente en el exterior como cuando se oculta en los reinos invisibles".

La forma en que usó la palabra "vida" y habló de su "ocultamiento" captó mi atención. No se parecía a la forma en que un médico hablaría de las funciones biológicas del cuerpo, sino que parecía tener un significado más profundo, más filosófico.

"Señor, cuando dice 'ocultarse'... ¿se refiere a la muerte?", preguntó Qing Ling de repente, la curiosidad innata de una investigadora de la cultura y el lenguaje pareció superar su escepticismo inicial.

El Maestro Mo miró a Qing Ling, y en sus ojos había un destello de aprobación.

"Tiene razón en parte. La gente suele llamarlo muerte. Pero, ¿es la 'muerte' realmente un final completo, una desaparición permanente? ¿O es simplemente un cambio de estado de la vida, otra puerta que se abre o se cierra?". Hizo una pausa y me miró directamente a los ojos. "El profesor Wang trabaja en el campo de la medicina, seguro que ha presenciado muchas muertes. Entonces, con su experiencia, ¿podría definir qué se considera 'muerte'?".

La pregunta inesperada y directa me dejó perplejo por un momento. Empecé a intentar exponer las definiciones

médicas estándar que solía enseñar: el cese de la actividad cardíaca, la respiración, la muerte cerebral, la pérdida de las funciones vitales básicas... Pero mientras hablaba, la mirada del Maestro Mo parecía atravesar todas esas palabras científicas, esos términos especializados.

"Esas son todas manifestaciones externas, signos que sus instrumentos y máquinas pueden medir en este cuerpo físico visible", dijo lentamente, después de que terminé mi exposición. "Pero ¿qué hay de 'esa cosa' que realmente hace que este cuerpo funcione, 'esa cosa' que crea la conciencia, los sentimientos y los pensamientos incesantes en cada uno de nosotros... Entonces, cuando esas manifestaciones biológicas se detienen, ¿a dónde va 'esa cosa'? ¿Realmente se disipa en la nada como el humo o la niebla?"

Guardé silencio por completo. Esta era la pregunta central, el abismo con el que nuestra ciencia moderna todavía luchaba por encontrar una respuesta, la línea extremadamente delgada entre la materia y la conciencia, entre la biología pura y lo que podría llamarse vida espiritual.

"Yo no uso bisturíes ni microscopios como el profesor", continuó el Maestro Mo, señalando con la mano los extraños objetos en su escritorio. "Tengo otras herramientas, otros métodos para 'ver'. Ver los sutiles

flujos de energía, ver las huellas que los antiguos llamaban 'alma' o 'conciencia' que quedan después de abandonar el cuerpo, ver las conexiones kármicas que han conducido silenciosamente al evento de nacimiento o muerte de una persona".

"¿Energía? ¿Alma?", repetí esas dos palabras, palabras que estaban fuera del diccionario científico que solía usar. "Señor, ¿realmente cree en la existencia de esas cosas?".

No respondió directamente a mi pregunta, solo sonrió levemente, una sonrisa algo misteriosa.

"Que yo crea o no, en realidad no es tan importante como si realmente existe y opera según sus propias leyes, profesor. Es como el viento, no podemos ver su forma, pero podemos sentir su frescura, podemos ver sus fuertes efectos en los árboles, en el agua. Hay cosas que los ojos comunes no pueden ver, que las máquinas no pueden medir, pero eso no significa que no existan".

Se levantó lentamente y se acercó a la ventana, mirando hacia el espacio silencioso y brumoso del viejo cementerio a lo lejos.

"Vinieron aquí, seguramente porque oyeron la historia del viejo carpintero Wang al final del pueblo, ¿verdad?".

Su pregunta no necesitaba realmente una respuesta. Claramente, lo sabía todo de antemano.

"Sí, así es", admití con sinceridad. "Realmente no podemos explicar lo que le sucedió según los conocimientos médicos comunes. Una persona declarada completamente muerta por un médico, que de repente vuelve a la vida y se convierte en una persona completamente diferente...".

El Maestro Mo se volvió, y su mirada en ese momento parecía aún más distante y profunda.

"Ese es, de hecho, un caso muy interesante", dijo en voz baja. "Un ejemplo bastante típico que nos muestra que la línea entre lo que la gente llama 'vida' y 'muerte' a veces es mucho más delgada y compleja de lo que pensamos. No es tan simple como un interruptor de luz. Es como una puerta giratoria mágica, donde cada ser, dependiendo de la carga de karma o la luz de la bondad que lleve en su corazón, será guiado a un camino completamente diferente. Es como una puerta giratoria que puede llevar a muchos caminos diferentes, dependiendo de innumerables factores que la gente común difícilmente puede percibir".

Nos hizo un gesto para que nos sentáramos en las sencillas sillas de madera cerca de la mesa de té.

"Si realmente desean saber más, puedo compartir algunas de mis propias perspectivas. Pero, por favor, recuerden que este no es un conocimiento que encontrarán en los libros de ciencia moderna. Requiere que tengamos una mente más abierta, que escuchemos con el corazón y no solo con el análisis racional".

Qing Ling y yo nos miramos. Mi escepticismo inherente de científico todavía estaba allí, pero al mismo tiempo, la curiosidad y la sensación de que estábamos realmente ante una puerta entreabierta a un mundo de conocimiento completamente diferente ganaron. Este hombre, el Viejo Maestro Mo, con su apariencia sencilla pero con unos ojos perspicaces y palabras llenas de profundos significados, claramente no era una persona común. No se parecía a un forense que examina cadáveres para encontrar la causa de la muerte física, sino que parecía ser alguien que "disecionaba" los misterios más profundos de la vida y la muerte mismas. Ambos asentimos en silencio, listos para escuchar.

Una perspectiva más allá del cuerpo físico

El Viejo Maestro Mo sirvió té lentamente en nuestras pequeñas tazas de cerámica de color jade. El aroma puro

y delicado del té se extendió por el aire, mezclándose sutilmente con el olor a papel viejo y hierbas secas característico de la habitación, creando una sensación a la vez tranquila y algo solemne. No se apresuró a explicar de inmediato, sino que tomó un pequeño sorbo de té, su mirada parecía seguir el fino vapor que se elevaba de la taza, sumergiéndose en profundos pensamientos antes de condensarlos en palabras serenas.

"Para entender cosas como lo que le sucedió al anciano Wang", comenzó, su voz todavía grave y lenta como antes, "quizás necesitemos dejar de lado temporalmente la perspectiva que se centra únicamente en el aspecto físico que su medicina moderna suele utilizar".

Dejó la taza sobre la mesa de madera y me miró directamente: "Profesor Wang, según entiendo, ustedes suelen ver el cuerpo humano como una máquina biológica extremadamente compleja, ¿no es así? El corazón se considera una bomba circulatoria, el cerebro un procesador central que controla todas las actividades, y los demás órganos realizan funciones especializadas. Cuando una parte importante de esa máquina deja de funcionar, la máquina se considera 'rota', es decir, muerta".

Asentí levemente. Esa era, de hecho, la aproximación muy básica y común de la medicina moderna.

"Pero", continuó, mirándome con una expresión pensativa, "¿qué es lo que hace que esa 'máquina' pueda ponerse en marcha desde el principio? ¿Qué es lo que realmente crea la conciencia, los sentimientos, los recuerdos y los rasgos de personalidad únicos, todas esas cosas invisibles que hacen a una 'persona' real, y no solo un conjunto de células y órganos? Su medicina puede llamarlo funciones complejas del cerebro, el resultado de innumerables reacciones químicas y sofisticados impulsos nerviosos. Pero, ¿es esa toda la historia?"

Hizo una pausa, dejando que esas preguntas flotaran en el aire silencioso de la habitación.

"Desde la perspectiva de los antiguos, y de aquellos que hoy en día siguen el camino de comprender más profundamente la verdadera naturaleza de la vida, además de este cuerpo visible, cada uno de nosotros lleva consigo una esencia espiritual central. Se le puede llamar de diferentes maneras, dependiendo de cada cultura o escuela de pensamiento. El término más común y fácil de visualizar es probablemente 'alma'. Algunas personas que profundizan en el camino de la cultivación pueden llamarlo 'Espíritu Primordial', refiriéndose al yo verdadero, a la parte más original de un ser. A veces también se usa la palabra 'conciencia' para describir su aspecto consciente y perceptivo. Aunque el nombre pueda variar, todos se refieren a esa parte invisible, sutil, que no es materia en el sentido común que entendemos,

y que no se puede pesar ni medir con sus instrumentos científicos. Pero es el núcleo de la vida, el lugar que realmente contiene el yo único de cada persona, los recuerdos pasados, la sabiduría latente y las profundas huellas de vidas muy lejanas".

"¿Alma? ¿Espíritu Primordial?", repitió Qing Ling en voz baja esas dos palabras, sus ojos brillaban con una curiosidad y un interés evidentes. "También he leído sobre estos conceptos en libros y documentos culturales".

El Maestro Mo asintió levemente: "Así es. Aunque la palabra 'alma' en el folclore a veces ha sido cubierta por la gente con demasiadas capas de superstición. Imaginen esto: nuestro cuerpo es como un carruaje visible, y esa alma (o se puede llamar espíritu primordial, conciencia) es el cochero invisible que lo conduce. Cuando el carruaje se desgasta, se envejece o por alguna razón tiene que detenerse, ese cochero todavía puede seguir existiendo, esperando una oportunidad adecuada para emprender nuevos viajes, con otros carruajes".

Traté de visualizar lo que decía. La idea no era completamente extraña para mí, ya que existe en muchas de las principales religiones y escuelas filosóficas antiguas del mundo. Pero hoy, al escucharla presentada de manera tan tranquila y coherente por un hombre de aspecto erudito y profundo como el Maestro Mo, tenía un peso, una persuasión muy diferente.

"Entonces, la muerte... vista desde esta perspectiva, ¿qué es, señor?", pregunté.

"La muerte del cuerpo físico", respondió, su voz todavía uniforme, "es el momento en que el alma se ha separado completamente de ese cuerpo. La conexión entre el 'cochero' y el 'carruaje' se ha interrumpido permanentemente. En ese momento, el cuerpo físico comenzará el proceso de descomposición según las leyes de la naturaleza. Pero el alma no 'muere' en ese sentido. Llevará consigo todo lo que ha acumulado durante el proceso de 'conducir el carruaje', y también lo de viajes mucho más antiguos, para entrar en otro estado de existencia, para comenzar otro viaje".

Nos miró a ambos atentamente y continuó: "Y una de las cosas más importantes que cada alma lleva consigo es el karma".

"¿Karma?", fruncí el ceño ligeramente. Había oído hablar de este concepto varias veces, y generalmente se asocia con las enseñanzas budistas.

"Así es. El karma, si se entiende de la manera más simple, es el flujo invisible de la ley de causa y efecto, donde cada pensamiento, cada palabra, cada acción nuestra en esta vida —o incluso en vidas pasadas— teje silenciosamente los hilos del destino que nuestros ojos mortales no pueden ver. Las acciones buenas y

bondadosas crean buen karma (también llamado mérito o virtud), y por el contrario, las acciones malas y erróneas crean mal karma (o deudas kármicas). Este karma nunca desaparece por sí solo, se acumula, se adhiere al alma de cada persona y determina en gran medida el destino, las circunstancias de la vida y lo que encontraremos en el futuro, incluso después de haber dejado este cuerpo actual".

Explicó de manera muy clara y coherente, sin ningún atisbo de proselitismo o de imponer ninguna creencia.

"Es como un río invisible, cada acción, cada pensamiento nuestro es como una gota de agua que se vierte en él. Ese río fluye constantemente, llevando consigo tanto el sabor dulce de las buenas acciones como el sabor amargo de las malas, y tarde o temprano, tendremos que volver a probar las mismas aguas que hemos contribuido a crear".

Aquí, se detuvo un momento, y luego volvió a la historia del anciano carpintero Wang.

"El caso del carpintero Wang que han oído, de hecho, es muy especial. Cuando sufrió el repentino ataque al corazón y luego fue declarado muerto por el médico del dispensario, es muy posible que su alma original, llevando todo el karma de toda una vida como carpintero, realmente abandonara el cuerpo según el proceso normal de la vida y la muerte".

"Entonces, ¿por qué pudo 'resucitar' después?", preguntó Qing Ling de inmediato, incapaz de contenerse.

"Este es el punto complejo y también lo raro del asunto", dijo el Maestro Mo, su voz bajó un poco. "Hay casos extremadamente raros en los que un cuerpo acaba de quedar 'vacío' porque el alma se ha ido, pero el cuerpo en sí aún no ha comenzado el proceso de descomposición, y justo en ese momento, bajo una convergencia extremadamente sutil y compleja de factores de afinidad predestinada, de tiempo, espacio y los flujos invisibles del karma, otra alma —quizás por alguna deuda kármica no saldada, o por una promesa, una misión de tiempos antiguos— llega y se hace cargo de ese cuerpo recién abandonado".

Casi me quedé helado. "¿Quiere decir... el fenómeno que el folclore llama 'resurrección por posesión'?".

"Así es como lo llama el folclore", asintió levemente. "Pero su esencia más profunda probablemente esté íntimamente relacionada con el karma. Es muy posible que esta nueva alma tenga una gran deuda kármica que necesita ser saldada en este mismo lugar, o quizás tenga una misión especial sin cumplir de una vida anterior. 'Tomar prestado' un cuerpo que su dueño anterior acaba de abandonar es una posibilidad, aunque es extremadamente rara y requiere que muchos factores

complejos de afinidad predestinada converjan al mismo tiempo".

"Eso podría explicar por qué el anciano Wang, después de resucitar, parece haberse convertido en una persona completamente diferente, ¿verdad?", pregunté, comenzando a sentir que una cierta lógica se revelaba en esta maraña de eventos aparentemente ilógicos.

"Es muy posible que así sea", asintió el Maestro Mo. "La nueva alma, al entrar, trae consigo todos sus recuerdos, conocimientos, rasgos de personalidad y su propio karma. No tiene recuerdos de la vida como carpintero del anciano Wang, por lo que es comprensible que no reconozca a sus hijos y nietos. También puede traer consigo conocimientos o habilidades especiales de una vida pasada lejana, como saber leer y escribir chino antiguo, o poder componer poemas sobre la cultivación taoísta. También puede poseer habilidades especiales debido al karma o a la práctica de vidas anteriores, como poder sentir cosas que están por suceder o ver las enfermedades ocultas en el cuerpo de otras personas".

Suspiró levemente. "Sin embargo, este 'préstamo de cuerpo' nunca suele ser perfecto. La conexión entre la nueva alma y el viejo cuerpo puede no ser completamente compatible, lo que puede llevar a estados de confusión, momentos de lucidez y delirio, u otras manifestaciones extrañas que los extraños difícilmente

pueden entender. Y, lo que es más importante, esta alma todavía estará sujeta a todo el karma que lleva consigo, así como a las partes de karma restantes relacionadas con este mismo cuerpo".

Las explicaciones del Viejo Maestro Mo parecieron abrir ante mí una puerta completamente diferente para reexaminar todo el asunto. No negaba los signos biológicos de la muerte que yo conocía, pero añadía una capa de significado mucho más profundo, una dimensión diferente de la existencia: el alma y el karma. Esta explicación, aunque parecía increíble, podía justificar los puntos más ilógicos de la historia del anciano Wang que nuestra medicina moderna era completamente incapaz de explicar: la "resurrección" milagrosa y el cambio completo de personalidad, conocimiento y habilidades especiales posteriores.

Aunque mi parte racional y científica inherente todavía estaba llena de preguntas y dudas sobre la veracidad de estas cosas, sobre la evidencia concreta que se pudiera verificar, no podía negar que esta explicación parecía tocar aspectos del caso que nuestra medicina moderna no podía explicar.

Miré a Qing Ling. Escuchaba atentamente, con los ojos bien abiertos, fijos en el Viejo Maestro Mo. Con su formación en cultura y filosofía oriental, supuse que estos conceptos de alma y karma probablemente no le

eran tan extraños, aunque quizás esta fuera la primera vez que los escuchaba presentados de manera tan vívida y conectados a un caso específico.

La habitación volvió a sumirse en el silencio, solo se oía el suave murmullo del agua hirviendo en la tetera y la respiración suave de los tres. Las palabras del Maestro Mo todavía resonaban en mi mente, no como una explicación completa, sino como los primeros bocetos de un cuadro inmenso, una visión del mundo que nunca antes había imaginado.

Entre el escepticismo y la apertura

Al salir del umbral de la casa de madera del Viejo Maestro Mo, sentí como si acabara de regresar de un mundo muy diferente. El aire exterior, aunque seguía siendo la tranquilidad familiar de las afueras del pueblo de Qingxi, ahora parecía cubrir todo con una fina capa de niebla invisible, algo pesado que no podía nombrar. La curiosidad, incluso un poco de emoción inicial cuando llegamos, parecía haberse desvanecido por completo, dando paso a un silencio abrumador, denso e indescriptible entre Qing Ling y yo. Caminamos uno al lado del otro por el pequeño callejón empedrado, el sonido de la grava bajo nuestros zapatos era tan claro

que parecía el único sonido que existía en un mundo interior completamente trastornado.

No dije nada, y Qing Ling también guardó silencio. Ambos necesitábamos nuestro propio espacio, más tiempo para digerir lentamente todo lo que acabábamos de escuchar y sentir en esa pequeña habitación que olía a papel viejo y hierbas. Mi mente era como una vieja película documental, rebobinando sin cesar las palabras y las imágenes del Maestro Mo, y cada vez que la película se reproducía, parecía grabar más profundamente en mi mente dudas angustiosas. ¿Alma? ¿Karma? ¿Resurrección por posesión? Todos estos conceptos, que antes para mí solo existían en novelas de fantasía o en estudios sobre creencias populares, ahora eran presentados por un hombre de ojos agudos y una calma increíble como verdades evidentes, leyes invisibles que operaban en paralelo al mundo físico visible que siempre había conocido.

¡Absurdo! Una parte obstinadamente racional de mí — esa parte forjada a través de años de rigurosa investigación científica— todavía gritaba en protesta, tratando de erigir las últimas murallas para resistir la ola de escepticismo que silenciosa pero poderosamente invadía mi conciencia. ¿Dónde estaba la evidencia concreta? ¿Dónde estaban los datos verificables? ¿Cómo podía aceptar cosas tan vagas e inmateriales? La muerte, según lo que había aprendido y presenciado, era un

fenómeno biológico claro, el cese irreversible de las funciones vitales básicas. La había presenciado cientos de veces en mi carrera, había firmado innumerables certificados de defunción, había tenido que explicar a los familiares de los pacientes con términos médicos específicos y claros. Esa era la base de mi conocimiento, la verdad demostrada por la ciencia a lo largo de generaciones.

Pero entonces, la imagen del anciano carpintero Wang con sus extraños cambios después de "resucitar" apareció claramente en mi mente, como un desafío innegable. Un cuerpo que había sido declarado clínicamente muerto por un médico profesional durante casi un día. Un carpintero que había trabajado duro toda su vida, que apenas sabía leer y escribir, de repente "despierta" y se convierte en una persona completamente diferente, con conocimientos antiguos y profundos, con la capacidad de ver cosas que la gente común no podía ver. ¿Daño cerebral? ¿Hipoxia cerebral prolongada? Todas las explicaciones médicas familiares que se me ocurrían ahora sonaban forzadas, débiles, como una camisa demasiado pequeña tratando de cubrir un cuerpo demasiado grande. No podían explicar satisfactoriamente la aparición repentina de esos nuevos conocimientos y habilidades.

Y también el Viejo Maestro Mo... No se parecía en nada a los adivinos o chamanes que solía imaginar. No había

ningún falso misterio, ni palabras vacías, huecas e incomprensibles. Solo una calma extraña, una perspicacia que se vislumbraba en sus ojos y una lógica alarmantemente coherente en la forma en que conectaba esos conceptos aparentemente absurdos para explicar un fenómeno anómalo. Hablaba del alma, del karma, con tanta naturalidad como si hablara del flujo de sangre en las venas o de la transmisión de impulsos nerviosos en el cerebro. Era esa serenidad, esa certeza sin necesidad de exageración ni adorno, lo que me dejaba aún más perplejo y confundido.

Instintivamente me llevé las manos a las sienes, sintiendo que los cimientos mismos de mi pensamiento, de los que siempre me había enorgullecido por ser científicos y objetivos, en realidad se estaban tambaleando violentamente. ¿Era mi visión del mundo, que siempre había considerado completa y correcta, en realidad demasiado limitada, demasiado unilateral? ¿Acaso porque nuestras herramientas de investigación actuales solo pueden medir el mundo físico visible, habíamos rechazado apresuradamente la existencia de otros niveles de realidad, de leyes invisibles que gobiernan silenciosamente el destino humano de maneras que no podíamos entender? El encuentro con el ermitaño en la cima de la montaña hacía unos días había sembrado en mí las primeras semillas de duda, y ahora, el Viejo Maestro Mo parecía haber regado sobre ellas una

fuerte corriente de agua, haciendo que esas semillas comenzaran a germinar y crecer. Me sentí como si estuviera frente a un vasto y misterioso océano de conocimiento, del cual hasta ahora solo conocía la existencia a través de un pequeño y estancado charco.

Miré de reojo a Qing Ling. Seguía caminando lentamente a mi lado, con la mirada fija en las antiguas losas de piedra bajo sus pies, pero sabía con certeza que su mente no estaba allí en ese momento. Su delicado ceño estaba ligeramente fruncido, y de vez en cuando apretaba los labios como si estuviera luchando con una compleja corriente de pensamientos. Con su profundo conocimiento de la cultura oriental, ¿le resultaría más fácil aceptar estas cosas que a mí? ¿O era precisamente por ese conocimiento que encontraba el asunto aún más complejo y difícil de explicar? Recordé de repente su mirada mientras estábamos en la casa del Maestro Mo: al principio, curiosidad; luego, un poco de asombro; y finalmente, una profunda reflexión. No solo escuchaba con los oídos, sino que parecía estar movilizando todo su conocimiento y sus percepciones más sutiles para poder enfrentar los conceptos que acababa de escuchar.

"¿En qué piensas, Ming?".

La voz suave de Qing Ling finalmente rompió el largo silencio entre nosotros. Sonó un poco vacilante, como si

ella misma no estuviera segura de qué tipo de respuesta quería escuchar.

Me detuve y me volví para mirarla. La luz de la mañana ya había comenzado a filtrarse a través de las hojas, creando manchas de luz danzantes en su delicado rostro, pero parecía incapaz de disipar la expresión pensativa que era claramente visible en sus ojos. Respiré hondo, tratando de encontrar alguna palabra que pudiera describir el caos que se desarrollaba en mi interior en ese momento.

"Yo... yo realmente tampoco lo sé, Ling", respondí con sinceridad, mi voz un poco cansada. "Es como... como si todo el mapa del mundo en el que siempre había confiado absolutamente en su precisión, de repente se hubiera convertido en una hoja de papel en blanco, y yo estuviera parado en medio de tierras completamente extrañas, horizontes que nunca antes me había atrevido a soñar. Nuevas tierras, nuevos caminos están apareciendo gradualmente que ese viejo mapa no registraba en absoluto".

Qing Ling asintió suavemente, su mirada llena de simpatía, pero tampoco podía ocultar su propia confusión. "Entiendo", dijo en voz baja. "Tengo una sensación similar. Los conceptos de alma, de retribución kármica... los he leído innumerables veces en los libros, y generalmente los consideraba solo como parte de las

creencias populares, o de las antiguas escuelas filosóficas. Pero al escuchar al Maestro Mo explicarlo en detalle, y relacionarlo directamente con la historia del anciano Wang... ya no parecen ser solo teorías. Se vuelven vívidas, concretas y... de alguna manera, extrañamente aterradoras". Hizo una pausa y continuó, su voz casi un susurro para sí misma: "Me hace sentir como si acabara de cruzar un espejo. Todo a mi alrededor parece igual, pero su esencia parece haber cambiado mucho".

Volvimos a guardar silencio. Pero esta vez, el aire entre nosotros ya no parecía tan pesado por las dudas individuales. Había una conexión silenciosa, como si ambos estuviéramos mirando en la misma dirección, enfrentando juntos algo demasiado grande que acababa de llegar.

Cuando nos acercamos al final del callejón, donde el camino comenzaba a ensancharse y los sonidos familiares de la vida cotidiana en el pueblo se hacían cada vez más claros, mis ojos se encontraron casualmente con una pequeña imagen. En un viejo muro de piedra cubierto de musgo, una delicada pero tenaz rama de flor silvestre se esforzaba por abrirse paso a través de una grieta fría y húmeda para poder alcanzar un poco de la débil luz del sol, como un testimonio silencioso de la vitalidad inmortal, siempre tratando de superar todas las adversidades. El frágil color púrpura de sus pequeñas flores destacaba sobre el fondo de

piedra gris, como una manifestación extremadamente poderosa de la vida, a pesar de todas las duras circunstancias. Me detuve a mirarla durante un buen rato, y un pensamiento muy vago surgió en mi mente. Esta vida... ¿es realmente solo el resultado de complejas reacciones químicas y la división de células? ¿O es también una especie de voluntad, una energía invisible, que siempre busca expresarse, siempre busca existir, incluso en las circunstancias más imposibles, de maneras que nunca podríamos imaginar?

No le expresé a Qing Ling este pensamiento repentino, pero tuve la sensación de que la imagen de esa pequeña flor silvestre, junto con las palabras llenas de significado del Viejo Maestro Mo, me perseguirían durante mucho tiempo.

Cuando los sonidos familiares del pequeño pueblo de Qingxi comenzaron a resonar más claramente, supe que habíamos regresado al mundo cotidiano. Pero algo dentro de mí, y quizás también de Qing Ling, ya no era completamente igual. Mi escepticismo inherente de científico todavía estaba allí, fuerte y racional. Pero junto a él, una puerta muy estrecha parecía haberse abierto de verdad, conduciendo a una tierra de posibilidades que nunca antes me había atrevido a considerar. Las preguntas sobre la naturaleza de la existencia, ahora, parecían más grandes y profundas que nunca.

* * *

CAPÍTULO 5: EL PUEBLO DONDE EL TIEMPO SE DETIENE

El sueño de trece días en la tierra olvidada

Tras el inquietante encuentro con el Viejo Maestro Mo y sus impactantes explicaciones sobre el alma y el karma en el pueblo de Qingxi, tanto Qing Ling como yo sentimos un fuerte impulso de buscar un verdadero momento de calma. Las experiencias intensas y consecutivas, desde la cima de la montaña del ermitaño hasta la historia de la "resurrección por posesión" del anciano Wang, habían sacudido los cimientos de nuestro pensamiento. Necesitábamos tiempo, un espacio

realmente tranquilo para poder reordenar los fragmentos de nuestras creencias, para enfrentar las innumerables y grandes preguntas que acababan de revelarse ante nosotros.

En nuestra última conversación con el Viejo Maestro Mo, cuando expresamos nuestro deseo de encontrar un lugar tranquilo para meditar durante unos días, él simplemente miró pensativamente por la ventana y luego, como si fuera al azar, mencionó un lugar con un nombre bastante peculiar: "Wangyou Zhen" (El Pueblo del Olvido). No dijo mucho sobre el lugar, solo sonrió levemente y dijo que allí, "el tiempo a veces se vuelve extrañamente elástico para algunas personas, y también es más fácil olvidar las preocupaciones del mundo secular". Esas palabras, medio en broma, medio en serio, junto con el nombre evocador, sembraron en nosotros una curiosidad indescriptible.

Llegar a Wangyou Zhen no fue tarea fácil. No aparecía en los mapas turísticos habituales, y la gente de los pueblos vecinos a quienes preguntamos solo sabía vagamente de la existencia de un valle remoto. Nuestro viaje comenzó con un tren, luego un destartalado autobús local que subía con dificultad por sinuosas carreteras de montaña, para finalmente detenerse en un pequeño pueblo desolado al pie de una alta cordillera. Desde aquí, para llegar a Wangyou, tuvimos que contratar a un joven local que, con su triciclo motorizado

casero, nos llevó por un camino de tierra y piedras accidentado y peligroso.

Cuando llegamos al borde del valle de Wangyou, ya estaba anocheciendo. Tanto Qing Ling como yo estábamos agotados después de un día de viaje continuo. La vista de Wangyou Zhen a lo lejos, con sus tejados de tejas marrones oscuras que aparecían y desaparecían en la niebla del atardecer, era de una belleza antigua y algo aislada. El joven guía nos presentó a una hospitalaria familia local a la entrada del pueblo, que tenía una pequeña y sencilla habitación para los viajeros perdidos.

La familia anfitriona, una pareja de mediana edad y su hijo pequeño, nos recibió con mucha calidez, aunque con la timidez propia de la gente de montaña que rara vez ve a extraños. Rápidamente nos prepararon una cena sencilla con arroz blanco, verduras del bosque hervidas y un poco de pescado de arroyo salado. Debido al agotamiento, ni Qing Ling ni yo comimos mucho. Inmediatamente después de la cena, una somnolencia pesada y sin precedentes nos invadió a ambos de forma tan rápida y fuerte que fue imposible resistirla. Solo recuerdo vagamente la sensación de que mi cabeza daba vueltas, mis párpados pesaban, y luego todo se hundió en un vacío indefinido. El último pensamiento que cruzó mi mente antes de perder completamente la conciencia fue que el espacio aquí era increíblemente silencioso, una quietud extraña.

Me desperté de golpe, sintiendo todo el cuerpo ligero y extrañamente fresco, como si acabara de tener un sueño increíblemente profundo y reparador. Mi mente estaba completamente clara, sin ningún rastro de cansancio, a diferencia de las mañanas perezosas habituales después de largos viajes. Me moví ligeramente y miré alrededor de la sencilla habitación de madera; la luz de la mañana ya se filtraba por las rendijas de la puerta, proyectando franjas de luz dorada pálida en el suelo.

Qing Ling también acababa de despertar a mi lado, y me miraba aturdida con una expresión similar a la mía, algo extrañamente fresca y aliviada.

"¿Dormiste bien?", le pregunté en voz baja. "Me siento extrañamente renovado, mi mente está mucho más clara. ¡Siento como si solo hubiera echado una siesta, es increíble!".

Qing Ling asintió, frotándose los ojos. "Yo también. Increíblemente ligera. Y es extraño, acabo de tener un sueño muy claro, muy vívido".

"¿Un sueño?", me sorprendí. Rara vez recordaba mis sueños. "¿Qué soñaste?".

"Soñé que ambos estábamos perdidos en un valle cubierto de niebla blanca", contó Qing Ling, su voz todavía un poco soñadora. "Luego encontramos un

sendero que subía a una montaña muy alta. En la cima de esa montaña, había un antiguo templo, con tejados curvos, de aspecto muy majestuoso. Entramos y vimos a muchos monjes vestidos con túnicas de color azafrán, sentados erguidos recitando sutras. El sonido de los cánticos era grave y resonante, el sonido de las campanas y los gongs... la sensación era muy pacífica, muy serena, y también algo muy familiar, como si ya hubiéramos estado allí antes...".

Escuché a Qing Ling contar su sueño, mi corazón no pudo evitar conmoverse. De hecho, yo acababa de tener un sueño casi idéntico, claro en cada detalle. Pero antes de que pudiera compartirlo con ella, la puerta de la habitación se abrió con un crujido.

La dueña de la casa entró con una pequeña bandeja que contenía dos cuencos de gachas de arroz blanco humeantes y un plato sencillo de verduras hervidas. Al vernos despiertos, esbozó una sonrisa amable:

"Ah, los distinguidos invitados ya se han despertado. Por favor, tomen un poco de gachas para calentar el estómago. Deben tener mucha hambre".

"Sí, gracias, señora", dije, un poco sorprendido por su amabilidad. "Dormimos un poco demasiado profundamente, disculpe las molestias".

La dueña se rió: "¿Qué molestias? Que hayan podido dormir es bueno. Los vimos durmiendo tan profundamente que no nos atrevimos a molestarlos".

"Sí, probablemente dormimos hasta casi el mediodía, ¿verdad, señora?", preguntó Qing Ling, mirando por la ventana donde el sol ya estaba bastante alto.

La dueña nos miró, con una expresión algo vacilante, y luego dijo lentamente:

"Bueno... señores... no sé si me creerán, pero hoy es el decimocuarto día desde que llegaron".

"¿¡Catorce... catorce días?!\"", exclamamos ambos al unísono, con incredulidad, sin poder creer lo que oíamos. Miré rápidamente mi reloj de pulsera; se había detenido en algún momento, probablemente se había quedado sin batería. Qing Ling también sacó rápidamente su teléfono móvil, pero la pantalla estaba negra, sin señal.

"Señora... ¿está diciendo la verdad?", pregunté tartamudeando, mi corazón latiendo con fuerza en mi pecho como si quisiera salirse. "Nosotros... ¿dormimos durante trece días y trece noches seguidas?".

La dueña asintió, su rostro extrañamente sereno. "Sí, así es. Los primeros días, al verlos dormir tan profundamente sin despertar, nos preocupamos un poco.

Pero mi esposo y algunos ancianos del pueblo dijeron que, hace mucho, mucho tiempo, ya había habido uno o dos casos de extraños de lejos que venían y también dormían un sueño tan largo. Algunos dicen que es porque no están acostumbrados al aire de la montaña, otros dicen que son personas con una base de cultivación, con afinidad predestinada con los dioses y budas de esta montaña, por eso les sucede. Al ver que su respiración era regular y sus rostros rosados, no nos atrevimos a molestarlos mucho, solo entrábamos de vez en cuando a ver cómo estaban, y les humedecíamos los labios con un poco de caldo de arroz cuando se veían demasiado secos".

¡Trece días! Trece días y trece noches pasaron sin que nos diéramos cuenta, sintiéndose como un breve sueño, un sueño fugaz. Lo más increíble era que, después de un período tan largo sin apenas comer ni beber (ese poco de caldo de arroz no era suficiente para mantener el cuerpo), no nos sentíamos hambrientos, cansados o débiles. Por el contrario, sentía una vitalidad, una claridad mental extraña, como si mi cuerpo acabara de ser recargado con una nueva fuente de energía. Incluso, no sentía la necesidad de ir al baño.

Miré a Qing Ling, y en su rostro vi la misma conmoción y asombro extremo, mezclado con algo indescriptible. El sueño del antiguo templo, de la solemne ceremonia de recitación de sutras... ¿qué significaba? Y en los últimos

trece días, ¿dónde habíamos estado realmente, qué habíamos experimentado en ese estado de sueño profundo e inconsciente?

Mi racionalidad de científico gritaba que esto era completamente ilógico, imposible según cualquier ley biológica que conociera. Pero la verdad evidente ante mis ojos, junto con las palabras sinceras y sin adornos de la dueña, me impedían negarlo.

Wangyou Zhen. Esta tierra parecía esconder muchos más secretos, muchas más maravillas que superaban incluso lo que el Viejo Maestro Mo había insinuado.

Encuentros con personas con experiencias o conceptos inusuales sobre el tiempo y el envejecimiento.

Después de una noche de sueño algo intermitente, en parte por la extrañeza del lugar, y en mayor medida, quizás, porque la sensación del ritmo temporal tan inusual de Wangyou Zhen desde la tarde anterior todavía me perseguía, Qing Ling y yo nos despertamos cuando los primeros rayos de sol apenas se filtraban por las rendijas de la ventana de madera. El aire de la mañana aquí era sorprendentemente puro, con un toque

de humedad del río cercano y el olor terroso característico de las montañas. A diferencia del bullicio habitual en otros lugares a esta misma hora, Wangyou Zhen todavía estaba sumido en un silencio casi absoluto. Solo el canto de los pájaros a lo lejos y el suave murmullo del río eran los raros sonidos que rompían la inmensa quietud.

Bajamos a la planta de abajo, donde la dueña de la posada, de pelo canoso —a quien ya sabíamos que se llamaba Señora Lin—, barría tranquilamente el pequeño patio de tierra frente a la casa. Cada movimiento de su escoba era rítmico, sin prisa, a pesar de que el sol ya comenzaba a elevarse, como si estuviera dibujando las líneas del silencio en la superficie del patio. Su pelo era blanco como la nieve, su rostro, aunque con muchas arrugas de la edad, tenía unos ojos claros y muy vivos. Sus manos, aunque salpicadas de manchas de la edad, no parecían secas ni arrugadas como las de otras personas de su edad. Se movía con ligereza, con gracia, sin ningún signo de cansancio o pesadez de la vejez.

"Buenos días, distinguidos invitados", sonrió amablemente al vernos, una sonrisa también... lenta como todo lo demás aquí. "¿Durmieron bien anoche?".

"Sí, buenos días, señora. Dormimos bien", respondió Qing Ling, y noté que su voz también se había vuelto

instintivamente más suave y pausada. "Este pueblo de Wangyou Zhen es realmente muy pacífico, señora".

"Pacífico tiene que ser", asintió la Señora Lin, su mano seguía con los movimientos regulares de la escoba. "En este lugar, no hay nada por lo que apresurarse".

"Señora, ¿lleva mucho tiempo viviendo aquí?", pregunté de repente, sin poder ocultar mi curiosidad por esta mujer de apariencia y porte tan especiales.

La Señora Lin detuvo la escoba y me miró, sus ojos claros parecían querer ver a través de mí. No respondió de inmediato, como si buscara algo en sus lejanos recuerdos. "Mucho tiempo, hijo", dijo en voz baja, su voz como un eco de un lugar muy lejano. "Tanto tiempo que ya ni recuerdo cuántas estaciones de lluvia y sol han pasado en esta tierra. En este pueblo de Wangyou Zhen, la gente no tiene la costumbre de contar los días y los meses. Simplemente vivimos, un día sigue a otro, una estación a otra".

Su respuesta algo vaga me sorprendió. ¿No recordar cuánto tiempo había vivido? ¿O no importarle? Eso era realmente muy inusual en comparación con nuestras concepciones comunes sobre el tiempo y la vida. Volvió a sonreír levemente, una sonrisa algo misteriosa: "El tiempo en este lugar es como ese río, fluye a su propio ritmo, a veces parece muy rápido, otras veces muy lento,

pero nunca se detiene realmente, como una canción sin fin. Lo importante es si uno tiene la suficiente quietud para sentir ese flujo especial".

Dicho esto, continuó con su trabajo, dejándonos allí con nuestros pensamientos. Sus palabras parecían simples, pero parecían ocultar una filosofía profunda sobre el tiempo que aún no podía comprender del todo.

Después de un desayuno ligero de gachas de arroz y algunas verduras del bosque hervidas con sésamo, preparado por la propia Señora Lin, decidimos dar un paseo por el pueblo para observar más de cerca la vida de la gente. Y, de hecho, la sensación de que el tiempo parecía ralentizarse aquí se hizo cada vez más evidente en mi mente. Todas las personas que encontramos en el camino, desde los ancianos que tomaban el sol cálidamente en los porches, las mujeres que llevaban a sus hijos a la espalda al mercado temprano, hasta los hombres que reparaban vallas de bambú o tejados de paja, todos compartían una actitud común: la calma, la lentitud, y la aparente ausencia de cualquier presión de la vida.

Nos detuvimos un buen rato frente a un pequeño taller de cerámica modestamente escondido a orillas de un afluente del río. Dentro, un hombre de mediana edad, quizás de unos cincuenta años, estaba sentado concentrado frente a un viejo torno de alfarero, sus

manos acariciando y moldeando suavemente un bloque de arcilla de color marrón rojizo. Sus movimientos eran extremadamente concentrados, meticulosos, pero tenían un ritmo muy relajado, como si cada caricia a la arcilla fuera una respiración lenta y regular en armonía con el pulso de la tierra. La vasija que tomaba forma bajo sus hábiles manos tenía una belleza muy rústica, simple pero también muy armoniosa y equilibrada. A su alrededor había innumerables otros productos de cerámica, terminados o a medio hacer, de todos los tamaños y formas, todos con un estilo muy propio, diferente a cualquier cerámica que hubiéramos visto antes.

Al vernos de pie en la puerta, levantó la cabeza y nos sonrió amablemente. "¿Son ustedes los nuevos visitantes de lejos?".

"Sí, venimos de Estados Unidos", respondí. "Hace una cerámica preciosa. Este oficio debe requerir una gran paciencia".

Se rió a carcajadas, una risa que reveló profundas arrugas alrededor de sus ojos, pero sus ojos eran muy brillantes. "¿Paciencia? No creo que sea eso. Simplemente sigo la naturaleza de la arcilla. Como la arcilla quiere tomar forma, mis manos la siguen. La rapidez con que se termina un producto no es tan importante como si la vasija tiene su propia 'alma'".

Señalé una vasija de esmalte verde jade de aspecto muy hermoso en un estante. "Esta vasija, seguro que le llevó mucho tiempo terminarla, ¿verdad?".

Miró en la dirección que señalé, con una mirada afectuosa como si mirara a un hijo espiritual. "¿El tiempo para hacerla?", se rió de nuevo y negó con la cabeza. "Sinceramente, ya no lo recuerdo. Podrían haber sido unas pocas semanas, o quizás varios meses. Cuando uno realmente hace lo que ama, cuando se sumerge por completo en ello, el tiempo parece detenerse también. Solo se sabe cuándo se empieza y cuándo se termina. El proceso intermedio es como un flujo continuo, no es necesario medirlo ni calcularlo".

Qing Ling, con la sensibilidad de alguien que trabaja en cultura y arte, se mostró muy interesada en estas cerámicas únicas. Empezó a preguntarle sobre las técnicas de alfarería locales, el origen de la arcilla que usaba, el significado de los patrones decorativos en las vasijas. Él respondió alegremente a todas sus preguntas, pero cuando mencionamos casualmente el tiempo, su edad o los rápidos cambios del mundo exterior, se mostró bastante indiferente. "¿El mundo de fuera debe estar cambiando muy rápido, verdad?", nos preguntó a su vez. "La gente allí siempre tiene prisa por ir a algún sitio, por hacer algo muy rápido. Pero aquí, en nuestro Wangyou Zhen, todo sucede lentamente. El sol sale y se

pone, los árboles brotan y luego cambian de hojas con las estaciones. No hay necesidad de apresurarse".

Observé atentamente a este alfarero. Parecía robusto y saludable, con la piel oscura por el sol y el viento, y las manos callosas por el trabajo. Pero algo no encajaba. Si realmente solo tenía unos cincuenta años como aparentaba, ¿quién había hecho esas cerámicas de estilo antiguo, con marcas de tiempo tan claras? ¿O era que este hombre era en realidad mucho más viejo de lo que su apariencia vigorosa sugería? No me atreví a preguntar directamente, por miedo a ofenderlo, pero la pregunta seguía rondando en mi cabeza.

Al salir del pequeño taller de cerámica, paseamos por la orilla del río. Bajo la sombra de un gigantesco baniano, cuyas frondosas hojas cubrían un amplio patio de tierra, varios ancianos jugaban tranquilamente al Go. El tablero de Go, tallado en piedra, estaba desgastado por el tiempo, y cada pieza blanca y negra también estaba pulida y brillante, como si contuviera innumerables tardes tranquilas que habían pasado. Los ancianos jugaban muy lentamente, cada movimiento se consideraba con mucho cuidado, a veces una tarde entera solo se dedicaba a unas pocas jugadas. El ambiente era extremadamente silencioso, solo se oía el sonido seco de las piezas al colocarse sobre la piedra y la respiración regular y suave de los ancianos.

Nos quedamos observando en silencio durante un buen rato. Lo que me pareció extraño fue la conversación de los ancianos. No solo discutían los movimientos actuales en el tablero, sino que a veces mencionaban cosas que habían sucedido hace mucho, mucho tiempo, con un tono natural como si acabaran de ocurrir ayer. Un anciano mencionó una gran inundación que había devastado la región hacía no sé cuántos años, otro contó sobre una cosecha abundante de cuando era joven. Al escucharlos hablar, tuve la extraña sensación de que el pasado y el presente ya no tenían una frontera clara en su conciencia. ¿Era el tiempo para ellos un flujo completamente diferente?

"¿Te has dado cuenta?", me susurró Qing Ling al oído. "Los ancianos hablan de cosas que sucedieron hace décadas como si fuera ayer. Y mira, aunque su pelo es blanco como la nieve y su piel está arrugada, su espíritu sigue siendo muy lúcido, sin ningún signo de la confusión o debilidad de la vejez que solemos ver en otras personas mayores".

Asentí. Era cierto. Estos ancianos, aunque su edad debía ser muy avanzada, no mostraban signos de un deterioro intelectual o de salud severo. Seguían muy lúcidos, activos a su manera, y participaban en la vida comunitaria con total serenidad. El envejecimiento aquí parecía ocurrir de una manera muy diferente: más lento, y no con el aspecto de decadencia que solía ver, sino más

bien como una maduración, una sedimentación del espíritu.

Cuanto más interactuaba con la gente de Wangyou Zhen, más confundido me sentía. La forma en que percibían y experimentaban el tiempo, la forma en que enfrentaban el envejecimiento de sus cuerpos, era completamente diferente a todo lo que había conocido antes. No parecía ser una negación o un intento de resistir el flujo del tiempo, sino una armonía, una aceptación hasta el punto de casi olvidar su existencia. No vivían para competir con el tiempo, sino que parecían vivir en un flujo de tiempo diferente, un flujo mucho más suave y tranquilo.

Como médico, sabía muy bien que el proceso de envejecimiento biológico del cuerpo es inevitable. Las células envejecen, la función de los órganos disminuye y las enfermedades aparecen con más frecuencia. Es una ley natural de la creación. Pero en este Wangyou Zhen, esa ley parecía estar torciéndose, o al menos ralentizándose considerablemente. ¿Era el entorno de vida puro y aislado, la atmósfera siempre tranquila y una actitud de vida serena lo que realmente afectaba ese proceso biológico? ¿O había algún otro factor, algún secreto aún oculto en el corazón de este valle, algo íntimamente relacionado con la naturaleza misma del tiempo y el espacio?

Miré a Qing Ling y vi en sus ojos las mismas preguntas que yo. Sentí como si hubiéramos entrado en una tierra que el tiempo parecía haber olvidado deliberadamente, donde las leyes familiares del mundo exterior ya no tenían mucho significado. Y la gente que habíamos conocido, con su extraña serenidad ante los años y sus conceptos muy diferentes sobre el tiempo, solo hacían que el misterio de este lugar se espesara aún más en mi mente.

Tiempo elástico y ¿otras dimensiones?

La tarde en Wangyou Zhen parecía tener una duración extrañamente prolongada. La luz dorada del sol todavía se posaba suavemente, como finos hilos de seda, sobre los tejados de tejas cubiertos de un musgo antiguo, flotando sobre el río que fluía en silencio, y parecía dudar en apagarse por completo, aunque según mi reloj, la oscuridad debería haber estado muy cerca. Nos sentamos en el banco de madera frente a la posada, observando en silencio el río, tratando de sentir el ritmo extraño e insondable de este lugar. Las historias sobre la gente que parecía no tener prisa con los años, sobre un envejecimiento que parecía ralentizarse, seguían dando vueltas en mi mente.

La Señora Lin, la dueña de la posada, después de terminar sus tareas de la tarde, también sacó una pequeña silla y se sentó a nuestro lado, abanicándose con un viejo abanico de bambú. Nos miró a ambos, sus ojos amables pero con una extraña comprensión.

"Los distinguidos invitados parecen estar pensando mucho en nuestro Wangyou Zhen", dijo, su voz todavía uniforme y lenta como siempre.

Qing Ling se volvió para mirarla y sonrió suavemente: "Señora, este lugar es realmente muy especial. Tenemos la sensación... de que el tiempo aquí no es del todo como en otros lugares. Todo parece suceder más lentamente, y la gente de aquí parece vivir en gran armonía con ese ritmo".

La Señora Lin asintió levemente, su mirada se perdió en las montañas que se desvanecían en la niebla al final del valle. "¿El tiempo?", repitió la palabra, como si fuera un concepto a la vez muy familiar y algo extraño. "La gente de fuera suele usar relojes para medirlo, dividiéndolo en segundos y horas de manera precisa. Pero aquí, en Wangyou Zhen, solemos sentirlo de una manera diferente".

Hizo una pausa, mirando el río que fluía perezosamente. "Los antiguos de aquí solían compararlo con este río. Hay tramos donde el agua fluye tumultuosamente sobre

los rápidos, y otros donde el agua solo susurra suavemente en las curvas tranquilas. Hay lugares donde el agua es tan profunda como un espejo que refleja todo el cielo, y otros donde el agua fluye en corrientes subterráneas que nuestros ojos mortales no pueden ver. El tiempo, quizás, es así: un flujo a la vez visible e invisible".

Escuché atentamente cada una de sus palabras. Su forma de expresarse era rica en imágenes, pero algo vaga, sin seguir ninguna lógica científica. "¿Quiere decir... que el tiempo en este lugar puede realmente cambiar de velocidad?", intenté preguntar de manera más concreta, sin ocultar la curiosidad de un científico.

La Señora Lin sonrió amablemente, una sonrisa que no se burlaba de mi pregunta algo ingenua, sino que era como la de un adulto tratando de explicarle a un niño algo que para ellos era obvio. "No exactamente 'cambiar de velocidad' de la manera que ustedes piensan", dijo lentamente. "Sino que, se cuenta que, a veces, en ciertos momentos aquí, un día puede parecer tan largo como una semana, pero otras veces, una estación entera puede pasar tan rápido como un parpadeo. Se dice que esto es especialmente fácil de sentir cuando uno está completamente concentrado en algo, o cuando su mente está completamente tranquila, sin ninguna preocupación".

Inclinó la cabeza ligeramente, mirándonos a ambos con una mirada algo inquisitiva: "¿Han tenido alguna vez sueños extraños? ¿Sueños en los que ven cosas que nunca han sucedido, o se reencuentran con seres queridos que han estado lejos durante mucho tiempo?".

Qing Ling y yo nos miramos instintivamente. ¿Quién en la vida no ha tenido un par de sueños extraños como ese? Pero sentí que lo que ella quería decir con esa pregunta iba mucho más allá.

"Se suele contar", continuó, su voz bajó como si susurrara un secreto, "que en este lugar, a veces la gente sueña con fragmentos del futuro que aún no ha llegado, o se pierde en antiguos recuerdos de una manera tan clara que parece que acaba de suceder ayer. Incluso hay quienes dicen que, en tales sueños, han ido a lugares muy extraños, encontrándose con personas que no parecían pertenecer a este mundo nuestro".

"¿Lugares extraños? ¿Personas que no pertenecen a este mundo?", repitió Qing Ling, la curiosidad evidente en sus ojos.

La Señora Lin asintió, su mirada en ese momento parecía fija en un espacio indefinido. "Los ancianos de Wangyou Zhen suelen hablar de la existencia de 'puertas ocultas', lugares donde se cree que la frontera entre nuestro mundo y otros mundos se vuelve tan delgada como una

niebla matutina, y solo se necesita esperar el momento adecuado de convergencia para que se revele una realidad completamente diferente. Se dice que, especialmente en los momentos de transición del día como el amanecer o el atardecer, o en las noches de luna llena y clara, en los lugares más profundos de los bosques de esas montañas...". Señaló con la barbilla hacia la lejana cordillera. "...ha habido gente que se ha perdido, solo por un instante, y de repente se ha encontrado en un lugar completamente extraño, donde los árboles, las casas, incluso la luz del sol no se parecían en nada. Y luego, en un abrir y cerrar de ojos, se encontraban de nuevo en el mismo lugar, pero la sensación del tiempo transcurrido era muy diferente".

Escuché cada una de sus palabras y sentí un escalofrío recorrer mi espalda. ¿Estaba hablando de otras dimensiones? ¿Del concepto de multiverso? Esos eran conceptos que incluso nuestra física teórica más avanzada solo se atrevía a conjeturar y todavía debatía acaloradamente. Y aquí, una anciana de aspecto muy común hablaba de ellos como historias transmitidas, creencias que habían existido durante generaciones.

"Esos 'otros mundos' de los que acaba de hablar... ¿cómo son realmente?", intenté mantener la voz tranquila, aunque mi mente estaba llena de pensamientos.

La Señora Lin negó con la cabeza: "Yo solo lo he oído contar así, joven, nunca lo he visto con mis propios ojos. Se dice que algunos lugares son increíblemente hermosos, siempre llenos de luz y sonidos, música melodiosa y maravillosa, pero también hay lugares muy sombríos y aterradores. Pero parece que a menudo existen en paralelo con este mundo nuestro, justo aquí, solo que nuestros ojos comunes no pueden verlos, al igual que no podemos ver el aire que nos rodea. Se dice que solo las personas con una mente verdaderamente tranquila, o en momentos muy especiales, cuando la afinidad predestinada lo permite, pueden percibirlo fugazmente o tener la suerte de verlo".

Las palabras de la Señora Lin, aunque presentadas como cuentos populares, creencias antiguas transmitidas, resonaban de una manera muy extraña con lo que habíamos experimentado y sentido en nuestros pocos días en Wangyou Zhen. La sensación de un flujo de tiempo "elástico", el aparente envejecimiento más lento de algunos aldeanos, los extraños sueños que ambos habíamos tenido, y ahora el concepto de espacios paralelos, de "puertas ocultas"... Todo parecía estar conectándose gradualmente, formando un cuadro increíblemente complejo y misterioso sobre la verdadera naturaleza de este lugar.

No se trataba de una teoría física avanzada sobre la curvatura del espacio-tiempo o la compleja teoría de

cuerdas. Parecía ser una forma de experiencia, una percepción directa del funcionamiento del universo desde una perspectiva completamente diferente, una perspectiva a la que mi ciencia empírica probablemente aún no podía llegar. En este lugar, el tiempo no parecía ser una línea recta inmutable, y el espacio no solo tenía tres dimensiones visibles familiares. Parecían ser más fluidos, más cambiantes, y podrían existir en muchos más niveles, muchas más capas de lo que solemos imaginar.

Miré a Qing Ling, y vi que ella también estaba en silencio, pensativa, con el ceño ligeramente fruncido. Quizás estos conceptos, aunque extraños e increíbles, no eran completamente ajenos a la base cultural oriental con la que había estado en contacto desde pequeña, una cultura donde las historias de reinos celestiales, del inframundo, de cultivadores con la capacidad de entrar y salir de otros espacios han existido durante miles de años.

"Entonces, señora, ¿es quizás por vivir en un lugar tan especial como este", comenzó a preguntar Qing Ling a la Señora Lin, "que la gente de Wangyou Zhen tiene una serenidad, menos atada al tiempo y la edad que la gente de otros lugares?".

La Señora Lin sonrió levemente, una sonrisa llena de significado. "Quizás sea así, señorita. Cuando la gente sabe que este mundo es en realidad mucho más grande

de lo que pensaba, que el tiempo no siempre es el único amo que gobierna todo, y que la muerte quizás no es un final absoluto, entonces, naturalmente, se preocupan menos por las pequeñas cosas, las disputas triviales de la vida cotidiana. Aprenden a vivir más despacio, a escuchar más y a sentir más profundamente. Y cuando el alma de una persona está verdaderamente en paz, quizás los años que pasan también son más amables con ella, ¿no le parece?".

Se levantó tranquilamente, el abanico de bambú en su mano seguía moviéndose suavemente. "Bueno, creo que tengo que entrar a preparar la cena. Siéntanse libres de quedarse aquí y disfrutar del atardecer".

Entró en la casa, dejándonos a mí y a Qing Ling sentados allí con una mezcla de emociones y un sinfín de pensamientos sin resolver. Sus explicaciones no eran científicas, ni había pruebas concretas que las verificaran, pero tocaron un nivel de conciencia más profundo dentro de nosotros, respondiendo en parte a nuestras preguntas sobre Wangyou Zhen de una manera muy particular. No disiparon el misterio del lugar, sino que, por el contrario, nos hicieron sentir más claramente la existencia de cosas maravillosas, más allá de la comprensión humana común.

Nos quedamos sentados allí, observando en silencio el mágico color púrpura del atardecer que se extendía

gradualmente sobre cada nube flotante, cada cúpula de árboles verdes, como si el mundo entero respirara al unísono con los pensamientos que aún pesaban en nuestros corazones. Mi mente estaba llena de preguntas sin respuesta. ¿Era la "realidad" que siempre había conocido hasta ahora solo una delgada rebanada de un universo multidimensional y multinivel mucho más complejo? ¿No eran el tiempo y el espacio siempre constantes inmutables, sino que podían "estirarse", "curvarse" por factores que nuestra ciencia aún no ha descubierto, como el estado mental de una persona, o un campo de energía especial de un lugar?

No tenía respuesta para nada. Pero sentado allí, mirando el mágico color púrpura del atardecer que descendía sobre el valle de Wangyou, supe que los límites de mi pensamiento estaban siendo empujados poco a poco. Este mundo, al parecer, todavía contenía demasiadas maravillas y misterios, mucho más allá de lo que mis gruesos libros de ciencia habían descrito.

Una mente abierta ante lo incognoscible

El atardecer en Wangyou Zhen era, de hecho, una experiencia muy diferente. No se extinguía apresuradamente como en otros lugares, sino que

parecía tener una cierta nostalgia, como un viejo amigo, esparciendo lentamente capas de luz dorada, luego naranja suave, y finalmente púrpura etéreo sobre todo el paisaje, como si intentara aferrarse a todo un poco más antes de sumergirse por completo en la oscuridad. Qing Ling y yo seguíamos sentados en el viejo banco de madera frente a la posada, casi inmóviles, solo nuestros ojos seguían en silencio la mágica transformación de los colores en el cielo y en la superficie del río tranquilo. El aire comenzaba a enfriarse, trayendo consigo el olor húmedo característico de la tierra y el aroma de las plantas de la montaña después de un largo día de sol.

La quietud aquí no era un silencio desolador, sino una paz increíblemente profunda, solo interrumpida ocasionalmente por los sonidos propios del valle: el murmullo constante y suave del río Wangyou, el concierto nocturno de los insectos desde los densos matorrales a lo largo de la orilla, el susurro de las hojas cada vez que pasaba una brisa ligera. A lo lejos, algunas tenues lámparas de aceite ya habían comenzado a encenderse en las antiguas casas sobre pilotes, proyectando largas sombras de personas que hacían algo con calma, sin prisas. No había el ruido de televisores o radios, ni el rugido de los motores de los vehículos, solo el ritmo prístino y puro de una vida que parecía completamente fusionada con la naturaleza.

Instintivamente volví a mirar mi reloj de pulsera. Las manecillas seguían avanzando con regularidad, diligentes como un viajero solitario, tratando de contar cada momento en un mundo donde el tiempo parecía haberse vuelto increíblemente vago, ya no queriendo seguir las viejas reglas. Pero ese ritmo mecánico y preciso ahora parecía completamente extraño, patéticamente fuera de lugar en el espacio de Wangyou Zhen. Levanté la vista hacia la luna creciente que acababa de asomar por detrás de la alta cima de la montaña al oeste, una luna que parecía etérea, mágica, en medio de la débil luz crepuscular que quedaba de la tarde. En teoría, podría estimar la hora basándome en su posición en el cielo, pero una vaga sensación de cansancio me detuvo. Parecía que el intento de imponer cifras concretas, cálculos lógicos y secos a este lugar era un acto completamente inútil, incluso un poco violento. Negué con la cabeza, riéndome de mí mismo, y dejé de mirar el reloj.

Qing Ling suspiró suavemente y apoyó la cabeza en mi hombro. El largo silencio entre nosotros en ese momento no era para nada sofocante, sino como una profunda empatía que no necesitaba palabras. Ambos estábamos experimentando juntos, sintiendo juntos la atmósfera tan especial de este lugar.

"Ming", su voz susurró de repente, tan baja que casi se mezcló con el viento nocturno. "De repente recordé las

palabras del Viejo Maestro Mo... Cuando estábamos en Qingxi, todo lo que dijo sobre el alma, sobre el karma, me parecía tan extraño e increíble. Pero ahora, sentada en este espacio, esas cosas parecen haber entrado suavemente en mi corazón, tan naturales como mi propia respiración, ya no parecen para nada descabelladas o ilógicas".

Guardé silencio durante un buen rato, mi mirada todavía fija en las sombras que se hacían cada vez más densas sobre la superficie del río tranquilo. Las palabras de Qing Ling parecían haber tocado los pensamientos aún muy vagos en mi mente. Las experiencias consecutivas durante este tiempo, desde el primer encuentro con el señor Zhang Feng, pasando por el ermitaño en la cima de la montaña, el Viejo Maestro Mo con sus profundas explicaciones, y ahora este espacio especial de Wangyou Zhen, todo parecía piezas sueltas de un rompecabezas que, sin embargo, apuntaban a un cuadro más grande y mucho más complejo de este mundo. "Entiendo lo que sientes", respondí en voz baja, mi voz también se volvió grave. "En lugares como este, parece que operan leyes muy diferentes, leyes que quizás nunca antes habíamos conocido".

La Señora Lin nos llamó a cenar. La tenue luz de la lámpara de aceite en la casa proyectaba largas sombras en el viejo suelo de madera. La cena de esa noche seguía siendo platos muy simples y rústicos: un pequeño plato

de pescado de río estofado, un plato de verduras del bosque recién recogidas y hervidas con sésamo, y una olla de arroz recién hecho todavía fragante. Nos sentamos alrededor de la mesa baja de madera, comiendo lenta y deliberadamente. La Señora Lin no habló mucho, solo de vez en cuando nos servía amablemente más comida en nuestros cuencos, sus ojos amables siempre brillaban con una sonrisa silenciosa y cálida. El ambiente de la comida era muy sencillo, cercano, diferente a cualquier comida que hubiera disfrutado en restaurantes de lujo o en ruidosas reuniones sociales. Tenía una autenticidad muy especial, una conexión muy simple entre las personas, y entre las personas y la naturaleza circundante.

Esa noche, acostado en la cama de bambú que crujía suavemente en la habitación del ático, me di cuenta de que ya no daba vueltas con pensamientos incesantes como en las noches anteriores. Dejé de intentar analizar o explicar todo con conocimientos científicos secos, y en su lugar, abrí silenciosamente todos mis sentidos, dejando que mi alma flotara libremente con la respiración lenta y profunda de la noche de Wangyou. Sentí la quietud casi absoluta de la noche aquí, solo interrumpida ocasionalmente por el canto incesante de los insectos desde el jardín y el vago y distante sonido del río. Sentí la fresca brisa nocturna que se colaba suavemente por las rendijas de la ventana, trayendo el aroma puro de las

montañas. Sentí la presencia de las modestas casas circundantes, de las personas que probablemente también estaban sumidas en un sueño muy pacífico. Parecía que algo invisible, una quietud especial, envolvía todo este valle, infiltrándose en cada pensamiento, calmando las corrientes incesantes en mi cabeza. Me quedé dormido sin darme cuenta, un sueño profundo y sin sueños.

A la mañana siguiente, cuando los primeros rayos de sol apenas atravesaban la densa niebla que aún cubría el valle, nos despertamos con una sensación de ligereza y frescura extraña. El aire era tan puro que solo con respirar hondo sentía como si mis pulmones se hubieran purificado por completo. El ritmo de vida en Wangyou Zhen seguía igual, lento y extremadamente sereno. Algunos aldeanos ya habían comenzado su nuevo día con sus tareas familiares: encender el fuego para cocinar el arroz temprano, ir al río a buscar agua, o llevar el ganado a los verdes pastizales a lo lejos. Todo transcurría de manera ordenada, rítmica, sin ninguna prisa ni apresuramiento.

Recogimos nuestro escaso equipaje, cada uno con una sensación de anhelo y nostalgia indescriptible. Aunque solo habíamos estado en Wangyou Zhen unos pocos días, este lugar había dejado una huella increíblemente profunda en nuestras almas. Cuando bajamos, la Señora Lin ya nos había preparado unos pasteles de arroz

calientes y una tetera de té de hierbas fragante para el desayuno. No nos preguntó a dónde íbamos ni qué haríamos a continuación.

Cuando nos despedimos de ella para emprender nuestro camino, nos acompañó hasta el final del callejón, donde el sendero comenzaba a subir de nuevo por la montaña. Le entregó a Qing Ling una pequeña bolsa de tela, dentro había hojas secas que desprendían un aroma muy suave. "Esto es un poco de hierbas medicinales de esta tierra de Wangyou", dijo, su voz todavía uniforme, sin cambios. "Les ayudará a calmar los nervios y a dormir mejor. Cuídense en el camino".

Qing Ling tomó la bolsa de hierbas, le agradeció profusamente, sus ojos un poco conmovidos. Yo también me incliné para despedirme de ella, tratando de encontrar alguna palabra que pudiera expresar toda mi gratitud y aprecio, pero al final solo pude decir una frase muy simple: "Muchas gracias por todo, señora. Nunca olvidaremos este lugar".

La Señora Lin solo sonrió levemente, una sonrisa todavía amable y algo misteriosa, como este mismo valle. "Wangyou Zhen siempre estará aquí. Cuando quieran olvidar las penas de la vida, siéntanse libres de volver".

Emprendimos nuestro camino, siguiendo el sendero cubierto de hojas podridas. Después de caminar un buen

trecho, instintivamente me volví a mirar. Wangyou Zhen seguía allí, pacíficamente escondido en un mar de niebla matutina, con solo algunos tejados de tejas de color marrón oscuro y columnas de humo de cocina flotando perezosamente. Era como un hermoso sueño, un mundo que parecía completamente separado del bullicio y la prisa de la vida moderna exterior.

No sabía si realmente había "entendido" todos los secretos de Wangyou Zhen. Probablemente no. Pero eso, en este momento, ya no parecía tan importante. De repente me di cuenta de que quizás no todas las preguntas necesitan una respuesta clara de inmediato, no todos los misterios deben ser desvelados por la razón. Hay cosas que, al parecer, simplemente existen, y nuestro trabajo es aprender a sentir, a aceptar su presencia con un alma más abierta. Hay verdades que simplemente existen, más allá de nuestra comprensión y capacidad de explicación actual. Y aceptar la existencia de lo "incognoscible", aceptar las propias limitaciones, a veces es el primer paso para poder expandir aún más el pensamiento, para poder acercarse a niveles de conciencia más profundos.

Apreté suavemente la mano de Qing Ling, sintiendo el calor familiar que se transmitía. El viaje de los últimos días había tenido muchos puntos difíciles de explicar desde una perspectiva científica. Pero, extrañamente, eso ya no me producía una sensación de desconcierto o

miedo como antes. Una curiosidad, una vaga emoción, comenzaba a encenderse en mi pecho, instándome a seguir adelante, a desvelar más capas del misterio de este Oriente mágico.

* * *

CAPÍTULO 6: LA TEJEDORA DEL DESTINO

La Ciudad Antigua de Huanglongxi y la anciana junto al río

Al dejar el valle de Wangyou, nos llevamos una sensación de haber soltado una carga invisible y, al mismo tiempo, una nostalgia indescriptible. El mundo exterior, con su ritmo de tiempo familiar, también parecía un poco más extraño después de nuestros días en ese lugar especial, sobre todo después de aquel extraño sueño de trece días y noches. Decidimos no apresurarnos a volver a las ruidosas y bulliciosas grandes ciudades, sino continuar nuestro viaje de exploración por las tierras de China que aún conservaban muchos rasgos culturales antiguos.

En el camino de regreso desde Wangyou al pequeño pueblo al pie de la montaña, donde podíamos tomar un vehículo para continuar, el joven guía del día anterior nos señaló un antiguo templo encaramado en una ladera cercana. Dijo que era un templo muy sagrado, que aunque no era muy grande, tenía una historia de varios cientos de años, y que de vez en cuando llegaban peregrinos de lejos. Con las experiencias espirituales que acabábamos de vivir, tanto Qing Ling como yo sentimos el impulso de visitarlo.

El templo, en efecto, no era grande, escondido entre viejos pinos, con una atmósfera extremadamente serena. Conocimos al abad, un monje de edad avanzada, rostro afable y ojos amables. Cuando supo que éramos visitantes de lejos, interesados en la cultura y los lugares sagrados, nos habló con mucho gusto. Nos contó la historia del templo, sobre los grandes monjes que habían practicado la cultivación allí.

Cuando supo que planeábamos continuar nuestro viaje de exploración, el monje se quedó pensativo un momento y luego dijo: "Si realmente desean profundizar en los valores espirituales y la cultura tradicional, quizás no deberían pasar por alto Sichuan. Esa tierra no solo tiene paisajes majestuosos, sino que también es un lugar de convergencia de muchos templos y monasterios taoístas famosos, como la sagrada Montaña Emei o el imponente Gran Buda de Leshan. Los antiguos decían

que ir a Sichuan es sentir el alma del cielo y la tierra y la maravilla de la Ley de Buda".

La sugerencia del monje, aunque informativa como para cualquier otro turista, de repente tocó algo dentro de mí. Sichuan. Había leído sobre esta región, pero nunca había tenido la intención de ir. Qing Ling también se mostró muy interesada. "¿Sichuan? También he oído hablar mucho de sus reliquias culturales y escuelas de cultivación", me dijo, sus ojos brillaban de curiosidad. "Si el destino nos ha traído esta recomendación, ¿por qué no vamos a ver, cariño?".

Y así, de forma muy natural, nuestro próximo destino quedó definido. Desde el antiguo templo, regresamos al pequeño pueblo, y luego tomamos un autobús a Guiyang. Desde Guiyang, compramos fácilmente billetes de tren de alta velocidad a Chengdu, la capital de la provincia de Sichuan. El viaje en el moderno tren, que atravesaba llanuras y montañas, me demostró una vez más el asombroso desarrollo de este país.

Al llegar a Chengdu, no nos quedamos mucho tiempo en la gran ciudad. Después de descansar una noche para recuperar fuerzas y obtener información necesaria, decidimos alquilar un coche con chófer para dirigirnos hacia el sur, con la intención de ver el Gran Buda de Leshan, una de las maravillas budistas más famosas del mundo, de la que había oído hablar durante mucho

tiempo. En el camino, nos enteramos de que había una ciudad antigua llamada Huanglongxi, situada tranquilamente a orillas de un río, que según se decía, aún conservaba mucha arquitectura antigua y una atmósfera muy serena. Decidimos detenernos allí unos días para descansar antes de continuar nuestro viaje a Leshan.

El cómodo coche nos alejó del bullicio de Chengdu. El paisaje urbano con sus rascacielos y el tráfico intenso quedó rápidamente atrás, dando paso a vastos campos de arroz y prósperos y tranquilos pueblos de la llanura de Sichuan. El conductor, un hombre de mediana edad local, era bastante entusiasta y abierto, y de vez en cuando nos señalaba hermosos paisajes o nos contaba historias interesantes sobre los lugares por los que pasábamos.

Cuando llegamos a la Ciudad Antigua de Huanglongxi, realmente tenía una belleza muy particular. Pequeñas calles empedradas corrían junto a un río sereno, antiguos puentes de piedra arqueados y casas de madera con tejados de tejas cóncavas y convexas cubiertos de musgo se alineaban una junto a otra. Aunque había algunos signos de turismo, la atmósfera general aún conservaba su sencillez y autenticidad, lo que nos hizo sentir más relajados y aliviados después de las experiencias espirituales algo intensas que acabábamos de vivir.

Encontramos una pequeña posada de aspecto bastante sencillo, con un balcón que daba al río, con la intención de quedarnos uno o dos días. Por la tarde, después de dejar nuestras cosas, paseamos tranquilamente por la orilla del río, respirando el aire fresco y observando el ritmo de vida sencillo y lento de la gente de allí.

Mientras caminábamos, la mirada de Qing Ling se detuvo de repente en un pequeño patio de tierra frente a una casa de aspecto bastante viejo pero aún muy limpia y ordenada. Bajo la sombra de una parra de luffa cargada de frutos, una anciana estaba sentada en una silla baja de bambú, con la espalda ligeramente encorvada, sus manos moviéndose rápidamente con ovillos de lana de colores y un par de agujas de tejer de bambú. Vestía un conjunto de tela de algodón marrón descolorido, su pelo blanco como la nieve recogido en un moño en la nuca. Su rostro estaba profundamente marcado por las arrugas de los años, pero sus ojos eran extrañamente brillantes y amables. Tejía con tal concentración y serenidad que parecía no prestar atención al mundo que la rodeaba.

Qing Ling, que amaba las artesanías y siempre sentía curiosidad por la cultura local, se mostró muy interesada. Me tiró suavemente de la mano y nos acercamos. Observamos en silencio a la anciana trabajar durante un rato. Sus manos, envejecidas pero aún muy hábiles, movían rápidamente las agujas de bambú, cada puntada era uniforme, creando gradualmente un patrón bastante

complejo en el suéter que estaba tomando forma. Era un patrón muy peculiar, nunca había visto nada igual, parecía una combinación de muchos pequeños motivos, superpuestos y entrelazados en un todo muy armonioso y único.

Como si sintiera que alguien la observaba, la anciana levantó la cabeza, sus ojos amables nos miraron y luego sonrió levemente sin emitir sonido. Esa sonrisa fue tan cálida que nos sentimos cercanos y amigables al instante.

"Buenos días, señora", saludó Qing Ling cortésmente en un mandarín muy preciso. "Teje usted muy bien. Ese patrón es realmente especial".

La anciana miró a Qing Ling, y en sus ojos hubo un destello de agradable sorpresa al oír su voz. "Gracias, señorita", respondió, su voz tan grave y amable como sus ojos. "Este es solo un patrón antiguo de nuestro pueblo. A los jóvenes de ahora ya no les interesa aprender a tejer patrones tan complicados como este".

"A mí también me gusta mucho tejer en casa, pero sinceramente nunca había visto un patrón como este", dijo Qing Ling, acercándose un poco más para poder ver mejor el suéter que la anciana estaba tejiendo. "Parece muy elaborado, como si muchos hilos de diferentes colores se encontraran y se mezclaran".

La anciana volvió a sonreír levemente, esta vez su sonrisa parecía más profunda. Miró los hilos entrelazados en sus manos y luego nos miró a ambos. "Así es, señorita", dijo lentamente. "Cada uno de estos hilos tiene su propio camino, su propio color, su propio grosor. Pero una vez que se tocan en estas agujas, el que va delante, el que sigue, el que está dentro, el que cubre por fuera, todos se entrelazan para formar un cálido suéter. Es como la afinidad predestinada de las personas en este mundo, nadie sabe a quién encontrará, cómo se entrelazará con ellos, pero cada conexión, ya sea feliz o triste, tiene su propio significado".

Esa frase aparentemente simple fue como una brisa fresca que de repente se coló entre las densas capas de mis pensamientos, abriendo sutilmente cosas que nunca antes había verbalizado. Esa metáfora tocó algo muy profundo dentro de mí, evocando pensamientos errantes sobre las palabras "afinidad predestinada", sobre las conexiones invisibles que tanto Qing Ling como yo parecíamos haber comenzado a sentir vagamente durante este viaje. Observé a la anciana más de cerca. Su apariencia era muy común, su trabajo muy simple, pero sus palabras contenían una filosofía de vida nada trivial.

La anciana nos hizo un gesto para que nos sentáramos en la silla de bambú vacía a su lado. "¿Deben ser visitantes de lejos, verdad? No parecen de esta región".

"Sí, señora. Venimos de Estados Unidos", respondí, sentándome junto a Qing Ling. "Estamos de camino a Leshan, y nos detuvimos aquí para descansar y aprender más sobre la cultura y la vida de la gente en ciudades antiguas como Huanglongxi".

"Ah, así que van al Gran Buda de Leshan", asintió la anciana, sus ojos sin apartarse de las agujas. "Entonces detenerse en Huanglongxi es una buena decisión. Nuestra ciudad antigua, aunque pequeña, tiene muchas cosas interesantes, y la gente aquí es amable y sencilla. Siéntanse libres de quedarse unos días para recuperar fuerzas antes de continuar".

Nos quedamos allí, charlando un poco más con la anciana. Al principio, solo eran preguntas de cortesía sobre la vida cotidiana, los hijos, la ciudad antigua. Pero luego, de forma muy natural, nuestra conversación comenzó a derivar hacia temas más profundos, como si la anciana, de alguna manera, hubiera percibido vagamente que buscábamos algo más allá de los hermosos paisajes o las experiencias turísticas convencionales.

Sentado junto al río, bajo la parra de luffa cargada de frutos, escuchando las palabras sencillas pero profundas de la anciana tejedora, de repente sentí que este encuentro casual no parecía ser una coincidencia. Algo

nuevo, otra puerta, se estaba abriendo lentamente ante nosotros en esta tierra de Sichuan.

La historia de la reencarnación y las afinidades predestinadas

Nos quedamos sentados junto a la anciana, en un espacio tan silencioso que solo se oía el sonido rítmico de las agujas de tejer, mezclado con el susurro incesante del río Fu que fluía a lo lejos. La luz del atardecer ya se había teñido de un dorado brillante, cubriendo suavemente el pequeño patio de tierra frente a la casa, creando una escena muy pacífica y cálida.

Qing Ling, después de haber examinado detenidamente los complejos patrones del suéter que la anciana estaba tejiendo, preguntó, su voz llena de admiración: "Señora, veo que estos hilos tienen colores y grosores muy diferentes, y sin embargo, no sé cómo puede combinarlos de una manera tan armoniosa. ¿Cuál es su secreto?".

La anciana detuvo sus agujas por un momento, contempló su obra y sonrió amablemente: "No es que yo sea especialmente talentosa, señorita. Es que estos hilos ya tenían una afinidad predestinada entre ellos. Este hilo necesita ir con aquel, el oscuro necesita del claro para

resaltar su belleza. Simplemente se encuentran, se entrelazan y juntos forman un cálido suéter".

Mientras hablaba, continuó tejiendo, su voz todavía lenta y pausada: "La gente en este mundo es así. Cada uno de nosotros es como un hilo, con su propio color, su propio camino. Pero de alguna manera, nos encontramos, como padres, hijos, esposos, amigos, e incluso a veces como personas que no nos gustan... todos esos encuentros no son una coincidencia. Es porque alguna afinidad predestinada invisible ya los ha conectado desde antes".

"Afinidad predestinada...", repitió Qing Ling en voz baja esa palabra, su mirada parecía tocar algún recuerdo lejano, una sensación a la vez muy familiar y algo extraña e indescriptible. Había encontrado, leído e incluso explicado este concepto innumerables veces en obras literarias clásicas, en las historias de la cultura china. Pero hoy, al escucharlo de boca de esta anciana que tejía tranquilamente junto a un pequeño río, como si estuviera relatando una verdad evidente y no un cuento de hadas, sintió que la delgada línea entre la "ficción" y la "realidad" se estaba volviendo borrosa. La familiaridad del concepto y la extrañeza de enfrentarlo como una realidad objetiva parecían estar ocurriendo justo delante de sus ojos.

La anciana pareció notar la diferencia en la reacción de ambos, le sonrió con indulgencia y luego se volvió

hacia Qing Ling: "¿Le resulta familiar, verdad? Seguro que ha leído muchos libros".

"Sí... sí, señora", respondió Qing Ling, con cierta vacilación. "He leído sobre estas cosas en cuentos antiguos y también en las escrituras. Pero... siempre pensé que eran solo símbolos, formas de expresión metafórica sobre la moral. Pero hoy, al escucharla hablar, tengo una sensación muy diferente". Realmente sentía curiosidad por saber cuál era el "origen" de esta creencia en la vida real de la gente de aquí.

La anciana asintió levemente, su mirada seguía siendo amable y cálida: "Los libros solo registran una parte, pero las experiencias reales de la gente son otra. Bueno, déjenme contarles esta historia de nuestra ciudad antigua de Huanglongxi, es una historia de mis abuelos".

Dejó suavemente las agujas en la cesta de bambú a su lado, su mirada lejana se posó en el río que fluía perezosamente, y luego comenzó a tejer lentamente la trágica historia de una pareja llamada A Sheng y la joven Lian, un hilo de tristeza que de repente se coló en el espacio que hasta entonces estaba lleno de la cálida luz del atardecer.

Qing Ling escuchó la historia con atención, su delicado ceño fruncido. Conocía muy bien estos motivos, las historias de amor contrariado que debían superar los

prejuicios sociales, las tragedias que eran material familiar de la literatura popular. Se sintió conmovida, compadecida por el destino de los personajes, pero al mismo tiempo, una parte racional de investigadora en ella intentaba analizar la estructura de la historia.

"Qué historia tan triste, señora", dijo en voz baja cuando la anciana se detuvo después de la primera parte de la historia.

"Triste, sí, hija", asintió la anciana. "Pero aún no ha terminado". Y luego continuó, contando sobre el nacimiento de un niño llamado Chang y una niña llamada An en dos familias diferentes del pueblo, unas décadas después. Contó sobre las extrañas marcas que aparecieron en sus cuerpos y en sus sueños, sobre su miedo irracional a los abismos y a los ríos caudalosos, y finalmente sobre la afinidad natural que los unió y les permitió vivir felices para siempre después de casarse.

Cuando la anciana llegó al detalle de que el niño Chang tenía una marca de nacimiento con forma de flor de loto, muy similar al tatuaje en el hombro de la joven Lian, y que la niña An tenía una cicatriz tenue en la muñeca idéntica a la cicatriz de A Sheng, Qing Ling se estremeció instintivamente. Estos detalles ya no eran simplemente motivos literarios. Eran demasiado concretos, demasiado "reales" para ser ignorados.

"Los ancianos de esta ciudad de Huanglongxi", concluyó la anciana, su voz llena de convicción, "todos creen que Chang y An son A Sheng y Lian que regresaron para continuar su amor inconcluso. Las marcas en sus cuerpos, junto con esos miedos, son las huellas del ciclo de la reencarnación. Y el hecho de que finalmente se encontraran y se casaran, fue el arreglo de una afinidad predestinada de una vida anterior".

La historia terminó, dejando un largo silencio. Qing Ling se quedó sentada, con la mirada perdida en el río. Vi una agitación indescriptible en su rostro. Los elementos de la reencarnación y el destino en esta historia probablemente no eran ajenos a su vasto conocimiento cultural. Pero tuve la sensación de que la forma en que la anciana lo contaba, con una fe inquebrantable que brillaba en sus ojos, junto con los fenómenos extraños que habíamos experimentado juntos en este viaje, la estaban haciendo reevaluar todo.

Se volvió para mirarme, y en sus ojos había tanto la emoción de alguien que acaba de escuchar una historia conmovedora como la evidente confusión de una erudita que se enfrenta a un fenómeno que parece desafiar tanto su conocimiento como sus creencias. "¿Ves?", susurró, su voz muy baja. "Es como lo que hemos leído en los libros... pero al mismo tiempo, ya no es solo literatura".

Miré a Qing Ling, y en sus ojos atónitos vi como si algo se estuviera rompiendo, derritiendo. Los conceptos familiares de los libros que solía estudiar, de repente tenían un peso muy diferente. A orillas del río Fu, bajo el atardecer que se desvanecía, la historia de la anciana tejedora parecía haber sembrado en ambos las semillas de la reflexión, sobre las afinidades invisibles y los misteriosos ciclos de la vida humana.

El karma como un hilo invisible que conecta todas las cosas

Cuando la anciana terminó la historia de A Sheng, Lian, Chang y An, tanto Qing Ling como yo guardamos silencio por un momento. Sus penas y su reencuentro parecían seguir flotando en el aire. Nos quedamos sentados en silencio, contemplando el atardecer que caía sobre el tramo lejano del río.

"Señora", comenzó Qing Ling, su voz aún teñida por el eco de la historia, pero sus ojos ya brillaban con la indagación de quien quiere llegar al fondo de las cosas. "Entonces, ¿es eso que los antiguos llamaban 'karma' lo que creó esas afinidades predestinadas, lo que impulsó a A Sheng y Lian a reencontrarse en la siguiente vida?". Cuando Qing Ling mencionó la palabra "karma", de

repente lo recordé. Ciertamente, el Viejo Maestro Mo en Qingxi también había hablado de esto, de la ley de causa y efecto que gobierna la vida. Pero, sinceramente, en ese momento, entre tantas cosas extrañas y conceptos que superaban mi comprensión, solo lo escuché sin reflexionar profundamente. Ahora, después de la historia de la anciana, la palabra "karma" de repente adquirió más peso.

La anciana tejedora asintió levemente, una sonrisa amable y comprensiva se dibujó en sus labios. Recogió de nuevo sus agujas de la cesta de bambú, y sus dedos delgados pero hábiles comenzaron a trabajar de nuevo. "Esta joven entiende rápido", dijo, su voz todavía uniforme y cálida. "La afinidad predestinada es como los lazos que unen a las personas, a veces cerca, a veces lejos. Y el karma, es la fuerza que crea esos lazos, lo que impulsa a la gente en la interminable rueda de la reencarnación".

Levantó ligeramente el suéter que estaba tomando forma, como si quisiera que viéramos mejor sus contornos. "Miren", dijo lentamente, "en este suéter, hay hilos hermosos, suaves, de colores brillantes, pero también hay hilos ásperos, oscuros, que parecen más fáciles de romper. El karma es como la calidad de los hilos invisibles que tejen el suéter de la vida de cada persona. Los buenos pensamientos, las palabras sinceras, las acciones bondadosas que hacemos, es como si

estuviéramos creando con nuestras propias manos buenos hilos, fuertes y brillantes. Pero los pensamientos malvados y egoístas, las palabras que hieren a otros, las acciones que dañan a personas o animales, es como si estuviéramos creando hilos malos, oscuros y podridos".

Hizo una pausa, su mirada se perdió en el río que fluía perezosamente, y luego volvió al suéter en sus manos. "Los antiguos decían 'uno cosecha lo que siembra', y es por eso. Esos hilos buenos y malos no desaparecen por sí solos. Se acumulan silenciosamente, se adhieren a nuestra alma, o como la gente suele llamarla, nuestro espíritu". Al oír esto, Qing Ling y yo nos miramos instintivamente. El Viejo Maestro Mo en Qingxi también había hablado de un "yo verdadero" que trasciende el cuerpo físico, aunque usó términos como "conciencia" o "cuerpo espiritual" que en ese momento me sonaron extraños. Ahora, al oír a la anciana hablar de "alma", "espíritu", tuve la sensación de que, aunque los nombres fueran diferentes, parecían referirse a una misma esencia, inmutable, del ser humano.

"Y cuando una persona deja este mundo", continuó, su voz todavía serena como si contara algo cotidiano, "su alma se lleva todos esos hilos de karma, buenos y malos, a un nuevo viaje. Todo ese karma determinará dónde renacerá, qué circunstancias encontrará, si será feliz o sufrirá, si estará sana o enferma, si encontrará gente buena o tendrá que enfrentarse a gente mala...".

Nos miró, sus ojos amables pero profundos como si contuvieran todo un río de tiempo. "Como A Sheng y Lian en la historia que acabo de contar, en su vida anterior, aunque eran pobres y enfrentaron muchas dificultades, su amor era sincero, sus corazones eran bondadosos, y probablemente crearon buen karma y un deseo muy fuerte. Por eso, en esta vida, fue ese mismo karma el que los impulsó a reencontrarse en circunstancias mejores, para poder saldar la deuda de amor que quedó pendiente, para disfrutar de la bendición que habían sembrado antes".

"Entonces, ¿el karma es algo predestinado, inmutable, señora?", pregunté de repente, tratando de encontrar una claridad según mi forma de pensar científica. "Si una persona nace para sufrir, ¿es porque el karma de una vida anterior lo ha dispuesto así, y tendrá que soportarlo para siempre?". Esta pregunta ocultaba una duda persistente en mí: si todo estaba predestinado, ¿qué sentido tenía el esfuerzo, la voluntad humana en esta vida?

La anciana negó con la cabeza, una expresión pensativa apareció en su rostro marcado por el tiempo. Sus agujas de tejer seguían moviéndose con regularidad, sin detenerse. "No es exactamente así, joven", dijo, su voz todavía suave. "El karma tiene un gran poder, sí, influye en las circunstancias en que nacemos, en las personas que conocemos, en los eventos que experimentamos.

Pero no es una sentencia sellada, inmutable". Hizo hincapié en esto.

"Es como un 'capital' y una 'deuda' que traemos de vidas anteriores. La familia en la que nacemos en esta vida, nuestra salud, eso se debe al 'capital' kármico inicial. Pero lo más importante es cómo vivimos en esta vida, cómo nos comportamos con lo que tenemos". Me miró directamente, y luego a Qing Ling, con una mirada alentadora. "Si sabemos hacer el bien, ayudar a los demás cuando podemos, cultivar nuestro carácter para ser mejores cada día, entonces estamos creando nuevo buen karma. Nuestro 'capital' bueno aumentará, podremos usarlo para pagar gradualmente las 'deudas' malas del pasado, y así, nuestro futuro también mejorará gradualmente. Por el contrario, si seguimos haciendo el mal, creando más karma malo, la 'deuda' se acumulará, el sufrimiento se multiplicará, y no solo afectará a esta vida, sino que se arrastrará a las vidas futuras".

La anciana se detuvo un momento, como para darnos tiempo de asimilar sus palabras. Luego continuó: "Por lo tanto, saber sobre el karma no es para culpar al destino o resignarse. Es para entender que todo lo que nos sucede tiene una razón, nada es una coincidencia. Y, lo que es más importante, es que debemos ser responsables de cada pensamiento, cada palabra, cada acción nuestra en este momento presente. Porque son esas cosas, por pequeñas que sean, las que tejen silenciosamente nuestro

propio futuro, y también el futuro de aquellos con quienes tenemos una afinidad predestinada".

Las explicaciones de la anciana, aunque muy simples y rústicas, fueron como gotas de lluvia que penetraron profundamente en el suelo de mi alma, que estaba árida por el escepticismo. El concepto de la ley de causa y efecto y la responsabilidad personal fue expresado por ella de una manera muy vívida y cercana. No negaba el papel del pasado, de lo que ya había ocurrido, pero enfatizaba especialmente el poder del presente, de cada momento que vivimos, en la configuración y transformación del futuro. El karma, a través de sus palabras, ya no era una sentencia del destino o un billete de lotería predeterminado, sino un flujo de energía incesante, continuamente creado y modificado por el comportamiento y el carácter de cada ser humano.

Me quedé sentado en silencio, tratando de imaginar esa red invisible de karma. Parecía mucho más compleja que las leyes físicas que había aprendido y enseñado: no era simplemente una acción y reacción mecánica, sino también la acumulación de pensamientos, intenciones, de conexiones invisibles tejidas a lo largo de innumerables vidas. Una red invisible, a la vez estricta y flexible, que lo abarcaba todo.

Qing Ling también parecía profundamente fascinada. La vi asentir levemente, con la mirada pensativa. Este

concepto de karma, aunque ya lo conocía a través de las escrituras budistas, al escucharlo explicado de una manera tan vívida por esta anciana, con imágenes tan cotidianas y simples, parecía haber abandonado las frías páginas de los libros para penetrar en su conciencia como una corriente subterránea, silenciosa pero poderosa. Era como una llave que podría ayudarla a descifrar en parte las injusticias, los sufrimientos, o incluso las alegrías aparentemente aleatorias que suelen ocurrir en esta vida. Las piezas sueltas de su conocimiento libresco parecían estar siendo reordenadas por una mano invisible, creando un cuadro con más significado, más profundo.

El encuentro con la anciana tejedora junto al río Huanglongxi, que comenzó por la curiosidad sobre un patrón peculiar en un suéter, nos había llevado sin querer a una comprensión más profunda de las leyes invisibles que parecían gobernar silenciosamente el universo y la vida humana. Reencarnación, afinidad predestinada, y ahora karma: estos conceptos ya no eran solo palabras secas y extrañas en los libros, sino que se estaban volviendo presentes, vívidos como hilos de múltiples colores, tejiendo silenciosamente el complejo tapiz de la realidad que tanto Qing Ling como yo estábamos experimentando paso a paso en este viaje de exploración por Oriente. El último resplandor del atardecer seguía tiñendo de oro la superficie del río, y los

hilos del karma, al parecer, seguían tejiendo silenciosamente el interminable cuadro de la vida humana, justo delante de nuestros ojos.

Reflejando mi vida a través del lente de la afinidad predestinada

El cielo comenzó a oscurecer. La anciana tejedora también detuvo sus manos. Sus ojos amables miraban el espacio frente a ella, como si todavía escuchara el eco de las historias y las cosas que acababa de compartir. Nos quedamos sentados allí, en el silencio del crepúsculo, cada uno sumido en sus propios pensamientos, pero aparentemente todos dirigidos a una gran pregunta: mi vida, si la miraba a través del lente de la reencarnación, la afinidad predestinada y el karma, ¿cómo se vería?

Instintivamente miré a Qing Ling. Ella también me estaba mirando, sus ojos profundos, con algo a la vez familiar y como si contuvieran algo nuevo, recién descubierto. Todos los años que habíamos estado juntos, desde los días de la universidad hasta nuestra vida de casados, siempre lo había considerado como una elección de ambos, el resultado del amor y la armonía. Pero ahora, después de lo que dijo la anciana, una pregunta surgió de repente en mi mente: ¿Nuestro encuentro fue realmente solo una coincidencia, o estaba conectado por hilos invisibles desde hace mucho tiempo? ¿Había un

hilo del destino que nos había acercado hábilmente, una afinidad predestinada desde vidas pasadas, como la historia de Chang y An que acababa de contar? Ese pensamiento no disminuyó el amor que sentía por ella, sino que, por el contrario, pareció darle a nuestra relación una capa de significado más profunda, una conexión más sagrada y duradera.

Luego, otras imágenes de mi pasado comenzaron a volver lentamente. Mi carrera como profesor de medicina y empresario, a veces parecía fácil, los éxitos a veces llegaban inesperadamente, pero también hubo tropiezos, colaboraciones comerciales que parecían prometedoras y que de repente fracasaban sin razón aparente. Las personas que había conocido en mi vida, las que me ayudaron, las que me pusieron dificultades... ¿Eran todos ellos eslabones, conectados a mí por alguna afinidad predestinada y karma que operaban silenciosamente sin que yo lo supiera? ¿Era todo lo que había experimentado, alegría y tristeza, el arreglo del karma, el resultado de los "hilos buenos y malos" que yo mismo había creado en el pasado, quizás en alguna vida que ya no recordaba? Al pensar en esto, sentí un ligero escalofrío, pero al mismo tiempo, me dio una sensación de un cierto orden, explicando en parte las cosas que antes solo consideraba suerte o coincidencia.

Vi a Qing Ling suspirar suavemente, pasándose la mano por el pelo. Supuse que ella también estaba pensando. Su

vida, desde los días en Shanghai, luego el gran punto de inflexión al mudarse a Estados Unidos con su familia, los años de estudio para convertirse en profesora. En ese viaje, nos conocimos en la universidad, luego construimos una familia juntos, con hijos que ahora también estaban a punto de ser adultos. Todo eso, si se miraba a través del lente de la afinidad predestinada, seguramente también contenía innumerables conexiones preestablecidas, innumerables guías del karma. Y el hecho de que ella viniera conmigo a China en este viaje, para escuchar historias como esta, ¿era también parte de ese arreglo?

La anciana tosió levemente, como para llamarnos la atención. Ya había guardado sus herramientas. "Ya está oscuro, tengo que ir a preparar la cena. Que tengan un buen viaje... Ah, por cierto, al final de esta calle hay una pequeña zona de restaurantes, si quieren cenar, es un buen lugar".

Nos levantamos y nos inclinamos para despedirnos de ella una vez más. "Muchas gracias, señora, por su tiempo y por compartir con nosotros historias tan significativas", dijo Qing Ling, con voz sincera.

La anciana solo hizo un gesto con la mano y sonrió amablemente: "Son solo viejas historias que contaban los antiguos. Escúchenlas por diversión". Pero en sus ojos,

tuve la sensación de que sabía que esas historias significaban mucho más para nosotros.

Caminamos lentamente de regreso a la posada por el camino empedrado. A lo largo del camino, las linternas rojas de estilo antiguo (probablemente con bombillas eléctricas dentro) colgadas frente a algunas casas y en algunas esquinas, proyectaban manchas de luz cálida en la calle, mezcladas con la luz de la luna nueva que ya estaba alta, creando una escena nocturna de la ciudad antigua a la vez brillante y tranquila. Nadie dijo nada, pero entendí que ambos estábamos reflexionando, reflejando en silencio nuestras propias vidas bajo una nueva perspectiva: la perspectiva de la afinidad predestinada y el karma.

Las personas, los eventos, las relaciones del pasado, ya no eran puntos aislados. Parecían estar unidos por hilos invisibles, algunos intencionados, otros accidentales, pero todos parecían estar dentro de una compleja red de causa y efecto. Esta visión no me hizo sentir atado por el destino, sino que, por el contrario, me hizo más consciente de mi propia responsabilidad en cada pensamiento, palabra y acción presente. Porque sentí vagamente que eran precisamente esas cosas las que seguían tejiendo silenciosamente el tapiz de nuestras vidas, y también el de quienes nos rodeaban, no solo en esta vida, sino quizás también en los viajes siguientes, si lo que decía la anciana era verdad.

El encuentro con la anciana tejedora junto al río Huanglongxi, aunque casual, no solo nos trajo historias interesantes. Más importante aún, sembró en nosotros una nueva y más profunda forma de ver la vida y las relaciones. Empezamos a reflexionar sobre nosotros mismos, ya no solo como individuos aislados, sino como pequeños eslabones en una vasta cadena de causa y efecto, a la vez sujetos a su influencia y, al mismo tiempo, contribuyendo a crear el flujo del karma.

* * *

CAPÍTULO 7: LA TIENDA DEL DESTINO

La extraña tienda de antigüedades y su misterioso dueño

Después de dejar Huanglongxi, las historias de la anciana sobre la afinidad predestinada y el karma seguían dando vueltas en mi cabeza y en la de Qing Ling. Esos conceptos, para un científico como yo, al principio sonaban extraños, pero cuanto más pensaba en ellos, más sentido parecían tener. Parecía que había otras leyes, más profundas, que gobernaban esta vida y que yo no conocía del todo. Este viaje realmente nos estaba abriendo a muchas cosas nuevas.

Decidimos continuar hacia el sur, a una ciudad antigua llamada Zhenyuan, que según se decía, estaba a orillas del río Wuyang. La gente decía que Zhenyuan no era muy grande, pero tenía muchas calles antiguas, casas sobre pilotes con vistas al río y algunos puentes de piedra viejos. Sonaba interesante, así que encontramos una pequeña habitación en una posada en el casco antiguo, con la intención de quedarnos unos días.

Una tarde, con el sol ya suave, después de visitar algunos templos y dar un paseo en barco por el río, Qing Ling y yo decidimos caminar por los pequeños callejones empedrados del casco antiguo. Estos callejones estaban más vacíos que las calles principales, flanqueados por viejos muros de piedra cubiertos de musgo, con puertas de madera cerradas, y solo de vez en cuando se veía pasar a algún aldeano.

Mientras deambulábamos, casualmente noté un letrero de madera, muy viejo, colgado detrás de una enredadera de buganvillas. En el letrero había tres caracteres chinos, cuya pintura ya se había desvanecido, que se leían "Tùyuán Gé". Justo debajo, una puerta de madera baja, solo entreabierta, no se veía muy diferente de las casas de los alrededores. Seguramente no era una tienda concurrida. Si no prestabas atención, la pasabas de largo sin darte cuenta.

No sé por qué, pero sentí curiosidad. "Ling, mira", le toqué el brazo a mi esposa. "Tùyuán Gé. El nombre suena especial, ¿no crees?".

Qing Ling siguió mi mirada. Ella conoce bien el chino, así que entendió de inmediato. "Tùyuán... No suena como una tienda normal", comentó mi esposa, sus ojos también curiosos. "¿Entramos a echar un vistazo?".

Asentí. El nombre y su apariencia silenciosa me dieron ganas de entrar. Empujamos suavemente la puerta de madera.

Un pequeño carillón de viento sonó levemente y luego se calló. Dentro, el aire era tan silencioso que podía oír mi propia respiración. La luz en la tienda era tenue, solo unos pocos rayos de sol de la tarde se filtraban a través de las ventanas cubiertas de papel, y una pequeña lámpara de aceite en una esquina. El aire era un poco sofocante, todo olía a madera vieja, a humedad y a un aroma a incienso que no reconocí.

La habitación no era muy grande, pero estaba abarrotada de objetos, desde el suelo hasta casi el techo. En estanterías, mesas, e incluso en el suelo, por todas partes había objetos antiguos: jarrones de porcelana con grietas, estatuas de Buda de bronce que se habían vuelto verdosas, algunos rollos de pintura antiguos y amarillentos, algunas joyas de jade y plata que también

se veían deslustradas, brújulas antiguas, espejos de bronce, tinteros de piedra y cosas de aspecto tan extraño que no sabía qué eran, como las herramientas de los antiguos maestros taoístas. Todo estaba desordenado, pero si mirabas de cerca, parecía que cada cosa tenía su lugar, habiendo permanecido allí durante no sé cuántos años. El polvo cubría la mayoría de las cosas con una fina capa, no un polvo sucio, sino el polvo del tiempo.

El ambiente en esta tienda era muy extraño, silencioso pero con algo pesado, muy diferente a los lugares que habíamos visitado. Sentí como si cada objeto antiguo aquí tuviera su propia historia.

Entonces vi al dueño de la tienda.

Estaba sentado en completo silencio detrás de un alto mostrador de madera en una esquina de la habitación, casi perdido en la oscuridad con la pila de objetos antiguos a su alrededor. Si no fuera por la tenue luz de la lámpara de aceite que iluminaba un lado de su rostro, probablemente no nos habríamos dado cuenta de que había alguien. Parecía muy viejo, con el pelo blanco y escaso recogido en un moño en la nuca. Llevaba una larga túnica de seda negra, vieja, de cuello alto. Era pequeño, con la espalda ligeramente encorvada, pero sus ojos eran muy extraños. Sus ojos no eran claros como los del Viejo Maestro Mo o la anciana vendedora de lana, sino muy profundos, de un negro intenso, y nos miraban

sin parpadear. Su mirada no era inquisitiva, ni curiosa, ni invitadora, sino como la de alguien que ha visto demasiadas cosas en la vida y ahora solo registraba en silencio a dos extraños que acababan de entrar en su espacio.

No dijo una palabra cuando entramos, ni se levantó a saludarnos. Simplemente se quedó sentado, con las manos sobre el mostrador, mirándonos fijamente. Su silencio, junto con la atmósfera especial de la tienda, nos hizo a mí y a Qing Ling sentirnos un poco abrumados, y tuvimos que caminar de puntillas sobre el suelo de madera.

"Hola... hola, señor", carraspeé, hablando primero para romper el silencio sofocante. "Pasábamos por aquí y la tienda nos pareció interesante, así que entramos a echar un vistazo".

El dueño solo asintió levemente, sin decir nada. Sus ojos seguían fijos en nosotros, una mirada que parecía leer todos nuestros pensamientos. Qing Ling se acercó más a mí, supe que mi esposa también se sentía un poco tensa. Este lugar y este dueño tenían algo fuera de lo común, que a la vez despertaba la curiosidad y la necesidad de ser cauteloso.

Tùyuán Gé. Un dueño misterioso. Objetos antiguos llenos de las huellas del tiempo. De repente, un

pensamiento surgió en mi mente: no habíamos llegado aquí por casualidad. Como el nombre de la tienda, quizás el "destino" nos había traído aquí, a una encrucijada que aún no conocía.

Cada objeto, una historia de elección y destino

El dueño de la tienda permaneció en silencio, haciendo que la atmósfera se volviera aún más peculiar. Qing Ling y yo nos miramos y luego comenzamos a examinar los objetos más de cerca. El pasillo era estrecho, teníamos que pasar entre estanterías y cosas apiladas en el suelo. Mis ojos recorrieron innumerables objetos antiguos, cada uno con un aire de misterio, pero sentí como si algo nos estuviera guiando sutilmente.

Qing Ling se detuvo frente a una pequeña vitrina de cristal, muy vieja, que contenía algunas joyas de jade y plata. Sus ojos se fijaron en un colgante de jadeíta de un verde intenso, tallado con la forma de un fénix muy delicado, pero con una pequeña grieta en una de las alas, apenas visible pero perceptible si se miraba de cerca. El colgante, a pesar de una fina capa de polvo, todavía brillaba con una belleza serena y orgullosa.

"Qué jade tan hermoso", dijo Qing Ling en voz baja, casi para sí misma. Acercó su dedo índice al cristal, como si quisiera tocarlo.

Justo en ese momento, la voz grave y ronca del dueño sonó desde detrás del mostrador, aunque él seguía inmóvil: "Un fénix con el ala rota. Es hermoso, sí, pero es la belleza del arrepentimiento".

La voz inesperada nos sobresaltó un poco. Nos volvimos para mirarlo. Seguía sentado, sus ojos negros fijos en el colgante de jade dentro de la vitrina.

"¿Arrepentimiento, señor?", preguntó Qing Ling, con curiosidad.

El dueño no nos miró, sus ojos seguían en la joya. "Su antigua dueña", dijo con voz monótona, "era una mujer de gran talento y belleza, de noble cuna. Se encontró ante dos caminos: uno, vivir una vida acomodada según los deseos de su familia; el otro, seguir a su corazón, a un pintor pobre pero con quien sentía afinidad". Hizo una pausa. "Elegió el primer camino. No le faltó riqueza ni honor, pero su corazón nunca fue feliz. Vivió toda su vida rodeada de lujos, pero ni un solo día se sintió verdaderamente a gusto. La grieta en el ala del fénix... es la marca de esa elección".

Lo contó de forma concisa, sin expresar emoción, pero sus palabras pesaban. No sonaba como una historia inventada para vender, sino como una verdad que él leía del propio objeto. Qing Ling se quedó inmóvil mirando el colgante, su expresión era indescriptible. La belleza de la joya ya no era simple, ahora parecía teñida de una cierta tristeza.

Sentí un escalofrío en la nuca. ¿Acaso cada objeto aquí tenía su propia historia? ¿Una historia de elección y sus consecuencias? Me adentré más en la tienda, mis ojos atraídos por una brújula de bronce sobre una mesa baja de madera, cubierta de polvo. No se parecía a las brújulas modernas; su aguja tenía la forma de una pequeña tortuga, con extraños símbolos antiguos grabados en el caparazón. La carcasa de bronce estaba deslustrada, el cristal un poco opaco, pero la aguja en forma de tortuga permanecía inmóvil, apuntando hacia algún lugar en la oscuridad.

Instintivamente toqué el frío cristal de la brújula. Una extraña sensación recorrió la punta de mi dedo, como un recuerdo fugaz que apareció y desapareció: la imagen de una gran flota de barcos mercantes en medio de una tormenta, olas enormes y vientos fuertes, y un hombre de mediana edad en la cubierta, agarrando una brújula idéntica a esta, sus ojos a la vez firmes y un poco desconcertados, mirando la lluvia y el viento.

"Una brújula para encontrar el camino", la voz del dueño volvió a sonar, interrumpiendo las imágenes en mi cabeza. Me volví y vi que me estaba mirando, sus ojos negros parecían leer lo que acababa de ver. "Una vez ayudó a un mercader a encontrar una ruta comercial marítima, trayéndole riquezas incalculables".

Guardé silencio, esperando que continuara, presintiendo que la historia no terminaba ahí.

"Pero", continuó, con su voz todavía monótona, "en ese camino, para tener éxito, tuvo que tomar muchas decisiones. A veces, en contra de su conciencia, a veces, abandonando a sus amigos, a veces, usando trucos. Esta brújula solo le ayudó a encontrar la dirección correcta del viento, del agua, de las ganancias, pero no le mostró la dirección de la moralidad, de la humanidad". Suspiró muy levemente, casi inaudible. "Al final de su vida, era muy rico, pero estaba solo. Murió sobre una pila de oro sin ningún ser querido a su lado. La brújula apuntaba a la dirección correcta de la riqueza, pero perdió la dirección del corazón".

La historia de la brújula era otro ejemplo de elección y destino. El éxito material a veces se paga con un vacío interior. Cada objeto antiguo en esta tienda parecía ser un testigo de las encrucijadas de la vida, de las decisiones que forjaron el destino de una persona. Eran como espejos, no solo reflejando el pasado de sus

antiguos dueños, sino también preguntando implícitamente a quienes los miraban, como a mí y a Qing Ling en ese momento, sobre nuestras propias elecciones.

Miré alrededor de la habitación llena de objetos, cada uno silencioso bajo el polvo del tiempo, pero sentí que no eran mudos. Parecían susurrar sus propias historias: historias de sueños, amor, traición, coraje, debilidad, sacrificio... todo girando en torno a las elecciones en momentos cruciales. Esta tienda, Tùyuán Gé, no era solo un lugar que vendía antigüedades, sino una encrucijada del destino, donde las vidas se encontraban en silencio.

Entre el "destino" arreglado y el "libre albedrío" en la cultivación

Las historias del colgante del fénix con el ala rota y la brújula que perdió el rumbo seguían dando vueltas en mi cabeza y en la de Qing Ling mientras continuábamos examinando los otros objetos antiguos en la tienda Tùyuán Gé. Era como si cada objeto aquí fuera una lección sobre la elección y sus consecuencias, sobre los caminos del destino forjados por decisiones pasadas.

Me acerqué al mostrador de madera donde estaba sentado el dueño de la tienda. Seguía inmóvil como antes, con la mirada perdida en el espacio frente a él, como si estuviera sumido en sus pensamientos. La tenue luz de la lámpara de aceite proyectaba sombras en su rostro envejecido, haciéndolo parecer aún más misterioso.

"Señor", comencé, tratando de mantener la voz normal a pesar de la confusión en mi interior, "las historias que acaba de contar... sobre los antiguos dueños de estos objetos... suenan como si sus destinos estuvieran determinados por elecciones erróneas. Entonces, ¿está todo en la vida de una persona predestinado? ¿Realmente tenemos la libertad de elegir para cambiar nuestro camino?".

Esta era la pregunta que me había estado inquietando desde que escuché a la anciana tejedora hablar sobre la afinidad predestinada y el karma. Si todo era el resultado del karma de vidas pasadas, si todas las afinidades ya estaban conectadas, ¿qué sentido tenía esforzarse en el presente?

El dueño de la tienda se giró lentamente para mirarme. Esta vez, sus ojos no se desviaron, sino que me miraron directamente a los míos, una mirada muy profunda, como si pudiera leer todos mis pensamientos. Guardó silencio durante un buen rato, y la tienda volvió a sumirse en esa atmósfera silenciosa y pesada, solo rota

por el vago tictac de un viejo reloj de péndulo en una esquina.

Luego habló, su voz todavía grave y lenta: "El destino y el libre albedrío... son como las dos caras de una misma moneda, joven".

Señaló con un dedo huesudo y delgado un rollo de pintura de un paisaje montañoso colgado en la pared detrás de él. La pintura mostraba montañas superpuestas, cubiertas de nubes y niebla, con un pequeño y sinuoso sendero que aparecía y desaparecía en la ladera.

"El camino de la vida de cada persona", dijo, "es como ese sendero en la pintura. Ese camino está preformado por la forma de las montañas y los ríos, cosas que son como el karma, como las circunstancias en las que nacemos, la familia, la sociedad. Esa es la parte del 'destino' creada por el karma que hemos acumulado, por la familia y la sociedad en el momento de nuestro nacimiento. Ese camino puede ser difícil, puede ser fácil, puede ser ancho, puede ser estrecho".

Hizo una pausa, mirándome como si sondeara mi comprensión. "Pero", enfatizó, "quien camina por ese sendero tiene total libertad para elegir cómo caminar. Puede caminar con cuidado, evitando los baches y las rocas afiladas. Puede elegir detenerse a descansar cuando está cansado, o tratar de ir más rápido. Puede

elegir ayudar a otros en el camino, o egoístamente adelantarse. Incluso, puede elegir tomar un camino diferente, aunque sea más difícil, si siente que el camino antiguo ya no le conviene".

"¿Quiere decir...?", pregunté, sintiendo que empezaba a entender algo.

"Lo que quiero decir", respondió, "es que el paisaje, el camino inicial, puede haber sido trazado en cierta medida por el karma del pasado; eso es el 'destino'. Pero la forma en que caminas, la elección en cada encrucijada, es el 'libre albedrío'; eso nadie puede decidirlo por ti. Y son precisamente estas elecciones en el presente las que continúan creando nuevo karma, que puede cambiar el camino por delante, e incluso cambiar el destino final".

Volvió a mirar los objetos antiguos de la tienda. "Los antiguos dueños de estos objetos, cada uno tenía su propio camino. Algunos nacieron en la abundancia pero eligieron retroceder. Otros comenzaron con dificultades pero se esforzaron y eligieron el camino correcto, y así ascendieron. El problema no está en el punto de partida, sino en las elecciones a lo largo de todo el camino".

"¿Y qué hay de la cultivación?", preguntó Qing Ling de repente. Mi esposa se había acercado y estaba a mi lado desde hacía un momento. "¿La cultivación ayuda a las personas a ver su camino más claramente y a tomar

mejores decisiones?". Su pregunta demostraba que las cosas que habíamos oído sobre la cultivación del ermitaño y del Viejo Maestro Mo realmente la habían hecho reflexionar.

El dueño de la tienda se volvió para mirar a Qing Ling, y una sonrisa muy leve, casi imperceptible, apareció en su rostro. "Pregunta usted muy bien", dijo. "La cultivación, si se sigue el camino correcto, es precisamente la forma de limpiar la mente, de abandonar los deseos y las obstinaciones que oscurecen la bondad y la sabiduría inherentes del ser humano".

"Cuando la mente está clara y tranquila, las personas pueden ver las cosas con más acierto, sin que los sentimientos o los intereses personales las cieguen. Sabrán lo que es bueno y lo que es malo, lo que es correcto y lo que es incorrecto. A partir de ahí, podrán elegir cosas que estén más en línea con la moralidad y la conciencia".

Hizo una pausa, su voz se tornó un poco más seria. "Además, la cultivación correcta también ayuda a las personas a reducir el mal karma acumulado en el pasado y a acumular más virtud y bendiciones. Cuando el karma cambia, el camino del 'destino' también puede cambiar. Puede pasar de ser difícil a ser más fácil, de ser oscuro a ser más brillante. Ese es el poder de cambiar el destino a través del refinamiento del carácter".

Las explicaciones del dueño de la tienda aclararon muchas cosas en nuestras mentes. No negaban el karma ni el destino, pero enfatizaban el libre albedrío y la elección de cada persona, especialmente cuando esa persona sigue un camino de cultivación correcto. El destino no es algo que te ata, sino más bien como un río; puedes aprender a dirigir tu barco por la corriente buena, evitar los lugares peligrosos e incluso hacer que el flujo sea mejor.

Me sentí mucho más ligero. Entendí que no controlo completamente mi destino, pero tengo el derecho y la responsabilidad de influir en él, con cada elección de cada día. Y el camino de la cultivación, según sus palabras, es la mejor manera de obtener la sabiduría y la fuerza para hacer esas cosas correctas.

La encrucijada y las posibilidades futuras

Después de las explicaciones del dueño de la tienda sobre el destino, el libre albedrío y la cultivación, el ambiente en la tienda cambió un poco. Ya no era tan pesado como al principio, sino como si algo acabara de ser aclarado. Mi mente también se sentía más ligera, pero al mismo tiempo, entendía mejor el peso de cada elección futura.

Cuando estábamos a punto de agradecer al dueño y marcharnos, mis ojos se sintieron atraídos por un objeto en el rincón más oscuro de la tienda, en un estante bajo de madera de ébano. No era una antigüedad llamativa o extraña como las otras. Era solo una caja de madera cuadrada, pequeña, de color marrón oscuro, de aspecto viejo pero extrañamente limpia, como si alguien la acabara de limpiar con esmero. Lo que me llamó la atención fue que la tapa no tenía cerradura ni tallados, solo una superficie de madera lisa, ligeramente mate bajo la luz de la lámpara de aceite. Estaba allí, silenciosa y discreta, pero me dio una sensación muy extraña, como si contuviera algo muy importante en su interior.

Instintivamente me acerqué a la caja, y Qing Ling me siguió con curiosidad. De repente sentí ganas de abrirla para ver qué había dentro, pero también sentí una cierta vacilación, una sensación indefinida, como si al abrir esta caja, algo irreversible fuera a suceder.

Miré al dueño de la tienda. Seguía sentado detrás del mostrador, pero sus ojos negros ahora miraban la caja de madera, y luego a nosotros. Una sonrisa indescifrable volvió a asomar en sus labios.

"Esa caja...", preguntó Qing Ling en voz baja, con cierta vacilación, "¿qué hay dentro, señor?".

El dueño no respondió de inmediato. Solo nos miró, y luego miró la caja, sus ojos eran muy profundos. "¿Dentro?", repitió, con voz grave y ronca. "Podría ser el mapa de un tesoro. También podría ser una antigua maldición. O quizás... solo es una caja vacía".

Hizo una pausa, mirándonos directamente a los ojos. "Depende de quién la abra, de su afinidad predestinada y de su elección".

Sus palabras, aunque vagas, tenían un gran peso. Esa caja de madera sin adornos de repente se convirtió en una imagen de la encrucijada en la que parecíamos estar. ¿Continuar explorando este camino, adentrándonos más en los misterios espirituales que acababan de revelarse, o regresar a la vida científica y racional familiar? Cualquiera de los dos caminos tenía sus pros y sus contras, como lo que podría haber dentro de esa caja.

Miré a Qing Ling. Sus ojos también estaban llenos de duda. Entendía lo que el dueño quería decir. Era como si estuviéramos frente a una puerta invisible, y si la cruzábamos o no, solo nosotros podíamos decidirlo. Esa elección no solo afectaría a los próximos días, sino que podría dar forma a todo el camino por delante, e incluso podría estar relacionada con el karma y la reencarnación de los que habíamos oído hablar.

Nos quedamos allí un buen rato, mirando la silenciosa caja de madera en el rincón oscuro. Ninguno de los dos extendió la mano para abrirla. Quizás, este no era el momento de decidir. O quizás, el simple hecho de darnos cuenta de que estábamos en una encrucijada así ya era algo importante.

Finalmente, respiré hondo y me volví para inclinarme ante el dueño de la tienda. "Gracias por sus valiosos consejos".

Qing Ling también se inclinó. El dueño solo asintió levemente, sus ojos sin cambios, tan misteriosos y profundos como siempre.

Nos dimos la vuelta y salimos de la tienda Tùyuán Gé, dejando atrás el espacio silencioso lleno de antigüedades e historias sobre el destino. El carillón de viento sobre la puerta volvió a sonar levemente y luego se calló. La luz de la tarde afuera ya se había atenuado, señalando el final de un día.

Caminando por el antiguo callejón empedrado, mi mente estaba llena de muchas cosas, pero también había algo que se había vuelto más claro. La tienda Tùyuán Gé y su misterioso dueño no nos dieron la respuesta final, pero nos ayudaron a comprender mejor el poder y la responsabilidad de la elección. El camino por delante todavía estaba borroso, con innumerables posibilidades

y encrucijadas. Pero ahora, entendíamos que cada paso, cada elección nuestra, contribuía a crear el mismo 'destino' que encontraríamos. La pregunta sin respuesta sobre la caja de madera y las posibilidades futuras que sugería seguramente nos acompañarían. Al día siguiente, con estos pensamientos, dejamos Zhenyuan y continuamos nuestro viaje hacia Leshan, donde se encontraba el famoso Gran Buda que habíamos planeado visitar.

El Gran Buda de Leshan y el turismo secular

Al día siguiente, con los pensamientos sobre la caja de madera y las elecciones de la vida, dejamos Zhenyuan. El vehículo nos llevó hacia el sur, en dirección a Leshan, donde se encontraba el Gran Buda del que tanto había oído hablar pero que nunca había tenido la oportunidad de ver. Qing Ling también parecía expectante, ya que era uno de los legados budistas más famosos de China.

El camino a Leshan no fue demasiado largo, y el paisaje a ambos lados era bastante hermoso, con terrazas de arroz y pueblos intercalados. Al llegar, lo primero que me impresionó fue la escala de la zona. A diferencia de los pequeños templos o ermitas aisladas que habíamos

visitado, Leshan era un enorme complejo turístico, con un vasto aparcamiento lleno de todo tipo de vehículos turísticos y una multitud de gente.

Seguimos a la multitud hacia la zona de visitas. Para ver el Gran Buda en su totalidad, la mejor manera era tomar un barco por el río. Nuestro barco se acercó lentamente al acantilado donde estaba tallada la estatua. A medida que la gigantesca estatua se revelaba gradualmente, realmente no había palabras para describir la sensación de asombro. Una estatua sentada del Buda Maitreya, de más de setenta metros de altura, tallada directamente en el acantilado de arenisca roja, mirando hacia la confluencia de los tres ríos: Min, Dadu y Qingyi. La escala de la obra era realmente asombrosa, especialmente al pensar que fue construida hace más de mil años. Intenté imaginar cómo los antiguos lograron crear una obra tan grandiosa. La cabeza del Buda estaba a la altura de la cima de la montaña, sus pies sobre el río, su postura a la vez majestuosa y compasiva. Visto desde lejos, toda la estatua parecía una con la montaña, una combinación milagrosa de la mano del hombre y la naturaleza.

Qing Ling también parecía muy conmovida. Observaba en silencio, y de vez en cuando levantaba su cámara para tomar algunas fotos. Sabía que para una investigadora de la cultura como mi esposa, presenciar un legado así era una experiencia muy especial.

Sin embargo, además de la magnificencia de la obra, no pude evitar notar el ambiente circundante. El sonido de los altavoces que daban explicaciones continuamente en varios idiomas, el ruido de la gente hablando, los gritos de los vendedores de recuerdos a lo largo de la orilla del río y en los senderos. Después del paseo en barco, también intentamos subir las escaleras del acantilado para acercarnos más a la estatua del Buda. Cuanto más subíamos, más gente había, a veces teníamos que abrirnos paso a empujones. Alrededor de la zona de la estatua, había muchos puestos que vendían de todo, desde pequeñas estatuas de Buda, pulseras, rosarios, hasta todo tipo de aperitivos y bebidas. Mucha gente incluso alquilaba trajes antiguos para hacerse fotos. La escena era un tanto caótica y ruidosa, muy diferente de la serenidad y la solemnidad que imaginaba de un lugar sagrado.

En comparación con el silencio casi absoluto de la ermita en la montaña, o la atmósfera atemporal de Wangyou Zhen, e incluso la sencillez de Huanglongxi, Leshan presentaba un aspecto completamente diferente. Era, en el verdadero sentido de la palabra, una atracción turística de fama mundial, con todo el bullicio y los elementos comerciales que la acompañaban. No pretendía juzgar, ya que probablemente era inevitable en lugares que atraen a tantos turistas. Pero, sinceramente, en medio de la multitud y el ruido, no sentí ninguna

"energía" especial, ni tuve ningún encuentro espiritual como en los lugares anteriores. Este viaje, para mí, fue principalmente para admirar una gran obra de arquitectura y escultura, un testimonio de la fe y la creatividad de los antiguos.

Planeábamos quedarnos en Leshan unos días más para visitar algunos templos antiguos cercanos que, según se decía, también eran muy sagrados. Pero una noche, mientras cenábamos en la posada, Qing Ling recibió una llamada inesperada de Estados Unidos. Por teléfono, su voz al principio sonó sorprendida, luego pasó a la alarma y la emoción. Vi que sus ojos se enrojecían. Después de colgar, Qing Ling se volvió para mirarme, su voz temblaba: "Cariño... mi primo materno en Shanghai... acaba de fallecer repentinamente. Mi madre acaba de llamar para avisarme".

Era el primo con el que Qing Ling era bastante cercana cuando vivía en Shanghai, aunque después de mudarse a Estados Unidos rara vez se mantenían en contacto. La noticia llegó tan inesperadamente que ambos nos quedamos atónitos. Aunque estábamos en medio de un viaje de exploración lleno de cosas interesantes, un asunto familiar era algo que no podíamos ignorar.

"Tenemos que volver a Shanghai de inmediato, cariño", dijo Qing Ling, su voz más calmada a pesar de la tristeza.

"Quiero ir a encender una varilla de incienso por él, y también para apoyar a mis tíos y tías".

Entendí la decisión de mi esposa. Aunque sentía un poco de pena por tener que interrumpir nuestro viaje, era lo que había que hacer. "De acuerdo, cariño", le tomé la mano. "Haremos los arreglos para ir a Shanghai lo antes posible".

Y así, nuestros planes de explorar más en Sichuan tuvieron que cambiar abruptamente. El viaje no podía continuar como estaba previsto, sino que fue reemplazado por una triste noticia de casa y una decisión apresurada de dirigirnos a Shanghai.

* * *

CAPÍTULO 8: EL LIBRO SIN PORTADA

El Shanghai moderno y una presentación casual

El viaje desde las montañas de Sichuan a Shanghai fue como pasar de un mundo a otro. En solo unas horas en el cómodo tren de alta velocidad, dejamos atrás las antiguas ciudades cubiertas de musgo, las montañas neblinosas, y nos encontramos en medio de un Shanghai deslumbrante y bullicioso. Los rascacielos se alzaban uno al lado del otro, las luces de neón brillaban incluso de noche, y el tráfico de vehículos era siempre intenso. Para mí, esta era una imagen bastante familiar de las grandes metrópolis, pero para Qing Ling, la emoción era probablemente mucho más compleja. Este era su lugar

de nacimiento, el lugar de sus recuerdos de infancia antes de mudarse a Estados Unidos con su familia.

Llegamos a Shanghai con una mezcla de asombro y melancolía, ya que el propósito principal de este viaje inesperado era asistir al funeral del primo de Qing Ling. Su fallecimiento repentino había dejado a toda la familia de aquí sorprendida y triste. Apenas bajamos de la estación, vimos a los tíos de Qing Ling esperándonos, sus rostros con un aire de tristeza. Durante los días siguientes, pasamos la mayor parte del tiempo en casa de los parientes, participando en las ceremonias, recibiendo a los visitantes según la costumbre. Al fin y al cabo, era un pariente materno de Qing Ling, y estar presente en este momento era lo correcto, mostrando respeto y afecto a la familia, aunque los años de distancia habían hecho que la relación no fuera tan cercana como antes. El ambiente en la casa era bastante sombrío. Qing Ling también estaba un poco triste y nostálgica al recordar su infancia con su primo, pero principalmente se trataba de compartir y mantener las formalidades con la familia.

En esos momentos, también aproveché para llamar a Estados Unidos y preguntar por los niños. Afortunadamente, ya eran mayores y comprensivos, así que no se preocuparon demasiado de que sus padres tuvieran que quedarse en China más tiempo de lo previsto por un asunto familiar.

Después de que terminaron los ritos funerarios del primo de Qing Ling, el ambiente en la casa se relajó un poco. La gente comenzó a tener más tiempo para hablar entre sí. Una noche, durante la cena familiar, vino de visita un amigo del tío de Qing Ling. Se apellidaba Chen, de la misma edad que el tío, y parecía una persona amable y risueña. Después de preguntar por los asuntos familiares, la conversación derivó hacia temas de actualidad y salud.

Mientras hablaban, el señor Chen mencionó de repente una práctica que mucha gente en su barrio seguía últimamente. "Últimamente, en mi barrio, mucha gente practica un *qigong* llamado Falun Gong", dijo, con voz muy natural.

Qing Ling y yo nos miramos al oír al señor Chen. El nombre Falun Gong sonaba vagamente familiar. Creo que lo había leído de pasada en algún sitio de internet, o en algunos periódicos en inglés en Estados Unidos, información relacionada con la persecución de esta práctica en China. En ese momento no le presté mucha atención, solo sabía vagamente que había algo así.

"¿Falun Gong?", preguntó Qing Ling en voz baja, con un toque de sorpresa y reserva. "Señor Chen, ¿es ese el *qigong* que... que está siendo perseguido por el gobierno aquí? Recuerdo haber leído algunas noticias sobre esto en Estados Unidos".

El señor Chen, al oír la pregunta de Qing Ling, se sorprendió un poco y luego asintió, bajando un poco la voz: "Ah... sí, ¿usted también sabe de eso? Sí, es cierto. No entiendo por qué una práctica buena para la salud, que enseña a la gente a ser buena según Verdad-Benevolencia-Tolerancia, ha acabado así". Suspiró y continuó, tratando de mantener un tono de voz normal. "Pero mucha gente todavía cree, y todavía lo practica en secreto. Los ancianos de mi barrio que lo practican, todos parecen más sanos, su espíritu también es mucho más alegre. Una anciana que antes tenía dolores de espalda constantes y le costaba caminar, después de practicar unos meses, ahora camina con agilidad y su piel está más sonrosada".

Dijo esto y luego bajó aún más la voz, mirando a su alrededor con más cautela. "Bueno, este asunto es complicado, no deberíamos profundizar aquí". Rápidamente cambió de tema, claramente no queriendo entrar en un asunto tan sensible.

Las palabras del señor Chen, aunque breves y algo evasivas, despertaron en mí y en Qing Ling muchos pensamientos. Así que la información que habíamos leído de pasada era cierta. Una práctica de *qigong* aparentemente buena, seguida por muchos ciudadanos, estaba siendo perseguida por el gobierno. ¿Qué estaba sucediendo realmente aquí? Nuestra curiosidad inicial ahora se mezclaba con un poco de

inquietud y un impulso de entender mejor la situación. "Falun Gong... Verdad-Benevolencia-Tolerancia... Persecución...". Esas palabras comenzaron a aparecer más claramente en nuestra mente.

Un encuentro afortunado en la ciudad y un libro precioso

Unos días después de la conversación con el señor Chen, amigo del tío de Qing Ling, las palabras "Falun Gong", "Verdad-Benevolencia-Tolerancia" y esa atmósfera "sensible" que mencionó seguían rondando en mi cabeza. Mi esposa también parecía pensar mucho en ello. Aunque solo era información superficial, despertó una curiosidad y una inquietud indescriptible.

Una mañana de fin de semana en Shanghai, el tiempo era bastante agradable. Después de pasar varios días principalmente en casa de los parientes ocupándonos de asuntos familiares, decidimos salir a pasear para cambiar de aires. Qing Ling quería ir a un parque cerca de la casa de su tía, donde solía jugar de niña. Este parque estaba en el centro de la ciudad, era bastante grande y tenía muchos árboles verdes, y la gente venía a hacer ejercicio por la mañana en masa. El ambiente aquí era animado y

moderno, muy diferente de la tranquilidad de las antiguas ciudades que habíamos visitado.

Encontramos un banco de piedra a la sombra de un árbol y observamos en silencio a la gente. Algunos practicaban Tai Chi, otros bailaban al son de la música, otros caminaban a paso ligero. Qing Ling llevaba su cuaderno y de vez en cuando escribía algo. Yo, con mi maletín de siempre al hombro, mi mente todavía divagaba sobre las cosas que habíamos experimentado, y también sobre lo que el señor Chen acababa de contar. ¿Era esa práctica de Falun Gong realmente tan buena como decía, y por qué el gobierno la ponía en dificultades?

Mientras estaba absorto en mis pensamientos, de repente me sobresaltó un alboroto inusual cerca. No muy lejos de donde estábamos sentados, hacia la entrada del parque, vi a un hombre de unos cuarenta años, de aspecto intelectual, con gafas, vestido con una sencilla camisa, que estaba siendo detenido por otros dos hombres vestidos de civil, de aspecto bastante intimidante. La conversación entre ellos parecía tensa, el hombre intelectual intentaba explicar algo pero los otros dos no parecían escuchar, e incluso uno de ellos lo empujó con fuerza en el hombro.

Una vaga sensación de inquietud surgió en mí. El comportamiento de los dos hombres no era el de gente común, sino más bien el de policías de paisano, algo que

estaba empezando a aprender a reconocer. El hombre intelectual parecía un poco asustado pero intentaba mantener la calma, mirando a su alrededor como si buscara una salida o ayuda.

Entonces, todo sucedió muy rápido. Cuando los dos policías de paisano no estaban prestando atención, el hombre intelectual retrocedió un paso, y con una rapidez asombrosa, sacó un objeto pequeño del bolsillo de su chaqueta y lo metió hábilmente en una grieta entre dos grandes rocas decorativas cerca del árbol donde estábamos sentados. La acción fue tan discreta y rápida que, si no hubiera estado mirando casualmente en esa dirección en ese preciso momento, seguramente no lo habría visto. Inmediatamente después, los dos policías de paisano se abalanzaron sobre él, lo sujetaron firmemente y comenzaron a registrarlo.

Qing Ling y yo nos miramos atónitos, con el corazón latiendo con fuerza. Claramente, el hombre estaba en serios problemas y el objeto que acababa de esconder era sin duda lo que los policías buscaban. ¿Qué era? ¿Tenía algo que ver con Falun Gong, como había mencionado el señor Chen?

Los dos policías registraron minuciosamente al hombre intelectual pero no encontraron nada. Sus rostros mostraban frustración y sospecha. Empezaron a mirar a su alrededor, sus ojos agudos recorriendo la zona

cercana, incluyendo el lugar donde estábamos sentados. Traté de mantener una expresión serena, me giré para mirar a la gente que pasaba como si no me importara, pero por dentro sentía como si estuviera ardiendo. Si encontraban ese objeto, el hombre intelectual seguramente estaría en peligro.

Un pensamiento cruzó mi mente. Tenía que hacer algo. No podía dejar que encontraran ese objeto. Impulsado por un reflejo de ayudar al más débil, y quizás también por un poco de curiosidad sobre el objeto escondido, especialmente después de lo que había oído, me volví hacia Qing Ling y le hice una seña con los ojos. Ella entendió, asintió levemente, aunque su rostro mostraba una clara preocupación.

Respiré hondo, tratando de parecer lo más natural posible. Me levanté, fingiendo dar un paseo, y pasé casualmente por la grieta de la roca donde estaba el objeto. Al pasar, aprovechando que los dos policías estaban de espaldas interrogando al hombre intelectual, me agaché rápidamente como si recogiera algo del suelo, y en un instante, mi mano tocó el objeto duro y abultado en la grieta. Un pequeño libro, sin portada, frío y duro en mi mano. Lo cogí hábilmente, lo metí rápidamente en el maletín que llevaba al hombro, y seguí caminando como si nada, mi corazón todavía desbocado.

Di unos pasos más y volví al lado de Qing Ling, tratando de mantener una expresión normal. Qing Ling me miró, sus ojos a la vez preocupados y un poco admirados por mi audacia. Los dos policías de paisano, después de no encontrar nada sospechoso en los alrededores y quizás no queriendo llamar demasiado la atención en un lugar público, a regañadientes soltaron al hombre intelectual. Sin embargo, antes de irse, le dijeron algo con tono amenazante y sus ojos no dejaron de observarlo. Claramente, no se había librado de la vigilancia.

Después de que los dos policías se fueron, el hombre intelectual se quedó quieto un momento, se arregló la ropa y las gafas, su rostro todavía un poco conmocionado pero más tranquilo. Miró hacia la grieta de la roca, y luego su mirada se detuvo en nosotros. Asintió levemente como si se diera cuenta de algo, y luego caminó lentamente hacia nosotros.

Me levanté, sintiéndome un poco nervioso. El libro ahora estaba seguro en mi maletín.

"Gracias", dijo el hombre en voz baja al acercarse, su voz suave y educada, en total contraste con la peligrosa situación de hace un momento. Me miró directamente a los ojos. "Vi que... me ayudó".

"No es nada", respondí, también en voz baja. "Vi que no lo trataban muy bien. Esto es... ¿suyo, verdad?". Con

cautela, acerqué la mano a mi maletín, preparándome para sacar el libro.

El hombre hizo un gesto rápido con la mano, sus ojos revelaban cautela al mirar a su alrededor. "Espere", dijo en voz baja. "Todavía podrían estar vigilándome desde lejos. Recibir esto ahora es muy peligroso tanto para usted como para mí".

Entendí. "Entonces... ¿qué debo hacer con él?", pregunté, sintiéndome un poco desconcertado al haberme convertido inesperadamente en el custodio de un objeto aparentemente muy sensible.

El hombre me miró con sinceridad, sus ojos llenos de profundo agradecimiento. "¿Podría guardármelo unos días? Cuando sea más seguro, encontraré la manera de contactarlo". Hizo una pausa y me miró con una sutil mirada inquisitiva. "¿Es usted extranjero, verdad? ¿De viaje por China?".

"Sí, somos estadounidenses de origen chino", respondí.

Asintió levemente, una expresión pensativa apareció en su rostro. "Quizás... no fue una coincidencia que encontrara este libro", dijo, su voz llena de significado. Miró hacia mi maletín, donde estaba el libro. "Este es un libro muy valioso. Enseña sobre los profundos principios del universo y del ser humano, sobre el camino de la

cultivación genuina para regresar a la naturaleza bondadosa de uno mismo".

Me miró directamente a los ojos una vez más. "Si realmente tiene una afinidad predestinada con él, intente leerlo. Quizás pueda responder a las preguntas que usted y su esposa se han estado haciendo, lo que han estado buscando en este viaje".

Dicho esto, se inclinó levemente en señal de saludo. "Tengo que irme. Muchas gracias. ¡Cuídense!". Se fue apresuradamente, mezclándose rápidamente con la multitud en la calle, mirando de vez en cuando hacia atrás con cautela.

Qing Ling y yo nos quedamos allí, viendo cómo su figura desaparecía. El libro sin portada ahora yacía en mi maletín. No pesaba mucho físicamente, pero sentí su peso en mi corazón. ¿Un libro valioso? ¿Que enseña sobre los principios del universo y el camino de la cultivación genuina? ¿Otra vez "afinidad"? Las palabras del extraño, junto con la difícil situación que acabábamos de presenciar, despertaron en mí una intensa curiosidad, mezclada con un sentido de responsabilidad y una extraña guía del destino.

Esa noche, después de regresar a casa de los tíos, hablamos. Aunque agradecíamos mucho la ayuda de la familia, para poder estudiar este libro con tranquilidad, y

también para evitarles problemas innecesarios si el libro era realmente tan "sensible" como pensábamos, decidimos buscar nuestro propio alojamiento. Unos días después, tras agradecer y despedirnos de la familia de la tía, encontramos un pequeño hotel, de aspecto bastante tranquilo, en una zona un poco alejada del centro de Shanghai.

El primer contacto con "Zhuan Falun" - Connoción y atracción

Después de instalarnos en el nuevo hotel, con un espacio privado y tranquilo, mi corazón todavía estaba agitado por el incidente en el parque de hacía unos días. Saqué con cuidado el libro sin portada de mi maletín y lo puse sobre la mesa.

Tal como lo había sentido, no era un libro impreso profesionalmente. No tenía portada, solo un fajo de papel de color marfil, grapado de forma bastante rudimentaria en el borde. La primera página tampoco indicaba autor ni editorial, solo los caracteres chinos de gran tamaño "Lunyu" como título de la introducción. Al mirarlo de cerca, se notaba que la calidad de la impresión era un poco borrosa en algunos lugares; claramente era un material autoeditado para ser

distribuido de mano en mano. Esa apariencia sencilla reforzaba la sensación de que se trataba de algo valioso pero prohibido.

"¿Realmente vas a leerlo?", preguntó Qing Ling, su voz un poco preocupada al verme examinar el libro. "Parece... anormal. Y además, está relacionado con lo que pasó en el parque. ¿Y si nos metemos en problemas?".

"Lo sé", respondí, mis ojos sin apartarse del libro. "Pero ese hombre me pidió que se lo guardara, y además dijo cosas muy sentidas. Creo que debería saber qué hay dentro. Y también, siento curiosidad". Además, tenía la sensación de que este encuentro y la obtención del libro no eran una coincidencia, sino quizás algún tipo de arreglo en este viaje nuestro.

Hojeé las páginas. Todo estaba en chino simplificado. Qing Ling, que domina mucho mejor el chino que yo, se sentó a mi lado y comenzó a leer en voz alta los primeros párrafos lentamente.

El lenguaje del libro era, de hecho, muy directo y sencillo, sin usar palabras floridas o metáforas complejas como muchas escrituras antiguas de las que Qing Ling me había hablado. El autor parecía hablar directamente al lector, usando un lenguaje muy cotidiano para expresar conceptos inmensos sobre el universo, la vida y el verdadero propósito de ser humano. El libro hablaba de

la "Ley", de la "Cultivación", de la importancia del "Corazón y la Mente" (*xinxing*).

Una cosa que nos llamó la atención fue que, aunque el libro no tenía una portada con el título, en el contenido, el autor a veces mencionaba el nombre del libro que estaba enseñando: era *Zhuan Falun*. Por ejemplo, en un pasaje decía: "Este libro mío, *Zhuan Falun*, enseña la Ley a un nivel muy alto..." o "Mi verdadero propósito al transmitir *Zhuan Falun* es salvar a la gente a niveles altos...". Gracias a estos detalles, supimos el nombre del libro que teníamos en nuestras manos.

Al principio, entender lo que decía el libro no fue nada fácil. Muchas palabras como "Verdad-Benevolencia-Tolerancia", "Karma", "Virtud", "Nivel", "Falun"... se usaban con un significado muy profundo y diferente a lo que conocíamos. Había pasajes que enseñaban sobre la estructura multinivel del universo, la existencia de muchos espacios diferentes al mismo tiempo, las civilizaciones de la antigüedad, la causa raíz de las enfermedades como el karma... estas cosas parecían ir completamente en contra de los conocimientos científicos modernos que había aprendido y en los que siempre había confiado. Mi mente científica no dejaba de hacer preguntas, encontrando muchos puntos difíciles de creer.

"Es increíble, ¿verdad, cariño?", dijo Qing Ling después de leer un pasaje que enseñaba sobre las razas

extraterrestres y su interferencia en la sociedad humana. "La escritura es muy directa, pero el contenido... está más allá de la imaginación".

"Así es", asentí. "Si uno solo lo lee por encima, es muy fácil pensar que no es real. Pero...". Dudé. "...por alguna razón, no quiero dejar de leerlo".

Había una atracción muy extraña en estas sencillas páginas. A pesar de las dudas iniciales, nos vimos absorbidos sin darnos cuenta. Cuanto más leíamos, más nos asombrábamos de la coherencia, la lógica y el sistema tan riguroso de los principios de la Ley presentados en *Zhuan Falun*. El libro no solo presentaba conceptos, sino que también explicaba en detalle su origen, naturaleza y la conexión entre ellos, desde lo más pequeño hasta lo más grande, de una manera consistente y sorprendentemente profunda.

Y lo extraño era que estos principios de la Ley parecían explicar perfectamente las dudas, las cosas extrañas que habíamos experimentado a lo largo de nuestro viaje. Cuando el libro enseñaba sobre el *qigong* genuino y las disciplinas de cultivación, las imágenes del señor Zhang Feng y el ermitaño en la montaña volvían a mi mente. Cuando el libro enseñaba sobre el alma, el karma, la reencarnación y la capacidad de cambiar el destino, las palabras del Viejo Maestro Mo, la anciana tejedora y el dueño de la tienda Tùyuán Gé parecían aclararse, vistas

desde un nivel superior. Cuando el libro enseñaba sobre otros espacios y la relatividad del tiempo, las experiencias en Wangyou Zhen ya no parecían completamente ilógicas.

Especialmente, cuando *Zhuan Falun* enseñaba sobre "Verdad-Benevolencia-Tolerancia" como la característica suprema del universo, el único estándar para medir si una persona es buena o mala, y la base de toda cultivación, sentí una fuerte conmoción en mi corazón. Era simple, directo, pero lo abarcaba todo. Era la raíz, la brújula que parecía haber estado buscando sin saberlo.

Levanté la vista hacia Qing Ling. Sus ojos también estaban muy abiertos, llenos de emoción y una alegría indescriptible. "Ming", dijo, su voz temblaba un poco. "Este libro... tengo la sensación... de que es real. ¡Es la verdadera Ley!".

Entendí la sensación de mi esposa. Yo mismo estaba experimentando un despertar similar. Como una persona que camina en la oscuridad y de repente ve la luz del amanecer. Como un sediento en el desierto que encuentra un arroyo fresco. Todas las piezas sueltas de las experiencias espirituales anteriores parecían ser ensambladas por *Zhuan Falun* en un cuadro completo de la verdad, claro y lleno de significado. Aunque mi mente científica todavía tenía algunos puntos que necesitaban más tiempo para reflexionar, en lo profundo de mi

corazón, sabía que había encontrado algo increíblemente valioso.

Principios profundos y una profunda conmoción interior

Los días siguientes en Shanghai, nuestra vida pareció girar únicamente en torno al libro sin portada llamado *Zhuan Falun*. En lugar de visitar las famosas atracciones turísticas de esta deslumbrante ciudad, pasamos la mayor parte del tiempo en la habitación del hotel, leyendo y reflexionando juntos. El libro tenía una atracción extraña que nos impedía apartar la vista. Durante el día, nos turnábamos para leer, a veces en voz alta para que el otro escuchara, otras veces en silencio, meditando por nuestra cuenta. Por la noche, bajo la luz de la lámpara, solíamos quedarnos despiertos hasta muy tarde, discutiendo lo que acabábamos de leer, a veces cosas que nos habían impactado, otras veces puntos que aún nos resultaban difíciles de entender. Sentí como si ambos estuviéramos embarcados en el mayor descubrimiento de nuestras vidas.

Este libro era realmente muy especial. Cuanto más leía, más sentía la extraordinaria profundidad de cada frase. No se parecía a ningún libro religioso o filosófico que

hubiera conocido. Hablaba de cosas muy grandes, desde el universo con sus innumerables espacios diferentes, hasta las cosas más pequeñas de la materia, incluso más allá de lo que mi conocimiento científico moderno abarcaba. El libro también hablaba del verdadero origen del ser humano, que no solo tenemos este cuerpo físico, sino algo más esencial, llamado Espíritu Primordial, y que el propósito de venir a este mundo no es solo disfrutar de las cosas materiales, sino cultivarse, regresar a nuestra naturaleza bondadosa original.

El concepto de "Verdad-Benevolencia-Tolerancia" como la característica fundamental del universo se repetía una y otra vez. El libro explicaba que esto no era solo un estándar moral, sino la Ley del universo, el fundamento de todo. La cultivación genuina consiste en esforzarse por vivir de acuerdo con estas tres palabras, en ser una mejor persona cada día. El libro también hablaba mucho sobre la relación de causa y efecto, sobre el karma y la virtud, las cosas que determinan la felicidad y el sufrimiento de una persona, y que pueden cambiarse a través del comportamiento y el refinamiento del carácter. Esto me recordó las palabras del Viejo Maestro Mo y la anciana tejedora, pero aquí, todo se explicaba de una manera mucho más sistemática y profunda.

"Mira este pasaje, Ming", dijo Qing Ling en voz baja una noche, señalando una página. "El libro dice que lo más importante es refinar el corazón y la mente. Todo lo

demás, como las habilidades sobrenaturales o los cambios en el cuerpo, proviene de si uno realmente eleva su *xinxing*. No se trata de meditar mucho o practicar mucho los ejercicios. Se trata de enfrentar los conflictos en la vida cotidiana, en el trabajo, en la familia, ver dónde uno se equivoca, abandonar los malos apegos como la competitividad, la envidia, la ostentación... solo así se puede progresar".

Leí con atención. Era cierto, el libro enfatizaba que la cultivación debe estar ligada a la vida cotidiana, que uno debe enfrentarse a la realidad, a los desafíos, para que sea una cultivación real. Esto era completamente diferente de mi pensamiento anterior, que para cultivarse había que ir a un templo, a una montaña, lejos del mundo secular.

Pero lo que más me impactó, como científico, fue lo que el libro decía sobre la historia humana y las limitaciones de la ciencia moderna. *Zhuan Falun* presentaba una visión completamente diferente del origen del hombre, no como la teoría de la evolución de Darwin en la que siempre había creído. El libro decía que la humanidad en la Tierra ha pasado por muchas civilizaciones, algunas de las cuales, en tiempos prehistóricos, alcanzaron un nivel científico y tecnológico muy alto, incluso superior al actual, pero que finalmente fueron destruidas porque la moralidad social se degeneró.

Para aclarar esto, el libro mencionaba algunos descubrimientos arqueológicos que la ciencia moderna no puede explicar, o que deliberadamente ignora porque no encajan con las teorías existentes. Por ejemplo, el reactor nuclear que funcionó hace dos mil millones de años en Oklo, Gabón; las huellas de gigantes encontradas en muchos lugares; las pinturas rupestres que representan criaturas extrañas u objetos voladores no identificados; o los objetos fabricados con una sofisticación increíble encontrados en estratos geológicos donde no debería haber habido humanos civilizados...

"¡Imposible!", murmuré al leer estas partes. Todo mi conocimiento de historia, de biología, que había aprendido y enseñado durante tantos años, parecía tambalearse desde sus cimientos. Intenté encontrar puntos ilógicos, recordar las explicaciones científicas para estos fenómenos. Pero, de hecho, había demasiados descubrimientos arqueológicos anómalos que la ciencia convencional solía explicar de manera muy forzada, o clasificaba como "misterios". ¿Era la teoría de la evolución solo una hipótesis incompleta, incluso errónea? ¿Era la historia de la Tierra y de la humanidad realmente mucho más compleja y antigua de lo que pensábamos?

Esas preguntas daban vueltas en mi cabeza, haciéndome reflexionar mucho. Por un lado, no quería abandonar fácilmente mi fe en la ciencia, en los métodos empíricos que había seguido toda mi vida. Por otro lado, lo que

decía *Zhuan Falun*, junto con las pruebas que presentaba, tenía una extraña fuerza persuasiva, explicando incluso las cosas en las que la ciencia parecía rendirse. Empecé a darme cuenta de las limitaciones de la ciencia moderna: se centraba demasiado en el mundo material que podemos ver, ignorando la parte espiritual, el alma; estaba limitada por las herramientas de observación y los métodos experimentales; y a veces, se volvía rígida, sin atreverse a aceptar lo que estaba fuera de los conocimientos existentes.

Junto con el cambio en mi visión de la ciencia, mi forma de ver todo en la vida también comenzó a cambiar. Reflexioné sobre mis éxitos profesionales, el dinero que tenía, mis relaciones sociales... a la luz de lo que el libro decía sobre el karma y la virtud, sobre el verdadero propósito de la vida, y me di cuenta de que ya no eran tan importantes. Las ambiciones, los cálculos de ganancias y pérdidas, las luchas en el trabajo y en la vida que antes consideraba normales, incluso necesarias, ahora se revelaban como cosas negativas, que debían ser abandonadas.

También entendí el significado de los extraños encuentros que habíamos experimentado. El señor Zhang Feng y su extraño "diagnóstico del pulso"; las enseñanzas del ermitaño; las explicaciones sobre el alma y el karma del Viejo Maestro Mo; la experiencia del tiempo en Wangyou Zhen; la historia de la reencarnación

de la anciana tejedora; las lecciones sobre la elección en la tienda Tùyuán Gé... nada de eso fue una coincidencia. Eran como pasos preparatorios, guías sutiles de alguien invisible, para despojarme gradualmente de mi visión materialista y rígida, para que pudiera aceptar la gran Ley verdadera cuando tuviera la afinidad predestinada.

También nos dimos cuenta de la gran diferencia de Falun Gong con otras prácticas de cultivación o religiones que conocíamos o de las que habíamos oído hablar. Esta disciplina no tenía rituales religiosos complicados, ni templos o lugares de culto obligatorios, no recaudaba dinero ni aceptaba donaciones. Se centraba directamente en refinar el carácter del practicante en la vida cotidiana, según el estándar de Verdad-Benevolencia-Tolerancia, y lo combinaba con la práctica de cinco ejercicios suaves para purificar el cuerpo. Era un camino de cultivación de la Gran Vía muy simple pero muy profundo, dirigido directamente al corazón de la persona. La sistematicidad, la exhaustividad y la profundidad de los principios de la Ley en *Zhuan Falun* era algo que nunca habíamos visto en ninguna otra doctrina o religión.

Aunque todavía había muchas cosas en el libro que no podíamos entender de inmediato, aunque en mi cabeza todavía había dudas, una sensación de paz y una gran esperanza comenzaron a surgir en ambos. Sentí como si hubiera encontrado un puerto seguro después de años de navegar a la deriva, como si hubiera encontrado la luz

después de una larga noche. Nos miramos, y en nuestros ojos ya no solo había amor conyugal, sino también la empatía, el aliento de compañeros que acababan de dar sus primeros pasos en un gran camino. Nuestra relación pareció volverse aún más unida y profunda, al compartir los cambios en nuestros corazones, la alegría de descubrir los profundos principios del universo.

Después de varios días sumergidos casi por completo en el libro *Zhuan Falun*, sentimos un fuerte impulso de aprender más. En el libro se mencionaban cinco ejercicios y otras enseñanzas del Maestro que lo escribió. Teníamos muchas ganas de saber cómo eran esos movimientos y de leer otras escrituras.

Por costumbre, lo primero que pensé fue buscar en internet. Abrí mi portátil y me conecté a la red del hotel. Qing Ling se sentó a mi lado, también expectante. Escribí "Falun Gong" tanto en inglés como en chino en los buscadores habituales. Pero los resultados fueron decepcionantes. La mayoría de los enlaces no eran accesibles, o la página web mostraba un error, o peor aún, solo había información negativa y difamatoria que, después de haber leído el libro, sabíamos con certeza que no era verdad. Lo intenté una y otra vez, con diferentes palabras clave, pero el resultado fue el mismo.

"¿Qué extraño, cariño?", preguntó Qing Ling, sorprendida. "Una práctica que parece tan buena, con un

libro tan profundo, ¿por qué es tan difícil encontrar información en la red?".

De repente recordé lo que había oído sobre la censura de internet en China, sobre el llamado "Gran Cortafuegos". Quizás esa era la razón. Toda la información relacionada con Falun Gong parecía haber sido bloqueada sistemáticamente. Esto nos hizo sentir aún más que el asunto "sensible" que el señor Chen había mencionado no era nada simple.

Pensé en usar algunas herramientas para eludir el cortafuegos que los expertos en tecnología a veces usan, pero sinceramente no soy muy hábil con esas cosas, y tampoco estaba seguro de si era seguro estando en China. Pedir a amigos en Estados Unidos que buscaran y nos enviaran la información era una opción, pero probablemente llevaría tiempo y no sería tan directo.

Nos miramos, un poco atascados. Entonces, Qing Ling dijo de repente: "Ming, ¿y si... intentamos preguntar de nuevo al señor Chen? Dijo que muchos de sus vecinos practican esto. Quizás él conoce a alguien, o al menos sabe dónde suelen practicar".

La idea de Qing Ling me pareció lógica. El señor Chen parecía una buena persona, y aunque se mostró reservado al hablar del tema "sensible", había

compartido cosas positivas sobre Falun Gong. Podría ser una pista.

Mirando el libro sobre la mesa, y luego a Qing Ling, supe que si queríamos profundizar, si queríamos aprender los ejercicios, no podíamos depender solo de internet aquí. Intentar contactar de nuevo con el hombre que nos dio el libro era imposible, pero quizás, a través del señor Chen, tendríamos la oportunidad de encontrar a personas que realmente estuvieran cultivando Falun Gong en Shanghai.

La decisión de emprender un nuevo camino

Después de darnos cuenta del callejón sin salida que suponía buscar información sobre Falun Gong en internet y de que Qing Ling sugiriera la idea de contactar al señor Chen, nos sentamos a hablar más seriamente sobre lo que acabábamos de experimentar y los siguientes pasos a seguir. La habitación del hotel, aunque pequeña, era tranquila, solo iluminada por la luz amarilla de una lámpara y con el libro sin portada colocado solemnemente sobre la mesa entre nosotros. En los últimos tres días, lo que *Zhuan Falun* nos había

aportado había cambiado por completo nuestra visión del mundo y de nosotros mismos.

Qing Ling fue la primera en hablar, sus ojos brillaban con una emoción indescriptible, a la vez conmovida y algo solemne. "Cariño", dijo, su voz suave pero clara, "estos tres días... siento como si hubiera recorrido un largo viaje. Este libro...". Colocó suavemente su mano sobre *Zhuan Falun*. "...es completamente diferente a todo lo que he conocido. Aunque hay partes que todavía no entiendo del todo, cosas que suenan increíbles, en lo más profundo de mi corazón, siento que es increíblemente real, increíblemente correcto. Responde a todas las dudas que he tenido durante este viaje, y a preguntas que he guardado en mi corazón durante mucho tiempo".

Respiró hondo y me miró directamente a los ojos, con una clara determinación. "Siento como si... acabara de encontrar el camino a casa, Ming. Un fuerte impulso desde mi interior me dice que esta es la verdadera Ley, la Gran Vía que mi alma quizás ha estado buscando durante mucho tiempo".

La escuché en silencio, mi corazón en sintonía con cada una de sus palabras. Yo también estaba experimentando una revolución en mi conciencia. Mi sólida visión del mundo científico había sido seriamente desafiada por los principios de la Ley en *Zhuan Falun*. La lógica estricta, el sistema completo, la capacidad de explicar todos los

aspectos del universo y de la vida humana, especialmente las explicaciones sobre la historia y las civilizaciones prehistóricas... todo me hizo reconsiderar lo que siempre había creído.

"Lo entiendo, Qing Ling", respondí, mi voz también llena de emoción. "Siento lo mismo. Aunque mi razón todavía tiene muchas preguntas, no puedo negar la profundidad y el poder de estos principios. Tienen una lógica interna perfecta. Y lo más importante, tocan la conciencia, la naturaleza bondadosa del ser humano. Ese estándar de Verdad-Benevolencia-Tolerancia... siento que es la verdad universal, el camino más correcto".

Miré profundamente a los ojos de mi esposa. "Creo... que realmente hemos encontrado el camino que buscábamos, cariño".

El silencio volvió, pero esta vez era el silencio del acuerdo, de una gran decisión que se estaba formando gradualmente. Sabíamos que leer no era suficiente. Si este era el camino verdadero, teníamos que caminar por él.

"Entonces... ¿empezaremos por buscar de nuevo al señor Chen para preguntarle más, cariño?", preguntó Qing Ling, después de que hubiéramos discutido esta idea. Sus ojos estaban a la vez ansiosos y un poco preocupados. "Él parece saber del tema. Esperemos que

pueda ayudarnos a encontrar a alguien que nos enseñe los ejercicios, o al menos nos diga dónde se reúnen los practicantes de Falun Gong".

Eso era lo que yo también estaba pensando. Cultivar el corazón y la mente según Verdad-Benevolencia-Tolerancia podía empezar de inmediato, tratando de medir mi comportamiento en todo lo que hacía a diario. Pero los cinco ejercicios realmente requerían una guía específica para poder practicarlos correctamente. "De acuerdo", asentí, sintiendo una clara determinación. "Mañana, o lo antes posible, buscaremos la manera de visitar al tío y preguntar discretamente por el señor Chen. Tenemos que ser muy sutiles y cuidadosos, porque este asunto no parece simple".

Se había tomado una decisión. No nos detendríamos en la lectura del libro. Empezaríamos a practicar lo que pudiéramos de inmediato: tratar de vivir según Verdad-Benevolencia-Tolerancia en cada pensamiento y acción, y buscar activamente la oportunidad de aprender los cinco ejercicios con la ayuda del señor Chen, si el destino lo permitía. El camino de la cultivación de Falun Dafa se había abierto ante nosotros y, aunque todavía había muchas incógnitas, estábamos decididos a dar juntos los primeros pasos, con fe y esperanza en la verdad que acabábamos de encontrar.

Las primeras experiencias supranormales

Tras esa conversación franca y la trascendental decisión conjunta, una sensación a la vez de euforia y solemnidad envolvió nuestra habitación de hotel. Ya no éramos simples turistas curiosos, sino que parecía que habíamos cruzado voluntariamente un nuevo umbral, un camino completamente desconocido pero que prometía lo que nuestros corazones anhelaban en lo más profundo.

Mientras esperábamos la oportunidad de volver a ver al señor Chen y con la esperanza de encontrar a alguien que nos enseñara los ejercicios, decidimos no quedarnos de brazos cruzados. El libro *Zhuan Falun* no solo hablaba de los principios de la Ley, sino que también describía brevemente los cinco ejercicios. Entre ellos, el quinto ejercicio, la meditación sentada, se explicaba con bastante claridad en cuanto a la postura.

"¿Y si... intentamos sentarnos?", sugirió Qing Ling una noche, sus ojos brillaban con una mezcla de determinación y curiosidad. "Mientras esperamos, podemos ir practicando lo que podamos".

Asentí. "Sí, intentémoslo. El libro dice que la meditación se basa principalmente en calmar la mente, quizás

podamos empezar por intentar sentarnos quietos y vaciar la mente".

Así, en la tranquilidad de la habitación del hotel, comenzamos nuestro primer intento de practicar según el libro. Intenté imitar la postura de loto completo que se describía, pero mis piernas rígidas, acostumbradas a sentarse en sillas toda la vida, solo me permitieron colocar con dificultad una pierna sobre el otro muslo en la postura de medio loto. El dolor y el entumecimiento no tardaron en llegar. Respiré hondo, tratando de ignorar la incomodidad física y concentrarme en mantener la mente libre de pensamientos errantes, como indicaba el libro. Pero los pensamientos triviales llegaban en oleadas, como olas no invitadas. Realmente, esto era mucho más difícil de lo que había imaginado.

Miré de reojo a Qing Ling. Parecía hacerlo mejor que yo, quizás por su flexibilidad innata o por estar familiarizada con algunas posturas tradicionales de asiento de los asiáticos. Estaba sentada en la postura de medio loto, con la espalda recta, las manos en el gesto de *jiyein* frente a su abdomen, los ojos cerrados. Al principio, la vi fruncir ligeramente el ceño, probablemente también soportando el dolor en las piernas o tratando de calmar su mente.

Pero entonces, un momento después, noté algo extraño. El cuerpo de Qing Ling estaba completamente inmóvil,

su respiración era regular, pero de su rostro, con los ojos cerrados, dos hilos de lágrimas caían silenciosamente, deslizándose por sus mejillas.

"¿Ling?", la llamé en voz baja, un poco preocupado.
"¿Qué... qué te pasa? ¿Te duelen mucho las piernas?"

No respondió de inmediato, parecía estar sumida en un estado que no podía comprender. Las lágrimas seguían cayendo. Me sentí confundido, sin saber qué hacer, solo pude quedarme sentado observando, con el corazón lleno de preguntas. ¿Estaba demasiado conmovida pensando en los profundos principios de la Ley que acabábamos de leer? ¿O era simplemente una reacción del cuerpo al meditar por primera vez?

Fue un buen rato después cuando abrió lentamente los ojos, todavía húmedos pero brillando con una expresión de asombro, emoción y algo indescriptiblemente trascendente. Se volvió para mirarme, su voz todavía temblorosa:

"Ming... Acabo... acabo de ver..."

"¿Qué viste?", pregunté de inmediato, sintiendo que algo anormal estaba sucediendo.

Qing Ling respiró hondo, tratando de hablar con claridad. "No estoy segura... Cuando intentaba calmar mi

mente según el libro... de repente, frente a mis ojos ya no había oscuridad. Vi... con otro ojo, aquí", se señaló la frente entre las cejas. "Vi luz... colores increíblemente brillantes, diferentes a cualquier color que haya visto en mi vida".

Su voz se fue apagando, como si relatará un sueño increíble. "Y luego... vi otro mundo. Muy hermoso, espléndido. Me vi... me vi allí, no con esta forma... sino con otra, vestida con ropas muy lujosas... como... como un Rey, un Señor de ese mundo..."

Las lágrimas volvieron a brotar de los ojos de mi esposa. "Incluso vi una escena... donde yo, junto con muchas otras personas... nos despedíamos de ese mundo, descendiendo... descendiendo a este mundo humano... como si hubiera un juramento, una misión... para esperar la Gran Ley en este momento..."

Me quedé sentado en silencio, completamente aturdido por el relato de Qing Ling. ¿Un mundo espléndido? ¿Un Rey-Señor? ¿Un juramento para descender al mundo? Estas cosas superaban mi imaginación, pero su expresión de profunda emoción, sus lágrimas incesantes y la sinceridad en sus ojos me impedían no creer. De repente recordé los pasajes de *Zhuan Falun* que hablaban del ojo celestial, del verdadero origen de la vida, de los diferentes niveles de espacio. ¿Acaso... acaso Qing Ling

realmente había abierto su ojo celestial en su primer intento de meditación?

Mientras ella tenía una experiencia tan extraña y supranormal, yo, sentado a su lado, no sentía nada más que el dolor y el entumecimiento en mis piernas y los pensamientos confusos en mi cabeza. Una diferencia notable. Pero en lugar de sentirme decepcionado o escéptico, la experiencia de Qing Ling fue como un fuerte impulso a mi conciencia. Aunque no lo vi por mí mismo, la historia de mi esposa, combinada con lo que habíamos leído y los encuentros anteriores, fortaleció mi fe de una manera poderosa. Me demostró que lo que el libro decía no era teoría vacía, sino la verdad, reinos que se podían alcanzar a través de la cultivación. Entendí que el camino y el estado de cultivación de cada persona son diferentes, lo importante es la perseverancia y la capacidad de iluminación de uno mismo.

"Te creo", dije en voz baja, poniendo mi mano en su hombro. "Lo que dice el libro... probablemente todo es verdad".

Qing Ling asintió, sus ojos todavía llenos de una profunda emoción. Esa experiencia parecía haberse grabado en su corazón, brindándole una comprensión fundamental del significado de esta vida.

En los días siguientes, aunque yo todavía no tuve ninguna experiencia especial como la de Qing Ling al meditar, ambos comenzamos a sentir otros cambios sutiles. Nuestro espíritu parecía más fresco, nuestra mente extrañamente clara y brillante. Las pequeñas molestias de la vida parecían preocuparnos menos que antes. *Thỉnh thoảng*, tenía sueños extraños, no muy claros pero que me dejaban una sensación de paz o me sugerían algo. En ocasiones, una corazonada repentina sobre algún asunto trivial resultaba ser sorprendentemente correcta.

Estas cosas nos dieron más confianza. Este camino parecía ser el correcto. Pero para continuar, especialmente para aprender los ejercicios correctamente, definitivamente teníamos que encontrar un guía. Esa era nuestra próxima tarea.

* * *

CAPÍTULO 9: LA LEY QUE ILUMINA Y LA COMUNIDAD DE CULTIVACIÓN

Búsqueda y conexión inicial

Después de varios días leyendo y reflexionando sobre el libro *Zhuan Falun*, junto con las extrañas experiencias de Qing Ling, ambos sentimos un fuerte impulso. Claramente, no se trataba de un libro ordinario, sino de un camino, una guía que afortunadamente habíamos encontrado. Pero como ya he dicho, para continuar, especialmente para aprender los cinco ejercicios

correctamente, necesitábamos encontrar un guía. La búsqueda en internet en China era inútil.

La idea de contactar al señor Chen, el amigo del tío de Qing Ling, quien casualmente había mencionado Falun Gong durante la cena familiar, seguía rondando en nuestras cabezas. Aunque en ese momento parecía un poco reservado al hablar del tema, al menos lo conocía y había dicho que muchos de sus vecinos lo practicaban. Esa era la única y más plausible pista que teníamos en Shanghai.

"Tenemos que encontrar la manera de volver a ver al señor Chen, cariño", me dijo Qing Ling una mañana, mientras nos preparábamos para salir del hotel. "No podemos quedarnos sentados esperando. Llamaré a mi tía para ver si hay alguna manera de invitar al señor Chen a casa, o si nos puede dar su número de teléfono para contactarlo nosotros mismos".

La idea me pareció razonable. Aunque me sentía un poco incómodo molestando más a la familia de su tía, esto era importante. Qing Ling llamó a su tía. Afortunadamente, ella no preguntó mucho, simplemente pensó que queríamos agradecer al señor Chen por su visita anterior, así que nos dio su número de teléfono con gusto.

Con el número en mano, fue Qing Ling quien llamó directamente al señor Chen. Eligió sus palabras con

mucho cuidado, diciendo que apreciábamos mucho sus comentarios sobre los métodos de salud del otro día y que teníamos algunas preguntas más, preguntando si le vendría bien reunirse con nosotros un rato. Al principio, por teléfono, la voz del señor Chen sonaba un poco vacilante, probablemente adivinó de qué queríamos hablar. Pero quizás la sinceridad en la voz de Qing Ling lo convenció. Finalmente, el señor Chen aceptó reunirse con nosotros esa misma tarde en una pequeña casa de té cerca de su casa, un lugar que parecía discreto y poco concurrido.

A la hora acordada, Qing Ling y yo fuimos a la casa de té. Era un pequeño local, escondido en un callejón, con un ambiente bastante tranquilo. El señor Chen ya estaba esperando en una mesa en una esquina. Parecía tan amable como el día anterior, pero su mirada era más cautelosa.

Después de unos saludos de cortesía, Qing Ling fue directa al grano, pero mantuvo un tono muy respetuoso y mesurado. "Señor Chen, el otro día mencionó la práctica de Falun Gong que muchos de sus vecinos practican. En realidad, nosotros también tuvimos la suerte de leer el libro principal de esta disciplina, *Zhuan Falun*, y sentimos que los principios de la Ley en él son increíblemente profundos y significativos. Nos gustaría mucho aprender más, especialmente los ejercicios, pero

no sabemos por dónde empezar, ni conocemos a nadie aquí".

Qing Ling hizo una pausa, mirando al señor Chen con una expresión de expectación y un poco de súplica. "Sabemos que este puede ser un tema un poco sensible, pero realmente estamos muy interesados. No sé si usted podría... ¿ayudarnos? ¿O quizás presentarnos a alguien que practique esta disciplina?".

El señor Chen guardó silencio por un momento, nos miró y luego miró por la ventana. Pude ver claramente la duda en su rostro. Ayudar a extraños a aprender sobre una práctica que estaba siendo vigilada por el gobierno no era un asunto simple. El ambiente en la casa de té de repente se volvió un poco tenso. Qing Ling y yo contuvimos la respiración, esperando.

Finalmente, el señor Chen suspiró levemente y se volvió para mirarnos, su mirada ya menos cautelosa, reemplazada por una comprensión y quizás también un poco de empatía. "No esperaba que tuvieran tal afinidad con ese libro", dijo en voz baja. "Es cierto que la verdadera Ley no es fácil de encontrar. Entiendo su anhelo".

Hizo una pausa y continuó: "Este asunto... es cierto que no es conveniente hablarlo públicamente. Pero si tienen el corazón para aprender, no puedo negarme. En

realidad, tengo un buen amigo, también vecino, que ha cultivado Falun Gong durante muchos años. Es una persona muy buena, muy sabia. Quizás... pueda presentárselos".

Al oír al señor Chen decir eso, Qing Ling y yo sentimos como si nos hubiéramos quitado un gran peso de encima. Una gran alegría y esperanza se extendió por nuestros corazones.

"¡Eso sería maravilloso!", dijo Qing Ling apresuradamente. "Realmente no sabemos cómo agradecerérselo".

El señor Chen hizo un gesto con la mano: "No es nada. Ayudar a alguien con afinidad predestinada a encontrar algo bueno también es hacer una buena acción. Pero tienen que prometerme que todo será con mucho cuidado y discreción. En estos tiempos...". Dejó la frase a medias, pero ambos entendimos.

Luego, el señor Chen nos dio la dirección y el número de teléfono de su amigo, llamado Liu Wei, a quien todos llamaban afectuosamente Tío Liu. Nos dijo que debíamos llamar para concertar una cita y decir claramente que nos recomendaba el señor Chen. También añadió que, en cuanto a aprender los ejercicios, debíamos hablarlo directamente con el Tío Liu. Él era un cultivador veterano y con mucha experiencia, y

seguramente encontraría la manera de ayudarnos de una forma adecuada y segura en estas circunstancias.

El encuentro con el señor Chen, aunque breve, nos abrió una puerta increíblemente importante. Dejamos la casa de té con una gran esperanza. Finalmente, después de tanta búsqueda, quizás estábamos a punto de tener contacto directo con personas que realmente caminaban por el camino de la cultivación de Falun Dafa.

Estudiar la Ley, practicar los ejercicios y unirse a la comunidad

Al salir de la casa de té del señor Chen con la información de contacto del Tío Liu Wei, sentimos una alegría y una esperanza indescriptibles. Esa misma tarde, de vuelta en el hotel, Qing Ling llamó al Tío Liu. Con mucho cuidado, nos presentó y le dijo que nos recomendaba el señor Chen, expresando nuestro deseo de aprender más sobre Falun Gong y los ejercicios. Al otro lado de la línea, la voz del Tío Liu sonaba cálida y abierta, pero también con una cierta cautela. Dijo que se alegraba de que hubiera gente interesada y, después de que Qing Ling repitiera la recomendación del señor Chen, nos citó para vernos al día siguiente por la tarde en su casa para hablar más cómodamente. También nos dio indicaciones detalladas sobre cómo llegar.

A la hora acordada, fuimos a la dirección que nos dio el Tío Liu. Era un pequeño apartamento en un viejo complejo de viviendas, sin nada destacable. El Tío Liu, un hombre de mediana edad de figura esbelta y rostro afable, nos abrió la puerta con una sonrisa amable. Después de invitarnos a pasar, servirnos agua y, quizás, observar que no parecíamos tener nada extraño, comenzó a abrirse más.

La alegría y el alivio de haber encontrado a alguien que pudiera guiarnos se vieron rápidamente seguidos por el entusiasmo y la sinceridad del Tío Liu. Después de hablar y sentir nuestra sinceridad y nuestro anhelo de aprender, se ofreció a dedicar tiempo para enseñarnos los ejercicios. Dijo: "La práctica de los ejercicios requiere tranquilidad y concentración. Les enseñaré en privado en mi casa. Falun Gong tiene cinco ejercicios, cuatro dinámicos y uno de meditación. Es completamente gratis, no se cobra ni un céntimo".

Y así, nuestra primera lección comenzó ese mismo día en la pequeña sala de estar del apartamento del Tío Liu. El espacio, aunque no era grande, era muy limpio y tranquilo. El Tío Liu incluso invitó a un amigo suyo, también un veterano practicante, una anciana de apellido Chen muy afable (a quien más tarde también apreciaríamos mucho), para que nos guiara de manera más completa. Ambos se turnaron para enseñarnos cada movimiento del primer ejercicio: "Buda mostrando las

mil manos". Los movimientos parecían lentos y suaves, pero cuando intenté hacerlos yo mismo, me di cuenta de que no eran nada sencillos. Mi cuerpo rígido apenas podía alcanzar la relajación y suavidad que ellos tenían. Especialmente en los movimientos de estiramiento, sentí claramente la rigidez de mis articulaciones y músculos poco utilizados.

El segundo ejercicio, "La Gran Vía Circular de Falun", que consistía en sostener una rueda de energía, fue un verdadero desafío. Solo aguantar la postura de "sostener la rueda frente al abdomen" durante unos minutos hizo que mis brazos se cansaran enormemente y todo mi cuerpo comenzara a temblar. Miré a Qing Ling, ella parecía estar un poco mejor que yo, pero su frente también estaba perlada de sudor y fruncía ligeramente el ceño tratando de aguantar. Sin embargo, el Tío Liu y la Señora Chen permanecían firmes, con rostros serenos, como si estuvieran sosteniendo algo muy ligero.

"Aguanten", nos animó amablemente la Señora Chen. "Al principio, a todos les pasa lo mismo. Duele un poco, pero si lo superan, se sentirán muy cómodos. Lo importante es la fuerza de voluntad".

Su paciencia y amabilidad nos conmovieron profundamente. No mostraron ninguna impaciencia ni criticaron nuestra torpeza. Corrigieron meticulosamente cada pequeña postura, explicaron detalladamente los

requisitos de cada movimiento, repitiéndolo hasta que lo entendimos básicamente. En los días siguientes, fuimos regularmente a casa del Tío Liu a las horas acordadas para aprender y practicar con ellos. Poco a poco, aprendimos los cinco ejercicios. El quinto, la meditación sentada "Fortaleciendo los poderes divinos", que requería sentarse en la postura de loto completo o medio loto, fue otro desafío para mis piernas rígidas. Pero recordando la experiencia de Qing Ling y el aliento de todos, también intenté perseverar. Aunque todavía no podía sentarme mucho tiempo ni vaciar completamente mi mente, comencé a sentir un cálido flujo de energía recorriendo mi cuerpo mientras practicaba, una sensación de bienestar y frescura extraña después de cada sesión.

Pero la cultivación de Falun Gong no se limitaba a practicar los movimientos. El Tío Liu nos explicó que lo fundamental era cultivar el *xinxing* según los principios de Verdad-Benevolencia-Tolerancia, y que leer los libros y estudiar la Ley era extremadamente importante.

Una tarde, después de varios días de conocernos y practicar juntos, el Tío Liu nos invitó a quedarnos a cenar y luego a participar en una sesión de estudio de la Ley en grupo con algunos de sus amigos. "Solemos reunirnos para leer los libros y compartir nuestras comprensiones por la noche. Es solo un grupo pequeño, en una casa

particular para mantener la discreción y la seguridad. Si no les importa, pueden quedarse y participar".

Esta invitación nos hizo sentir muy honrados. Entendimos que, en la situación actual de China, invitar a extraños, y además extranjeros, a una sesión de estudio de la Ley en grupo en una casa particular era una muestra de gran confianza por su parte.

Esa noche, después de una cena vegetariana sencilla pero acogedora en casa del Tío Liu, llegaron algunos amigos más. La pequeña sala de estar se volvió a ordenar. Dentro, ya había unas siete u ocho personas sentadas erguidas en esteras en el suelo. Además del Tío Liu y la Señora Chen, había algunas caras nuevas. Había un joven taxista, una mujer de mediana edad, trabajadora jubilada de una fábrica textil, y un hombre de aspecto sufrido pero con una mirada muy amable, que según dijeron era un agricultor de las afueras que rara vez podía venir. El ambiente en la habitación era muy cálido y algo solemne.

La sesión de estudio de la Ley comenzó. La gente se turnaba para leer pasajes del libro *Zhuan Falun*. La lectura era clara, reverente. Aunque ya lo había leído antes por mi cuenta, al escucharlo leer y estudiar con todos en esa atmósfera, sentí que los principios de la Ley penetraban más profundamente en mi mente. Después de leer una lección, la gente comenzó a compartir lo que

había entendido, sus experiencias en el proceso de cultivación, cómo habían usado la Ley para superar dificultades y conflictos en la vida, en el trabajo, en la familia.

No había debates acalorados ni palabras floridas. Solo sinceridad, franqueza y el deseo de progresar juntos. Uno compartía cómo había tratado de ser tolerante cuando otros lo malinterpretaban, otro contaba cómo había intentado pensar en los demás antes de enfrentarse a un problema. No dudaban en hablar de sus defectos, de sus apegos negativos y de cómo se esforzaban por corregirlos según los requisitos de la Gran Ley. Qing Ling, con su dominio del chino y su sensibilidad cultural, también compartió sus primeras impresiones sobre los principios de la Ley y recibió la simpatía y el aliento de todos.

Me senté en silencio escuchando, mi corazón lleno de emoción. Aquí, no había distinción entre profesor y obrero, ingeniero y agricultor, joven o viejo. Todos eran iguales, aprendiendo juntos, ayudándose mutuamente a ser mejores en el camino de la cultivación. No había ninguna forma de organización, ni líder, ni donaciones de dinero, ni rituales de adoración. Solo el libro de la Gran Ley y un corazón que quería cultivarse genuinamente. La atmósfera pura, bondadosa y la conexión sincera entre estas personas creaban una fuerza espiritual invisible pero extremadamente poderosa. Era

completamente diferente a cualquier organización, religión o grupo que hubiera conocido.

En los días siguientes, nos fuimos integrando gradualmente en esta pequeña pero cálida comunidad. No solo estudiábamos la Ley y practicábamos los ejercicios con ellos, sino que también escuchamos más historias y conocimos a más gente. Cada uno con su propia situación, su propio destino, pero todos compartiendo una misma fe en Verdad-Benevolencia-Tolerancia, un anhelo de convertirse en mejores personas, de regresar a su yo original. Esta integración no solo nos ayudó a entender más profundamente Falun Gong, sino que también fortaleció nuestra determinación y fe en el camino que habíamos elegido. Sentimos que no estábamos solos en este viaje.

Historias milagrosas y testimonios vivos

Cuanto más tiempo pasábamos con el grupo de practicantes que conocimos en casa del Tío Liu, más historias personales escuchábamos. Esas historias no eran teorías complejas ni filosofías difíciles de entender, sino experiencias muy cotidianas que, sin embargo, contenían cosas extrañas, pruebas vivas del poder transformador de Falun Dafa.

En las conversaciones íntimas después de leer juntos los libros, o mientras tomábamos té, la gente solía contar de forma natural cómo había llegado a la cultivación. Lo que a mí, como profesor de medicina, me llamó especialmente la atención al principio fueron las historias sobre los cambios en la salud.

La Señora Chen, la mujer mayor de sonrisa amable que habíamos conocido, antes había sufrido mucho por una grave enfermedad cardíaca y una artritis que le dificultaba mucho caminar, casi postrándola en cama. Contó que los médicos le habían dicho que su enfermedad solo podía controlarse con medicamentos y que su calidad de vida empeoraría. Sin embargo, desde que comenzó a cultivar Falun Gong hacía unos años, no solo su estado de ánimo mejoró, sino que su salud también mejoró de una manera increíble. Ahora, podía caminar con agilidad, ocuparse de todo por sí misma e incluso ayudar a sus hijos con las tareas del hogar.

"Al principio, solo pensaba en practicar para estar más sana", sonrió, una sonrisa radiante que no correspondía a alguien que había estado gravemente enferma. "Pero el Tío Liu me dijo que para curarme, no solo tenía que practicar los ejercicios, sino también cultivar mi corazón", dijo, señalándose el pecho. "Tenía que abandonar la competitividad, el resentimiento, las preocupaciones inútiles. Intenté seguir las enseñanzas del Maestro Li en el libro, vivir según Verdad-Benevolencia-Tolerancia.

Poco a poco, sentí mi corazón más ligero, ya no me quejaba del destino ni me enfadaba con mis hijos. Y las enfermedades simplemente desaparecieron sin que me diera cuenta".

Según lo que había aprendido en medicina, la recuperación de la Señora Chen era casi inexplicable. Pero era imposible no creer en la verdad que tenía ante mis ojos: una anciana llena de vitalidad, con la piel sonrosada y que caminaba con agilidad. Y no era la única. El señor Li, el joven taxista, contó cómo sus migrañas crónicas, que lo habían atormentado durante años y que no se aliviaban con ningún medicamento, afectando gravemente a su trabajo, simplemente disminuyeron y luego desaparecieron después de unos meses de cultivación. La señora Hong, la trabajadora jubilada, compartió cómo su insomnio y agotamiento nervioso de larga duración habían desaparecido, devolviéndole la alegría de vivir.

Escuchaba, y en mi interior no podía evitar un conflicto entre mis conocimientos médicos y estas realidades increíbles. Claramente, estos casos superaban la capacidad de explicación de la medicina moderna, que generalmente se centra solo en el cuerpo físico. Pero no podía negar la salud y el espíritu alegre que emanaban de las propias personas que contaban sus historias. No parecían estar exagerando ni inventando. Además, todos enfatizaban un punto en común: la mejora de la salud

siempre iba de la mano con el proceso de elevar el *xinxing*, de vivir según los principios de Verdad-Benevolencia-Tolerancia. Parecía haber una conexión muy estrecha y profunda entre el estado mental, la moralidad y la salud física que nuestra ciencia aún no había alcanzado.

Sin embargo, las historias que más nos conmovieron y admiraron a mí y a Qing Ling fueron las que compartían sobre los cambios en su carácter, en su forma de vida.

Había un hombre llamado Qiang que, según se decía, antes era un alcohólico empedernido y problemático en el barrio. Relató con voz sincera y un poco avergonzada su pasado, cómo había hecho sufrir a su esposa e hijos y cómo los vecinos lo evitaban. "En ese entonces, vivía sin pensar en el mañana, si tenía dinero, bebía, y cuando estaba borracho, creaba problemas. Mi esposa lloró no sé cuántas veces", dijo. "Afortunadamente, alguien me presentó Falun Gong. Al leer el libro *Zhuan Falun*, fue como si despertara. Entendí que la causa de mi sufrimiento era el karma creado por mis malas acciones pasadas, y que para cambiar, tenía que refinar mi carácter, ser una buena persona". Dijo que el proceso de dejar el alcohol y cambiar su temperamento fue muy difícil, pero gracias a la perseverancia en la lectura del libro, la práctica de los ejercicios y recordándose constantemente que debía ser veraz, benévolo y tolerante, poco a poco lo logró. Ahora, el señor Qiang había dejado

completamente el alcohol, se había convertido en un esposo y padre responsable, y vivía en armonía con todos. Al ver su aspecto amable y su forma de hablar pausada, era difícil imaginar cómo era antes.

El Tío Liu también compartió una vez cómo antes valoraba mucho el prestigio y el beneficio en el trabajo, calculaba las ganancias y pérdidas, y a veces usaba métodos deshonestos para competir con sus colegas. "Después de aprender la Gran Ley, entendí que las cosas por las que la gente común lucha toda su vida son en realidad ilusorias", dijo con expresión pensativa. "Lo que realmente uno se lleva es el karma y la virtud. Como persona, uno debe vivir con veracidad y benevolencia, pensar primero en los demás. Así que cambié mi perspectiva, dejé de competir, trabajé con dedicación y traté a todos con más sinceridad. Mi corazón se tranquilizó y la vida se sintió mucho más ligera".

Qing Ling escuchó estas historias con especial atención. Me dijo que los valores morales como la sinceridad, la bondad y la paciencia que practicaban, aunque tenían similitudes con las enseñanzas de la cultura tradicional china que ella había estudiado, aquí se manifestaban de una manera mucho más práctica, concreta y sistemática. No eran solo teorías en los libros, sino algo que cada persona intentaba seguir en cada pensamiento, palabra y acción diaria.

Cada historia, cada persona que conocimos en este pequeño grupo, era una prueba viviente. No necesitaron usar palabras grandilocuentes para convencernos. Sus propios cambios positivos en la salud, su crecimiento moral, la paz y la bondad que emanaban de ellos eran la prueba más convincente de la maravilla de Falun Dafa. Estas historias y estas personas nos dieron más fuerza, solidificaron nuestra fe y nos impulsaron a dar nuestros primeros pasos en el camino de la cultivación con más determinación.

Asimilando los principios de Verdad-Benevolencia-Tolerancia

Las historias sobre los cambios en la salud y el estilo de vida que escuchamos fueron realmente impresionantes. Pero lo que nos atrajo a mí y a Qing Ling y nos hizo querer profundizar aún más fue el hilo conductor que atravesaba todas esas historias: el principio de Verdad-Benevolencia-Tolerancia. Estas tres palabras no parecían ser solo un eslogan, sino la base real de todos los cambios positivos que vimos en ellos.

En las sesiones de estudio de la Ley o en las conversaciones con el Tío Liu y los demás, no los oímos analizar estas tres palabras de una manera compleja. En

su lugar, los escuchamos relatar cómo habían tratado de medirse con Verdad-Benevolencia-Tolerancia en situaciones muy concretas de la vida.

Nos dimos cuenta de que, para ellos, la Verdad no era simplemente no mentir, sino también ser honesto con uno mismo, hacer todo con rectitud, sin falsedad. El señor Qiang, el ex alcohólico, compartió que su primer paso para cambiar fue reconocer honestamente sus errores, sin evadirlos ni culpar a nadie.

La Benevolencia, a través de sus relatos, no era solo hacer buenas obras comunes. Era la tolerancia, el esfuerzo constante por pensar primero en los demás, incluso cuando uno pudiera salir perjudicado. La Señora Chen contó cómo una vez le perdieron una parte de su pensión, y en lugar de enfadarse o exigirla a toda costa, pensó que la otra persona quizás también tenía dificultades, así que optó por dejarlo pasar con delicadeza. "Estoy cultivando la Benevolencia, no puedo poner en aprietos a alguien por un poco de dinero y perturbar mi propia paz", sonrió amablemente.

Y la Tolerancia, quizás, fue lo que más mencionaron al enfrentarse a dificultades. No era una resignación débil, sino una fuerza interior admirable. Escuchamos a la señora Hong contar cómo había soportado las burlas de algunos antiguos compañeros de trabajo cuando se enteraron de que practicaba Falun Gong, sin discutir y

simplemente haciendo bien su trabajo. Escuchamos al Tío Liu contar cómo había tolerado injusticias en su trabajo anterior, sin competir y considerándolo una oportunidad para pagar su karma y mejorarse a sí mismo. Parecía que, para ellos, cada conflicto, cada evento desfavorable, era una "prueba", una oportunidad para practicar la Tolerancia, para recuperar la calma y ver el problema desde la perspectiva de un cultivador.

Lo que nos llamó especialmente la atención fue que siempre enfatizaban el "mirar hacia adentro" cuando se encontraban con un problema. En lugar de señalar con el dedo y culpar a otros, se volvían hacia adentro y se preguntaban: "¿Hice algo mal?", "¿Tengo algún apego negativo (como la competitividad, la envidia, el miedo...) que me haya llevado a esta situación?". Esta forma de ver los problemas nos pareció muy extraña y también muy admirable. Era completamente diferente al hábito de muchas personas de buscar siempre primero la culpa en los demás.

Al escuchar estas sinceras y sencillas historias, al ver cómo se trataban entre ellos y con los demás a diario, Qing Ling y yo comenzamos a sentir gradualmente la profundidad del principio de Verdad-Benevolencia-Tolerancia. Ya no eran palabras extrañas, sino que se manifestaban vívidamente a través de cada persona, de cada historia. Empezamos a reflexionar sobre nosotros mismos, dándonos cuenta de cuántos defectos teníamos,

cuántos pensamientos egoístas, cuántas reacciones impulsivas se habían convertido en un hábito.

Un impulso de cambiar, de seguir esas buenas acciones, comenzó a formarse en nuestras mentes. Entendimos que el camino por delante era esforzarse constantemente por practicar, por vivir según estas tres palabras doradas. Eso era realmente el núcleo de la cultivación, la clave para convertirnos en mejores personas, para regresar a nuestra verdadera naturaleza. La luz de Verdad-Benevolencia-Tolerancia, aunque solo se había revelado a través de estas experiencias iniciales, fue suficiente para iluminar y darnos una fe más sólida en el camino que habíamos elegido.

CAPÍTULO 10: BAJO EL SOL ROJO - LA VERDAD OCULTA

Las primeras olas de inquietud

Después de unas tres semanas en Shanghai, integrados en el pequeño grupo del Tío Liu y sus amigos, nos sentimos más cercanos y unidos a ellos, a esas personas bondadosas que tuvimos la suerte de conocer. Las sesiones de práctica de ejercicios en casa del Tío Liu o en otros lugares discretos, junto con las sesiones de estudio y compartir de la Ley por la noche, se habían convertido en una parte indispensable de nuestra vida diaria aquí. Esas actividades nos traían paz interior y una gran esperanza. Sin embargo, justo cuando nos sentíamos más

tranquilos, las primeras señales de inquietud comenzaron a aparecer silenciosamente, como un presagio de algo malo por venir.

Lo primero que notamos fue el cambio en las citas para practicar los ejercicios. El número de participantes a veces disminuía inexplicablemente. Había rostros familiares que no veíamos durante varios días seguidos. Luego, una mañana, el Tío Liu llamó para decir que la práctica de ese día se posponía, o a veces teníamos que cambiar el lugar de encuentro de repente con una razón poco clara, solo diciendo vagamente que era "más conveniente" o que "había surgido algo inesperado".

No solo eso, la actitud de algunos compañeros practicantes también parecía volverse más reservada. Las conversaciones animadas y abiertas después del estudio de la Ley ahora a veces se interrumpían con miradas inquisitivas a los alrededores, o alguien de repente bajaba la voz al mencionar ciertos temas. El Tío Liu, el ingeniero jubilado que siempre había sido entusiasta y franco, en una conversación privada con nosotros, noté que de vez en cuando miraba por la ventana, con una expresión de preocupación que nunca antes había visto. No dijo nada directamente, pero esa actitud me dio una sensación de inquietud sin una causa clara.

Una tarde, mientras Qing Ling y yo paseábamos cerca del complejo de viviendas del Tío Liu, noté a un hombre

de aspecto extraño, vestido de civil, merodeando en la esquina de la calle de enfrente. No hacía nada en particular, solo estaba apoyado en la pared, y de vez en cuando miraba hacia el complejo de viviendas del Tío Liu. Podría haber sido una coincidencia, pero en estas circunstancias, esa imagen me hizo sentir un poco de recelo. Qing Ling también se dio cuenta y me apretó la mano con más fuerza.

Claramente, algo estaba sucediendo en secreto que no sabíamos. La atmósfera pacífica y abierta inicial parecía estar siendo cubierta por una fina niebla de preocupación y cautela.

Una vez, durante una sesión de estudio de la Ley en grupo en casa del Tío Liu (el número de participantes ese día también era notablemente menor), mientras compartíamos nuestras comprensiones del libro, la amable Señora Chen suspiró y dijo en voz baja, como para sí misma: "El tiempo parece que va a cambiar pronto...".

Me sorprendí y le pregunté: "¿El tiempo? Pero si el cielo está despejado, señora".

La Señora Chen solo sonrió levemente, una sonrisa un poco forzada, y no explicó nada más. El Tío Liu, sentado a su lado, tosió levemente y luego nos miró, su voz se volvió grave: "Ustedes son extranjeros y acaban de llegar,

hay muchas cosas que quizás no sepan. Aquí... las cosas no son tan simples como parecen. Ser una buena persona a veces no es fácil. Ustedes... deberían tener un poco de cuidado".

Las palabras veladas y llenas de significado del Tío Liu y la Señora Chen hicieron que mi inquietud creciera aún más. ¿Cuidado con qué? ¿Por qué ser una buena persona no era fácil? Las preguntas daban vueltas en mi cabeza, pero sentí que no era el momento ni el lugar para preguntar más. Había un velo invisible que ocultaba la verdad, una verdad que nuestros nuevos amigos parecían enfrentar a diario, mientras que nosotros apenas habíamos tocado su borde. Estas señales de inquietud, aunque vagas, eran suficientes para advertir que nuestro viaje de exploración estaba a punto de entrar en una curva peligrosa y más desafiante.

El susurro sobre la represión

Las advertencias poco claras y la atmósfera cada vez más cautelosa hicieron que la inquietud en mi corazón y en el de Qing Ling creciera. Aunque ya sentíamos vagamente el peligro y la "sensibilidad" de Falun Gong a través del incidente en el parque y las dificultades para encontrar información en internet, todavía no teníamos una

imagen completa. La oportunidad de entenderlo mejor llegó una noche, cuando fuimos invitados de nuevo a casa del Tío Liu. Esta vez, el ambiente era diferente. Solo estábamos el Tío Liu, la Señora Chen y nosotros. La pequeña habitación parecía más silenciosa que de costumbre, el té estaba servido en la mesa pero nadie parecía querer tocarlo.

El silencio se prolongó un momento, y luego el Tío Liu nos miró directamente. Su mirada ya no era inquisitiva como en los primeros encuentros, sino llena de seriedad y una cierta pesadez. Suspiró, como si acabara de tomar una decisión difícil.

"Señores", comenzó, su voz más grave y lenta de lo habitual. "Estos últimos días los he visto un poco preocupados, y quizás también han sentido algunas cosas anormales. Los consideramos como de la familia, no queremos ocultarles nada, pero hablar de estas cosas también nos preocupa que se preocupen más".

Qing Ling y yo contuvimos la respiración, sabiendo que lo que estábamos a punto de escuchar probablemente aclararía lo que ya sabíamos y sentíamos vagamente.

El Tío Liu continuó: "Como ya saben por el libro *Zhuan Falun*, Falun Gong, o Falun Dafa, es una disciplina de cultivación de alto nivel de la Escuela Buda, que enseña a las personas a vivir según Verdad-Benevolencia-

Tolerancia, y trae grandes beneficios tanto para la salud como para el espíritu. Antes, en China, había cerca de cien millones de personas que lo practicaban, más que el número de miembros del Partido Comunista".

Hizo una pausa y tomó un pequeño sorbo de té. "Pero... como quizás ya han sentido a través del incidente del compañero practicante que les dio el libro, desde el 20 de julio de 1999, todo cambió por completo". Su voz se quebró, y pude oír un dolor contenido en ella. "El entonces líder del Partido Comunista Chino, Jiang Zemin, por su propia envidia personal y su miedo irracional al rápido crecimiento de Falun Gong, temiendo que la gente creyera más en Verdad-Benevolencia-Tolerancia que en el Partido, desafió la oposición de muchos otros en el Politburó y ordenó una represión extremadamente cruel e irracional en todo el país, dirigida a Falun Gong y a todos los que lo practicaban.

Al oír al Tío Liu hablar tan claramente, las piezas de información que habíamos obtenido antes comenzaron a encajar. Dù no nos sorprendía que hubiera una represión, al escuchar a una persona directamente implicada, a alguien a quien respetábamos, afirmar que se trataba de una "represión extremadamente cruel e irracional en todo el país", la magnitud del problema comenzó a revelarse mucho mayor de lo que podíamos imaginar.

"Entonces, lo que leímos en internet en Estados Unidos, y lo que presenciamos en el parque ese día... todo es verdad, e incluso mucho más grave, ¿verdad, tío?", preguntó Qing Ling en voz baja, su voz no podía ocultar la conmoción ante la magnitud del asunto. "Todavía no puedo entender por qué tienen que recurrir a medidas tan crueles contra una práctica pacífica que solo enseña a la gente a ser buena".

El Tío Liu negó con la cabeza, una expresión de tristeza evidente en su rostro. "Para el Partido Comunista, cualquier cosa que no esté bajo su control absoluto, cualquier ideología que tenga una gran influencia en la gente y que no sea del Partido, es considerada una amenaza para su poder. No pueden aceptar que la gente tenga fe en Dioses y Budas, en valores universales como Verdad-Benevolencia-Tolerancia, porque eso va en contra de su naturaleza atea y de lucha".

Continuó contando cómo el gigantesco aparato de propaganda del estado fue utilizado sistemáticamente para difamar y calumniar a Falun Gong. "Utilizaron todos los medios de comunicación, desde la televisión y la radio hasta los periódicos e internet... para difundir día y noche mentiras. Llamaron a Falun Gong 'secta malvada', inventaron todo tipo de historias maliciosas para incitar el odio de la gente desinformada, lavando el cerebro a toda una generación. Incluso escenificaron el falso incidente de la 'autoinmolación' en la Plaza de

Tiananmen y culparon a Falun Gong, una farsa torpe que, sin embargo, engañó a mucha gente tanto dentro como fuera del país".

La Señora Chen, sentada a su lado, con los ojos enrojecidos desde hacía un rato, añadió en voz baja y entrecortada: "Millones de nuestros compañeros practicantes han sido arrestados arbitrariamente, acosados de todas las formas posibles solo por no renunciar a su fe en Verdad-Benevolencia-Tolerancia. Sus casas son registradas día y noche, los libros de la Gran Ley son confiscados y destruidos, son despedidos de sus trabajos, sus hijos son discriminados en la escuela, sus familias son vigiladas y presionadas de todas las formas...".

Cada palabra del Tío Liu y la Señora Chen, aunque dicha con calma, era como un cuchillo en mi corazón. La escala y la maldad de esta persecución superaban con creces lo que podía haber imaginado. Ya no se trataba de un asunto "sensible" o de "ser puesto en dificultades", sino de una campaña deliberada y sistemática para destruir la fe, de una crueldad inaudita. ¿Cómo era posible que estas personas amables y pacíficas que conocíamos, que solo querían ser mejores según Verdad-Benevolencia-Tolerancia, pudieran ser etiquetadas como "secta malvada" y sufrir cosas tan terribles?

Miré a Qing Ling y vi que su rostro también estaba pálido, sus ojos llenos de horror e indignación. Los hermosos valores espirituales que acabábamos de encontrar y atesorar, ahora se revelaban como un objetivo deliberadamente pisoteado y destruido por el poder estatal.

"La magnitud de esto... es realmente inimaginable", dije, tratando de mantener la calma aunque mi voz temblaba. "Lo que sabíamos antes era solo una pequeña parte".

"Entendemos que esto es muy difícil de aceptar e imaginar para ustedes, especialmente viniendo de un entorno libre", dijo el Tío Liu, con voz comprensiva. "Pero es la dolorosa verdad que ha estado ocurriendo en este país durante más de veinte años. Esa es también la razón por la que debemos ser extremadamente cuidadosos en todo. Les contamos esto no para asustarlos, sino para que entiendan mejor la situación real que nosotros y millones de otros practicantes enfrentamos a diario".

La habitación volvió a sumirse en el silencio, pero esta vez era un silencio pesado, sofocante por la cruel verdad que acababa de ser revelada. Las preguntas sobre la verdadera escala de la represión, su nivel de brutalidad y los peligros que enfrentaban nuestros nuevos amigos daban vueltas en mi cabeza. Lo que el Tío Liu y la Señora Chen acababan de contar era solo una parte de un

cuadro mucho más grande y oscuro, y sabía que teníamos que investigar más a fondo.

Pruebas de la brutalidad y la irracionalidad

Los relatos iniciales del Tío Liu y la Señora Chen sobre la represión nos dejaron a mí y a Qing Ling verdaderamente conmovidos. En los días siguientes, mi mente no dejaba de dar vueltas a esa información terrible. ¿Podía la verdad ser tan cruel? ¿Habría algún malentendido o exageración en alguna parte? Mi mente científica intentaba encontrar una explicación lógica, pero la imagen de los rostros amables y sinceros de los practicantes que habíamos conocido volvía una y otra vez, en total contradicción con la etiqueta de "secta malvada" que les habían impuesto.

Unos días después, en otra visita a casa del Tío Liu, al ver que todavía teníamos muchas dudas, decidió hablar más a fondo. Esta vez, también estaba presente una mujer de mediana edad llamada Lan, a quien no habíamos conocido antes. El rostro de la señora Lan tenía una expresión de sufrimiento, pero sus ojos brillaban con una extraña firmeza. El Tío Liu nos la presentó, diciendo

que había estado encarcelada varios años solo por negarse a abandonar la práctica de Falun Gong.

La señora Lan comenzó a contar su historia. Su voz era monótona, sin rastro de resentimiento, pero cada palabra era como un cuchillo para el que escuchaba. Contó la noche en que la policía irrumpió en su casa, la registró y se la llevó delante de su hijo pequeño, que gritaba de miedo. Contó los días en el centro de detención y luego en el campo de trabajos forzados.

"No nos trataban como seres humanos", dijo en voz baja. "Usaban todo tipo de métodos para obligarnos a abandonar nuestra fe en Verdad-Benevolencia-Tolerancia. Querían que escribiéramos las 'tres declaraciones': una carta de garantía de no practicar más, una carta de arrepentimiento y una carta para denunciar a otros practicantes".

Relató las torturas que ella y otros practicantes habían sufrido. No de forma general, sino con detalles específicos que nos hicieron estremecer. "Usaban picos eléctricos en las partes más sensibles del cuerpo. Los gritos de agonía resonaban por los pasillos. Nos obligaban a estar de pie o sentados en una misma posición durante días, sin dejarnos dormir; si te dormitabas, te golpeaban sin piedad. A algunos los esposaban y los colgaban durante horas hasta que se desmayaban. A otros los alimentaban a la fuerza,

introduciendo un tubo de plástico duro por la nariz hasta el estómago y vertiendo comida mezclada con agua sucia, causando un dolor y un daño terribles...".

Al oír esto, Qing Ling no pudo contenerse y se tapó la boca con la mano, sus ojos ya llenos de lágrimas. Sentí un nudo en el pecho, una indignación y un asco que me subían por dentro. Esto no era el acto de agentes de la ley, era claramente un crimen.

"Lo más doloroso no era solo la tortura física", continuó la señora Lan, su voz un poco quebrada. "Sino la tortura mental. Nos obligaban a ver una y otra vez vídeos de propaganda que difamaban al Maestro y a la Gran Ley. Usaban las palabras más vulgares para insultarnos y humillarnos. Intentaban por todos los medios quebrar nuestra voluntad y hacernos perder la fe".

Para que lo viéramos más claramente, el Tío Liu sacó con cuidado de un armario cerrado con llave un delgado fajo de documentos, envuelto en varias capas de tela. Lo abrió, y dentro había algunas fotos viejas en blanco y negro, que mostraban moratones y quemaduras de picos eléctricos en el cuerpo de una persona. También había una lista escrita a mano con esmero, con los nombres y direcciones de algunos practicantes de la zona que habían sido arrestados, sentenciados o que habían desaparecido sin dejar rastro en los últimos años.

"Esto es solo una pequeña parte", dijo el Tío Liu, con voz llena de dolor. "Hay muchísimas personas más sufriendo en las cárceles y campos de trabajo de todo el país. Muchos han sido torturados hasta la muerte, o han sido eliminados misteriosamente sin que sus familias sepan nunca la verdad...".

Al ver esas fotos, esas líneas de texto, al escuchar el relato tan real y desgarrador de la señora Lan, todas las dudas que me quedaban se desvanecieron. La verdad se reveló de forma cruda, brutal e increíblemente irracional. Por un lado, personas amables que solo querían mejorar su salud y su moral según los principios de Verdad-Benevolencia-Tolerancia. Por otro, todo un aparato estatal que utilizaba los métodos más crueles, desde la propaganda engañosa hasta la tortura salvaje, para destruir su fe.

Esta contradicción me dolía en el alma. ¿Cómo podía existir tal irracionalidad? ¿Dónde estaba la ley? ¿Dónde estaba la justicia? ¿Dónde estaba la conciencia humana? Mi visión del mundo, basada en la lógica científica y en un cierto orden social, parecía desmoronarse ante mis ojos.

Miré a Qing Ling y vi que se secaba las lágrimas en silencio. La indignación era evidente en su rostro. Ella nació en China, y una vez se sintió orgullosa de la larga historia y cultura de su tierra natal. Ahora, al enfrentarse

a esta cruel verdad, el dolor y la decepción en ella debían ser aún mayores que los míos.

La conversación de ese día terminó en una atmósfera muy pesada. Dejamos la casa del Tío Liu con el ánimo revuelto, llevando la carga de la verdad que acabábamos de conocer. La hermosa luz de Falun Gong que acabábamos de encontrar ahora estaba cubierta por una sombra aterradora de persecución. Sabíamos que ya no podíamos ser meros espectadores. Pero, ¿qué hacer? Esa pregunta daba vueltas en mi cabeza, dejándonos en una situación de verdadera dificultad y conflicto.

Conflicto interior y enfrentamiento a la verdad

Esa noche, Qing Ling y yo apenas pudimos dormir. Regresamos a la habitación del hotel, pero nuestras mentes estaban abrumadas por lo que acabábamos de ver y oír en casa del Tío Liu. La habitación estaba en un silencio sofocante, solo roto por el suave suspiro de Qing Ling y el latido de mi propio corazón en mi pecho. La verdad sobre la persecución a Falun Gong, con sus pruebas de brutalidad e irracionalidad, nos había dejado a ambos atónitos, dejando una profunda herida en nuestros pensamientos y emociones.

El shock inicial fue dando paso a un horror que me helaba la sangre. No podía entender cómo un país como China, con su apariencia moderna y la gente amable y sencilla que habíamos conocido, podía tener un aparato estatal capaz de torturar y asesinar a sus propios ciudadanos pacíficos solo por tener una creencia diferente. Mi visión del mundo, construida sobre la lógica científica y la fe en un cierto orden social, parecía desmoronarse. La luz y la oscuridad, el bien y el mal, la verdad y la mentira... todo se mezclaba dolorosamente ante mis ojos.

Miré a Qing Ling. Estaba sentada en la cama con las rodillas abrazadas, mirando por la ventana nocturna. Las lágrimas se habían secado, pero el dolor y la indignación aún eran visibles en su mirada. Sabía que ella sufría más que yo. Esta era su tierra natal, la cultura que amaba y que solía enseñar. Enfrentar la verdad de que el gobierno de este lugar estaba pisoteando los valores morales más nobles, destruyendo a las personas más bondadosas, debía ser una herida y una decepción inmensas.

"¿Cómo pueden hacer eso, cariño?", la voz de Qing Ling sonó suave en la noche, débil pero llena de indignación. "Gente como el Tío Liu, la Señora Chen, la hermana Lan... solo quieren ser buenas personas. ¿Por qué los tratan como enemigos?".

No supe qué responder. Toda lógica se volvía inútil ante una irracionalidad tan extrema.

Entonces, el miedo comenzó a infiltrarse, apoderándose de mi mente. Éramos extranjeros, pero habíamos tenido un contacto cercano con los practicantes de Falun Gong. Habíamos aprendido los ejercicios, participado en estudios de la Ley en grupo, guardado el libro *Zhuan Falun*. ¿Nos estarían vigilando? ¿Saber esta verdad nos ponía en peligro? La preocupación por nuestra propia seguridad comenzó a crecer.

Pero inmediatamente, me invadió una sensación de vergüenza. Apenas llevábamos unos días sabiendo esto, y el miedo ya nos inquietaba. ¿Y qué hay de nuestros nuevos amigos? ¿Cuántos años llevaban viviendo con este miedo? Se enfrentaban al riesgo de ser arrestados, torturados, incluso de perder la vida en cualquier momento. Y sin embargo, mantenían firme su fe, intentaban vivir con bondad, ayudaban a los demás. Comparado con ellos, nuestro miedo era pequeño y algo egoísta.

Una lucha intensa se desató en mi mente. Una parte racional me decía que debía irme de este lugar de inmediato, volver a Estados Unidos por seguridad. China era demasiado peligrosa, no debíamos involucrarnos en esto. Pero otra parte, la parte de mi conciencia y mi fe incipiente en Verdad-Benevolencia-

Tolerancia, no me permitía mirar hacia otro lado. Ellos nos habían ayudado, habían confiado en nosotros para compartir la verdad. Irse ahora sería cobarde, una traición a su amabilidad, una traición a los mismos valores que acabábamos de empezar a aprender.

¿Qué debíamos hacer? ¿Fingir que no sabíamos nada y marcharnos en silencio? ¿O quedarnos, enfrentar el peligro y tratar de ayudarlos en la medida de nuestras posibilidades? ¿Qué podíamos hacer? Solo éramos dos extranjeros comunes, sin poder ni conexiones aquí.

Luz y oscuridad. Seguridad y conciencia. Huir y enfrentar. Este conflicto me hacía dar vueltas la cabeza. Esto ya no era un simple viaje de exploración cultural. Nos habíamos visto arrastrados en medio de una feroz confrontación entre el bien y el mal, entre la justicia y la maldad del poder. Y teníamos que elegir. La verdad había sido revelada, y ahora, debíamos enfrentarla, enfrentarnos a nuestros propios corazones, para decidir el camino a seguir.

* * *

CAPÍTULO 11: LÁGRIMAS EN LA TORMENTA - LA TRAGEDIA DE UNA FAMILIA

Una pequeña familia pacífica antes de la tormenta

Tras el shock de conocer mejor la cruel verdad de la represión, Qing Ling y yo nos sentimos abrumados. Temporalmente, participamos menos en las sesiones de estudio de la Ley en grupo, en parte para tener más tiempo para reflexionar y en parte para evitar causar más problemas innecesarios a los demás en una situación que parecía cada vez más tensa. Sin embargo, había una

familia con la que manteníamos un contacto bastante regular, en parte por un afecto sincero y en parte porque su hija pequeña se había encariñado mucho con Qing Ling. Era la familia de Kang Yu y Chen Mai.

Los conocimos en las primeras sesiones de estudio de la Ley en casa del Tío Liu. Kang Yu, de unos treinta años, era un carpintero habilidoso, de complexión robusta, hablaba con sencillez pero sus ojos siempre brillaban con honestidad. Chen Mai, su esposa, era una maestra de primaria que había dejado su trabajo (supuse que probablemente por su práctica de cultivación), su rostro era muy dulce y su voz suave. Tenían una hija pequeña llamada Xiao Lian, de unos tres años, regordeta y adorable con unos grandes ojos negros y redondos.

Su pequeña familia vivía en un modesto apartamento en un complejo de viviendas en las afueras de la ciudad, sin ninguna riqueza material, pero siempre lleno de risas y un ambiente cálido. Tanto Kang Yu como Mai eran practicantes de Falun Gong muy diligentes. Su fe en Verdad-Benevolencia-Tolerancia se reflejaba claramente en cada gesto, palabra y en la forma en que trataban a los demás. Vivían con sencillez, en armonía con sus vecinos, siempre dispuestos a ayudar si podían.

Un par de veces nos invitaron a cenar a su casa. Eran comidas sencillas, con algunas verduras de su huerto y tofu, pero el ambiente era increíblemente acogedor. Kang

Yu solía contar anécdotas divertidas de su trabajo, Mai cuidaba con ternura a su hija, y la pequeña Xiao Lian parloteaba alegremente, a veces corriendo a los brazos de Qing Ling para que le contara un cuento. Al verlos, sentí una felicidad muy simple y genuina, una paz que emanaba del alma de personas que intentaban vivir una vida buena.

La pequeña Xiao Lian adoraba especialmente a Qing Ling. Quizás porque Qing Ling también amaba a los niños y siempre jugaba y le leía cuentos con paciencia. Cada vez que llegábamos, Xiao Lian gritaba de alegría, corría a abrazar las piernas de Qing Ling y le pedía a la "tía Ling" que la cogiera en brazos. La imagen de esa niña inocente y pura era como un punto de luz cálido en medio de la atmósfera cada vez más sofocante que sentíamos en este lugar.

Porque, paralelamente a la paz de esa pequeña familia, sabíamos que la sombra de la represión se acercaba cada vez más. A través de los relatos incompletos de otros practicantes, de la escasa información que lográbamos leer al intentar eludir el cortafuegos, sabíamos que la situación en muchos lugares se estaba volviendo muy tensa. Había nuevas oleadas de arrestos, y el acoso a los practicantes era más frecuente. Incluso aquí en Shanghai, aunque parecía más tranquilo que en otros lugares de los que habíamos oído hablar, la atmósfera de preocupación seguía latente.

Podíamos ver la preocupación fugaz en los ojos de Kang Yu y Mai cada vez que mencionábamos casualmente la situación general. Sabían perfectamente los peligros que ellos y otros compañeros practicantes enfrentaban. Pero en lugar de temer o evadir, se mostraban aún más firmes en su fe. Seguían leyendo los libros en silencio, practicando los ejercicios en casa cada día, y educando a su hija con bondad.

"No hemos hecho nada malo", me dijo una vez Kang Yu en una conversación privada, su voz grave pero muy decidida. "Solo queremos ser buenas personas según Verdad-Benevolencia-Tolerancia. La Gran Ley ha traído tantas cosas buenas a mi familia, ¿cómo podríamos renunciar solo por calumnias y amenazas?".

Su firmeza nos inspiraba admiración y, al mismo tiempo, preocupación. ¿Cuánto tiempo duraría esta frágil paz? ¿Podría esta pequeña y feliz familia resistir la tormenta que se avecinaba? Al ver la sonrisa inocente de la pequeña Xiao Lian, la mirada amable de Mai y la expresión resuelta de Kang Yu, un presentimiento indescriptible se apoderó de mí. Solo podía desear en silencio que estuvieran a salvo, aunque mi razón me decía que, en estas circunstancias, una oración parecía demasiado frágil.

El brutal asalto de medianoche

Mi mal presentimiento sobre la familia de Kang Yu, terriblemente, se hizo realidad de una manera mucho más abrupta y brutal de lo que podría haber imaginado.

Esa noche, no pude dormir. Quizás los pensamientos sobre la represión, sobre los peligros que enfrentaban los practicantes, me obsesionaban. El verano en Shanghai era bastante bochornoso, y aunque la habitación del hotel tenía aire acondicionado, me sentía sofocado. Alrededor de la una de la madrugada, incapaz de soportarlo más, salí sigilosamente al balcón para tomar un poco de aire nocturno. El hotel donde nos alojábamos no estaba muy cerca del complejo de viviendas de Kang Yu, a unos cientos de metros, pero desde el balcón de un piso alto, todavía podía ver una parte de esa zona.

Mientras miraba a lo lejos, tratando de disipar los pensamientos pesados, de repente me sobresalté al ver que la luz del apartamento de Kang Yu se encendía de forma inusual en mitad de la noche. Inmediatamente después, aunque a esa distancia y con el sonido muy atenuado, percibí vagamente ruidos fuertes y anormales: algo como golpes en la puerta, gritos confusos y el movimiento caótico de figuras dentro de la ventana iluminada. Mi corazón se encogió. Un escalofrío recorrió mi espalda. Rápidamente volví a entrar para llamar a

Qing Ling, que ya se había despertado por el ruido. "¡Ling, algo ha pasado! Creo que... ¡creo que es en casa de Kang Yu!".

Sin dudar, nos pusimos rápidamente una chaqueta, salimos sigilosamente del hotel y corrimos hacia el complejo de viviendas de Kang Yu. No nos atrevimos a acercarnos demasiado, solo nos escondimos detrás de un gran árbol al principio de la fila de edificios, desde donde podíamos ver el apartamento de Kang Yu a unas pocas decenas de metros.

Bajo la pálida luz amarilla de las farolas, la escena ante nosotros nos dejó helados. La puerta del pequeño apartamento de la familia de Kang Yu había sido destrozada, arrancada de sus bisagras. Varios hombres con uniforme de policía y algunos individuos de aspecto muy agresivo vestidos de civil bloqueaban la entrada. Dentro del apartamento, la luz estaba encendida a tope, y los gritos y el llanto desgarrador de la pequeña Xiao Lian resonaban.

Luego los vimos sacar a Kang Yu. Solo llevaba un pijama fino, sus manos estaban torcidas a la espalda, y parecía tener un moratón en la cara. Intentó forcejear, su mirada hacia el apartamento llena de dolor e impotencia. Inmediatamente después, dos mujeres de civil sacaron a Chen Mai; su pelo estaba revuelto, su rostro ausente,

intentaba llamar a su hija pero uno de ellos le tapó la boca.

"¡Rápido! ¡Al coche!", gritó un hombre uniformado, empujando a Kang Yu y a Mai hacia una pequeña furgoneta cerrada, sin matrícula, que estaba aparcada cerca.

Kang Yu intentó volverse una última vez y gritó: "¡Falun Dafa es bueno! ¡Verdad-Benevolencia-Tolerancia es bueno! ¡Abajo la persecución!".

Inmediatamente, un policía le golpeó con fuerza en el estómago con la culata de su arma, haciéndole doblarse de dolor. Los empujaron brutalmente a ambos en la parte trasera de la furgoneta y cerraron la puerta de golpe. El vehículo aceleró y desapareció en la oscuridad de la noche, dejando atrás un espacio vacío y el llanto incesante de la pequeña Xiao Lian que aún se oía desde el apartamento destrozado.

Los que quedaban continuaron registrando el interior un rato más. Los vimos sacar varias cajas, probablemente libros de la Gran Ley y otros materiales relacionados, y arrojarlos a otro vehículo. Después de tomar lo que querían, también se subieron rápidamente a su vehículo y se fueron, dejando el apartamento con la puerta rota, las luces encendidas y el llanto de una niña abandonada.

Todo sucedió en menos de media hora, rápido y brutal como una pesadilla. Alrededor, los otros apartamentos permanecían con las puertas cerradas, nadie se atrevía a asomar la cabeza. Quizás estaban demasiado acostumbrados a escenas como esta, o el miedo les impedía reaccionar. Una atmósfera de terror envolvió todo el complejo de viviendas, fría y aterradora.

Qing Ling y yo nos quedamos como estatuas detrás del árbol, todo el cuerpo nos temblaba. No por el frío de la noche, sino por el horror y la indignación que nos hervían en el pecho. Habíamos presenciado con nuestros propios ojos la brutalidad, la inhumanidad del llamado "gobierno del pueblo". Habían irrumpido descaradamente en la casa de alguien en mitad de la noche, habían roto la puerta, golpeado y arrestado a la gente como si fueran animales, dejando a una niña de solo tres años en un estado de terror absoluto.

Mi corazón se desgarró por la sensación de impotencia. No podíamos hacer nada para ayudarlos. Solo éramos espectadores débiles, presenciando una tragedia sin poder hacer nada más. La indignación hacia este régimen me ahogaba. Y la preocupación por el destino de Kang Yu, Mai, y especialmente de la pequeña Xiao Lian, era como una enorme roca que pesaba sobre mi mente. ¿Qué les pasaría? Y esa pobre niña, ahora sola en una casa vacía, ¿qué sería de ella? El llanto de la niña era como cuchillos en nuestro corazón, obsesionante y desgarrador.

Malas noticias consecutivas - Padres desaparecidos

Después de la noche aterradora en la que presenciamos el arresto de la familia de Kang Yu, la preocupación y la inquietud pesaban sobre nosotros y sobre los otros compañeros practicantes que conocíamos. Lo primero que había que hacer era averiguar a dónde se habían llevado a Kang Yu y a Chen Mai y cuál era su situación.

Sin embargo, buscar información en estas circunstancias era como buscar una aguja en un pajar, y además, extremadamente peligroso. Las comisarías y los centros de detención nunca daban información a los familiares, especialmente en casos considerados relacionados con Falun Gong. Cualquier intento de preguntar podría despertar sospechas y traer más problemas.

El Tío Liu y algunos practicantes mayores y con más experiencia intentaron averiguar noticias a través de contactos no oficiales, de una manera muy discreta y cuidadosa. Pidieron a conocidos que trabajaban en agencias gubernamentales de bajo nivel, o preguntaron a practicantes de zonas vecinas si sabían algo. Cada día pasaba en una espera angustiada. Nos turnábamos para cuidar de la pequeña Xiao Lian. La niña fue acogida

temporalmente por una amable pero muy asustada familia de vecinos durante el día. Intentamos consolarla y jugar con ella, pero su mirada perdida y asustada y su pregunta inocente "¿Dónde están mamá y papá?" nos partían aún más el corazón.

Aproximadamente una semana después de esa noche terrible, llegó la primera mala noticia. El Tío Liu vino a vernos con el rostro desencajado, los ojos enrojecidos por la falta de sueño y la preocupación. Había recibido noticias de una fuente fiable dentro del centro de detención (probablemente alguien con conciencia que no podía soportar la crueldad y lo había filtrado). Kang Yu... ya no estaba.

"Dijeron... dijeron que Yu tuvo una 'muerte súbita' mientras lo interrogaban", la voz del Tío Liu se quebró, ahogada por la emoción. "Pero la persona que nos informó dijo que en los días anteriores, fue torturado muy brutalmente por negarse a confesar, por negarse a escribir las 'tres declaraciones'. Siguió insistiendo en que Falun Dafa es bueno".

Mi corazón pareció detenerse. Kang Yu, el carpintero sencillo y fuerte que acabábamos de conocer, ¿podía tener una "muerte súbita" solo una semana después de ser arrestado? Era demasiado ilógico.

Pero lo más espantoso estaba por llegar. El Tío Liu bajó la voz, casi hasta un susurro, sus ojos revelaban una indignación y un asco indescriptibles. "Esa persona también dijo... que antes de morir, a Yu y a otros los llevaron a un 'chequeo médico' muy exhaustivo, pero en un lugar que no parecía un hospital normal. Y... el cuerpo fue devuelto muy rápidamente, no dejaron que la familia lo viera de cerca, solo notaron unas suturas muy extrañas en su abdomen... Sospechan que..."

El Tío Liu no terminó la frase, pero Qing Ling y yo entendimos de inmediato. La terrible sospecha de la sustracción forzada de órganos en vida a practicantes de Falun Gong sanos —un crimen contra la humanidad del que habíamos oído hablar pero que nunca nos atrevimos a creer que fuera real— ahora se presentaba de manera clara y espantosa. Habían matado a Kang Yu, no solo por su fe, sino posiblemente también por sus órganos sanos.

Una sensación de náuseas y un frío glacial recorrió todo mi cuerpo. La brutalidad de este régimen había superado todos los límites de la imaginación humana. Esto ya no era una persecución política o religiosa normal, era la aniquilación de la humanidad, el crimen más bárbaro. Qing Ling se dejó caer en una silla, cubriéndose la cara con las manos y rompiendo a llorar desconsoladamente. No podía soportar una verdad tan cruel.

El dolor por la pérdida de un compañero de cultivación aún no se había disipado cuando, unas semanas después, llegaron más noticias sobre Chen Mai. A través de un abogado con conciencia (que, aunque no se atrevía a defender abiertamente casos de Falun Gong, ayudaba en secreto a obtener información), supimos que Mai había sido condenada a 8 años de prisión bajo el cargo inventado de "utilizar una secta malvada para sabotear la aplicación de la ley". Inmediatamente después de una sentencia superficial y rápida en primera instancia, fue trasladada a una prisión de mujeres en alguna remota provincia montañosa. A partir de entonces, no hubo más noticias de ella. No se permitían visitas familiares, y la correspondencia también era interceptada. Era como si hubiera desaparecido por completo de este mundo, sin que nadie supiera si estaba viva o muerta.

Las malas noticias se sucedían. En poco tiempo, una familia feliz había sido completamente destrozada. El esposo, torturado hasta la muerte y sospechoso de ser víctima de la sustracción de órganos. La esposa, encarcelada y desaparecida, sin saber cuándo podría regresar. Solo quedaba una niña pequeña, desamparada en medio de una vida llena de injusticia. La tragedia de la familia de Kang Yu y Chen Mai fue como un corte profundo que exponía crudamente la naturaleza malvada e inhumana de la persecución a Falun Gong. Ya no eran historias o cifras en los periódicos, sino el dolor

presente, las lágrimas y la sangre de personas de carne y hueso que habíamos conocido y apreciado. Esta verdad grabó en nuestras mentes una marca imborrable, y al mismo tiempo, planteó una pregunta urgente: ¿Qué debíamos hacer por la pequeña Xiao Lian, esa pobre huérfana?

La niña desamparada y una decisión del corazón

Después de que se confirmaran las dolorosas noticias sobre el destino de Kang Yu y Chen Mai, una pregunta acuciante flotaba en el aire: ¿Quién cuidaría de la pequeña Xiao Lian? La niña, de solo tres años, había perdido a ambos padres en circunstancias de una crueldad insuperable, convirtiéndose en un ser diminuto y desamparado en medio de la tormenta.

La amable familia de vecinos, aunque sentían mucha pena por la niña, claramente no podían acogerla a largo plazo. El miedo tras presenciar el brutal arresto de esa noche todavía los atormentaba. Vivían con ansiedad, temiendo ser implicados por ayudar a la hija de personas consideradas "elementos de Falun Gong". En una conversación con el Tío Liu, expresaron su difícil situación y preocupación, insinuando que quizás

tendrían que llevar a Xiao Lian a un orfanato o encontrar a otro pariente, opciones que todos sabíamos que eran extremadamente frágiles y llenas de riesgos para el futuro de una niña como Xiao Lian.

Cada vez que Qing Ling y yo visitábamos a Xiao Lian, nuestro corazón se encogía. Ya no era la Xiao Lian vivaz y alegre de antes. Ahora, solía sentarse acurrucada en un rincón, sus grandes ojos redondos siempre abiertos con miedo y confusión, mirando fijamente un punto vacío. Hablaba poco, sonreía poco, y a veces gritaba "¡Papá! ¡Mamá!" en sueños y se despertaba sobresaltada, llorando desconsoladamente sin que nadie pudiera calmarla. La imagen de esa niña inocente, arrastrada al cruel torbellino de la persecución, perdiéndolo todo solo por la fe de sus padres, nos causaba un dolor y una indignación indescriptibles.

No podíamos mirar hacia otro lado. El principio de Benevolencia que intentábamos aprender, y la compasión humana más básica, no nos permitían darle la espalda a la trágica situación de Xiao Lian. Llevarla a un orfanato, donde podría ser estigmatizada y maltratada, era algo que no podíamos aceptar.

Sin embargo, la decisión de ayudar conllevaba riesgos enormes. Éramos extranjeros, y adoptar repentinamente a una niña china sin documentos claros en una situación tan sensible era como ponernos directamente en el punto

de mira del gobierno. Podríamos ser sospechosos, vigilados, incluso arrestados o deportados. Nuestra propia seguridad, nuestros planes de regresar a Estados Unidos, todo podría verse seriamente amenazado. Ese miedo era muy real, se infiltraba en cada pensamiento, haciéndonos dudar y sentirnos desgarrados.

Esa noche, después de dejar la casa de los vecinos donde Xiao Lian se alojaba temporalmente, nuestro ánimo estaba por los suelos. Caminamos de regreso al hotel en silencio, cada uno perdido en sus propios pensamientos, pero todos dirigidos a este difícil problema. Al llegar a la habitación, nos sentamos uno frente al otro durante un buen rato, sin decir nada, solo se oía un suave suspiro.

De repente, Qing Ling levantó la cabeza y me miró directamente a los ojos. Su mirada ya no tenía la vacilación habitual, sino una firmeza extraña, una determinación que parecía surgir de lo más profundo de su corazón.

"Ming", dijo, su voz temblorosa pero muy clara y fuerte. "Lo he pensado bien. Yo... no puedo abandonar a la niña. Verla así, me duele el corazón. Tenemos que hacer algo por ella. Por muy peligroso que sea, no puedo dejar que Xiao Lian enfrente sola un futuro tan incierto".

Las palabras de Qing Ling fueron como una corriente eléctrica que recorrió mi cuerpo. No era una pregunta

pidiendo mi opinión, sino una afirmación segura, una decisión formada por una profunda Benevolencia, por el amor que quizás sentía a través de la Gran Ley y el impulso de su conciencia al enfrentar el dolor de Xiao Lian. El conflicto en mi interior se disolvió instantáneamente, dando paso al acuerdo y a la admiración por el corazón de mi esposa.

"Lo entiendo", respondí, mi voz también llena de emoción, apretando su mano. "Has tomado la decisión correcta. Lo haremos juntos. Acogeremos a Xiao Lian, la cuidaremos y la protegeremos".

La decisión final había sido tomada, no por un cálculo de riesgo-beneficio sobre nuestra seguridad, sino por el fuerte impulso del corazón, de la compasión y la fe en los valores de Verdad-Benevolencia-Tolerancia que estábamos aprendiendo. Aunque sabíamos que el camino por delante estaba lleno de dificultades, con el peligro siempre acechando, al mirar la mirada decidida de Qing Ling, sentí una extraña fortaleza.

Al día siguiente, comunicamos nuestra decisión al Tío Liu y a la familia de vecinos. Al principio, se sorprendieron un poco y no pudieron evitar preocuparse por la seguridad de dos extranjeros como nosotros, pero luego se conmovieron y entendieron nuestro corazón. Con su ayuda discreta, preparamos todo lo necesario para acoger a Xiao Lian en nuestra habitación de hotel.

Cuando llegamos, Xiao Lian seguía acurrucada en un rincón, con una mirada temerosa. Fue Qing Ling quien se acercó suavemente, se sentó a su nivel, le sonrió amablemente y abrió los brazos. "Xiao Lian, mi niña, ven con la tía", la voz de Qing Ling era cálida y tierna.

La niña miró a Qing Ling con desconcierto durante unos segundos, y luego, como si sintiera la seguridad y el amor genuino que emanaban de mi esposa, se levantó tímidamente, dio unos pequeños pasos hacia Qing Ling y se acurrucó en su regazo. En el momento en que Qing Ling abrazó a Xiao Lian, acariciando suavemente su pelo revuelto, consolando su pequeña espalda temblorosa, vi en el rostro de Qing Ling una belleza sagrada, un amor inmenso y una fuerza extraordinaria.

Al ver esa imagen, una imagen que nunca olvidaré, entendí que nuestras vidas habían entrado realmente en un capítulo completamente nuevo. El viaje de tres meses de verano que parecía simple y que debía terminar a finales de agosto, ahora se había extendido hasta casi finales de octubre. Inicialmente, decidimos quedarnos más tiempo solo porque queríamos profundizar en este camino de cultivación, pero ahora, con la llegada de Xiao Lian, esta decisión seguramente nos mantendría en esta tierra turbulenta por mucho más tiempo, sin saber hasta cuándo. Ya no éramos solo turistas. Nos habíamos convertido en padres inesperados, cargando con la sagrada responsabilidad de proteger y cuidar a un

pequeño ser que acababa de escapar de una situación dolorosa. Esta decisión del corazón, nacida de la Benevolencia y el coraje de Qing Ling, y llevada a cabo por ambos, fue la lección práctica más profunda y verdadera de Verdad-Benevolencia-Tolerancia que tuvimos en medio de la adversidad. Y también nos embarcó oficialmente en un nuevo viaje, un viaje lleno de peligros pero también de significado: el viaje para encontrar un camino de supervivencia para los tres en medio de la tormenta de la persecución.

* * *

CAPÍTULO 12: ATRAVESANDO LA OSCURIDAD - ENFRENTAMIENTO Y HUIDA

Planificación y comienzo de la huida

En el momento en que Qing Ling abrazó a Xiao Lian, comprendimos claramente que la relativa seguridad que teníamos en Shanghai había desaparecido. Nuestra decisión de acoger a Xiao Lian, la hija de dos practicantes de Falun Gong recién arrestados —uno muerto, la otra desaparecida—, seguramente no pasaría desapercibida

para el aparato de seguridad. Aunque no actuaran de inmediato, tuve la fuerte sensación de que todas nuestras acciones desde que acogimos a Xiao Lian probablemente ya estaban bajo su vigilancia. Quedarnos en este hotel un día más era demasiado peligroso, no solo para nosotros, sino también para Xiao Lian y para quienes nos habían ayudado, como el Tío Liu.

Esa noche, después de que Xiao Lian se durmiera agotada en los brazos de Qing Ling, nos sentamos en la habitación del hotel, susurrando nuestro plan. La situación era urgente.

"Tenemos que irnos de inmediato, esta noche o a más tardar mañana al amanecer", dije, tratando de mantener la calma aunque mi corazón latía con fuerza. "Quedarnos aquí es como esperar a que vengan a arrestarnos".

Qing Ling asintió, su rostro pálido pero su mirada muy decidida. "¿A dónde vamos ahora, cariño?".

"Solo hay una opción", respondí. "Tenemos que encontrar la manera de llegar al Consulado de Estados Unidos. Afortunadamente, hay un Consulado aquí mismo en Shanghai. Ese será nuestro objetivo inmediato".

Qing Ling pareció un poco aliviada al saber que no tendríamos que viajar muy lejos de inmediato, pero luego se preocupó: "¿Pero cómo llegaremos allí de forma

segura, cariño? Desde aquí hasta la zona del Consulado no está cerca, y si realmente nos han estado vigilando..."

Así es, aunque el objetivo estaba en la misma ciudad, movernos con Xiao Lian sin documentos válidos seguía siendo muy peligroso si nos paraban. "Tenemos que ser extremadamente cuidadosos", dije. "Quizás no iremos directamente al Consulado, sino que buscaremos otro lugar temporal, muy discreto, en otro distrito de la ciudad, para evaluar la situación y encontrar el momento adecuado. Tendremos que usar los medios de transporte menos controlados, quizás taxis para tramos cortos o autobuses en rutas secundarias, tratando de evitar las zonas céntricas con mucha policía".

El plan preliminar quedó trazado: Salir de este hotel esta misma noche o al amanecer. Encontrar un nuevo refugio temporal, más discreto, posiblemente en una zona más suburbana de Shanghai. Desde allí, buscaríamos la manera de contactar o averiguar el camino más seguro hacia el Consulado de Estados Unidos, intentando no llamar más la atención.

Antes de irnos, intenté contactar al Tío Liu con sumo cuidado a través de un simple mensaje cifrado que habíamos acordado previamente (usando solo palabras clave, sin hablar directamente), informándole de la situación y de nuestro plan, y pidiéndole que, si era posible, avisara a la red de practicantes en otras

localidades para que pudieran ayudarnos si la situación empeoraba y nos veíamos obligados a abandonar Shanghai. Sabíamos que era una petición muy arriesgada para el Tío Liu, pero en estas circunstancias, no teníamos otra opción.

Los preparativos se hicieron rápida y silenciosamente en la oscuridad. Empacamos solo lo más esencial en dos mochilas pequeñas: algo de ropa, el poco dinero en efectivo que nos quedaba, nuestros documentos de identidad y, por supuesto, el libro sin portada *Zhuan Falun* que siempre llevábamos. Qing Ling preparó un poco de leche en polvo, galletas y algo de ropa pequeña para Xiao Lian que habíamos comprado apresuradamente unos días antes.

La pequeña Xiao Lian seguía durmiendo profundamente, quizás agotada por los terribles acontecimientos. Qing Ling la cogió suavemente en brazos, envolviéndola en una manta grande. Apagamos las luces, cerramos la puerta del hotel por última vez y salimos en silencio bajo el manto de la noche.

Las calles de Shanghai por la noche todavía tenían algo de luz, pero los callejones estaban desiertos. Cualquier ruido repentino nos sobresaltaba. Siempre sentía una inquietud, como si alguien nos estuviera observando, aunque intentaba no demostrarlo. Caminamos un buen trecho hasta una parada de autobús en las afueras de la

ciudad, donde salían autobuses de larga distancia dentro de la ciudad y hacia los distritos periféricos.

Afortunadamente, un autobús nocturno estaba a punto de partir hacia un distrito en las afueras que habíamos elegido como nuestro escondite temporal. Compramos los billetes, tratando de mantener la expresión más normal posible, y subimos rápidamente, eligiendo dos asientos al final, en la oscuridad. Qing Ling abrazó a Xiao Lian con fuerza, cantándole suavemente canciones de cuna familiares para que siguiera durmiendo tranquila.

Cuando el autobús se puso en marcha con dificultad, dejando atrás la bulliciosa pero también peligrosa zona céntrica, solté un pequeño suspiro de alivio, pero solo temporal. Mirando por la ventana, la densa oscuridad parecía el futuro incierto que nos esperaba. La peligrosa huida de los tres, aunque solo fueran los primeros pasos dentro de esta ciudad, ya había comenzado. No sabíamos a qué nos enfrentaríamos, no sabíamos si podríamos llegar al Consulado de forma segura. Solo una cosa era segura: debíamos proteger a Xiao Lian a toda costa, y nuestra fe en la ayuda de la Gran Ley y de los corazones bondadosos en este difícil camino.

La red de benevolencia en medio del peligro

El viaje para encontrar un nuevo refugio seguro para los tres en la vasta ciudad de Shanghai fue una serie de días llenos de tensión y agotamiento. Después de dejar el antiguo hotel en aquel autobús nocturno hacia las afueras, tuvimos que movernos constantemente, evitando permanecer en un mismo lugar por mucho tiempo. Encontrar una posada discreta, que no exigiera una documentación demasiado estricta y que garantizara la seguridad de Xiao Lian, no fue nada fácil. Cada vez que teníamos que pasar por zonas con patrullas policiales, aunque solo fuera un control de tráfico rutinario, mi corazón se aceleraba. Qing Ling y yo tratábamos de mantener la expresión más serena posible; ella solía abrazar con fuerza a Xiao Lian, que dormía o fingía dormir, con la esperanza de que la presencia de una niña los hiciera pasar más desapercibidos.

La comida consistía principalmente en cosas compradas de prisa en tiendas de conveniencia o pequeños restaurantes de carretera. La pequeña Xiao Lian, aunque pequeña, parecía percibir la anormalidad y la tensión del ambiente. Se portaba mucho mejor de lo normal, lloraba menos y se acurrucaba en silencio en los brazos de Qing Ling, mirando de vez en cuando con asombro el paisaje desconocido de las nuevas calles que pasaban. Verla así

reforzaba nuestra determinación de encontrar rápidamente una solución segura.

En esos primeros días, llenos de dificultades y a veces sintiéndonos completamente solos, no esperábamos que el mensaje cifrado que envié al Tío Liu realmente hubiera funcionado. Una red invisible de bondad y apoyo mutuo, conectada por la fe común en Verdad-Benevolencia-Tolerancia, operaba silenciosamente aquí en Shanghai para ayudarnos.

Cuando estábamos luchando por encontrar un lugar temporal en otro distrito, después de un día de dar vueltas y empezar a sentirnos un poco desesperados, una mujer de mediana edad con un rostro amable se nos acercó de repente en una parada de autobús desierta. No dijo mucho, solo le dio a Qing Ling un pequeño trozo de papel con una dirección y susurró: "¿Son ustedes amigos del Tío Liu? Síganme".

Aunque al principio dudamos un poco, sin saber si era verdad, al ver la sinceridad en sus ojos y su calma, decidimos confiar. Nos llevó a un pequeño apartamento en un callejón tranquilo, lejos de las calles principales. Era su casa. Esa noche, por primera vez después de varios días de movimiento constante, tuvimos un lugar cálido para dormir, una comida caliente y una sensación de seguridad temporal. No preguntó mucho sobre nuestra situación, solo nos ayudó en silencio. Nos

preparó algo de comida seca para llevar, le dio a Xiao Lian unos pasteles dulces y nos aconsejó qué rutas tomar al día siguiente si queríamos seguir moviéndonos, para evitar los controles o las zonas con muchos policías de paisano.

"Descansen tranquilos aquí un par de días. Este lugar es seguro por ahora", dijo antes de dejarnos descansar. "Muchos de nosotros también hemos pasado por situaciones difíciles. Ayudamos en lo que podemos. Confíen en el Maestro, confíen en la Gran Ley, todo saldrá bien".

Esa ayuda no llegó solo una vez. En los días siguientes en Shanghai, cuando tuvimos que cambiar de alojamiento varias veces por seguridad, recibimos un apoyo similar de otras personas de la red del Tío Liu. A veces era un joven que nos recogía en un punto de encuentro previamente acordado y nos llevaba a su casa a pasar la noche. Otras veces, era una pareja de ancianos que nos indicaba una pequeña posada cuyo dueño conocían como una buena persona, que no pediría muchos documentos. En una ocasión, un practicante incluso nos llevó en su coche particular a través de algunas zonas que no conocíamos, ayudándonos a evitar lugares potencialmente peligrosos.

Cada vez que recibíamos esa ayuda, nuestros corazones se llenaban de una profunda gratitud. Sabíamos que

estas personas, estos sencillos practicantes de Falun Gong en el corazón de Shanghai, se estaban poniendo a sí mismos y a sus familias en un riesgo considerable para ayudarnos a nosotros, a quienes solo conocían por una recomendación. Lo hacían no por ningún beneficio personal, sino simplemente por Benevolencia, por el afecto entre compañeros de cultivación, por la fe en la rectitud de lo que estaban haciendo. Su valentía, calma y altruismo irradiaban una fuerza espiritual extraordinaria, en total contraste con la brutalidad y el miedo que este régimen intentaba sembrar.

No solo los practicantes de Falun Gong, a veces también recibíamos ayuda inesperada de gente común de Shanghai, personas que quizás no conocían o no entendían completamente Falun Gong, pero cuya conciencia y bondad los impulsaban a actuar. Una vez, mientras descansábamos en un pequeño restaurante de carretera, la dueña, al ver a Xiao Lian cansada, le trajo en silencio un cuenco de gachas calientes sin cobrar. En otra ocasión, un taxista, al vernos desamparados y con una niña pequeña, no dio un rodeo, sino que nos indicó la forma más rápida y segura de llegar a nuestro destino.

Esos pequeños actos de bondad, vinieran de quien vinieran, eran como cálidas llamas que nos calentaban en esos días llenos de ansiedad, dándonos más fe en la bondad inherente del ser humano, la fe de que incluso en las circunstancias más oscuras, la luz de la Benevolencia

siempre existe y se extiende en silencio. Esa red invisible de benevolencia fue nuestro precioso apoyo espiritual, dándonos más fuerza y esperanza para continuar nuestro viaje hacia el Consulado, hacia la luz de la libertad y la justicia.

Atrapado - Wang Ming es arrestado

Gracias a la red de benevolencia y al coraje de los compañeros de cultivación y de la gente buena de Shanghai, logramos superar muchos días de escondite y movimiento temeroso. Después de casi dos semanas desde que dejamos el antiguo hotel, cambiando constantemente de alojamiento temporal y tratando de movernos de la manera más discreta posible en esta vasta ciudad, finalmente sentimos que estábamos muy cerca de nuestro objetivo: el Consulado de Estados Unidos.

Según la información que habíamos obtenido, el Consulado estaba en una zona bastante céntrica. Habíamos planeado encontrar una cafetería o algún lugar público cerca del Consulado, desde donde observar la situación y encontrar el momento adecuado para entrar. La esperanza de seguridad y una salida comenzó a crecer más fuerte que nunca.

Esa tarde, acabábamos de bajar de un taxi en una calle a unos cientos de metros del Consulado de Estados Unidos. Bajamos deliberadamente a cierta distancia para evitar llamar la atención directamente. La calle estaba bastante concurrida, con muchas tiendas y oficinas. Qing Ling estaba calmando a Xiao Lian, que parecía un poco cansada después del viaje por la ciudad. Yo intentaba mantener la calma, observando los alrededores y buscando un lugar donde pudiéramos sentarnos a descansar temporalmente antes de acercarnos más al Consulado.

Justo en ese momento, sentí que algo no iba bien. Varios hombres vestidos de civil, que parecían haber estado merodeando por allí desde que bajamos del taxi, de repente comenzaron a acercarse a nosotros de forma deliberada. Mi corazón se aceleró. Mi instinto me dijo que algo malo iba a pasar.

"Control de documentos", dijo uno de ellos, con voz fría, mostrando una placa de policía muy rápidamente antes de guardarla. Su mirada nos recorrió, deteniéndose un buen rato en Xiao Lian, que se frotaba los ojos en los brazos de Qing Ling.

Traté de mantener la calma y saqué mi pasaporte y el de Qing Ling. Aunque estaba preparado para los peores escenarios, el hecho de que sucediera tan rápido y en este preciso momento me dejó atónito.

"¿Esta niña es su hija?", preguntó otro, señalando a Xiao Lian.

"Sí, es nuestra hija", respondí, tratando de parecer natural, aunque por dentro sabía que ya lo sabían todo.

"¿Dónde están sus documentos?", continuó el primer policía, su voz todavía monótona pero su mirada se había vuelto más aguda, como si supiera con certeza que no los teníamos.

Esto era lo que más temíamos. No teníamos ningún documento que probara que Xiao Lian era nuestra hija. Empecé a intentar explicar vagamente que estábamos en proceso de rehacer sus documentos porque se habían perdido... Pero sabía que esa explicación era completamente inútil. Nos habían estado siguiendo, sabían quiénes éramos, y eligieron este preciso momento, cuando estábamos a punto de llegar a un lugar donde podíamos buscar protección, para actuar.

Sin esperar a que terminara, uno de ellos hizo una señal. Inmediatamente, varias personas más de las esquinas cercanas se abalanzaron, rodeándonos rápidamente. El ambiente se volvió extremadamente tenso. Se acabó. Habían esperado hasta ahora.

"Vengan con nosotros a la comisaría", dijo el líder, su voz se había vuelto dura. "Hay algunos asuntos que aclarar".

"¿Qué hemos hecho mal?", dijo Qing Ling alarmada, abrazando a Xiao Lian con más fuerza. "Somos ciudadanos estadounidenses..."

"¡Silencio! ¡Vengan con nosotros!", gritó otro, apartando bruscamente la mano de Qing Ling.

Se acercaron para agarrarme. Por reflejo, retrocedí un paso, protegiendo a Qing Ling y a Xiao Lian con mis brazos. "¿Qué quieren hacer? ¡Tenemos derecho a contactar con nuestro Consulado! ¡El Consulado está justo aquí cerca!", intenté gritar, con la esperanza de llamar la atención de los transeúntes.

Pero esa acción pareció solo enfurecerlos más y hacerlos actuar más rápido. Dos hombres corpulentos se abalanzaron sobre mí, torciéndome los brazos a la espalda. Intenté forcejear, pero no pude resistirme. Unas frías esposas se cerraron en mis muñecas.

"¡Ming! ¡Ming!", gritó Qing Ling, tratando de abalanzarse para detenerme, pero fue bloqueada por otro hombre. Xiao Lian, al ver la escena, se asustó y rompió a llorar a gritos, un llanto desgarrador en medio de la concurrida calle.

"¡Suéltlenlo! ¿Qué están haciendo?", gritó Qing Ling desesperada, con el rostro bañado en lágrimas.

Me arrastraron hacia una furgoneta sin matrícula que estaba aparcada en una esquina cercana, probablemente esperando desde antes. Intenté girar la cabeza para ver a Qing Ling y a Xiao Lian por última vez. La imagen de ellas dos abrazadas y llorando desconsoladamente, rodeadas por los hombres de civil y la multitud curiosa que comenzaba a reunirse, fue como una puñalada en mi corazón. Un dolor, una impotencia y una preocupación extremos se apoderaron de mí. ¿Qué me pasaría? Y más importante, ¿qué harían Qing Ling y Xiao Lian solas en esta ciudad sin mí?

Me empujaron con fuerza en la parte trasera del vehículo. La puerta se cerró de golpe, encerrándome en la oscuridad y el miedo. El vehículo aceleró, dejando atrás el llanto de Xiao Lian y la imagen desesperada de Qing Ling, una imagen que me perseguiría en los oscuros días venideros. El cerco se había cerrado justo cuando estábamos a punto de alcanzar la esperanza. Había caído en la red.

Los oscuros meses en prisión

Me llevaron a un lugar que llamaban "Centro de Detención e Interrogatorio". En realidad, era una prisión preventiva en alguna parte de Shanghai, un lugar frío,

húmedo y siempre envuelto en una atmósfera sofocante y temerosa. Después de unos trámites superficiales como tomar huellas dactilares, fotos y confiscar todas mis pertenencias personales (afortunadamente, el libro *Zhuan Falun* estaba en la mochila de Qing Ling, de lo contrario, seguramente también se lo habrían llevado), me metieron en una celda abarrotada y maloliente con casi veinte personas más.

Las condiciones de vida aquí eran indescriptiblemente malas. El aire siempre estaba impregnado del olor a sudor, a moho y del desagradable olor del retrete abierto en una esquina de la habitación. Teníamos que dormir hacinados en el frío suelo de cemento, cada uno con solo una estera rota. La única luz era la de una tenue bombilla amarilla en el techo, que nunca se apagaba, haciendo que el día y la noche se confundieran. La comida era escasa, generalmente arroz blanco seco con algunas verduras hervidas deshechas y unos pocos trozos de tofu, nunca suficiente para calmar el hambre persistente.

Pero la incomodidad física no era nada comparada con la presión mental y los interrogatorios constantes que tuve que soportar. Casi todos los días, generalmente en los momentos más inoportunos como en mitad de la noche o al amanecer, me sacaban de la celda y me llevaban a una pequeña y fría sala de interrogatorios. Allí, bajo la brillante luz eléctrica que me daba directamente en la

cara, tenía que enfrentarme a varios policías que se turnaban para interrogarme.

No creyeron en absoluto mi explicación de que solo éramos turistas en China y que habíamos acogido a Xiao Lian por compasión. Insistían en acusarme de ser un espía estadounidense, que usaba el turismo para recopilar información de inteligencia y conspirar con la "organización de secta malvada" Falun Gong con el fin de subvertir el gobierno chino. Incluso distorsionaban la verdad deliberadamente, diciendo que había secuestrado a Xiao Lian con algún propósito oscuro.

"¡Confiesa! ¿De quién recibes órdenes? ¿Quiénes forman tu red aquí?", golpeaban la mesa, gritando con tono amenazante. "¿Crees que tener la ciudadanía estadounidense te salvará? ¡Esto es China! ¡Si no confiesas sinceramente, te pudrirás en la cárcel!".

Usaban todo tipo de tácticas para presionarme psicológicamente. A veces me amenazaban, diciendo que sabían dónde estaban Qing Ling y Xiao Lian, y que si no cooperaba, ellas estarían en peligro. Otras veces, se mostraban falsamente amables, prometiendo clemencia, que me ayudarían a ser liberado pronto si "expiaba mis crímenes", es decir, si admitía los cargos inventados y delataba a los practicantes de Falun Gong que nos habían ayudado.

Para aumentar la presión, también usaban formas de tortura mental y física. Aunque no tan brutales como las que había contado la hermana Lan (quizás porque era extranjero tenían cierto reparo), eran suficientes para hacer que uno se derrumbara. A menudo me obligaban a estar de pie o sentado en posturas muy incómodas durante horas en los interminables interrogatorios. Intentaban no dejarme dormir lo suficiente, despertándome cada pocas horas para interrogarme o haciendo ruidos fuertes en la celda a propósito. Una vez, como me negué a admitir las acusaciones absurdas, un interrogador se enfureció, me abofeteó con fuerza y me tiró al suelo de una patada.

También me obligaban a ver vídeos de propaganda muy burdos, llenos de calumnias y difamaciones contra Falun Gong y el Maestro Li Hongzhi. Me daban documentos impresos y me obligaban a leer artículos que vilipendiaban la Gran Ley. Era una verdadera tortura mental, un intento de hacer tambalear la fe que acababa de formarse en mí.

En esos largos y oscuros meses de desesperación — calculo que estuve detenido aquí alrededor de un mes y medio, quizás casi dos—, cuando la preocupación por Qing Ling y Xiao Lian, junto con el tormento físico y mental, casi me hicieron colapsar, fue precisamente lo que presencié y reflexioné en la prisión lo que se convirtió en un gran apoyo espiritual.

En mi celda, había otros prisioneros que también habían sido arrestados por practicar Falun Gong. No hablaban mucho de su situación, pero a través de sus palabras suaves, sus gestos amables y su extraña calma al enfrentar la dureza, los reconocí. Los vi sentarse en silencio en la postura de loto en los momentos en que los guardias menos se fijaban, aunque solo fuera por unos minutos. Los oí susurrar poemas de *Hong Yin* cuando pensaban que nadie los escuchaba.

También fui testigo de cómo los sacaban para interrogarlos y volvían con nuevas heridas, pero sus ojos seguían brillando con una extraña firmeza, sin rastro de resentimiento o miedo. Había un anciano campesino, a quien habían golpeado tanto que apenas podía caminar, pero cuando otro prisionero se enfermó, él aun así intentó cederle su escasa ración de arroz. La extraordinaria Benevolencia y Tolerancia de ellos en una situación tan extrema me impactó profundamente.

Fueron esas imágenes, junto con el hecho de que repetía constantemente en mi mente los principios de la Ley que había aprendido en *Zhuan Falun*, especialmente el principio de Verdad-Benevolencia-Tolerancia, lo que me ayudó a mantener la razón y la fe. Comencé a entender por qué podían ser tan fuertes. Porque habían encontrado la verdad, el verdadero significado de la vida. Sabían que estas tribulaciones eran solo temporales, una

oportunidad para refinar su carácter, para eliminar el karma y regresar a su naturaleza bondadosa original.

Presenciar de primera mano la naturaleza brutal e irracional del Partido Comunista Chino en su trato hacia los ciudadanos más bondadosos disipó cualquier duda que me quedara sobre lo que el Tío Liu, la Señora Chen y la hermana Lan habían contado. Me di cuenta claramente de que no se trataba de una lucha entre un gobierno y un grupo de "supersticiosos", sino de una verdadera confrontación entre el Bien y el Mal, entre lo Recto y lo Perverso. Y supe de qué lado debía estar.

Casi dos meses en la oscura prisión no me doblegaron. Al contrario, fue como un crisol que fortaleció mi fe en Falun Dafa. Aunque mi cuerpo estaba cansado, hambriento y enfrentaba un futuro incierto, mi mente tenía una claridad y una firmeza extrañas. No sabía cuándo saldría de este lugar, pero sabía con certeza que nunca me sometería al mal, que nunca abandonaría el camino de cultivación genuino que afortunadamente había encontrado.

Intervención diplomática y una huida espectacular

A principios de diciembre, el tiempo en Shanghai comenzó a enfriarse. En la celda húmeda, había perdido la noción del tiempo, aferrándome solo a mi fe y a los principios de la Ley que repetía en mi mente para resistir la dureza de la situación y el frío que se me calaba en los huesos. No sabía cómo estaban Qing Ling y Xiao Lian, si mi esposa e hija estaban a salvo, si alguien las ayudaba en esta vasta ciudad. Esa preocupación a menudo me atormentaba más que los golpes o los interrogatorios.

Una mañana fría, mientras intentaba sentarme en la postura de loto en el suelo de cemento helado, la puerta de la celda se abrió de repente. Un guardia me llamó por mi nombre, con voz seca: "¡Wang Ming! ¡Sal!".

No sabía qué iba a pasar. ¿Otro interrogatorio? ¿O me iban a trasladar a otro lugar? Me levanté tambaleándome, mi cuerpo agotado por el hambre, la falta de sueño y el frío, y seguí en silencio al guardia, sin atreverme a tener muchas esperanzas.

Pero en lugar de llevarme a la familiar sala de interrogatorios, me condujeron por otros pasillos hasta una zona que parecía ser de oficinas. Allí, un oficial de aspecto superior esperaba. Me miró de arriba abajo con una expresión indescifrable y luego señaló con la barbilla un conjunto de ropa limpia (aunque no era la mía) sobre una mesa.

"Cámbiate", ordenó. "Estás libre".

Mis oídos zumbaban. ¿Libre? Después de casi dos meses de detención, tortura y acusaciones falsas, ¿ahora de repente decían que estaba libre? No podía creerlo. "¿Por qué...?", tartamudeé.

"No hagas tantas preguntas", me interrumpió, con impaciencia. "Hubo un 'malentendido' en la investigación. Los superiores han revisado tu caso. Eres ciudadano estadounidense, respetamos el derecho internacional. Puedes irte".

¿"Malentendido"? Sabía perfectamente que solo era una excusa. Debía haber habido una fuerte intervención desde el exterior. ¿Acaso... lo había logrado Qing Ling? ¿El Consulado de Estados Unidos en Shanghai había intervenido? Un rayo de esperanza comenzó a brillar en mi corazón, pero todavía no estaba seguro.

Después de completar rápidamente algunos trámites sencillos, me sacaron por la puerta del centro de detención. La débil luz del sol de invierno me cegó y tuve que entrecerrar los ojos. El aire frío del exterior me golpeó la cara, pero era el aire de la libertad. Respiré hondo, tratando de mantenerme en pie.

Y entonces, la vi. Qing Ling estaba esperando no muy lejos de la puerta, su rostro demacrado y pálido por la

preocupación y la falta de sueño, pero sus ojos se iluminaron al verme. A su lado, de la mano de una mujer de mediana edad desconocida (que supuse que era una practicante de Falun Gong), estaba la pequeña Xiao Lian. También estaba mucho más delgada, con una mirada todavía asustada, pero al verme, susurró "¡Tío Ming!".

En ese momento, toda la fuerza que había reprimido pareció estallar. Corrí hacia ellas. Qing Ling también corrió, me abrazó y rompió a llorar desconsoladamente. La abracé con fuerza, sintiendo su cuerpo delgado y tembloroso en mis brazos. Mis propias lágrimas tampoco pudieron contenerse: lágrimas de alivio, de dolor pasado y de la felicidad de un reencuentro que parecía imposible.

"Lo... lo lograste... Estás libre...", sollozó Qing Ling en mis brazos.

"Lo sé... Sabía que eras tú...", respondí entrecortadamente, acariciando su pelo revuelto.

Me agaché para mirar a Xiao Lian, que todavía estaba un poco tímida. La abracé suavemente. "Xiao Lian, mi niña, ya está todo bien. El tío ha vuelto contigo".

La mujer que la acompañaba sonrió amablemente. "Ha estado con nosotros estas semanas, a salvo. Tu esposa ha trabajado muy duro para sacarte".

Más tarde, Qing Ling me contó todo el arduo proceso. Después de mi arresto, mi esposa entró en pánico. Pero gracias a la ayuda de esta amable mujer y de otros practicantes que el Tío Liu logró contactar, ella y Xiao Lian encontraron un refugio temporal seguro en un lugar discreto de Shanghai. Inmediatamente después, a pesar del peligro, buscó por todos los medios llegar al Consulado de Estados Unidos. Al principio, no fue fácil acceder y presentar su caso, encontrándose con burocracia y cierta desconfianza. Pero con su perseverancia, las pruebas de mi detención injustificada (había guardado mi pasaporte) y la audacia de mencionar nuestra conexión con Falun Gong (a pesar del riesgo), finalmente convenció a un funcionario consular para que interviniera. Enviaron una nota diplomática oficial, exigiendo a China que aclarara el caso y liberara al ciudadano estadounidense Wang Ming. La presión diplomática continua durante casi dos meses finalmente obligó a las autoridades locales de Shanghai a ceder.

Nuestro reencuentro fue breve pero lleno de emoción. Sabíamos que todavía no estábamos completamente a salvo. Este seguía siendo territorio chino, y su "liberación" podría ser solo temporal. Teníamos que salir de aquí lo antes posible.

Con un apoyo más activo del Consulado después de mi liberación, comenzamos una carrera contrarreloj para completar los trámites necesarios para los tres. Obtener

documentos de viaje para Xiao Lian fue muy difícil, pero gracias a la fuerte intervención del Consulado y a razones humanitarias urgentes, finalmente obtuvimos un permiso especial para llevarla con nosotros fuera de China.

Finalmente, en los últimos días de diciembre, cuando el espíritu navideño ya inundaba el mundo, nos encontramos en el Aeropuerto Internacional de Pudong en Shanghai, con los billetes de avión de regreso a Estados Unidos en la mano. El viaje a través de la oscuridad, el enfrentamiento al peligro y la espectacular huida final habían terminado. Habíamos sobrevivido, habíamos protegido a Xiao Lian y, lo más importante, nuestra fe no solo no había sido destruida, sino que se había vuelto más fuerte que nunca. La luz al final del túnel realmente había aparecido.

* * *

CAPÍTULO 13: EL ORIENTE RESPLANDECE - REGRESO Y DIFUSIÓN

El vuelo de regreso y la tierra de la libertad

Sentado en el avión que despegaba lentamente de la pista del Aeropuerto Internacional de Pudong en Shanghai, apreté la mano de Qing Ling. La tensión extrema solo comenzó a aliviarse un poco cuando el avión finalmente se elevó del suelo chino. Hasta el último momento en la sala de embarque, mientras pasábamos por el control de inmigración, el temor a ser detenidos o a que nos pusieran trabas seguía presente en nuestras mentes. Ahora, al mirar por la ventanilla y ver

la tierra de China alejarse cada vez más, una sensación de inmenso alivio, aunque mezclada con muchas emociones encontradas, finalmente comenzó a inundar mi corazón.

El largo vuelo sobre el Océano Pacífico pareció ser la pausa necesaria para que nos diéramos cuenta de que habíamos escapado de un lugar peligroso. Nuestros cuerpos, agotados por el cansancio tras semanas de horror, nos hicieron caer rápidamente en el sueño. La pequeña Xiao Lian, quizás sintiendo también el cambio de atmósfera, durmió plácidamente en los cálidos brazos de Qing Ling durante la mayor parte del trayecto. De vez en cuando, al despertar y ver a Qing Ling y a Xiao Lian durmiendo tranquilamente a mi lado, mi corazón se llenaba de una gratitud indescriptible hacia alguna protección milagrosa que nos había ayudado a los tres a superar todo.

Pero ese alivio no podía borrar el peso de mi corazón. La imagen de Kang Yu asesinado, de Chen Mai desaparecida en prisión, la imagen del Tío Liu, la Señora Chen, la hermana Lan y tantos otros practicantes que aún enfrentaban la cruel represión en su tierra natal, volvían a mi mente, causándome un dolor persistente. Nosotros estábamos libres, pero ¿y ellos? La alegría de nuestro reencuentro y escape parecía teñida de tristeza, de un vago sentimiento de culpa por haberlos dejado atrás.

Finalmente, después de un viaje que parecía interminable, el avión aterrizó en el aeropuerto internacional de Estados Unidos. Ya eran los últimos días de diciembre. Al salir del avión, respirar el aire familiar, escuchar los sonidos y ver los paisajes queridos de nuestra segunda patria, una sensación de seguridad absoluta nos envolvió. El aeropuerto estaba magníficamente decorado con luces parpadeantes, árboles de Navidad y melodías navideñas que sonaban por los altavoces. La calidez, el júbilo y la atmósfera de libertad aquí contrastaban completamente con el ambiente sofocante, tenso y lleno de peligros que acabábamos de experimentar en China.

Aquí estaba, la tierra de la libertad. Realmente habíamos regresado.

Qing Ling abrazó con fuerza a Xiao Lian, que miraba todo a su alrededor con sus grandes ojos redondos llenos de curiosidad. Al ver esa imagen, me di cuenta profundamente de que no habíamos regresado los dos que nos fuimos, sino tres. Habíamos traído a un nuevo miembro, una nueva familia formada en medio de la tormenta. Xiao Lian no era solo una huérfana a la que habíamos acogido; ahora era nuestra hija, un testimonio vivo del turbulento viaje que acabábamos de pasar, una sagrada responsabilidad que nos comprometíamos a asumir.

Al pisar el suelo familiar de Estados Unidos, la sensación de seguridad y libertad nos inundó, pero mi corazón seguía pesado. Los recuerdos de casi siete meses en China —desde la curiosidad inicial, los extraños encuentros, la alegría de encontrar la Gran Ley, hasta el horror de presenciar y experimentar directamente la persecución— seguían demasiado frescos, demasiado profundos para desvanecerse. Habíamos regresado a la tierra de la libertad, pero una parte de nuestras almas parecía haberse quedado en Oriente, junto con los compañeros de cultivación que soportaban con valentía y esperaban un mañana más brillante. Este vuelo de regreso marcaba el fin de una espectacular huida, pero también el comienzo de un nuevo capítulo en nuestras vidas, una nueva vida bajo la luz de la Gran Ley en esta tierra de libertad.

Construyendo una nueva vida bajo la luz de la Gran Ley

Los primeros días de regreso en Estados Unidos, intentamos estabilizar nuestras vidas, que habían sido completamente trastocadas después de casi siete meses en China. Nuestra casa familiar ahora tenía el sonido de las risas y balbuceos de la pequeña Xiao Lian, trayendo un aire nuevo pero también responsabilidades no

menores. Contactamos a familiares, amigos, colegas, tratando de explicar de la manera más breve posible nuestra larga ausencia y la llegada de un nuevo miembro a la familia. La mayoría se sorprendió, sintió curiosidad, pero también expresó su simpatía y apoyo. Nuestros hijos mayores en casa, después de la preocupación inicial, se alegraron mucho de que sus padres regresaran a salvo y dieron la bienvenida a Xiao Lian como a una hermana pequeña.

Lo más importante ahora era ayudar a Xiao Lian a adaptarse al nuevo entorno. La niña todavía tenía traumas psicológicos por lo que había pasado. Por la noche, a menudo se despertaba gritando, llamando a sus padres. Qing Ling pasaba casi todo su tiempo a su lado, cuidándola, consolándola y amándola. Con paciencia y un amor sincero, mi esposa ayudó gradualmente a Xiao Lian a sentirse más segura, más abierta y a empezar a familiarizarse con el inglés y con la nueva vida. Al ver a Qing Ling cuidar de Xiao Lian, vi claramente la Benevolencia y la tolerancia de una madre, de alguien que intentaba practicar lo que creía.

Paralelamente a la estabilización de la vida familiar, rápidamente buscamos conectar con la comunidad local de practicantes de Falun Gong. A los pocos días de llegar a casa, encontramos el punto de práctica más cercano y comenzamos a participar en las prácticas matutinas y en los estudios de la Ley en grupo los fines de semana.

La sensación de poder practicar los ejercicios libremente al aire libre, de leer públicamente los libros de la Gran Ley y de compartir experiencias de cultivación con otros practicantes sin temor a ser vigilados o arrestados era algo increíblemente valioso, muy diferente de lo que habíamos experimentado en China. Aquí, conocimos a practicantes de muchos países y culturas diferentes, pero todos compartían la misma fe en Verdad-Benevolencia-Tolerancia, y se esforzaban juntos por mejorar. La atmósfera de cultivación abierta, armoniosa y pura aquí nos ayudó a sentirnos recargados de energía y fuerza.

La perseverancia en la lectura de los libros y la práctica regular de los ejercicios se convirtió en la base sólida de nuestra nueva vida. Los profundos principios de la Ley en *Zhuan Falun* no solo nos ayudaron a comprender mejor el significado de las tribulaciones que habíamos pasado, sino que también iluminaron nuestro camino por delante. Aprendimos a enfrentar los recuerdos dolorosos con una mente más serena, considerándolos como pruebas que debíamos superar para elevar nuestro *xinxing*. Aprendimos a convertir esas malas experiencias en la motivación para cultivarnos aún más diligentemente.

Nuestras vidas, aunque habían pasado por una tormenta terrible, ahora se volvieron mucho más significativas y pacíficas que antes. Comprendimos mejor que el propósito de la vida no es perseguir la fama y la fortuna

material, sino cultivarse, regresar a nuestra naturaleza bondadosa original. Cada día, intentábamos medir nuestro comportamiento y pensamientos con el estándar de Verdad-Benevolencia-Tolerancia, esforzándonos por desempeñar mejor nuestro papel en la familia y en la sociedad.

La relación entre Qing Ling y yo se volvió aún más unida y comprensiva después de las pruebas casi mortales que habíamos superado juntos. No solo éramos marido y mujer, sino también compañeros de cultivación que se recordaban y se guiaban mutuamente en el camino de regreso. Leíamos juntos los libros de la Ley, compartíamos nuestras comprensiones y nos recordábamos mutuamente si veíamos algo que no estaba bien en el otro.

También intentamos criar a Xiao Lian en un ambiente lleno de amor y de los valores de Verdad-Benevolencia-Tolerancia. Le contábamos historias sobre la bondad, la honestidad y la tolerancia. Poco a poco, la sonrisa volvió a sus labios, sus ojos se volvieron más claros y vivaces. Aunque era demasiado pequeña para entender completamente la Gran Ley, creíamos que la semilla de la bondad se estaba sembrando en su alma pura.

Aunque el largo viaje y los eventos inesperados nos habían obligado a posponer muchos planes de trabajo y también nos habían costado una suma considerable,

nuestra nueva vida en Estados Unidos se volvió mucho más significativa espiritualmente. La luz de la Gran Ley había iluminado cada rincón de nuestras vidas, ayudándonos a encontrar la paz interior, la fuerza para enfrentar las dificultades y un propósito de vida más noble. Estábamos reconstruyendo nuestras vidas, no solo con cosas materiales, sino con la fe y la práctica diaria de Verdad-Benevolencia-Tolerancia.

Una tormenta en medio de la calma

Después de los terribles acontecimientos que mi esposa y yo enfrentamos en la China continental, nuestra vida en Estados Unidos se estabilizó gradualmente. La compañía farmacéutica que había construido con tanto esfuerzo comenzó a dar pasos firmes, nuestros productos fueron bien recibidos en el mercado, generando los ingresos principales para la familia. Al mismo tiempo, ambos encontramos puestos de enseñanza en una universidad. Aunque los ingresos de este trabajo no eran significativos en comparación con las ganancias de la empresa, nos brindaba la alegría de contribuir en un entorno académico, mantener nuestra reputación científica y la oportunidad de interactuar con la intelectualidad y continuar con las actividades de investigación que tanto nos apasionaban. Teníamos más tiempo para la

cultivación personal, las sesiones de estudio de la Ley en grupo, las horas de meditación profunda y para participar en actividades de difusión de la Ley con otros practicantes de Falun Gong locales, donde encontramos empatía y conexión con muchas personas de nuestro mismo origen cultural chino. Nuestra pequeña casa volvía a llenarse de risas, aunque en mi corazón seguía la preocupación por los compañeros de cultivación que aún sufrían en la China continental.

Pero la calma no duró mucho.

Las primeras olas aparecieron en mi compañía farmacéutica. Al principio, solo fueron algunos contratos pequeños cancelados en el último minuto por razones vagas e incomprensibles. Con mi experiencia en los negocios, simplemente lo consideré como riesgos normales. Pero luego, los problemas comenzaron a aparecer con más frecuencia. Un envío a Europa de repente tuvo problemas de calidad, a pesar de que nuestro control interno era extremadamente riguroso. Después, comenzaron a circular rumores falsos sobre nuestros productos en algunos foros en línea, sembrando la duda entre los consumidores. Socios de toda la vida comenzaron a mostrarse reservados, y algunos proyectos prometedores de investigación y desarrollo de nuevos productos se estancaron repentinamente por falta de suministro de materias primas o por filtraciones de información importante de manera inexplicable.

Mi mente estaba tensa como una cuerda de violín. Intenté mantener la claridad de un científico, revisando cada paso de la gestión y operación, pero no pude encontrar ningún fallo fatal. Una sensación de impotencia y una vaga ansiedad comenzaron a apoderarse de mi mente.

El golpe de gracia llegó cuando mi cuñado, que también era un accionista importante y que antes confiaba mucho en la dirección de la empresa, anunció de repente que retiraba toda su inversión por "reestructuración de su cartera personal". Sabía que detrás de esa razón estaba la confusión ante los rumores falsos y, probablemente, la presión de su propia familia al ver que mi empresa se tambaleaba. La decisión de mi cuñado, a quien siempre consideré como un hermano, fue como una bomba que sacudió toda la empresa, desencadenando un efecto dominó. Los bancos que antes nos habían prometido apoyo, de repente congelaron los préstamos aprobados, alegando todo tipo de excusas para retrasar el desembolso. Mientras tanto, los intereses de las inversiones anteriores seguían llegando puntualmente, como una soga que se apretaba lentamente alrededor del cuello de la empresa.

Paralelamente a la tormenta en la empresa, una sombra similar también comenzó a cernirse sobre el trabajo de enseñanza de mi esposa y mío. En mi departamento, comenzaron los susurros y las miradas inquisitivas.

Algunos colegas que antes eran amables ahora se mostraban distantes. La dirección del departamento insinuó la necesidad de "mejorar el rendimiento" y "algunos comentarios no positivos de los estudiantes" sin proporcionar ninguna prueba concreta. Mi esposa, Qing Ling, enfrentó una situación similar en su departamento. La presión invisible crecía día a día, y la amenaza de perder el entorno académico que tanto amábamos y valorábamos pendía sobre nuestras cabezas.

Qing Ling, aunque con el corazón revuelto, intentaba ser mi apoyo espiritual. Nuestros dos hijos mayores, uno en su segundo año de universidad y el otro en undécimo grado, aunque ya eran mayores y podían cuidarse solos en muchos aspectos, todavía necesitaban un apoyo considerable de la familia, especialmente cuando también sentían las turbulencias que estaban ocurriendo. Pero Xiao Lian era diferente. Todavía era pequeña y llevaba consigo los traumas de los días terribles en el orfanato y en la huida. Necesitaba un cuidado especial, un amor y una paciencia infinitos para recuperarse gradualmente. Por las noches, después de que Xiao Lian se durmiera, mi esposa y yo nos sentábamos juntos, no para discutir cómo resolver los problemas aparentemente interminables, sino para estudiar juntos la Ley, buscando la calma en la meditación. Qing Ling solía recordarme suavemente los principios de la Ley, la "Tolerancia" ante la adversidad, y la necesidad de mirar

hacia adentro para ver si tenía algún apego que debía abandonar.

Además de las crecientes dificultades laborales, también enfrentábamos la preocupación de la familia. Mis padres, ya con más de setenta años, jubilados y viviendo con la familia de mi hermano mayor, habían nacido y crecido en China y emigraron a Estados Unidos en los años 70, por lo que entendían muy bien la naturaleza del Partido Comunista Chino. Aunque ninguno de los dos entendía completamente Falun Gong y lo que seguíamos, mi padre se mostraba más tranquilo, era de pocas palabras y siempre respetaba las decisiones de sus hijos. Mi madre era diferente. De vez en cuando llamaba, y cada llamada era un desafío para mí. Desde que supo que estuve detenido casi dos meses en China, su miedo al PCCh se había profundizado. Me quería, le dolía lo que mi familia estaba pasando, pero su forma de expresarlo me agotaba. Solía hablar con un tono de preocupación, mitad consejo, mitad reproche: "Ming, no me parece que esto esté bien. Sigues involucrado con Falun Gong, y además los problemas en la empresa y en la universidad no paran, ¿no te parece extraño? Solo temo... temo que no los dejen en paz, como la vez en China". Intentaba convencerme de que fuera más "flexible", que "conociera mis límites", e incluso insinuaba que debería "dejar de lado" temporalmente la cultivación para "protegerme".

En esos momentos, aunque una pequeña duda surgía en mi mente por las extrañas coincidencias, intentaba tranquilizar a mi madre, y también a mí mismo. Pensaba que quizás ella se preocupaba en exceso por los viejos traumas. En Estados Unidos, un país libre y de ley, ¿cómo podrían ocurrir sabotajes encubiertos tan sofisticados? Seguía creyendo que las dificultades de la empresa se debían a problemas de gestión interna, a las fluctuaciones del mercado, o a mi propia falta de capacidad. Necesitaba encontrar la causa y la solución por mí mismo, en lugar de culpar a una fuerza invisible. Las palabras de mi madre, aunque sabía que venían del amor y del miedo arraigado, me pesaban y a veces me hacían sentir impotente por no poder tranquilizarla.

"Ming", me dijo Qing Ling en voz baja una vez, después de una de esas llamadas de mi madre, "creo que nada de lo que sucede es una coincidencia. Quizás este es el momento en que el Maestro nos está probando, para ver si nuestra fe es firme, si realmente podemos abandonar las cosas materiales de este mundo, y también estos apegos emocionales".

Tomé la mano de mi esposa en silencio. Lo entendía. Pero entender era una cosa, y enfrentar y superar era otro viaje arduo. La presión financiera, la responsabilidad hacia cientos de empleados, la preocupación por el futuro de la familia, el sustento de nuestros dos hijos en sus estudios, y especialmente cómo

garantizar el mejor entorno para la recuperación de Xiao Lian, junto con el dolor de no poder tranquilizar a mis padres, pesaban sobre mis hombros.

La situación empeoraba día a día. Para salvar la empresa, me vi obligado a tomar decisiones dolorosas. Comenzaron los despidos. De una empresa con más de quinientos empleados llenos de entusiasmo, se redujo a un esqueleto tambaleante. Un aire de tristeza envolvió las últimas reuniones, las miradas de decepción y confusión de quienes habían estado conmigo me partían el corazón. Al final, solo quedamos poco más de veinte personas, las verdaderamente comprometidas, o que, por alguna razón, decidieron quedarse en el barco que se hundía.

Pero incluso con ese personal mínimo, la carga de los costos operativos y, especialmente, los intereses de los préstamos bancarios, seguía siendo insoportable. Los acreedores llamaban constantemente, amenazando con embargar los activos de la empresa. Sin otra opción, después de muchas noches de insomnio, hablé con Qing Ling y decidimos vender dos de las tres propiedades que nuestra familia había acumulado en nuestros años en Estados Unidos. Eran una casa de inversión y un apartamento de alquiler. Con el dinero escaso y la necesidad urgente de cubrir gastos, tuve que aceptar "vender a la baja" por mucho menos de su valor real. Mi familia se mudó a la casa más pequeña, recortando todos

los gastos innecesarios. Los coches de lujo, cada uno con un valor de más de doscientos mil dólares que solíamos usar, también tuvieron que ser vendidos. En su lugar, compramos dos coches usados, cada uno por poco más de diez mil dólares, lo suficiente para movernos. Las cenas familiares de fin de semana en restaurantes de lujo también se eliminaron por completo; en su lugar, teníamos comidas caseras sencillas y acogedoras. La vida material de mi familia ahora era muy diferente a la de antes.

Durante tres, luego seis meses, la tormenta no dejó de ponernos a prueba. La empresa apenas sobrevivía. Mi esposa y yo, a pesar de nuestros esfuerzos, finalmente recibimos la notificación de que no nos renovarían los contratos de enseñanza en la universidad. Perdimos nuestra última fuente de ingresos estables, pero más importante, perdimos un entorno académico donde podíamos contribuir con nuestra experiencia, mantener nuestra reputación científica y conectarnos con la comunidad intelectual.

En esos días oscuros, no dejé de autoexaminarme. Enfrenté la cruda realidad, tratando de entender la causa con honestidad (Verdad), pero todos mis esfuerzos fueron en vano. No me quejé del destino ni culpé a nadie, solo soporté en silencio (Tolerancia). Con las más de veinte personas que quedaban en la empresa, hice todo lo posible para asegurarles un sustento mínimo, usando

mi benevolencia y sinceridad para animarlos (Benevolencia).

Muchas noches, al ver a Qing Ling renunciar a sus hábitos de vida lujosos, adaptarse silenciosamente a una vida más sencilla en la casa pequeña, sopesar cuidadosamente cada gasto, preparar comidas familiares en lugar de cenas en restaurantes de fin de semana, posponer viajes lejanos o compras de lujo que antes podía hacer fácilmente, mientras seguía dedicando toda su energía a cuidar de Xiao Lian, tratando de sanar las heridas psicológicas de la niña, mi corazón se partía. Aunque las necesidades básicas de la familia, como comida y ropa, todavía estaban cubiertas con lo que nos quedaba, la caída de una vida de millonario a un nivel apenas suficiente para una familia de funcionarios me hacía sentir una carga invisible. Me preguntaba si estaba demasiado apegado a mi reputación como científico, como empresario exitoso. ¿La pérdida de mi puesto en la universidad, del reconocimiento del mundo académico, era parte de una prueba para que abandonara el "prestigio" al que todavía me aferraba? ¿Estaba demasiado apegado a los logros materiales, a la comodidad y la opulencia como los coches caros, las comidas lujosas o las vacaciones de lujo, olvidando el verdadero significado de la vida de un cultivador? Esas preguntas se clavaban en mi alma, obligándome a mirar

hacia adentro, a enfrentar las capas más profundas de mi conciencia.

Resurgiendo de las cenizas, hacia la luz

Los días más oscuros parecían haber tocado fondo. Mi esposa y yo, aunque habíamos perdido casi todo lo que habíamos construido, nos mantuvimos firmes en nuestra fe. Los más de veinte empleados que quedaban, quienes habían elegido quedarse cuando la empresa se tambaleaba, se convirtieron en una pequeña pero valiosa fuente de motivación para mí. Ya no eran simples empleados, sino compañeros de viaje, en el mismo barco que intentaba escapar de un remolino mortal.

En un encuentro casual con un compañero de cultivación mayor, que había vivido en Estados Unidos muchos años y también había pasado por altibajos, compartí los extraños acontecimientos que habían golpeado mi empresa y mi carrera. Le conté sobre los contratos cancelados sin razón, los rumores falsos, la retirada de capital de mi cuñado, y también las preocupadas advertencias de mi madre sobre la posible implicación del Partido Comunista Chino. El compañero de cultivación escuchó con mucha atención y luego dijo pensativamente: "Wang Ming, lo que dice tu madre no

carece de fundamento. En Estados Unidos, los agentes del PCCh operan de manera muy sutil y audaz. Que tu negocio, que iba tan bien, se hunda de forma tan anormal, me temo que no es una coincidencia. Es muy posible que hayan metido mano para sabotear a quienes están relacionados con Falun Gong o se atreven a hablar sobre las injusticias en la China continental. Intenta investigar a fondo, quizás encuentres alguna pista".

Las palabras del compañero de cultivación fueron como una campana de alarma que despertó las vagas sospechas que ya habían rondado mi mente, especialmente después de las advertencias de mi madre. Antes, las había descartado un poco, pensando que en Estados Unidos no podía pasar algo así, que debía buscar la culpa en mí mismo. Pero ahora, al escuchar a un compañero de cultivación experimentado decir eso, las piezas sueltas comenzaron a encajar. De repente recordé los detalles ilógicos, los incidentes inexplicables que habían ocurrido. ¿Podría ser que mi madre tuviera razón? ¿Podría mi ingenuidad sobre un "mundo completamente libre" haberme hecho bajar la guardia? Con el apoyo de Qing Ling, decidí que tenía que descubrir la verdad, por muy dura que fuera.

Con la mentalidad de un científico, comencé a revisar todo el sistema, las transacciones, los expedientes del personal, prestando especial atención a los nuevos empleados contratados durante el período en que la

empresa comenzó a tener problemas. En secreto, le pedí a un experto en seguridad cibernética, un amigo de confianza, que revisara todo el sistema informático y las comunicaciones de la empresa. El resultado me dejó atónito y dolido. Un nuevo empleado del departamento de ventas, a quien yo había considerado enérgico y sociable, mostraba signos de actividad sospechosa: acceso a datos fuera de su ámbito laboral, comunicaciones inusuales con el exterior y, lo más importante, había pruebas de que esta persona había filtrado deliberadamente información de proyectos y saboteado contratos importantes.

Al enfrentar la amarga verdad de que había sido infiltrado por otro chino, un presunto agente del gobierno chino, para sabotearme, una sensación de indignación me invadió al principio. Pero rápidamente me recordé que era un cultivador, recordé las enseñanzas del Maestro sobre la Benevolencia y la Tolerancia. No podía dejar que la ira o el resentimiento guiaran mis acciones. Después de reunir pruebas suficientes, junto con el abogado de la empresa, denunciemos todo el asunto a las autoridades estadounidenses. El agente encubierto fue despedido rápidamente y se enfrentó a una investigación legal. Aunque no se pudieron restaurar de inmediato los enormes daños causados, eliminar a esta "manzana podrida" ayudó a la empresa a liberarse de una carga invisible y, lo que es más

importante, confirmó mis sospechas, ayudándome a comprender mejor la naturaleza de esta persecución, que no se detenía en las fronteras de China.

Con solo poco más de veinte personas comprometidas, entendí que la empresa no podía seguir operando con el modelo antiguo. Teníamos que reestructurarnos por completo, encontrar una nueva dirección, un producto principal verdaderamente innovador. En reuniones tensas pero constructivas, la idea comenzó a tomar forma. A partir de las lecciones sobre la valoración de los valores tradicionales, sobre la armonía entre el hombre y la naturaleza que había comprendido de la Gran Ley, combinadas con mi conocimiento científico moderno, se me ocurrió una idea audaz: desarrollar una nueva línea de productos farmacéuticos que combinara la esencia de la medicina tradicional oriental con los rigurosos procesos de investigación y pruebas científicas de Occidente.

Compartí esta idea con el equipo restante. Muchos al principio se mostraron escépticos, ya que era muy diferente de lo que habíamos hecho antes. Pero mi entusiasmo y visión, junto con análisis científicos concretos, los fueron convenciendo gradualmente. Nos embarcamos en una nueva aventura, con recursos limitados pero con una gran determinación. Qing Ling y yo, junto con los científicos clave que quedaban, trabajamos día y noche en el laboratorio. Estudiamos

cientos de hierbas preciosas de la farmacopea oriental, buscando extraer sus principios activos, combinándolos según los principios científicos modernos para optimizar su efecto y minimizar los efectos secundarios. El proceso de investigación fue extremadamente arduo, y muchas veces el fracaso casi nos hizo rendirnos. En esos momentos, estudiábamos juntos la Ley, buscando la calma y la fe. La imagen del Maestro y las enseñanzas de la Ley nos daban más fuerza.

Después de casi un año de trabajo ininterrumpido, finalmente, nació un nuevo producto. Era un medicamento de apoyo para enfermedades crónicas, formulado completamente con ingredientes naturales según los conocimientos de la medicina oriental, pero estandarizado y probado en su eficacia y seguridad a través de ensayos clínicos según los estrictos estándares de la medicina occidental.

El día que el producto salió al mercado, mi corazón estaba lleno de expectación. No nos atrevíamos a esperar mucho después de todo lo que habíamos pasado. Pero las señales positivas comenzaron a aparecer. Al principio fueron los buenos comentarios de unos pocos pacientes que lo probaron, y luego, gradualmente, los médicos y expertos en salud también comenzaron a notar la singularidad y eficacia del producto, especialmente su seguridad y la casi ausencia de efectos secundarios. La reputación del producto se fue construyendo a través de

resultados reales y la recomendación de quienes lo habían usado. Los pedidos comenzaron a aumentar notablemente, trayendo esperanza y los primeros ingresos que ayudaron a la empresa a estabilizarse gradualmente.

Mi pequeña empresa, que había estado al borde de la quiebra, de repente comenzó a dar un giro positivo. Mi reputación en la industria farmacéutica, aunque gravemente dañada anteriormente, también comenzó a recuperarse paso a paso. Con estas señales prometedoras, tenía una base para reconstruir gradualmente la empresa, quizás invitar de nuevo a algunos de los antiguos empleados comprometidos cuando las condiciones lo permitieran, y expandir cautelosamente la producción.

Pero más importante que los signos de recuperación financiera, mi esposa y yo sentimos una alegría más profunda. Habíamos convertido la adversidad en una oportunidad, no solo para revivir nuestras carreras, sino también para crear productos verdaderamente útiles para la gente, que contenían tanto la sabiduría de la medicina tradicional como la transparencia de la ciencia moderna. El camino por delante se abrió de nuevo, no solo el futuro de una empresa, sino también el futuro de personas que se atrevieron a mantener su fe, a enfrentar los desafíos y a encontrar la luz a través de su propia cultivación. Entendí que todas las tribulaciones que habíamos pasado eran para forjar nuestra voluntad, para

limpiar nuestros apegos, y para que pudiéramos caminar más firmemente en el camino de regreso.

Un canto de esperanza desde la tormenta, difundiendo la luz

La vida en Estados Unidos, después de los terribles acontecimientos en la China continental, parecía haberse estabilizado, pero la verdadera paz no duró mucho. Dificultades financieras y profesionales se acumularon, llevando a mi empresa al borde de la quiebra y haciendo que ambos perdiéramos nuestros trabajos de enseñanza. Después de un largo período de enfrentar la adversidad sin una causa clara, finalmente descubrimos el complot de sabotaje encubierto de los agentes del PCCh y, paso a paso, reconstruimos nuestras carreras desde las cenizas, con una nueva dirección que combinaba la medicina oriental y occidental.

Superar esa tormenta no solo nos ayudó a revivir nuestras carreras, sino que también forjó nuestra voluntad, limpió nuestros apegos y fortaleció nuestra fe en la Gran Ley. Y fue en este momento, cuando la vida se estabilizó gradualmente, que Qing Ling y yo sentimos que nuestra responsabilidad era aún mayor.

Al regresar de China, trayendo no solo una nueva familia sino también la pesada carga de la verdad sobre la cruel persecución que allí se desarrollaba, sentimos que debíamos hablar. No podíamos permanecer en silencio sabiendo que millones de personas inocentes sufrían solo por su fe en Verdad-Benevolencia-Tolerancia, mientras el horrendo crimen de la sustracción forzada de órganos continuaba a espaldas del mundo.

Difundir esta verdad no fue nada fácil, especialmente al enfrentar la indiferencia, el escepticismo o incluso el recelo de una parte del público occidental. Pero la imagen de Kang Yu, Chen Mai, el Tío Liu, la Señora Chen, la hermana Lan y tantos otros que habíamos conocido, junto con las terribles experiencias que yo mismo había vivido en la prisión, nos impulsaron a actuar.

Comenzamos con las personas más cercanas: familia, amigos, colegas de mente abierta. Contamos nuestro viaje, compartimos la belleza de Falun Gong y la cruda verdad sobre la represión. Poco a poco, la sinceridad de nuestro relato y los cambios positivos en nosotros mismos hicieron que muchos comenzaran a escuchar y a reflexionar más seriamente.

Pero compartir a nivel personal no era suficiente. Participamos activamente en las actividades organizadas por la comunidad local de practicantes de Falun Gong.

Los fines de semana, nos uníamos a otros practicantes en protestas pacíficas frente al Consulado chino, participábamos en desfiles, organizábamos proyecciones de documentales y exposiciones de arte de "Verdad-Benevolencia-Tolerancia". Qing Ling, con su habilidad lingüística y su comprensión cultural, solía presentar Falun Gong y responder preguntas. Yo participaba en la recolección de firmas para peticiones, enviando cartas a legisladores y organizaciones de derechos humanos.

Cada actividad, por pequeña que fuera, era un esfuerzo por romper el silencio. Enfrentamos muchas dificultades: indiferencia, obstrucción encubierta por parte del gobierno chino y, a veces, malentendidos. Pero al ver a otros practicantes, muchos de los cuales también eran refugiados que habían escapado de la persecución, persistir pacífica y tenazmente en decir la verdad año tras año, nos sentimos fortalecidos. Entendimos que difundir la verdad no era solo una responsabilidad hacia quienes sufrían en China, sino también una responsabilidad hacia nuestra propia conciencia y el futuro del mundo. Porque el silencio ante el mal es complicidad con el mal.

El tiempo pasó volando desde que reconstruimos todo. La nueva vida con Xiao Lian, con los esfuerzos por cultivarnos y difundir la verdad, se convirtió en un viaje incesante. Al mirar hacia atrás, no puedo evitar sentirme conmovido. De ser un profesor de medicina, un

empresario que solo creía en la ciencia empírica, he experimentado una transformación completa en mi conciencia y mi fe. Ese viaje me llevó del escepticismo a la curiosidad, del descubrimiento a la aceptación, de la fe inicial a una determinación inquebrantable en Falun Dafa, en la existencia de Dioses y Budas y en los profundos principios del universo.

Una vez estuve en la cima de la fama y el éxito según los estándares seculares, pero me sentía vacío. Ahora, después de haber pasado por pruebas de vida o muerte, de haber enfrentado el mal extremo y de haber sido testigo de una benevolencia sin límites, he encontrado el verdadero significado de la vida. No es el disfrute material ni la lucha por la fama y la fortuna triviales, sino el regreso a la naturaleza celestial pura, la asimilación a la característica suprema del universo: Verdad-Benevolencia-Tolerancia. El camino de la cultivación de la Gran Ley es la escalera al cielo.

Las tribulaciones que pasamos, aunque dolorosas y duras, fueron las pruebas necesarias para forjar nuestra voluntad, eliminar nuestro karma y elevar nuestro *xinxing*. Cada vez que enfrentamos el peligro, cada vez que tuvimos que elegir entre nuestra seguridad y nuestra conciencia, fuimos fortalecidos por la Gran Ley, nuestra fe y nuestro coraje se consolidaron. La tragedia de la familia de Kang Yu y Chen Mai, la brutalidad de la persecución, nada de eso nos asustó ni nos hizo

retroceder; por el contrario, nos hizo comprender más claramente la naturaleza malvada del PCCh y la grandeza y rectitud del camino que habíamos elegido.

Creo firmemente en el poder de Verdad-Benevolencia-Tolerancia para conmover los corazones de las personas. Esta luz no solo nos ilumina a nosotros, los cultivadores, sino que también tiene el poder de transformar y despertar la conciencia de todas las personas del mundo. Aunque la oscuridad del mal todavía cubre la tierra de China, aunque la persecución continúa brutalmente, creo que es solo la locura final antes del amanecer.

Porque Falun Dafa se ha extendido por los cinco continentes, arraigándose profundamente en los corazones de cientos de millones de personas. Los verdaderos cultivadores, con su fe firme en Verdad-Benevolencia-Tolerancia, con su paz y su infinita compasión, se esfuerzan día y noche por aclarar la verdad, dismantelar las mentiras y exponer los crímenes del poder maligno. Como flores de loto puras que emergen del lodo, están usando su propia bondad y tolerancia para enfrentar la violencia, usando la verdad para vencer el engaño.

Creo que el día en que el pueblo chino se dé cuenta de la verdadera cara del PCCh, el día en que la verdad sobre la persecución a Falun Gong se revele completamente a la opinión pública, no está lejos. Entonces, la oscuridad

tendrá que disiparse, el mal será eliminado, y un futuro brillante y libre de creencias, donde los valores morales tradicionales sean revividos, llegará verdaderamente a la antigua tierra de China. El verdadero amanecer llegará en Oriente.

Y me di cuenta de que Verdad-Benevolencia-Tolerancia no es algo extraño o exclusivo de Oriente. Son valores a los que, en lo profundo de sus almas, quizás todos aspiran. En un mundo moderno que a veces hace que la gente se pierda, Falun Dafa ha sido como un arroyo fresco que me ha ayudado a encontrar el equilibrio, a elevar mi moralidad y a comprender mejor el verdadero significado de la vida. Creo que las cosas buenas y verdaderas tienen su propio poder de difusión.

EPÍLOGO

Cuando las historias de "Polvo Rojo, Luz Dorada" llegan a su fin, quizás lo que perdura en el corazón del lector no son los detalles de la trama o el destino de cada personaje, sino un contraste silencioso pero intenso: entre un mundo lleno de polvo y una luz pura que siempre busca manifestarse.

A primera vista, esta es una colección de vidas fragmentadas, cada una con sus propias penas, sus propias cargas, su propia lucha entre las ganancias y pérdidas del mundo. Son arrastradas por las corrientes del destino, de la ambición, de las heridas y los errores. Este es el cuadro del *Polvo Rojo*: sofocante, caótico y lleno de encanto.

Sin embargo, al dar un paso atrás y observar, un hilo dorado ha tejido silenciosamente un tapiz común. En los momentos más oscuros, en medio de las elecciones más difíciles, la *Luz Dorada* ha aparecido. Esa luz no es un milagro caído del cielo para rescatar, sino una elección que surge del lugar más profundo de la humanidad: un acto de altruismo, una palabra de perdón, un momento de soltar un apego, o una idea bondadosa mantenida firmemente ante la adversidad.

Esta obra, por lo tanto, no solo cuenta historias sobre ellos. Nos está reflejando a nosotros mismos. Cada lector está caminando en su propio polvo rojo, con sus propias cargas y sus propias elecciones.

Y quizás, la pregunta más importante que deja el libro no es qué encontraron los personajes, sino: En medio del vasto polvo de la vida, ¿reconocemos y nos aferramos a nuestra propia luz?

Sophia Bell

THE LIVES MEDIA

* * *

SOBRE LA AUTORA Y EL PROYECTO THE LIVES MEDIA

SOBRE LA AUTORA

Sophia Bell es una escritora independiente que explora temas de política, cultura, sociedad, ciencia y espiritualidad. Su obra busca la verdad, despierta la conciencia y da voz a las reflexiones sobre el destino de la humanidad.

Sus escritos suelen originarse en entrevistas reales, registradas con honestidad, profundidad emocional y un espíritu de iluminación.

SOBRE EL PROYECTO

Este libro forma parte de una serie de obras publicadas por **THE LIVES MEDIA**, una iniciativa editorial independiente con una visión global y la misión de preservar y difundir ecos atemporales. Sin perseguir el

ciclo diario de noticias, nuestro objetivo son libros capaces de tocar profundamente la conciencia humana.

CONTACTO

- ✧ Sitio web: www.thelivesmedia.com
- ✧ Correo electrónico: editor@thelivesmedia.com
- ✧ Código QR:



OTRAS OBRAS DEL MISMO PROYECTO

Puede encontrar otras publicaciones de THE LIVES MEDIA:

– *Polvo Rojo, Luz Dorada* (Red Dust, Golden Light) → este es el libro actual

– *Después del Poder: El Legado* (After Power: The Legacy)

- *Ocaso y Aurora de la Ciencia* (Sunset and Sunrise of Science)
 - *El Velo Rojo* (The Red Veil)
 - *Ecos de Antes del Tiempo* (Echoes Before Time)
 - *Entrada al Mundo* (Entering The World)
 - *Las Últimas Campanas* (The Last Bells)
 - *Antes de Nosotros* (Before Us)
 - *Mil Vidas* (Thousand Lives)
-

¡Le agradecemos sinceramente por dedicar su tiempo a leer este libro! Que Dios y Buda le bendigan en su viaje de descubrimiento de la verdad.